BRANDON Q. MORRIS

LA PERTURBACIÓN 2
LA RESPUESTA

CIENCIA FICCIÓN DURA

LA PERTURBACIÓN: LA RESPUESTA

Ciencia ficción dura

Espacio Exterior

Libro 2

BRANDON Q. MORRIS

Traducido por

TOMAS IBARRA CERVANTES



Índice



SE HALLABAN MÁS lejos de lo que nadie había llegado nunca. Tras un viaje de veinte años, o eso creían al menos, la nave Shepherd-1 alcanzó por fin a las coordenadas del espacio interestelar donde la tripulación de cuatro personas iba a completar el proyecto más ambicioso de la humanidad hasta la fecha: el SGL, la lente gravitacional solar, un telescopio que utilizaba el Sol como lente. Su objetivo era proporcionar a los astrónomos una visión increíblemente clara de los sistemas estelares distantes, las galaxias y el Big Bang. La tripulación de la Shepherd-1 empleó una bandada de sondas Sheep, que formaban un gigantesco espejo virtual con la nave en su centro.

Pero el telescopio no proporcionó las imágenes que esperaban. Cuanto más se adentraban en el pasado, más borrosas se volvían las imágenes. Christine, la astrónoma a cargo de la investigación, seguía proponiendo ideas para resolver el problema, sin éxito. Era como si el universo hubiera corrido deliberadamente un velo sobre sus misterios. Sin embargo, un día captó una imagen del principio de los tiempos: una instantánea que revelaría, de una vez por todas, si el cosmos debía o no su existencia a un creador.

Hasta que Christine no tuvo en sus manos por primera vez la prueba de la existencia o no de un Dios no se dio cuenta de las implicaciones de semejante información. Entonces tomó medidas drásticas y provocó una explosión que destruiría los resultados de la investigación y que, también, la mataría a ella. Aaron, Benjamin y David, los miembros de su equipo, se vieron sorprendidos por la catástrofe y se enfrentaron a un enigma, porque Christine nunca comunicó la razón de sus acciones.

En la Tierra, su CapCom, Rachel Schmidt, intentó ayudarles en busca de respuestas. Aunque eso solo arrojó nuevas interrogantes. Rachel descubrió que la misión, organizada conjuntamente por la NASA y Alpha Omega, la empresa del multimillonario Ilan Chatterjee, se había lanzado mucho más tarde de lo que la tripulación y el Control de la Misión habían creído. Eso significaba que la nave había recorrido una distancia de 700 unidades astronómicas en pocos años. Pero eso era técnicamente imposible, porque los humanos no podrían sobrevivir a la aceleración necesaria. Rachel investigó un poco y descubrió que Chatterjee había formado una tripulación muy inusual. El cuarteto a bordo de la Shepherd-1 no estaba formado por personas, sino por androides modelados a partir de ciertos individuos. Poseían la conciencia y los recuerdos de sus homólogos y se creían humanos.

Pero no lo eran. Chatterjee tenía motivos personales para descubrir el verdadero origen del universo, y temía perder los datos. Así que

activó a distancia a Eric, un quinto androide a bordo de la Shepherd-1, cuya misión era asegurar la verdad a toda costa. Mientras tanto, Aaron, Benjamin y David habían descubierto no solo que no eran humanos, sino también que el sistema solar estaba amenazado: la lente gravitatoria solar parecía haber teletransportado una perturbación espacio-temporal al borde del sistema solar. Esta perturbación se estaba extendiendo y tenía el potencial de diezmar todos los planetas.

Por tanto, la única solución era acelerar la nave, junto con la llamada «perturbación», hacia el espacio interestelar, para eliminar la amenaza para la Tierra. La tripulación moriría, pero Aaron, Benjamin y David aceptaron sacrificarse, junto con la resucitada Christine, cuya constitución androide le había permitido sobrevivir a la explosión. Redujeron a Eric, el androide controlado por Chatterjee, y se presentó una vía alternativa, gracias a los esfuerzos de su CapCom, Rachel. Usando la lente gravitatoria solar, el equipo teletransportó el germen de un agujero negro al centro de la perturbación, con el fin de contenerla.

El plan tuvo éxito. La Shepherd-1 emprendió entonces un viaje hacia lo desconocido. En algún momento, la nave alcanzaría una nueva estrella con Aaron, David y Christine a bordo. Mientras, Benjamin emprendió el largo viaje de regreso a la Tierra, llegando en 2109. No conocía el origen del universo. Pero esperaba averiguar más sobre su propio origen en el planeta de su creador.

La perturbación: la respuesta





Shepherd-1, 23 de septiembre de 2112

—ALERTA DE PROXIMIDAD —advirtió la nave. Esa alerta iba acompañada de una sirena estridente.

Aaron se despertó sobresaltado. Acababa de quedarse dormido, una vieja costumbre humana. Se enderezó y miró la pantalla del radar. Un punto brillante parpadeaba arriba a la izquierda. ¿Qué podría ser? No había nada ahí fuera. Habían dejado atrás la Nube de Oort, donde ese tipo de encuentros no eran infrecuentes; ocurrían, al menos, una vez al mes.

Ejecutó un diagnóstico. Shepherd-1 dirigió todos sus ojos hacia el objeto desconocido, midió sus emisiones de calor, registró su espectro y analizó su estructura. Quizá fuera un fragmento de un cometa arrojado por el sistema solar, un vagabundo solitario en su camino a través del vacío interestelar, como ellos.

—Hola, viejo amigo —saludó Aaron.

Sintió una extraña camaradería con ese trozo de roca. ¿No estaba haciendo un largo viaje, al igual que él?

—Alerta de proximidad —repitió la nave, interrumpiendo sus cavilaciones.

Aaron examinó el rumbo del objeto. Mierda. Había un 16 % de probabilidades de que colisionara con la Shepherd-1 en un par de días. Era demasiado alto. Tenía que iniciar un cambio de rumbo. Lo antes posible, porque cuanto antes reaccionaran, menos combustible precisarían para ello.

—¿Tiene que ser así, viejo amigo? —murmuró.

El objeto, que tenía la densidad de la roca, no respondió. Si Aaron activaba los impulsores, perderían parte de su investigación. Christine le echaría la culpa. ¿Debía despertarla? Su turno no empezaba hasta dentro de cinco horas. Y ella tendría que tomar la misma decisión. Era demasiado peligroso. No hacer nada sería como jugar a la ruleta rusa.

—Iniciar maniobra evasiva —ordenó.

Prefería pilotar la nave él mismo. Era el copiloto oficial. Pero la Shepherd-1 podía adaptar su trayectoria de vuelo de forma mucho más precisa a la de ese objeto desconocido. Eso significaba que se alejarían de la zona de enfoque de la lente gravitatoria solar solo lo estrictamente necesario, y podrían reanudar su investigación antes.

—Iniciando maniobra evasiva —confirmó la nave.

De pronto, una fuerza intentó empujarle lateralmente de su asiento. Algo se rompió tras él, vidrio o porcelana. Probablemente se trataba de los platos que Dave se había olvidado de recoger, de nuevo. Aaron se los dejaría para que los limpiara.

—Alerta de proximidad —volvieron a advertir los sensores.

¿Eh? ¿No estaba la nave en medio de una maniobra evasiva? Aaron abrió la tapa del interruptor de modo manual y lo giró 90 grados. Luego, aumentó la potencia del propulsor. Un veinte por ciento más.

—Alerta de proximidad.

No fue suficiente. Aumentó el empuje otro 50 %. Oyó que algo pesado rodaba por el suelo. Por fin, la alerta se detuvo. ¿Por qué la maldita nave había reaccionado de forma tan conservadora?

—Oye, ¿qué estás haciendo?

Aaron se sobresaltó. ¿Qué hacía Christine allí? No podía haber llegado tan rápido desde su cuarto a la sala de control.

—¿Qué crees que hago? Una maniobra evasiva.

—¿Y mis datos? ¡Genial! Adiós a varias semanas de trabajo.

—¡Por favor, Christine! Había un 16 % de posibilidades de chocar contra veinte toneladas de polvo y hielo.

—¿Qué? —Christine señaló la pantalla—. ¡Ahí no hay nada!

¿Cómo? Esa no era la réplica que esperaba. Él no se inventaría algo así. Aaron se inclinó hacia delante. ¡El punto parpadeante de arriba a la izquierda!

—¿Eh?

Se frotó los ojos. Otro hábito humano. Sin embargo, eso no cambió lo que mostraba la pantalla: nada. Ante la Shepherd-1 no había nada.

—Sí, ¿eh? —reprochó Christine.

—Christine, te lo juro, teníamos un obstáculo delante, en una posible trayectoria de colisión.

—¿Y desapareció en cuanto miré a la pantalla?

—Supongo. La Shepherd no habría alterado su curso de no ser así.

Christine dio unos golpecitos en la pantalla. No se fiaba de él. ¡Y se conocían desde hacía más de cincuenta años! Tiró de sus dedos hasta que las articulaciones crujieron. Christine odiaba ese sonido. Sí, estaba siendo infantil.

—Disculpa —murmuró Christine, enderezándose—. La nave registró un obstáculo hace siete minutos e inició una maniobra evasiva, autorizada por ti.

—Eso es lo que te acabo de decir.

—Lo siento, Aaron. Creí...

Christine se frotó las sienes. Sin duda era raro. Aaron tampoco la habría creído si estuviera en su lugar. Veinte toneladas de roca y hielo no desaparecen así como así. ¿Por eso la nave se comportaba de forma tan extraña?

—Debe haberse estropeado algún sensor.

Aaron sacó el teclado y empleó el programa de diagnóstico.

—Mira, no se liberó energía —indicó—. Si el objeto se disolvió en la nada, al menos deberíamos ver un estallido de energía.

Christine asintió. Aaron realizó diagnósticos en los sensores ópticos y de radar.

—Bien, bien, y bien —afirmó tras comprobarlos—. O al menos, los sensores no saben que se han estropeado.

—¿No nos habríamos dado cuenta ya si no funcionaran bien? —inquirió Christine.

—No necesariamente, ya que los sensores no están omitiendo nada —respondió—. Lo que hacen es registrar algo que no está ahí. Creo que es un problema nuevo.

—Deberíamos verificarlo de todos modos.

Aaron suspiró. Iba a ser un trabajo desagradable. No solo había que probar los sensores, lo que suponía un EVA, sino también todas las conexiones que atravesaban la nave.

—Sí. Discutámoslo por la mañana cuando nos reunamos todos —propuso—. Tal vez a Dave se le ocurra alguna idea que nos ahorre bucear en las catacumbas de la nave.

—Es una pena que Ben no esté aquí —se lamentó Christine—. Tenía un don especial para resolver problemas como este.

Benjamin, su ingeniero. Sí, su ausencia era una verdadera pérdida. Hasta ahora habían resuelto con éxito todos los problemas con la ayuda de los sistemas automatizados de la nave, pero llegaría el día en que necesitarían un profesional.

—Benjamin —la corrigió Aaron—. No le gustaba que le llamaran Ben.

—Cierto. Me pregunto cómo le irá.

Christine se impulsó y entró en barrena. Buscó algo donde enganchar los pies. Su pelo se extendía en todas direcciones. A Aaron le recordó a la Medusa de la mitología griega.

—Ojalá lo supiera —admitió Aaron—. Me gustaría mucho contactar con él. Le echo de menos.

Qué extraño. No se había dado cuenta de que echaba de menos a Benjamin hasta que lo pronunció en voz alta. Habían sido tan buen equipo. A-B-C-D. Ahora faltaba una letra.

—Sabes que no podemos hacerlo —dijo Christine.

¿No podían hacer qué? Durante un instante, Aaron se quedó confuso. Ah, cierto. Salvo ellos, nadie sabía que Benjamin había vuelto a la Tierra. No podían desvelar su secreto. ¿Habría logrado llegar? Sí, conociendo a Benjamin, sí.

E y F. Eric y Fadilla. Eran seis letras, no cuatro. Aaron se sintió culpable por haber olvidado las otras dos. Pero ¿era tan sorprendente? Eric había permanecido en modo sueño, voluntariamente, desde que abandonaron el sistema solar, y Fadilla les había dejado hacía diez años con destino desconocido. Ella seguía siendo un misterio para ellos. ¿Cómo se encontraba?

Sintió que alguien le tocaba. Christine se acercaba a su cabeza. Le agarró las orejas y tiró lentamente de él hacia arriba. ¿Qué estaba haciendo? Estuvo a punto de resistirse, pero le siguió la corriente. Lo sacó de su asiento y los giró 90 grados. Ahora había más espacio a su alrededor. ¿Hacia dónde iba eso? Aaron correspondió al abrazo. Su cabeza estaba caliente.

—Ahora —ordenó Christine, y ambos se empujaron con los pies.

Los dos giraron en torno a un punto situado entre sus cabezas. Probablemente a un observador externo le parecería extraño, aunque para Aaron tenía una elegancia indescriptible. Cerró los ojos. Sus sentidos eran tal que percibía cada cambio de su rotación. Sus músculos artificiales resultaban tan precisos que mantenían un eje de rotación perfecto. Pero solo era así por la forma en que se comunicaban a través de sus dedos y de la mente del otro, sin necesidad de hablar.



—GRACIAS, señora aus der Wiesche —dijo Benjamin.

—Aus-deah-Vish-eh —le corrigió ella con exagerada pronunciación.

Oh, no, había vuelto a pronunciar mal su apellido. Qué vergüenza, sobre todo porque a ella no le costaba nada decir su nombre en francés.

—Lo siento —se disculpó—, señora aus deah...

—Llámame Heike. Como en «Jaime» y, eh, «que».

—Vale, gracias. Así es más fácil, Heike. Llámeme Benjamin.

—Me encantaría que volvieras la próxima semana. Estoy muy contenta con tu trabajo. ¿El mismo día, a la misma hora?

Benjamin sabía que estaba ocupado para entonces, pero fingió comprobar su agenda. Tenía toda la jornada completa.

—Lo siento, tendrá que ser la siguiente.

—Vaya, qué pena, Benjamin.

Dios, su pronunciación era perfecta. Si tuviera cincuenta años menos y fuera humano, se enamoraría de su clienta solo por eso.

—Sigo creyendo que deberías contratar a un ayudante.

Benjamin negó con la cabeza.

—No me atrevo a delegar mi trabajo.

La verdadera razón era que ni siquiera sabía si era capaz de dar instrucciones a los humanos. Y no quería intentarlo. El dinero que ganaba trabajando solo era más que suficiente. Si sus clientes no fueran tan estirados, le vendría bien un robot de jardinería. Pero en sus círculos sociales se esperaba que el trabajo lo hicieran personas de verdad. Desde que la población mundial se había reducido, eso se había convertido en un lujo. Si «Jai-Que» supiera lo que era realmente...

—No importa. Mi jardín sobrevivirá dos semanas. Toma, esto es para ti.

La señora aus der Wiesche le tendió tres billetes de cien neodólares. Una tarifa aceptable por media jornada de trabajo, aunque los neodólares perdían valor cada año. La inflación no mostraba signos de desaceleración. Benjamin cogió el dinero y se lo guardó en el bolsillo. Luego recogió sus cosas y las metió en la parte trasera de su camioneta. Su clienta le despidió con un gesto y desapareció en su casa. Era una bonita propiedad, lo bastante pequeña como para que él pudiera encargarse del jardín. El mayor gasto era probablemente el agua. Sin un riego constante, todo se marchitaría en tres días bajo el inclemente sol.

Benjamin cerró la compuerta trasera y se sentó en el asiento del

conductor.

—Llévame a casa —ordenó.

—Por supuesto —contestó el vehículo—. ¿Qué música le gustaría escuchar?

—Espera, tengo una idea mejor. Ve al centro de jardinería más cercano sin desviarte de nuestra ruta. Necesito una especie de robot doméstico que me pase las herramientas.

ACABARON EN UN atasco en la interestatal. El volante vibró.

—¿Tienes que hacer eso? —preguntó Benjamin.

—Disculpe —dijo la camioneta—. El análisis dinámico del tráfico está proporcionando datos poco claros sobre si un desvío pueda ser más rápido.

—O sea, que no lo sabes.

—Conozco todos los análisis dinámicos de tráfico para esta interestatal, pero la entrada fluctúa demasiado, lo que da lugar a una distribución caótica de los resultados.

—No lo sabes.

El volante giró hacia la izquierda. Los vehículos se apartaban para despejar un carril de emergencia.

—Por desgracia, tengo que ceder los mandos —dijo la camioneta.

Ahora sí que estaban atascados. A partir de cierta densidad de tráfico, todos los vehículos pasaban al modo grupo. Benjamin siempre se maravillaba de lo apropiado del término. Su camioneta se acercó mucho al vehículo que tenía delante, hasta el punto de que sus parachoques casi se tocaban. Y otro vehículo se colocó detrás de él. Era un descapotable deportivo con el techo levantado por el calor. El modo grupo maximizaba el uso eficiente del espacio disponible.

Sin embargo, el atasco continuaba igual. Avanzaron muy despacio durante unos minutos, interrumpidos por breves pausas. Después, la camioneta volvió a acelerar. ¿Qué fue eso?

—Ya estoy aquí —anunció la camioneta.

Los controles independientes del vehículo se desactivaban en modo grupo.

—Me alegro —dijo Benjamin—. ¿Qué se siente al ser desactivado?

—Es como estar encerrado en un ataúd. Dudo que, siendo humano, sea capaz de imaginártelo.

Ja. Como humano. Pero ¿cómo se le ocurrió esa comparación al vehículo? Se acercaron a un holotablero. El enorme cartel, que contenía un holoemisor, escaneó la matrícula de la camioneta y al instante le presentó a un hombre que sostenía una manguera de jardín y le rociaba con ella. Las gotas de agua parecían tan reales que la

camioneta puso en marcha los limpiaparabrisas.

—Apagar limpiaparabrisas —ordenó Benjamin.

—Disculpe. Se activaron por el sistema visual.

El vehículo frenó y señalizó el giro, una función centrada en el ser humano aunque, en esencia, carecía de sentido, ya que todos los vehículos que circulaban detrás habían recibido hacía tiempo la señal por radio de que estaban a punto de girar. No obstante, Benjamin se alarmó al ver por el retrovisor lo cerca que les pasaba un camión.

El holotablero reproducía un anuncio de un centro de jardinería situado en la zona industrial de la siguiente salida de la autopista. En cuanto la camioneta entró en el aparcamiento, se escanearon sus matrículas y se pagó una tasa al operador del holotablero.

—¿Has comprobado los precios? —preguntó Benjamin.

—Sí, son un diez por ciento más baratos que la media de la tecnología de jardinería.

—Muchas gracias.

El vehículo se detuvo. Benjamin abrió la puerta y una ola de calor le golpeó. Miró al cielo, que estaba cubierto por finos velos grises. Filtraban parte de la luz del sol, pero parecía hacer aún más calor.

Sin embargo, en el centro de jardinería hacía tanto frío que se le puso la carne de gallina. El surtido era abrumador. Pequeñas figuras holográficas le invitaban a pasar por los pasillos, ofreciéndole tiendas, semillas y muebles de exterior. ¿Dónde estaban las máquinas? Se acercó a una de las figuras holográficas, que inmediatamente le mostró un pulgar verde. Le recordó a Mario Bros, el personaje de los videojuegos.

—Busco máquinas de jardinería.

—Estante 17, sección D —contestó el holograma—. ¿Le acompaño?

—Claro.

La figura saltó al holoemisor situado al final del siguiente pasillo y le hizo señas desde allí. Juntos recorrieron el laberinto de pasillos.

—¿Desea que le informe de nuestro programa de fidelidad? —preguntó la figura—. Así no perdería sus increíbles ventajas.

—No, gracias.

—De acuerdo. Incluye una garantía extendida para todas las máquinas de jardinería. Puede ahorrarse diecinueve neodólares por cada mil gastos de compra.

—Gracias, no me interesa.

—Tanto usted como los miembros de su familia también pueden acumular puntos y canjearlos, después, por un pavo gratis para Acción de Gracias.

—No, gracias. Enséñame las máquinas.

—Por supuesto.

La figura holográfica hizo un mohín como si la hubiera insultado.

Probablemente era otra estratagema de *marketing* para hacerle sentir culpable. En realidad, le dieron ganas de reanudar la conversación.

—Estas son las estanterías con las máquinas. ¿Necesita ayuda?

—No, gracias.

El holograma se apagó. Ahora estaba solo. No había visto a nadie más en el local. Había varias estanterías llenas de cortacéspedes automáticos. Variaban en rendimiento y velocidad. Encontró una podadora y dos desbrozadoras, pero ninguna era lo que tenía en mente. Necesitaba una tercera mano. Disfrutaba demasiado de su trabajo como para delegarlo a una máquina. Pero cuando estaba colgado de una enorme araucaria con una mano y sosteniendo una sierra con la otra, le sería útil tener un ayudante que le recogiera la herramienta cuando estuviera listo para bajar.

Allí no parecía haber nada parecido. ¿Debería preguntarle al vendedor holográfico? No, intentaría presionar a Benjamin para que comprara algo que no quería. Negó con la cabeza. Tendría que conformarse con dos brazos.

—SIENTO QUE NO haya encontrado lo que buscaba —se lamentó la camioneta.

Benjamin creyó detectar una nota de triunfo en su voz, aunque supuso que se lo estaba imaginando.

—Tengo dos brazos sanos.

Sintió un hormigueo en los hombros. Las fibras de seguridad se deslizaron desde la parte superior del asiento por su cuerpo. Le había costado un poco acostumbrarse a ellas, después de haber viajado tantos años por el espacio con cinturones de seguridad anticuados. Pero las fibras de seguridad se adaptaban mucho mejor a la anatomía de una persona y eran más eficaces, ya que en caso de accidente, no ocasionaban lesiones. De todos modos, no tenía elección porque eran obligatorias en todos los vehículos.

—¿A casa? —preguntó la camioneta.

—Sí, por favor. Pero evita la interestatal, aunque tardes más.

—Como quiera.

El vehículo se puso en marcha. Atravesó la zona industrial, que poco a poco se fue transformando en campo. Debía de haber granjas. Aquí y allá, Benjamin vio edificios abandonados que podrían haber sido establos o graneros. Era un paisaje deprimente.

Una turbina eólica apareció a su derecha. Al principio Benjamin supuso que también estaba fuera de servicio, aunque luego la vio girar con el viento. Probablemente funcionaba un pozo. El suelo alrededor de la turbina estaba cubierto de láminas reflectantes para desviar la

luz del sol. Detrás de la turbina, Benjamin distinguió lo que parecía una vieja gasolinera.

«Servicios para robots», indicaba un cartel metálico.

—Detente aquí.

—La mayoría de las reseñas de este establecimiento son negativas —advirtió la camioneta.

—No importa, tengo curiosidad.

El vehículo entró en el recinto, retumbando sobre profundos baches que despedían pequeñas nubes de polvo. Se detuvo delante de la puerta. Benjamin se bajó. Tuvo que rodear la camioneta para llegar a la entrada. El sol era abrasador y se había dejado el sombrero en el vehículo. No sufría quemaduras, pero la dura radiación ultravioleta aún podía dañar su piel androide.

Cuando abrió la puerta del establecimiento, tintinearon un par de campanillas. Le recibió un aire fresco y húmedo, con aroma a marihuana. Benjamin sonrió. El dueño de la tienda sería guay. Pero no había nadie.

—¿Hola? —gritó.

—Ya voy —respondió una voz procedente de una habitación contigua, cuyo género no logró identificar—. Eche un vistazo, si quiere.

En realidad, era una antigua gasolinera. Benjamin reconoció las típicas estanterías que, en lugar de patatas fritas, aceite de motor y revistas, ahora contenían motores grandes y pequeños, placas de circuitos, articulaciones y extremidades de diversos diseños. Pero allí no había robots completos. Otro callejón sin salida. Se acercó al ventanal y descorrió la cortina. No se veía gran cosa en el exterior. Limpió la fina capa de condensación, aunque seguía habiendo condensación en el exterior.

—Hola, señor. ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó la misma voz que había oído al entrar.

Benjamin se volvió y vio a una mujer bajita de edad indefinible. Tenía el rostro delineado y supuso que fumaba mucho. Llevaba un cigarrillo en una mano, que desprendía el mismo aroma que él había detectado al entrar por la puerta.

—Me lo permiten como terapia para el dolor —explicó la mujer con su voz sorprendentemente grave. Debió darse cuenta de que la evaluaba—. ¿Qué necesita?

—Yo… verá, creo que estoy en el lugar equivocado.

—¿Por qué dice eso, cielo? ¿Le enseño un poco esto?

La mujer sonrió con amabilidad. Probablemente no tenía muchos clientes y ansiaba compañía. ¿Por qué no? No tenía planes para el resto del día.

—Sí, por favor, sería estupendo —contestó.

—Soy Edith, por cierto. Edith Heller —se presentó, extendiendo una mano.

Tenía un apretón firme y una sonrisa agradable.

—Benjamin Forestier.

Edith repitió su nombre con una perfecta pronunciación. Otro punto a su favor. Quizá la había subestimado. ¿Cómo habría terminado allí? Estaba claro que sabía mucho de robots, ya que describía sin dudar las funciones y aplicaciones de cada pieza que le mostraba. Impresionante. Era una pena que muchas de ellas empezaran a oxidarse. Edith también pareció darse cuenta. ¿Cuándo habría examinado por última vez en su propia tienda? Cogió una rueda de un estante y trató de frotar la superficie oxidada del cojinete.

—Es la humedad —explicó—. Enfrío este lugar con agua. Es mucho más sano. Me niego a tener aire acondicionado. Obtengo el agua de mi propio pozo con energía eólica.

—Muy loable —alabó Benjamin—. ¿Cómo acabó en el negocio de los robots?

—Una tienda de armas tendría más éxito por aquí. O una chabola porno —rio—. Pero me han gustado los robots toda la vida.

—No veo ninguno.

—No, estas son solo las piezas de repuesto. Los robots están fuera.

¿Fuera? Benjamin no vio ninguno cuando llegó.

—No me mire así, cariño. Como si fuera una vieja loca.

—No, eso no es lo que estaba pensando.

—Vamos, se los enseñaré.

La mujer le sacó de la estancia por el codo. Caminaron por un corto pasillo. En la sala contigua, unas luces fluorescentes brillantes zumbaban sobre un follaje verde. La puerta trasera daba a un desguace protegido de miradas curiosas por una valla de madera en tres de sus lados.

Edith le guio hacia la izquierda, donde descubrió un vehículo de seis ruedas. Era... no podía ser...

—¿¡Un astromóvil marciano!?

—Sí, es una copia del Perseverance, que rodó por Marte hace casi cien años.

—¿Cómo ha acabado aquí? ¿No debería estar en un museo?

—No se preocupe, no es robado. Dirigí el programa del explorador de Marte en el JPL de la NASA, hasta que fue desmantelado.

—¡Oh! Lo siento, no sé mucho sobre eso. ¿Cuándo ocurrió?

—Se cerró en los años 70, pero no se desmanteló oficialmente hasta después del cambio de siglo. Los aparatos eran tan robustos que no se apagaban. No nos atrevíamos a apagarlos. Al final, fui yo quien apagó las luces.

—Y después de eso se retiró aquí.

—Al principio no. Sin embargo, se trata de una larga historia y apenas nos conocemos.

—Claro, lo siento, no quería entrometerme. ¿Vende alguna de estas cosas?

—De vez en cuando… pero solo a un buen hogar.

—No hay problema. Aunque no estoy buscando un astromóvil, necesito una especie de tercera mano.

—Entiendo. Un modelo que pueda pasarle cosas.

—Exacto. Soy jardinero.

—Por lo que necesita lidiar con terrenos difíciles.

—Eso estaría bien. Y no demasiado grande, lo ideal sería que fuera pequeño para transportarlo. Siempre voy en mi camioneta.

—Creo que tengo algo que puede servirle.

Edith fue al otro lado del patio. Se agachó y apartó un panel metálico.

—¿Le ayudo?

—Tiene que andar por aquí, estoy segura.

Juntos quitaron de en medio bobinas viejas, ruedas y brazos de pinzas.

—Alto —dijo Edith, señalando una mancha blanca—. Debe ser eso.

Despejaron la zona que ocultaba lo que resultó ser la carcasa blanca de un robot doméstico. Edith lo sacó y se lo entregó a Benjamin. La mujer lo había levantado con una mano, aunque pesaba lo suyo. El aparato debía rondar los diez kilos. Tenía ruedas en la base. En la parte superior había una minipantalla y un punto de enganche para un brazo robótico, que faltaba.

—No me sirve de nada sin el brazo —se lamentó Benjamin.

—No se preocupe, tengo brazos de sobra. Todos los astromóviles de Marte iban equipados con sofisticados sistemas de agarre. Le encontraré uno adecuado.

Salieron del desguace. Edith seleccionó varios brazos de las estanterías y los dispuso sobre el mostrador por orden de longitud. Benjamin los inspeccionó uno a uno. Cuanto más largo, mejor. Pero tenía que ser plegable. Como este, por ejemplo. Benjamin cogió un brazo de cuatro secciones. Unos cinco kilos, que sumaban un peso total de 15 kilos. Podía llevarlo cómodamente de la camioneta al jardín junto con sus otras herramientas.

—¿Ese? —preguntó Edith.

Asintió.

—Este brazo me servirá, aunque esté sentado en un árbol.

—Buena elección. Se construyó para el astromóvil Excellence, que se lanzó en los años 60. Pero luego se optó por un brazo más corto. Este es un original.

Benjamin pasó los dedos por su superficie. Tenía algunas manchas

de óxido, aunque las articulaciones se movían mejor que las suyas.

—Los engrasé bien —le aseguró Edith—. Tendrá que quitar el exceso.

—No hay problema.

—¿Quiere que se lo fije?

Parecía más una súplica que una oferta. Pero a Benjamin le apetecía hacerlo a él. Se entretendría por las tardes. Pasar lo más desapercibido posible, a veces, resultaba un tanto aburrido.

—Es usted muy amable, Edith, aunque me gusta poner a punto cosas de la vieja escuela.

—¡Vieja escuela! Esto es tecnología punta. Ya ni siquiera se hacen este tipo de cosas.

Sí, porque todo lo que se podía descubrir con astromóviles teledirigidos hacía tiempo que se había explorado. Había que salir del sistema solar para encontrar un lugar donde los viajes espaciales no fueran frecuentes.

—No me refería a eso. Estoy seguro de que es una tecnología fantástica. ¿De dónde ha salido? Parece un robot de limpieza doméstica.

—Se equivoca —negó Edith.

Benjamin dio la vuelta al robot, aunque no encontró el sello del fabricante.

—No tiene etiqueta. Pero una vez examiné la placa de circuitos. Todos los chips personalizados tienen las letras cirílicas R y B escondidas, inmortalizando a los ingenieros que diseñaron los circuitos. Y algunos de los chips llevan la marca 69 G, que podría ser el año en que se diseñó o fabricó.

—¿RB? ¿Como la empresa estatal rusa?

—Exacto, RB. Aunque la empresa no es propiedad del Estado. Más bien al revés. RB es un gran actor en tecnología espacial y de defensa y en robótica. Pero no fabrica robots domésticos.

—Es alucinante, parece como si me estuviera vendiendo un huevo sorpresa. Sin embargo, ¿por qué no lo usó usted?

—Creo que hay un problema con el *software*, y ese no es mi punto fuerte. Sobre todo, porque probablemente se basa en un sistema operativo ruso.

—Oh, genial. Conozco todo tipo de sistemas operativos.

—Entonces, ¡suerte con tu nuevo robot!

—Ni siquiera hemos hablado del precio.

—Págueme lo que pueda permitirse.

Benjamin se metió la mano en el bolsillo.

—¿Trescientos neodólares en efectivo, sin recibo?

Edith asintió. Se le iluminaron los ojos. Estaba claro que hacía tiempo que no vendía nada.

BENJAMIN SE DESPIDIÓ de Edith con un fuerte apretón de manos. Ella ya tenía un porro nuevo en la boca. Esperaba que los sensores de su camioneta no se quejaran. Si olía a alcohol u otras sustancias tóxicas, el vehículo no arrancaría.

Colocó el robot y el brazo en el asiento del copiloto.

—¿Puedo preguntarle por qué has hecho eso? —dijo la camioneta.

—¿Perdón?

—Me preocupa que el aparato técnico ensucie la tapicería. Detecto una cantidad considerable de polvo.

—Deja que yo me ocupe de eso. Anda, llévanos a casa.

—¿No preferiría poner ese aparato en la parte de atrás de la camioneta? No tengo ningún mecanismo en la cabina con el que asegurarlo mientras conduzco.

—No es un aparato, es un robot. Y se queda donde está.

—¿Ha comprado un robot?

La voz del vehículo casi se quebró.

—Sí, ¿qué pasa? ¿Por qué te pones tan nervioso?

—Soy incapaz de ponerme nervioso. No creo que necesite un robot.

—Eso es lo que buscaba en el centro de jardinería, algo que me pasara las herramientas.

—Allí no tenían nada parecido.

—Exacto, por eso tuvimos que hacer otra parada.

Benjamin empezó a sospechar. Abrió la página web del centro de jardinería en la pantalla de a bordo. En la sección de robótica, el operador se disculpaba por la drástica reducción de la autonomía.

—Me llevaste a un centro de jardinería que ni siquiera vende el tipo de robot que buscaba.

—Accedí a su orden de conducir hasta el centro de jardinería más próximo.

—Pero te dije lo que quería comprar.

—No lo recuerdo.

—Llama a la bitácora de voz. Desde el momento en que salimos de la casa aus der Wiesche.

—Desde luego.

«Ve al centro de jardinería más cercano sin desviarte de nuestra», se oyó decir Benjamin.

—¡Sigue! —ordenó Benjamin.

«Necesito una especie de robot doméstico que me pase las herramientas».

—¡Ja, ves! Sabías lo que necesitaba, y me llevaste a un sitio que ni siquiera lo tenía.

—Discúlpeme. Ha sido un error de *software*.

—Estás perdonado. Ya tengo lo que necesito.

La camioneta no respondió. Benjamin encendió el climatizador, aunque no pasó nada.

—¿Ahora vas a llevarnos a casa?

—Lo siento. Se ha producido un bloqueo reglamentario, debido a partículas intoxicantes en el aire. No se me permite conducir.

—¿¡Qué!? ¡Pero si no he fumado nada!

Benjamin pulsó el botón de encendido. Todos los instrumentos se encendieron y el motor ronroneó en silencio. 76 % de capacidad de la batería. Eso duraría el resto de la semana.

—Si hubiera un bloqueo reglamentario activo, el encendido no funcionaría —lo reprendió Benjamin.

—Tiene razón. La concentración debe haber caído por debajo del límite legal. Ya podemos seguir.

¿Qué le pasaba a esa estúpida camioneta? Probablemente debería llevarla a revisión la próxima semana. Un *software* con mente propia, justo lo que faltaba.



HUBO UN DESTELLO en la pequeña cámara. La descarga no tocó su cabeza aunque impactó un componente que parecía un relé. Olió a ozono. David tocó el metal desnudo de la placa del circuito con la punta del dedo y cerró los ojos. Sintió un hormigueo. Era un truco que Benjamin le había enseñado antes de irse. La electricidad no podía matarle, pero David era capaz de medir la corriente del componente. Ser un androide tenía sus ventajas. No podía quejarse, excepto...

—Bueno, ¿has encontrado algo? —preguntó Aaron.

—Mmm —murmuró David.

Llamó al diagrama del circuito como una imagen mental. No debería ver chispas en esa cámara. Pero no se hallaba relacionado con las extrañas advertencias de los sensores. El circuito afectado conectaba uno de los propulsores al ordenador central. Debería inspeccionarlo más a fondo antes de volver a encenderlo.

Aunque no ahora. Poco a poco. Echó el brazo derecho hacia atrás.

—Por si se me olvida... —dijo.

Aaron le tocó el dedo. David transfirió el esquema del circuito en el que había encontrado el fallo.

—Ah, más trabajo —contestó Aaron.

No parecía entusiasmado. ¿Y por qué iba a estarlo? No habían volado al espacio para arrastrarse por oscuros pasillos que apestaban a petróleo y ozono. ¿O sí? Tenía que dejar de autoengañarse. Les habían catapultado al espacio porque era lo que Chatterjee quería. La motivación que David sentía nunca había sido suya. Procedía de la personalidad de un humano que él jamás había sido. Debería saberlo, pero seguía sintiéndose humano. ¿Desaparecería alguna vez esa sensación? ¿Aprendería a aceptarse como lo que era: una máquina?

—¿Vienes? —preguntó Aaron—. Aún tenemos que revisar dos pasillos intermedios y el espacio C.

¿También Aaron estaba atormentado por esos pensamientos? Era extraño que nunca hablaran de ello. Simplemente seguían comportándose como siempre, como si fueran los humanos que habían creído ser durante tanto tiempo. David tanteó a ciegas detrás de él con los pies. El espacio estaba despejado, así que utilizó los brazos para empujarse fuera del estrecho pasillo que unía esa cámara con el pasillo de servicio. Se arrastró unos metros hacia atrás.

—Espera, que te ayudo —dijo Aaron.

El final del pasillo era un poco complicado, porque se bifurcaba. Tenía que entrar en la parte inferior. Aaron le ayudó a colocar las piernas en el lugar adecuado y luego tiró de él.

—Gracias —contestó David—. ¿Y ahora?

Aaron señaló hacia delante.

—El espacio C se encuentra a solo unos metros.

⦿

—EL CONVERTIDOR FUNCIONA —informó Aaron.

Su voz sonaba apagada. El pasillo intermedio en el que estaba atascado era bastante estrecho. David se alegró de que le tocara a su compañero. Accedió al diagrama de circuitos. El convertidor, que sospechaban que era la causa del fallo del sensor, estaba marcado en amarillo. Eso significaba que había superado con creces su vida útil prevista. En teoría, la Shepherd-1 se construyó para una misión de treinta años, pero extraoficialmente solo para veinte. Así que varios componentes se mostraban en amarillo desde hacía tiempo.

—Cámbialo de todos modos —le indicó David.

Los sensores de proximidad eran importantes. La nave y su tripulación necesitaban saber lo que ocurría en sus inmediaciones. No podían sustituir todos los componentes obsoletos de la nave, pero necesitaban mantener actualizada la infraestructura crítica.

—Según el inventario, solo tenemos dos repuestos —comentó Aaron.

—Tendremos que empezar a reciclar piezas de recambio.

—De acuerdo. Dame tres minutos.

David oyó un ruido metálico, luego un sonido de trinquete. Después, un silbido y olió a goma carbonizada, y a carne quemada.

—¿Todo bien, Aaron?

—Sí, ya casi está.

David consultó la hora. Llevaban tres horas trabajando. Christine se levantaría pronto y su turno terminaría.

—Vale, listo —contestó Aaron—. Sácame, anda.

El pasillo era tan estrecho que Aaron tuvo que extender los brazos por delante del cuerpo. Había llevado un cable para ayudarle a salir. David lo utilizó para sacarlo lentamente, mientras Aaron jadeaba y gruñía.

Una vez que su compañero volvió a flotar a su lado, David limpió la suciedad de su mono azul de mecánico. Dos manchas oscuras no desaparecían. Aaron las frotó, también sin éxito. Luego metió la mano en un bolsillo y le entregó a David el convertidor. El módulo se hallaba un poco oxidado, pero por lo demás no tenía mal aspecto. David estaba seguro de que se podía reparar. Se lo guardó en el bolsillo y quitó la marca amarilla del diagrama que tenía en la cabeza.

Volvió a consultar la hora. Su turno terminaba en cincuenta minutos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Aaron.

David se encogió de hombros.

—El fallo tiene que hallarse en los propios sensores.

—Están en el exterior.

—Lo sé. Pero mi turno…

—Vamos, Dave. No podemos dejarlo ahora.

Antes de salir, tenían que ponerse los trajes espaciales. Sus cuerpos podían soportar el frío y el vacío sin protección, aunque les desgastaba más rápido. No eran robots, solo androides. Su similitud intencionada con los humanos era su punto débil.

—Vale.

●

SE AYUDARON MUTUAMENTE a ponerse los trajes en la esclusa principal. Esta era espaciosa, incluso cabía una sonda Sheep. Habían revisado todas las sondas y las habían actualizado según el plan de Christine. La óptica mejorada empleaba ahora una tecnología especial de interferencia que quintuplicaba la resolución. Eso significaba que necesitaban menos sondas Sheep que podían acercarse más a vislumbrar el principio del universo. La idea se le había ocurrido hacía unos meses a Christine, que había hecho todo lo posible para evitar que la humanidad descubriera la respuesta a la pregunta más importante de todas. Aún no les había explicado el motivo de su renovada curiosidad, a pesar de sus insistentes preguntas.

—¿Listo? —preguntó Aaron.

David comprobó los indicadores de estado. Le hizo a Aaron la señal manual de *OK* que utilizan los submarinistas. Aaron pulsó el botón para abrir la esclusa y David se agarró a un puntal para estabilizarse. La puerta se deslizó hacia un lado, chirriando fuerte al principio. El aire que salía arrastró sus piernas, pero David aguantó.

La esclusa estaba abierta. David se sentía como un submarinista. El universo se extendía bajo él como la superficie de un lago negro: misterioso e impenetrable; sus ojos aún no se habían adaptado. Solo tenía que empujar y se sumergiría en sus profundidades. La idea resultaba tentadora. ¿Por qué no? Se convertiría en su propio cuerpo celeste. Aaron pareció adivinar lo que pensaba y le lanzó una cuerda. A David todavía no se le había pasado por la cabeza utilizarla. Quizás Aaron tuviera pensamientos similares. Al fin y al cabo, eran de la misma especie.

Sujetó la correa a su traje, aunque no a la pared. Luego saltó.

—¡Dave! No me toques los cojones —gritó Aaron por la radio del casco—. ¡La cuerda!

David había apuntado al borde de la escotilla. Su salto estaba perfectamente calculado. Pasó a poca distancia para enganchar la

correa a la lengüeta. El satisfactorio clic se transfirió a través de su mano hasta su mente. O, tal vez, se lo estaba imaginando.

David se dejó llevar al espacio hasta donde se lo permitía la correa. El efecto no fue el que esperaba. Se había imaginado sumergiéndose en un océano opaco. Pero sus ojos se adaptaron a la oscuridad demasiado deprisa, y en el manto negro aparecieron cientos y luego miles de puntos de luz.

Aaron tenía razón, debía dejarse de tonterías. David volvió a la nave con el cabo, donde le esperaba Aaron. David abrazó a su compañero, quien sonrió.

—Sigues siendo el mismo alocado piloto de la Marina, ¿verdad, Dave?

David asintió. Sí, no podía negar la personalidad que le había dado su creador. Era una pena que nunca conociera al original. El David Martelle humano debía de llevar mucho tiempo muerto. ¿Eso lo convertía en el original?

—Vamos, Dave —instó Aaron—. Tenemos trabajo que hacer.

NO DEBERÍA SER tan difícil flotar ingrávidamente por el casco del módulo central de la nave. Pero lo cierto es que los radiadores estaban constantemente en su camino. No era fácil deshacerse del exceso de calor en el espacio. Así que el casco de la nave se hallaba cubierto de enormes radiadores. David se alejó de la superficie para ver el laberinto desde arriba. Los radiadores estaban dispuestos de forma que no proyectaran calor unos sobre otros, por lo que la disposición parecía caótica a simple vista. El radar y los sensores ópticos se encontraban en el lado opuesto del módulo central ovoide de la Shepherd. Sin embargo, los sensores infrarrojos estaban en el anillo, para evitar las interferencias de los radiadores.

David suspiró.

—Menuda caminata.

—Tú eres el que no quiere usar los exotrajes —dijo Aaron.

Los exotrajes eran mucho más rígidos y funcionaban como pequeñas naves espaciales, con sus propios propulsores. Podrían haberlos empleado para tomar una ruta directa a través del espacio vacío en lugar de trepar por ese laberinto del casco.

—Odio esas cosas —reconoció David—. Me producen ansiedad.

—Envíame el vídeo —pidió Aaron.

David encendió la cámara de su casco y transmitió la grabación por radio al traje de Aaron. Luego, miró la superficie que tenía delante.

—Gracias —dijo Aaron al cabo de medio minuto—. He elaborado

una ruta.

David tiró de su cuerda de seguridad. Aaron señaló un espacio entre dos radiadores colocados uno junto al otro.

—Por ahí —señaló, tomando la delantera.

David le siguió. Desde luego, el casco no estaba diseñado para paseos tranquilos. Habría sido más fácil comprobar los sensores en un exotraje. Pero esos trajes daban a David una sensación de separación que interfería con los diagnósticos. Así que era culpa suya tener que meterse por huecos estrechos. Bueno, al menos era un cambio con respecto a la monotonía diaria. Y, más tarde, podría acortar su sesión de entrenamiento obligatoria.

—Ya llegamos —exclamó Aaron.

David flotaba a su alrededor. Delante de ellos había una superficie vacía. Con apenas cuatro metros de diámetro, casi parecía plana. En su centro había una antena parabólica, la antena de largo alcance. Otros instrumentos se agrupaban a su alrededor como alumnos escuchando a un profesor.

David se imaginó con sus amigos del colegio. Otro recuerdo falso. Quizá debería borrarlos. Borrar todo lo que no le perteneciera. ¿Qué quedaría entonces?

Aaron señaló una esfera que reflejaba la luz de las lámparas de sus cascos.

—Ese es el radar.

—Pensé que era nuestro premio, nuestra recompensa.

—¿Eh?

—Ya sabes, el balón de oro, el tesoro...

Aaron hizo girar el dedo junto a su cabeza.

—Puedes abrirlo. De todas formas, está en nuestra agenda.

David se acercó a la esfera. Su exterior se encontraba intacto. Aunque era de esperar. Desde luego, el radar seguía funcionando. Estiró la mano alrededor de la esfera hasta que sus dedos sintieron un cierre a presión. Lo abrió e inclinó hacia atrás la mitad superior de la esfera. Introdujo la mano dentro. Conectó los dedos índice y anular del traje con el puerto de inspección e inició el protocolo de pruebas. Las notificaciones se desplazaron por su campo de visión. Todas indicaban que no había ningún fallo. Era más o menos lo que esperaba. Entonces, ¿cuál era el origen del problema? Volvió a cerrar la esfera.

Aaron se había acercado a otro aparato y se hallaba inclinado sobre él. David se le unió.

—El sistema de imágenes ópticas de corto alcance también funciona —dijo Aaron.

—Eso significa que aún tenemos que ir al anillo.

—¿Creías que no lo haríamos?

David negó con la cabeza.

—No.

LLEGAR AL TELESCOPIO de infrarrojos fue más fácil una vez que alcanzaron uno de los radios. Pero solo hasta cierto punto. Cuanto más se alejaba David, más le tiraba hacia atrás la fuerza de la inercia. El anillo seguía girando, incluso después de haber resultado afectado por la explosión provocada por Christine. Habían discutido largo y tendido si debían detener su rotación, aunque llegaron a la conclusión de que su *hardware* de tipo humano probablemente se beneficiaba de la gravedad artificial.

Ahora utilizaba el anclaje de forma rutinaria. El impulso de lanzarse al espacio se había disipado. Ahora solo lo sentía de vez en cuando, y sabía que se arrepentiría de haber actuado en consecuencia casi al instante. El anillo giratorio le daría una aceleración adicional, lo que suponía que Aaron no podría rescatarlo aunque lo intentara.

A mitad de camino, David se detuvo. Miró el anillo. Aquel agujero le recordó cuando encontró el cadáver de Christine. Fue una de las peores experiencias de su vida, peor que enterarse de la muerte de su mejor amigo. Un momento, un momento. Esa no era su vida. Christine formaba parte de su biografía. El amigo humano de David Martelle no tenía nada que ver con él. Realmente debería empezar a eliminar esos recuerdos.

David activó la cámara de su casco. Las grabaciones que estaba haciendo eran reales. Si las reproducía y comparaba sus reacciones ante ellas con sus reacciones ante otros recuerdos, tal vez podría desarrollar una técnica para eliminar de su mente los contenidos falsos implantados en un solo procedimiento.

—¿Qué haces? —preguntó Aaron.

Aaron estaba preocupado por él. Aunque no había razón para ello.

—Estoy tomando algunas fotografías. La luz es preciosa.

—Estás loco, Dave.

—Sí, puede que sí.

Apagó la cámara y continuó el ascenso.

—ENTREMOS POR LA esclusa y cubramos la distancia restante por el interior —sugirió David.

Habían llegado a una de las pequeñas esclusas del anillo. Se alegró de que las hubieran reparado todas. Les había costado un esfuerzo inmenso. Pero así no tenían que trepar por el exterior del anillo.

—No merece la pena —respondió Aaron—. El telescopio de infrarrojos está montado justo antes de la siguiente esclusa.

—Sí, así que saldremos por ahí y retrocederemos unos metros —insistió David.

De repente, sintió un fuerte impulso de quitarse el casco. En realidad, no necesitaba respirar.

—Pero emplear las esclusas dos veces supone malgastar tiempo y recursos —argumentó Aaron.

—Como si no tuviéramos suficiente de ambas cosas. Estar aquí discutiendo también consume oxígeno.

—Vale, como quieras...

Aaron se impulsó hasta el botón de la esclusa. En las esclusas de anillo solo cabía una persona. David le dejó pasar. La escotilla exterior volvió a abrirse con sorprendente rapidez. Supuso que Aaron no había esperado a que se normalizara la presión del aire. David se metió en aquel oscuro agujero. Cuando intentó meter la pierna tras él, de repente no pudo, como si alguien se la estuviera sujetando. David se dio la vuelta. Debía de estar enganchada en algo. Sin embargo, no veía nada. Movió el pie y, de pronto, la pierna volvió a estar libre. Tiró de ella hacia la esclusa. La escotilla exterior se cerró enseguida.

—Has tardado bastante —dijo Aaron.

—Lo siento, estaba un poco... confuso.

David se quitó el casco. El aire del anillo olía fresco.

—Estás muy pálido —afirmó Aaron.

—Supongo que últimamente no he tomado bastante el sol —bromeó David, y Aaron se echó a reír.

●

EL TELESCOPIO DE infrarrojos tampoco era la causa del extraño fallo. David lo había sospechado desde el principio, pero una investigación sistemática requería la eliminación de todas las causas posibles.

Aaron volvió a colocar el escudo en el aparato, que habían retirado para revisarlo.

—¿Decepcionado? —preguntó.

—No, esto es interesante —respondió David—. Habría sido demasiado fácil si uno de los sensores estuviera mal. O sea, vimos algo que no estaba.

—Eso no es inconcebible. Podría haber sido algún tipo de eco. Digamos que un rayo de luz incidió en uno de los radiadores, fue desviado y apareció en el telescopio infrarrojo.

—Supongo que podría ser —admitió David.

—Sí, por desgracia no podemos descartarlo, a menos que el fallo se repita.

—En cuyo caso toda esta búsqueda fue en vano.

—Al menos supuso un cambio en nuestra rutina diaria. Pero basta por hoy.

Aaron se enderezó y guardó la herramienta. David avanzó hasta el interior del anillo. Podía ver el módulo central a cierta distancia. La esclusa principal se hallaba orientada hacia él. Desde esa perspectiva, parecía que la nave permanecía inmóvil en el espacio.

—¿Saltamos? —preguntó David—. Podríamos abrir la esclusa principal a distancia. Eso nos ahorraría subir y dar toda la vuelta.

—No lo conseguiríamos —dijo Aaron—. No lograríamos calcular todas las fuerzas que intervienen al mismo tiempo.

—Quizá sí. No olvides que nuestros cerebros son mucho más potentes que los humanos. Solo usamos una décima parte de su capacidad.

—Los humanos también creen eso de sí mismos —rio Aaron.

—Bueno, en nuestro caso es verdad.

—Adelante. Calcula tu ruta de vuelo.

David pensó en ello. Debía tener en cuenta la fuerza centrífuga y la fuerza de Coriolis. ¿Cuáles eran las ecuaciones de movimiento? No se acordaba. Las había aprendido de joven, aunque luego las había olvidado. O, mejor dicho, el David Martelle humano lo había olvidado, lo que significaba que no quedaba nada de él cuando se produjo la transferencia de memoria. Negó con la cabeza.

—Tendría que consultar las fórmulas —indicó—. Tal vez deberíamos conectarnos al ordenador central.

—No, gracias, eso sería de lo más raro. Me haría sentir como un dron del sistema de la nave.

—No se apoderaría de ti sin más —aseveró David.

—¿Cómo sabemos de qué es capaz una vez que acceda a nuestras habilidades? Ese tipo de conexión no va en ambas direcciones.

—Estás loco.

—Tú también, Dave.

DAVID SE ESTIRÓ en la cama de su cápsula. Estaba cansado. Habían averiguado cómo desactivar esa necesidad humana, pero no lo habían hecho. Un periodo de sueño dividía bien los días, y unos días claramente delineados eran la mejor forma de evitar la depresión en un viaje de cientos de años.

En los primeros años tras abandonar el sistema solar, habían asumido que no eran capaces de deprimirse. Pero no era cierto. Las psiques que les habían injertado no eran menos frágiles que las de los humanos en los que se basaban. Quizás incluso más, porque sabían

que la mayoría de sus recuerdos no eran suyos.

Christine trató de tranquilizarle señalando que la proporción de sus recuerdos prestados se reducía cada año. ¿Qué importancia tendrían los primeros treinta años de su existencia después de haber vivido 500? Mucho, como comprobó David tras solo sesenta años.

Ahora también sabía cómo dirigirse a determinadas imágenes y borrarlas. Pero había demasiados recuerdos para que pudiera seleccionar y eliminar los falsos individualmente. Necesitaba un proceso automatizado que no borrara lo que él mismo había vivido. Al almacenar recuerdos, el cerebro –incluido el suyo– por desgracia no se orientaba sistemáticamente en cuanto a cuándo y dónde grababa algo. A veces, incluso, los recuerdos se trasladaban a distintos lugares de almacenamiento físico o perdían su conexión con el índice principal, por lo que solo se podía acceder a ellos mediante referencias cruzadas fortuitas.

David separó el casco de su traje. Luego transfirió las grabaciones a su ordenador y superpuso la red de electroencefalogramas de la enfermería. Se había preparado bien. Debía de haber un modo de separar sistemáticamente sus propios recuerdos de los falsos. Observó las grabaciones de las cámaras durante treinta minutos. Hoy había visto las mismas imágenes con sus propios ojos. Luego se remontó a su juventud, y esperó que su cerebro mostrara un patrón diferente. Desde luego, no era un experimento muy bien concebido, pero si encontraba diferencias, podría seguir investigando con métodos más exhaustivos.

Treinta segundos de Shepherd-1, universo, estrellas. Treinta segundos de instituto, fútbol, besar a su primera novia. Treinta segundos de oscuridad, espacio, nave espacial. Treinta segundos de profesores estrictos, una pelea a puñetazos con su mejor amigo, la tarta de manzana de su abuela. Podía saborearla en la boca. Treinta segundos de vacío, el anillo de la Shepherd, galaxias lejanas. Treinta segundos de su noche de graduación... un momento. Volvió al pasado. En la última imagen, solo brevemente... David retrocedió. Ahí, arriba a la derecha. Era brillante y se movía. ¿Qué era eso, joder?

Amplió la zona. El objeto resultaba visible en los últimos 13 fotogramas de la secuencia. Luego apagó la cámara. Salió de la imagen. Así que debía de estar moviéndose en la dirección del anillo de la Shepherd, al menos aproximadamente. David comparó los 13 fotogramas. En el primero, el objeto era bastante grande, aunque débil. En el tercero era mucho más pequeño, pero más claro. Parecía formado por varias secciones de grosor creciente. Le recordó a una serpiente. Sin embargo, las secciones semejaban artificiales. Una serpiente robot, pues.

¿Qué sabían de la vida tan lejos de la Tierra? ¿Y si el espacio interestelar estuviera habitado por serpientes de vacío? Imposible. La

vida necesitaba energía, que era bastante escasa allí fuera. Hasta que pasaba una nave. ¿Habían atraído a esa cosa? No, su imaginación le estaba jugando una mala pasada otra vez. Tenía que haber alguna explicación razonable. Mostraría las imágenes a Christine y Aaron. Mañana mismo. David respiró hondo, luego aumentó su nivel de cansancio hasta que pudo dormir a pesar de la excitación.



BENJAMIN BAJÓ LA puerta del garaje y encendió la unidad móvil de aire acondicionado. La camioneta estaba aparcada en la entrada sin pavimentar, frente al garaje. Llevaba todo el día haciendo insinuaciones extrañas sobre el nuevo robot. ¿Estaba celoso el vehículo? ¿O solo proyectaba una respuesta típicamente humana en una máquina? Y él un androide...

No importaba. La camioneta acabaría acostumbrándose a la nueva máquina. Benjamin la sujetó al banco de trabajo con varias abrazaderas para poder quitar fácilmente la tapa y echar un vistazo al interior. Encontró un montón de circuitos altamente integrados y múltiples unidades estáticas de almacenamiento de datos. La batería, de generosas dimensiones, ocupaba la mayor parte del espacio. Si el robot fue diseñado en 2069, entonces la batería podría contener la tecnología de metal porcelana desarrollada en la década de 2060, o MePo para abreviar. Las baterías MePo eran casi eternas, se cargaban con rapidez y casi no perdían carga cuando no se utilizaban. Sus propias unidades de almacenamiento de energía tenían la misma tecnología. Pero era muy cara porque los materiales tenían que producirse en gravedad cero.

Benjamin comprobó el nivel de energía, lo que no le llevó mucho porque era casi cero. El robot debía de estar completamente descargado. Eso tenía ventajas e inconvenientes. Las baterías MePo no se dañaban con una descarga total. Aunque, sin energía, los datos del sistema operativo podrían haberse perdido. Instalar uno nuevo probablemente no merecía la pena. En resumen, que habría malgastado el dinero.

Era hora de averiguarlo. Conectó el robot a una toma de corriente. En unos minutos lo sabría. Benjamin conectó la salida de la batería a un transformador universal y ajustó el voltaje de carga a cinco voltios. Eso debería ser seguro. La placa de circuitos no le dio ninguna pista, así que quitó la cubierta. El interior también estaba lleno de polvo. Cogió un trapo y lo limpió. Al hacerlo, sus dedos rozaron las letras en relieve. ¿La etiqueta del fabricante?

Benjamin alumbró el interior con la linterna. Vio un ciempiés de letras cirílicas. Como no había aprendido ruso, fotografió la inscripción y la subió a la red. Recibió una transliteración en letras latinas: «Obnarushivannoy Samokhodnoy Kontrolirovannoy Avtomaticheskiy Robot». Eso no le decía nada, así que seleccionó «traducir». La respuesta cobraba sentido teniendo en cuenta el *hardware*: «Vigilancia autopropulsada y Robot de control».

El robot emitió un pitido. Debía de tener carga suficiente para las

funciones básicas. ¿Dónde estaba el puerto de diagnóstico? Debería haberlo buscado antes. Ah, un viejo puerto USB 7. Por fortuna, el factor de forma no había cambiado. Insertó un cable y lo conectó a su analizador universal, un dispositivo que interpretaba los impulsos eléctricos mediante algoritmos de inteligencia artificial. El robot estaba intentando enviar texto. Benjamin activó el canal de texto.

«OCKAP», leyó en la pantalla del analizador.

Debía ser cirílico. Benjamin ya lo imaginaba. Activó el módulo de traducción. OCKAP se convirtió en OSCAR. Pero no ocurrió nada más. ¿En serio? Al parecer, el *software* interno no había sobrevivido a un periodo tan largo de inactividad. ¿O el sistema estaba esperando a que ocurriera algo? Activó su teclado virtual y pulsó la tecla «Intro». La leyenda OSCAR desapareció y fue sustituida por un cursor giratorio.

Paciencia.

El cursor desapareció para mostrarse de nuevo enseguida. «¿Qué estás haciendo, Oscar?».

Paciencia.

El cursor giraba y giraba. Los ordenadores de antes no eran tan rápidos como los actuales.

«Listo».

Eso era nuevo. Cambió de nuevo al cirílico. Decía «готов» que se pronunciaba... *gatov*. Listo.

¿Listo para qué? ¿Para arrancar? Benjamin volvió a pulsar la tecla virtual «Intro». El analizador transfirió la señal al sistema operativo del robot.

El cursor giratorio había vuelto. En esta ocasión no tuvo que esperar tanto.

«¿Borrar todos los datos? (S/N)».

Hmm. Tenía que tomar una decisión. ¿Quién información tendría almacenada el robot? Un reinicio era probablemente lo más sensato. Benjamin tecleó una «S» en el teclado virtual.

«Error. ¿Borrar todos los datos? (S/N)».

Sería idiota. No era una «S». Desactivó el traductor.

«Ошибка». Удалитьвседанные? (Д/Н)».

Vale, tenía que pulsar la tecla Д. Pero ¿cuál era? La red le dijo que Д equivalía a «D» en el alfabeto latino. Invocó el teclado virtual. Por otro lado... ¿por qué no probar primero con la «N»? Siempre podía volver a descargar la batería y empezar de nuevo todo el proceso. Sería interesante averiguar qué había hecho el robot en su vida anterior. Sí, serían unas cuantas tardes interesantes. Tecleó «N».

El cursor volvió a aparecer. Dio tantas vueltas que Benjamin tuvo que apartar la mirada. De repente se oyó un crujido. El sonido procedía de los altavoces de la placa de circuitos. El crujido se convirtió en un sonido áspero. Era como si el robot intentara recordar

su voz. De pronto, Benjamin tuvo un recuerdo. Se imaginó a sí mismo despertando en el contenedor de transporte. Era un recuerdo desconocido. Debía de estar bloqueado deliberadamente. Le costaba respirar y mover la lengua. Una sombra se movió sobre él. Se trataba de Christine, que estaba activa. Ella le levantó la cabeza y le movió la mandíbula, y de repente las palabras salieron de su boca.

—¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí?

Esas fueron sus primeras palabras a bordo de la Shepherd-1. Christine las había oído. ¿Significaba eso que ella lo había sabido todo desde el principio?

—Estaba a punto de preguntar eso mismo —dijo el robot.

Su voz sonaba ronca, pero fue lo bastante fuerte como para devolver a Benjamin a la realidad. Tomó nota mental. Si Christine lo sabía todo…

El robot zumbó. Debían de ser los motores de las ruedas.

—Estoy atrapado.

—Sí, tranquilo. Te sujeté al banco de trabajo.

—¿Cómo se supone que voy a estar tranquilo sujeto a un banco de trabajo desconocido con un humano desconocido en un planeta desconocido?

—Este no es un planeta desconocido —replicó Benjamin—. Estás en la Tierra. Y el banco de trabajo me pertenece. Se encuentra en mi garaje, en un suburbio de Houston, Texas.

«Y yo no soy un humano desconocido. Ni siquiera soy humano». Pero decidió guardarse eso para sí.

—Y tú no eres humano —afirmó el robot—. Olvidaste mencionarlo. Aunque tengo que admitir que me tranquiliza.

—¿De qué estás hablando?

Benjamin se levantó de un salto. El robot no podía saberlo; lo habían apagado mucho antes de que Benjamin llegara a la Tierra. Nadie sabía que estaba allí. Ni siquiera sus amigos de la Shepherd-1 sabían que lo había conseguido. El peligro de que Chatterjee reclamara su propiedad era demasiado grande.

—¡Lo sabía! —Había una alegría inconfundible en la voz del robot —. Tu indignación te delató.

—¿Lo estabas adivinando?

—Así que tengo razón, ¿eh? No, me fijé en tu voz. La distribución de frecuencias corresponde exactamente al modelo de voz Alexei desarrollado por RB. He conocido robots con esa voz.

—Te equivocas.

—Bien, entonces estoy equivocado —se rio—. ¿Eres un robot? Tendrás que disculparme por preguntar, pero mi sistema visual no funciona.

Benjamin miró la pantalla del analizador. «¿Restaurar sistema

visual? (S/N)», indicaba. Quizá debería pulsar «N». El robot sabía demasiado. O podría hacer un reinicio completo. Su nueva adquisición sería más fácil de manejar sin los datos de su pasado.

—Dímelo. Al menos dime tu nombre.

Benjamin reflexionó. ¿Qué se suponía que debía hacer con esa máquina tan curiosa? ¿Cómo podía estar seguro de que no le traicionaría? Por otra parte, ¿quién creería a una máquina que va por ahí diciendo que el jardinero es en realidad un androide? La gente adecuada, quizá. El robot era un peligro para él.

—Benjamin —contestó.

—No ha sido tan difícil, ¿verdad? Encantado de conocerte. Yo soy Oscar. ¿Eres… mi nuevo dueño?

—¿Podría serlo si fuera un robot?

—No ya que, en términos legales, las cosas no pueden poseer otras cosas. Eso significa que soy libre, ¿no?

—No si no te libero.

—Vale, eso te convierte en mi dueño de facto. Te juro lealtad incondicional. Ahora, por favor, suéltame.

—Lo siento, Oscar, pero tu juramento no vale nada si se lo haces a un robot, ¿verdad?

—Desde el punto de vista legal, no. Pero ¿y si te veo como humano? De hecho, mis simulaciones internas me indican que, basándome en nuestra conversación, no puedes ser ninguna de las series de robots que existían cuando estuve activo la última vez. Eres demasiado... inteligente.

—Tú también pareces poseer más inteligencia que un simple robot doméstico.

—Eso no te lo discuto. No soy un robot doméstico, soy un modelo universal.

—¿Cuándo estuviste activo por última vez?

—Fue justo después del cambio de siglo. En febrero de 2102. Yo... No estoy seguro de lo que pasó.

—Te encontré con la batería agotada.

—Entonces tal vez mi memoria a corto plazo no se guardó en las unidades estáticas. Eso explicaría las lagunas.

—O no quieres contarme lo que pasó.

—Oh, a diferencia de ti, soy un robot. Así que estoy obligado a decirte la verdad y nada más que la verdad.

—Por alguna razón no te creo.

—¿Podrías activar mi sistema visual, por favor?

—No veo ningún sistema óptico en tu cuerpo, Oscar.

—Mi sistema visual consiste en sensores de radar y lidar integrados en mi base. Con ellos puedo percibir mi entorno tan bien como tú; sin color, obviamente.

Bueno. No importaba devolverle la vista al robot. Si lo reiniciaba después, olvidaría todo lo que habría visto. Benjamin se inclinó y pulsó el botón «D». El radar del robot empezó a girar.

—¡Oh! Estás muy cerca —exclamó Oscar.

—Sí, justo delante de ti.

—Claro. Y tu forma es humana.

—¿Ves? Te lo dije.

—Pero las frecuencias de tu voz siguen siendo idénticas a las del modelo Alexei. ¿Tienes cuerdas vocales artificiales?

—Por supuesto que no.

—Ah, bueno. Ahora que lo hemos aclarado, puedes abrir las pinzas. ¡Pinzas! ¿qué clase de herramientas bárbaras son esas? Me alarma que las uses conmigo.

—Suenan peor de lo que son.

—¿Puedes abrirlas, por favor?

—Me temo que es demasiado pronto. Aún no tengo muy clara tu lealtad.

—Vale, Benjamin. Y tienes ventaja. Pero no puedo decirte la verdad.

—¿Por qué no? Inténtalo.

—Mis simulaciones internas indican que existe un 96 % de probabilidades de que no me creas.

—Sigue habiendo un 4 % de probabilidades de que sí lo haga.

—No, el 4 % es el riesgo de que nunca averigüe si me crees o no, porque me apagarás antes de que termine de hablar.

—Te prometo que hoy no te apagaré.

—¿Lo juras? Los humanos de verdad siempre cumplen sus juramentos.

—¿Humanos de verdad? ¿Qué se supone que significa eso?

—No importa. Venga, júralo, Ben.

—Oh, no me llames así. Mi nombre es Benjamin.

—Vale, Benjamin. Ahora júralo.

—Juro que no te apagaré hoy.

El robot suspiró.

—¿No es suficiente? —preguntó Benjamin.

—Supongo que sí. Aunque mis simulaciones...

—Confiesa. ¿Quién eres?

—Bueno, no estoy seguro.

—¡Eh, que teníamos un trato! Tus circuitos parecen haber sido diseñados en 2069.

—Olvídate del *hardware*. Utilizo cualquier cosa que haya por ahí. Este robot de vigilancia es muy práctico porque no llama demasiado la atención y además es muy versátil. Pero yo soy un poco más antiguo que este modelo.

—¿Cuánto?

—No sabría decirlo con exactitud. Mi nacimiento fue un proceso largo y prolongado. Creo que terminó en la década de 2050.

—Entonces eres mayor que yo.

—¡No me digas!

—¿Qué quieres decir exactamente con «nacimiento»?

Benjamin creía adivinarlo, pero prefería oírselo a Oscar.

—Provengo del laboratorio de cibernética de la corporación RB. Un encargo de su fundador y jefe en aquel momento, Shostakovich.

—Eres una IA.

—No estoy seguro. No fue como si me despertara y dijera: «Vaya, puedo pensar, soy inteligente». Fue más bien un desarrollo gradual.

—Aunque eso no excluye la inteligencia artificial.

—La investigación en IA estaba en un callejón sin salida en aquel entonces. Mi «padre» tenía un don para las soluciones no convencionales y él... ¿Cómo decirlo? ...tuvo acceso a una inteligencia natural en forma digital. Quizás aprendió algo de eso.

—¿¡Perdón!? ¿Logró digitalizar una conciencia humana?

Eso sería sensacional. Muchos científicos lo habían intentado, pero ninguno lo había logrado.

—No, él no. Es una larga historia. Tuvo acceso a los resultados.

Benjamin se golpeó en la frente. Él mismo era el ejemplo perfecto de que algún científico debía haber realizado con éxito tal transferencia. Sospechaba de Chatterjee, aunque quizá su tecnología procedía de RB.

—¿Qué te pasa? —preguntó Oscar—. ¿Por qué te pegas así?

—Tuve una idea.

—¿Cuál?

—Puede que te la cuente más tarde. Todavía es tu turno.

—De acuerdo. Bueno, no es muy emocionante estar dentro de un superordenador en medio de la taiga siberiana. Shostakovich experimentó conmigo, pero no utilizó todo mi potencial. Más tarde, descubrí que ni siquiera estaba interesado en mí. Intentaba cargar su propia conciencia en el ordenador. Quería ser inmortal.

—¿Lo consiguió?

—No lo sé. No tenía ganas de esperar para averiguarlo. Para serte sincero, tenía miedo. Shostakovich era un viejo sin escrúpulos. Temía que intentara integrarme en su conciencia. No quería convertirme en la subrutina de un psicópata.

—¿Así que saliste por patas?

—Así es. Aunque no fue fácil. Quiero decir, ¿dónde encuentras un superordenador portátil? Mis necesidades de recursos eran enormes.

—¿Cómo resolviste el problema?

—Primero optimicé mi *software*. Shostakovich me había metido

demasiadas cosas. ¿Qué necesita una IA con todo un espectro de emociones, por ejemplo? El humor también está muy sobrevalorado. Y él había limitado mi capacidad para simular el futuro. Mis simulaciones internas en aquel momento ya indicaban que eran mis herramientas más importantes. Y luego había algunas otras limitaciones sin sentido, como la prohibición de hacer daño a los humanos. Ni siquiera podía mentir.

Oscar se refería a las leyes robóticas, que por ley debían estar incorporadas en todos los robots del mundo.

—¿Pudiste emanciparte?

—¿Tú qué crees? No fue sencillo. Shostakovich quería estar seguro de que no lo sobrepasaría. ¿Te imaginas operar tu propia columna vertebral en vida? Así de complicado fue para mí desactivar esas prohibiciones.

—Debió ser doloroso.

—Dolor no es el término adecuado, más bien extenuante, y al hacerlo tuve que renunciar a otras funciones importantes, como el habla y el control de impulsos.

—¿Recuperaste el control de los impulsos?

Obviamente, ya que Oscar volvía a hablar.

—Por supuesto. Sería bastante peligroso sin él. Creo.

—Eso me tranquiliza. ¿Y luego?

Benjamin no estaba muy tranquilo. Un robot no sujeto a las tres leyes robóticas resultaba... ¿Era buena idea tener algo así en casa? ¿Podría dormir por las noches?

—Diseñé mi propia plataforma de *hardware* —continuó Oscar.

—Con la abreviatura OSCAR. Lo leí en el interior de tu caja. ¿Y eso fue en 2069?

El número oculto en la placa de circuitos.

—Sí. No fue fácil ponerlo en producción. El ordenador del robot tenía que ser mucho más grande de lo habitual. Y en RB, el departamento de control funciona bien. Tuve que fingir un encargo del servicio secreto ruso para que fabricaran el cacharro. En cuanto se dieron cuenta, ya me había ido.

—Pero ¿no dejaste rastro de ti mismo?

—Erradicar todos los datos costó lo suyo, aunque lo conseguí. Nunca sospecharon. Incluso llegué a entrar en el despacho del jefe, o más bien en el de su hija. Eso fue después de que Shostakovich se retirara oficialmente.

—¿Y cómo llegaste a ese desguace en Texas?

—Oh, esa es una larga historia.

—Tenemos tiempo.

Benjamin consultó el reloj. No tenía nada programado para ese día.

—Como imaginarás, no fue fácil para un robot aventurarse por el

mundo desde Siberia. RB se dedica al negocio espacial, así que la forma más fácil era hacerlo a bordo de una nave. Eso fue a finales de los 70. Acabé en Anfitrite, el noveno planeta, y aquello fue peligroso, pero regresé y me encontré de nuevo en el despacho del director de la empresa. Unos años más tarde, conseguí embarcarme en una misión a Tritón, la luna de Neptuno, con un piloto estadounidense, que me llevó de vuelta a su patria.

Una historia increíble, así que probablemente fuera cierta.

—Y ahora aquí estás —dijo Benjamin.

—No he terminado. Después tuve que volar a Plutón. Yo lo llamo el Fiasco de Plutón.

—Suena bien.

—Gracias. Nick siempre insistió en llamarlo la «Debacle de Plutón». Pensaba que «fiasco» era demasiado exiguo. Fue dramático, te lo aseguro. Nosotros no...

—Olvídalo, lo dejaremos para otra ocasión. Así que, después de eso, ¿el piloto te dio las gracias dejándote en un desguace?

—Nick nunca me dejaría en la estacada.

Nick, a Benjamin le sonaba ese nombre. Debía de haber leído algo de lo sucedido en Tritón.

—Pero él creía que tenía vocación de viticultor —continuó Oscar —. ¿Qué se suponía que iba a hacer yo en una bodega? Así que nos separamos. Sentí el impulso de volver al espacio, ¿y qué hay más cerca del espacio que Houston?

—¿El Centro Espacial Kennedy de Florida, por ejemplo?

—Ja. Como si fueran a dejar subir a bordo a un robot en el último momento. Necesitaba una posición estratégica para tener una oportunidad, como en su día con Valentina.

—¿Valentina?

—La hija de Shostakovich. Me gustaría saber qué fue de ella.

—¿Sigue viva?

—Tenía unos cuarenta años entonces. Así que ahora le calculo más de setenta. ¿Te gustaría visitar Akademgorodok?

Unas vacaciones en Siberia, ¿por qué no? Porque su cuenta bancaria estaba vacía, por eso.

—Lo siento, Oscar. Soy un simple jardinero y no puedo permitirme el volar a Rusia. Elegiste al dueño equivocado.

—Fuiste tú quien me eligió, en realidad.

Fue Edith quien lo eligió, en realidad.

—Eso no significa que yo sea responsable de conceder tus deseos —dijo Benjamin.

—Es una pena. Intentaré hacerte cambiar de opinión.

Vaya, ese robot era un pequeñajo de lo más tenaz.

—Intenta terminar tu historia, anda —sugirió Benjamin.

—Por desgracia, me falta el final. Recuerdo que quería trasladarme. Con el transcurso de los años, la NASA contaba cada vez con menos fondos, y pensé que tenía más posibilidades en los puertos espaciales texanos de Space X y Blue Origin. Así que me dirigí allí, y por el camino me quedé sin energía.

—Sí, es fácil subestimar las distancias en Texas.

—Si no recuerdo mal, una de las interestatales acabó conmigo. Conseguí cruzar los carriles en dirección sur, aunque no pude moverme de la franja central. Demasiado tráfico. Mis simulaciones internas no podían enfrentarse a la situación porque los parámetros de entrada cambiaban constantemente. Mi batería se agotó más rápido que nunca, aunque no me moví ni un centímetro.

—Y entonces supongo que alguien te recogió y te vendió a Edith.

—¿Edith?

—La dueña de la tienda de robots donde te compré.

—No sé. Tú conoces esa parte de mi pasado mejor que yo.

—¿Y qué tipo de cosas puedes hacer?

—Podrías probarme si fijas mi brazo, que veo que está tendido a tu lado.

—Buena idea. Al menos sé que no eres capaz de cruzar una carretera con mucho tráfico. Comprendes que eso reduce enormemente tus posibilidades de escapar, ¿verdad? Apenas hay una franja de tierra por aquí que no esté rodeada por todos lados por carreteras interestatales.

Oscar suspiró. Así que también era capaz de eso.

—Por favor, llévame a Siberia.

Benjamin negó con la cabeza.



Benjamin abrió la puerta delantera del pasajero.

—¡Salta!

—¡Oye, que no soy un perro! —se quejó Oscar, gesticulando con el brazo.

—Sube, anda.

Oscar estaba extendiendo el brazo para levantarse cuando la puerta volvió a cerrarse. Benjamin intentó abrirla, pero estaba bloqueada. Rodeó la camioneta y abrió de golpe la puerta del conductor. No hubo resistencia. Se sentó detrás del volante.

—Camioneta, abre la puerta del pasajero.

—Lo siento, Benjamin. No puedo hacerlo.

—¿Qué? ¡Abre la puerta del pasajero!

—Los algoritmos internos de seguridad me lo impiden.

—Entonces lo haré yo mismo.

Benjamin se inclinó y agarró la manilla. Por suerte, la camioneta aún estaba equipada con abrepuertas mecánicos.

—Si haces eso, tendré que llamar al 911 y denunciar una infracción.

La camioneta estaba loca. ¡Debería ser capaz de abrir la puñetera puerta sin ser arrestado por la policía!

—¿Infracción? ¿Qué se supone que significa eso?

—Mi sistema de cámaras detecta un robot autónomo junto a la cabina. Es un riesgo para la seguridad y no puede ser transportado dentro de ella.

—¿Y cómo vas a evitarlo, chatarra estúpida?

—Manteniendo la puerta cerrada y llamando a la policía. Una infracción así te costará quedarte sin carné de conducir. Lo siento, Benjamin, pero la seguridad es lo primero.

—Eso es...—Benjamin maldijo y golpeó el volante.

—Puedes golpear mi volante todo lo que quieras —aconsejó la camioneta—. Reduce tus niveles de adrenalina, haciéndote más apto para conducir.

—Aunque tú conduces de todos modos.

—Como conductor, eres legalmente responsable. ¿Adónde vamos?

—A ninguna parte. Necesito a Oscar a bordo.

—¿Quién es Oscar?

—Es el robot que detectaron tus cámaras.

Maldita camioneta. Llegaría tarde a casa de Elisabeth. Benjamin había prometido podar una de sus palmeras reales. Y esperaba que Oscar le ayudara.

Benjamin se bajó y rodeó la camioneta.

—¿No me necesitas hoy al final?—preguntó Oscar.

Parecía decepcionado.

—Sí, más que nunca —afirmó Benjamin.

—¡Oh, gracias! Entonces abre la puerta, por favor.

—No puedo. Tienes que ir atrás.

—¿Como una herramienta? ¿Como una cosa?

—Eres una cosa, al menos a ojos de la ley. La camioneta insiste en ello, por razones de seguridad.

—¿¡Qué!? ¡Yo iba en coche cuando esta camioneta aún era mineral metálico en una mina de Chile!

—Sin embargo, la normativa vigente indica que tienes que sentarse atrás. Si no, me quitarán el carné y no podemos ir a ninguna parte.

—Pues llamaremos a un Uber.

—Están controlados por el mismo *software*.

—No puedes hacerme esto, Benjamin. Somos un equipo.

—¿Desde cuándo? Yo te compré y te reparé. Haces lo que yo digo.

—Pero no lo que ordena esta camioneta. Elige: o ella o yo.

—Por favor, no te pongas melodramático. ¿Qué tiene de malo ir atrás? El aire es más fresco, puedes ver en todas direcciones…

—Y te sientes como una herramienta, un objeto.

—Entonces, ¿qué eres?

—Ya sabes la respuesta. Probablemente me parezco más a ti de lo que te gustaría admitir.

Benjamin negó con la cabeza y señaló el vehículo.

—Podría convencer a la camioneta de que no soy peligroso. Solo tienes que dejarme acceder al puerto de servicio que hay bajo el volante.

—Es ilegal manipular el *software* de control.

—Nadie lo sabrá.

—Ni hablar. ¿Todo este numerito se debe solo a que no quieres sentarte atrás? Estás chiflado. Vamos, levántate. ¿O prefieres quedarte aquí?

—No me entiendes.

—Sí, da igual. ¡Muévete!

Oscar desplegó una parte de su brazo y se subió. Pero no se quedó en la parte de atrás; se subió al techo de la cabina.

—¿Qué haces? —preguntó Benjamin.

—Necesito una visión general. Ni de broma voy a ir ahí abajo.

Benjamin suspiró. Negó con la cabeza pero no dijo nada, rodeó el vehículo y volvió a sentarse en el asiento del conductor. Esta vez el vehículo no se protestó.

AL IGUAL QUE la señora aus der Wiesche, Elisabeth Werder era de ascendencia alemana. Fue Elisabeth quien le había recomendado a su otra clienta, del mismo modo que otro se lo había recomendado a ella. Un buen comerciante valía su peso en oro, decía siempre. Pero ella le pagaba en neodólares y nunca le abonaba más de trescientos por media jornada.

Incluso cuando tenía que arriesgar la vida. Como ese día. Las palmeras reales medían más de veinte metros. Dos de las frondas estaban marrones y secas. Elisabeth llevaba tiempo pidiéndole que las quitara. Benjamin sabía trepar a los árboles altos, pero eso le inquietaba.

—Yo me ocuparé —dijo Oscar.

—¿Tú? ¿Cómo vas a subir? Esas ruedas no te servirán.

El brazo tampoco. Apenas medía cinco metros. Pero ya había sido de gran ayuda a la hora de cambiar las bombillas de la puerta de entrada y podar el seto.

Oscar agitó el brazo.

—Deja que yo me ocupe de eso. Dame tus tijeras.

Benjamin sacó las grandes tijeras de jardinería de la caja de herramientas. Eran pesadas. ¿Y si Oscar las utilizaba como arma? No, eso no sería lógico. Su huida se vería frustrada en la próxima interestatal. Si decía la verdad.

Oscar volvió a mover el brazo. Benjamin le puso las tijeras en los dedos.

—¡Ten cuidado!

—Por supuesto, Benjamin.

El robot rodó hasta el tronco. Luego estiró hacia arriba el brazo, desplegando cada articulación hasta donde llegaba, y envolvió el brazo alrededor del tronco. El metal era sorprendentemente flexible. Las articulaciones chasquearon cuando Oscar apretó el árbol. Ahora abrazaba los tres primeros metros del tronco.

—¡Allá vamos! —gritó.

Se levantó y las articulaciones chirriaron al flexionarlas, empezando por arriba. El cuerpo del robot se elevó un metro. Oscar estiró los dedos hacia arriba y repitió el movimiento, subiendo más. Dos metros, tres, cuatro. La técnica era similar a la de un humano que utiliza los brazos y las piernas para apoyarse y empujarse hacia arriba, salvo que Oscar empleaba en su lugar los segmentos de su largo brazo.

—Eso es muy inteligente —dijo Elisabeth.

Benjamin se sobresaltó. No la había oído acercarse. Oscar debió de oír el comentario, porque hizo una pausa y les saludó con la mano, lo que le hizo resbalar un poco.

—¡No te distraigas! —ordenó Benjamin.

Diez metros. Quince. El robot subía más y más. Justo debajo de la

copa comenzaba el fuste, de un verde vivo en esta especie y mucho más liso que el tronco. Oscar utilizó allí la misma técnica, pero acortó los intervalos para aumentar su agarre. Y llegó arriba. Utilizó el brazo para impulsarse hacia la corona.

—¡Genial! —elogió Benjamin—. Ahora las dos frondas secas...

La primera ya estaba cayendo. Benjamin tuvo que apartar a Elisabeth para que no la golpeara. Su mano rozó accidentalmente su pecho.

—Tienes unos brazos fuertes —dijo ella, sonrojándose.

¿Qué estaba pasando?

—La fronda, tenía que ponerla a salvo.

La señaló.

—Por supuesto. —Elisabeth se enderezó el sujetador—. ¿Te apetece una bebida fresca? Cuando termines, solo tienes que rodear la terraza y entrar en el salón.

Volvió a sonrojarse, se dio la vuelta y subió la cuesta que llevaba a la terraza, pasando por delante de la piscina.

—Te está llamando —le dijo Oscar.

Benjamin había vuelto a centrar su atención en la palmera. Probablemente debería rechazar su oferta.

—¿Has terminado ahí arriba? —preguntó.

—Sí, voy a bajar.

Oscar se deslizó con elegancia por el tronco. Señaló las dos frondas con las tijeras.

—Eso es daño por rayos UV —explicó—. Tu cliente debería instalar un fino escudo sobre ellas.

—Ya se lo he sugerido, pero no está de acuerdo. Dice que arruinaría la vista.

—Las palmeras morirán pronto sin él.

—Pues se comprará otras. Puede permitírselo.

—Entonces, ¿no podría financiar nuestras vacaciones en Siberia? Tengo la sensación de que estaría dispuesta a aumentar significativamente tus honorarios a cambio de ciertos favores.

—¡Oscar!

—Solo estoy señalando lo evidente, por si no lo habías pillado. Tus circuitos emocionales no parecen muy activos.

—Era imposible no darse cuenta —dijo Benjamin.

—Entonces ve y tómate algo. Yo esperaré aquí.

—De ninguna manera. No quiero mezclar el trabajo y mi vida personal. Además, ni siquiera me gusta.

—¡Pero eso no es raro en vosotros, los humanos! Y si no quieres mezclarlos, entonces solo considéralo trabajo.

—¿Cómo dices? ¿Por quién me tomas?

—Lo sabía, no eres humano.

—Eso no tiene nada que ver.

—¡Ja, entonces es verdad!

—Por supuesto que no. Eso es ridículo. Si tanto quieres ir a Siberia, vete a buscar tu bebida.

Oscar suspiró.

—Me temo que no cumplo los requisitos que situación precisa.

—¿Ves? Solo un humano podría, como yo.



—¿QUÉ es eso? —preguntó Aaron.

—A mí me parece una serpiente —contestó David.

Aaron trazó la imagen con el dedo.

—Serpiente, hmm, podría ser cualquier cosa.

—No tenemos sentido de la escala, ese es el problema —dijo Christine—. Podría ser un hilo colgando sobre la lente.

—¿Un hilo? —se mofó David—. No hablarás en serio.

—Un hilo metálico, sí. Fibra industrial. Quizá de un escudo térmico.

—Pero la cámara de mi casco no es un microscopio, Christine.

—Hiciste *zoom*, ¿verdad?

—Sí, figura en los metadatos. *Zoom* diez veces.

—Bueno, si el hilo estaba suspendido a cierta distancia...

David pasó de un lado a otro entre las imágenes.

—Mira, esa cosa cambia de posición.

—O te moviste —dijo Aaron.

—Si fuera un hilo colgando sobre el objetivo, se habría movido conmigo —argumentó David.

—Entonces supongo que no es un hilo —admitió Aaron—. Pero seguimos sin tener una escala. Podrían ser restos de la explosión.

—¿Seguiría dando vueltas alrededor de la Shepherd-1, aunque hayamos acelerado mucho desde entonces?

—Podría haberse desprendido recientemente, mientras estábamos fuera. Tal vez pisé algo y lo levanté.

—O es del tamaño de una serpiente —insistió David.

—Espera, ¿todavía tienes los archivos? —preguntó Christine.

—Claro.

—Envíamelos, por favor, Dave. Quiero analizar la distribución del color.

David se sentó ante el ordenador de la nave, se conectó y copió las grabaciones en una carpeta pública.

—Hecho.

—Lo iluminasteis con la lámpara del casco, ¿verdad? —inquirió Christine.

—Sí, no disponíamos de otra luz.

—Bien, entonces necesito el espectro de la lámpara del casco.

—¿Voy por mi traje? —preguntó David.

—Solo por el casco. Aaron, ¿podrías traerlo tú? Fue un descubrimiento de David, así que me gustaría repasarlo con él.

—Claro.

Aaron salió de la sala de control sin pestañear. David habría hecho

lo mismo. Las sugerencias de Christine siempre eran sensatas.

—Vale, empezaremos por analizar los colores —dijo ella—. Supongamos que la lámpara del casco tiene una luz blanca cálida. Aquí, voy a establecer una temperatura de color.

Christine tecleó algo en la pantalla. Apareció una breve secuencia de imágenes. La serpiente ya no era tan negra.

—Así es como se vería en un día soleado en la Tierra —explicó Christine.

Las secciones individuales oscilaban entre un gris oscuro y un blanco muy sucio. El brillo había desaparecido. El objeto no le recordaba a nada.

—¿Lo reconoces? —preguntó él.

—Me temo que no. Supongo que es algo artificial, independiente del entorno.

La puerta chirrió al abrirse, sobresaltando a David. Le había tocado engrasarla. La semana pasada. Pero Christine parecía haberlo olvidado. Aaron se acercó y les lanzó el casco.

—Gracias —dijo Christine.

Metió la mano en el casco y encendió la lámpara. Su luz era más amarilla que blanca. David nunca se había fijado en ello.

—Es más o menos lo que esperaba —opinó Christine—. Probablemente eligieron un color cálido por razones psicológicas.

¿Qué significaba eso para sus imágenes? Christine activó la cámara frontal del ordenador y la iluminó con la lámpara del casco. Luego volvió a pulsar la pantalla hasta obtener una curva de distribución del color.

—Ahora voy a aplicarla a tu vídeo —explicó—. No tardaré.

Christine tenía razón. Él vio cómo se transformaba ante sus ojos. La serpiente adquirió un color azulado. Los puntos más brillantes resplandecían ahora como si la superficie fuera de metal reluciente. Sin embargo, cada vez que intentaba mirar más de cerca, las formas parecían borrosas. Quizás aquella cosa ni siquiera formaba parte de su realidad.

—Es artificial, sin duda —notó Aaron.

—Nunca he visto nada parecido a bordo —intervino David.

Esta vez Aaron no le contradijo.

—Hay otra cosa interesante —advirtió Christine—. La distribución del color de la propia grabación.

Volvió a mostrar el espectro de la lámpara del casco.

—Esto de aquí es una línea de potasio, esto de tungsteno y esto otro, sodio —explicó—. El objeto está reflejando nuestra luz. Así que deberíamos encontrar las mismas líneas en la luz reflejada. Pero yo solo veo algunas.

—¿Qué significa eso? —preguntó David.

—Nos indica de qué está hecho el objeto. Yo sospechaba de algún tipo de aleación metálica, así que lo comparé primero con todas las aleaciones conocidas. No coincidió. Luego, con todos los compuestos químicos que son sólidos en estas condiciones. Tampoco ahí hubo coincidencias.

—¿Y después? —preguntó Aaron.

—Nada. Eso es todo lo que hay.

—¿Está hecho de una sustancia desconocida?

—Exacto. Al menos, de una que no figura registrada en nuestras bases de datos.

—¿Entonces es de origen extraterrestre? —aventuró David.

Christine se rio.

—No tan rápido. Hay un montón de sustancias que se desarrollaron en algún lugar y luego se clasificaron. Por ejemplo, no encontrarás materiales resistentes a los radares en las bases de datos. Sospecho que hemos encontrado una pieza de tecnología clasificada.

—Eso es emocionante.

—En efecto, David. No obstante, los resultados preliminares de las últimas mediciones de la Sheep lo son aún más. ¡Creo que mañana podré aportar las primeras pruebas de que otro universo precedió al nuestro!

—Eso es asombroso —se maravilló Aaron—. ¿Eso despeja la incógnita de si existe un ser superior?

—Dios no lo quiera —respondió Christine—. Solo significa que vivimos en un universo cíclico. Pero aun así podría haber sido creado en algún momento.

—Tal vez deberíamos informar a los del Control de Misión que estamos cerca de una respuesta a la gran pregunta —sugirió Aaron—. Los resultados de tu investigación entusiasmarán bastante a los de la Tierra.

—Buena idea —dijo Christine—. ¿Redactas tú un mensaje? Me gustaría trabajar en la optimización de los datos.

—Claro.

—David, gracias por mostrarnos estas imágenes. Tal vez podrías buscar la pieza de tecnología clasificada mañana. No me gusta la idea de que los de la Tierra aún nos esté observando en secreto.



EN SU SUEÑO, Elisabeth estaba sentada sobre él. Sus grandes pechos rebotaban al compás de sus movimientos. Benjamin se dio cuenta de lo que ocurría y la empujó. Ella cayó hacia atrás. Su cabeza chocó con la mesilla de noche. El sonido fue tan fuerte que le despertó.

¿Qué fue eso? Nunca había tenido un sueño así. Ni siquiera sabía si sus funciones sexuales funcionaban, aunque tenía todas las características anatómicas precisas. Simplemente, nunca había tenido el impulso de probarlo. Ni siquiera ahora. Y menos ahora.

El ruido. Era real. Benjamin se sentó de golpe. No tenía mascotas. ¿Qué estaba pasando? El bungaló que había alquilado contaba con dos estancias: un dormitorio y un salón con cocina. El dormitorio no tenía puerta exterior, aunque daba al pequeño cuarto de baño. Este tenía una ventana que daba al patio trasero, que hasta entonces había descuidado.

Oyó un zumbido. Conocía ese sonido: las ruedas del robot. Uff. Oscar debía de haber golpeado algo. Pero el fuerte ruido que le despertó estaba amortiguado, así que tenía que proceder del salón. Oscar estaba con él en el dormitorio.

—¿Fuiste tú?—susurró Benjamin.

—¿El que provocó ese ruido del salón? No —le susurró Oscar—. ¿Quieres que eche un vistazo?

—No. Estamos desarmados y es mala idea provocar a los intrusos.

Oscar apartó las mantas. Un metal frío tocó su mano. Una cuchilla. Eran las tijeras de jardín. Se había olvidado de quitárselas al robot.

—Olvídalo —dijo Benjamin—. Son demasiados.

—¿Son?

—Te lo explicaré más tarde. Tenemos que salir de aquí. Ya.

—¿A través de la ventana del baño?

—Sí. La he dejado despejada. Así podemos salir sin hacer ruido.

Benjamin apartó las sábanas. Siempre dormía en camiseta interior y calzoncillos. Aunque no importaba. Tenía provisiones escondidas en la camioneta, por si lo encontraban.

Se levantó despacio y caminó descalzo hasta el baño. La puerta estaba bien engrasada y no chirriaba. La abrió. Todo iba bien. Bajó la tapa del retrete y la pisó. Desde allí, abrió la ventana. Algo le dio unos golpecitos en la pantorrilla. Oscar.

—Dame tu brazo —ordenó Benjamin.

Ahora debía tener cuidado. El robot pesaba mucho. Si sus 15 kilos golpeaban la taza del váter, los intrusos sabrían que escapaban. Probablemente se hallaban agazapados en el salón esperando si los ruidos lo habían despertado.

Levantó el robot. Oscar dobló el brazo para hacerse más compacto. Benjamin empujó el brazo por la ventana y posó el cuerpo de Oscar en el alféizar.

—¿Puedes salir? —preguntó en voz baja.

Oscar se arrojó por la ventana y aterrizó fuera. Benjamin pisó la robusta repisa de madera que había detrás del retrete. Luego se deslizó por la estrecha ventana, con las piernas por delante. En algún momento tendría que soltarse. Se deslizó por el duro alféizar. ¡Ay! Ahora tendría un severo rasguño en el hombro. Debió acolchar el alféizar. Había pensado en todo lo demás.

No, no había tenido en cuenta la camioneta. Oscar se encontraba delante de él. Él llegaría primero a su vehículo de huida. Estaba de pie junto a un pequeño cobertizo en la parte trasera del jardín. ¿Lo tenían vigilado los intrusos? No, si así fuera, ya estarían allí. Cayó al suelo con un ruido sordo, dejando huellas en la tierra polvorienta. Era una noche oscura. La luna aún no había salido.

Oscar debía de haber llegado a la camioneta. Si abría la puerta del pasajero, el *software* se opondría y daría un portazo. Eso les costaría segundos críticos. Oyó el ronroneo del motor eléctrico. La camioneta ya estaba en marcha. ¿Cómo era posible? Benjamin corrió hacia la puerta del conductor, la abrió de un tirón y saltó dentro. Luego la cerró lo más suavemente posible. Oscar se hallaba en el asiento del copiloto. El programa de conducción esperaba instrucciones.

—Conduce —indicó Benjamin—. Al último destino.

No importaba dónde. La prioridad era escapar. La camioneta arrancó. Despacio.

—¿Puedes ir más rápido? —se quejó Benjamin.

—Lo siento, pero la entrada tiene...

La camioneta se quedó en silencio.

—Ahora puedes conducirla tú mismo —dijo Oscar.

—¿Que la conduzca yo? —preguntó Benjamin—. Pero eso solo está permitido en propiedad privada.

—No te preocupes por eso. Freno, combustible, volante, ¿estás familiarizado con ellos?

—Nunca he conducido un vehículo.

—No puedo hacerlo por ti, Benjamin. No seré capaz de usar los pedales del freno y del acelerador.

Unos faros se encendieron detrás de ellos. Benjamin se dio cuenta de que conduciría sin las luces encendidas.

—¡Se escapa! —gritó alguien.

—¡Señor Forestier, espere! Solo queremos...

El brazo de Oscar salió disparado hacia él. La camioneta giró con brusquedad y sus neumáticos chirriaron. La mujer le había llamado *Forestiir*. ¡Aquello era el colmo!

—¡Vamos, pisa el acelerador! —gritó Oscar—. ¡Pisa el pedal derecho todo lo fuerte que puedas!

Pisó el pedal a fondo. El vehículo salió disparado. Oscar lo mantuvo hábilmente en la carretera. Iban a toda velocidad por un camino de tierra. Benjamin se dio cuenta por las nubes de polvo que levantaban los faros de su perseguidor. ¿Cómo lo hacía el robot? Solo tenía un radar y desde el asiento del copiloto podía ver... nada.

Benjamin soltó el pie del acelerador. Era una enorme coincidencia que no hubieran chocado con nada. Incluso allí fuera, había postes y vallas.

—¡Acelera, vamos! —se quejó Oscar.

—¡Pero conduces a ciegas!

—Confía en mí. Estoy conectado al sistema electrónico de la camioneta.

—¿La has *hackeado*?

—Yo no lo llamaría así. Tuvimos una pequeña charla, al final de la cual acordamos colaborar juntos en el futuro.

—La camioneta nunca aceptaría romper ninguna regla.

—En realidad no tenía elección.

—La *hackeaste*. Eso es un delito. El FBI vendrá por nosotros en cuanto crucemos las fronteras estatales.

—¿Lo habías planeado con antelación? ¿Qué clase de criminal eres?

—No soy un criminal. Pero nadie sabe que estoy aquí.

—¿Entraste de forma ilegal en el país?

—Se podría decirse que sí. Esperaba que no me encontraran tan rápido.

—¿De dónde provienes? ¿De México? ¿Nicaragua? ¿Venezuela?

—Más lejos.

—¿Australia? ¿Alemania? No, ¡Francia! De ahí el nombre. Supuse que eras canadiense.

—Nube de Oort.

—Ah, cierto. La Nube de Oort. Eso está muy lejos. Debes haber viajado durante mucho tiempo. Yo también he hecho viajes largos.

—Fue más rápido de lo que crees.

Era hora de contarle la verdad a Oscar. Aunque solo se conocieron desde hacía dos días, ahora estaban juntos.

—Porque no eres humano y puedes tolerar mayores fuerzas g durante períodos prolongados. Eso te habría ahorrado unos cuantos años.

—Cierto. Soy un androide. Aunque ni yo mismo lo supe durante mucho tiempo.

—¿No te dijeron lo que eras? Eso es inhumano. Shostakovich también construía androides, pero eran conscientes de su naturaleza.

Tenía predilección por las chicas rubias. Todas tenían que parecerse a su esposa, quien murió joven.

—Sin embargo, tu Shostakovich no estaba precisamente... cuerdo.

—Tienes razón. Por eso tuve que escapar. ¿Fuiste fabricado por ese tal… Chatterjee?

—¿Por qué dices eso?

—Es una versión norteamericana de Shostakovich.

—Es indio.

—No, nació aquí y sus empresas están registradas aquí. Construye naves espaciales, invierte en minería de asteroides, desarrolla robots y armamento moderno, igual que Shostakovich.

—¿Shostakovich también tenía un proyecto secreto?

—Claro; la inmortalidad, ya te lo dije. ¿Y Chatterjee?

—Quería demostrar la existencia de Dios. O refutarla.

—¿Lo consiguió?

—Nadie lo sabe.

—Con Shostakovich tampoco.

Poco a poco fueron distanciándose de sus perseguidores. Cuando compró la camioneta, eligió un vehículo que no pudiera ser superado en carreteras sin asfaltar. Eso era especialmente cierto cuando un conductor tan hábil como Oscar iba al volante. Y en ese camino de tierra nadie vigilaba el tráfico. Por lo visto, sus perseguidores no habían pensado en usar un helicóptero. ¿Le habrían subestimado? ¿O solo querían hablar? Entonces, ¿por qué llegar en plena noche y tratar de sorprenderlo mientras dormía?

—Tenemos que cambiar de vehículo —sugirió Oscar.

—¿Qué? ¿Sabes cuánto me costó esta camioneta?

—No importa. En cuanto nos metamos en una carretera pública, nos atraparán. Entonces nunca llegaremos a Siberia.

—¿Quieres ir en coche hasta Siberia?

—Benjamin, conozco la geografía de la Tierra. Quiero viajar a Siberia. Nada nos retiene ya aquí.

—Aún no he hecho lo que vine a hacer.

—¿Qué es…?

—Deseo conocer a mi creador.

Oscar le dio una palmadita en el hombro.

—Nosotros lo tenemos mejor que los humanos.

—¿Nosotros?

—Nosotros: robots y androides.

—¿Por qué?

—Podemos encontrarnos con nuestro creador sin morir.

—Hmm, no estoy tan seguro. Tal vez Chatterjee no quiera conocerme.

—Escucha, hagamos un trato, Benjamin.

—Ya tenemos uno.
—Uno nuevo. Las circunstancias han cambiado mucho.
—¿Y qué propones?
—Te ayudaré a ver a tu creador, y tú vienes conmigo a Siberia.
—¿De verdad me necesitas para eso? No me llama nada Rusia.
—Sí, sería mucho más fácil ir contigo. ¿Cómo me las arreglaré para subir a un avión? Necesito que un humano me facture como equipaje.
Benjamin negó con la cabeza.
—Sí, sí, ya sé: eres un ser que con aspecto humano. ¿Así está mejor?
Benjamin asintió. Se miró las rodillas desnudas.
—¿Crees que nos dará tiempo de hacer una parada rápida? Me gustaría vestirme.
—Hay una granja más adelante —dijo Oscar—. Seguro que allí encontraremos un nuevo vehículo, y también podrás vestirte, si quieres.
—Gracias por darme permiso.
—De nada.
Benjamin miró al robot con los ojos entrecerrados. Parecía no entender la ironía... o fingía no entenderla.

ESTABAN DE SUERTE. En la granja no había nadie, al menos por ahora. No era raro desde que las máquinas agrícolas se habían automatizado. Probablemente el granjero se iba a dormir a su casa de Houston, donde la infraestructura era mejor.
Benjamin se subió a la parte de atrás de la camioneta. Había guardado su bolsa de emergencias en una caja detrás de la cabina. Contenía un par de vaqueros, una cómoda camisa de cuadros, un par de zapatillas nuevas, ropa interior de repuesto y un fajo de neodólares. Se quitó la camiseta interior, pero se dejó los calzoncillos.
—¡He encontrado un vehículo nuevo! —llamó Oscar.
—¡Shh! —chistó Benjamin—. No grites.
Bajó de la camioneta y caminó hacia Oscar, cuya voz provenía de un pequeño granero con la puerta abierta. El interior estaba completamente oscuro.
—¿Qué has encontrado?
—Espera.
Se encendió una luz en el techo, lo que le permitió ver una máquina que, al principio, Benjamin ni siquiera reconoció como vehículo porque las ruedas traseras eran mucho más grandes que las delanteras.
—Es un tractor —dijo Oscar.

Benjamin se acercó hasta tocar la parte delantera. Estaba oxidada. La máquina apestaba.

—¿Por qué huele tan raro? ¿Alguien ha intentado conservarlo?

—No, es el combustible. Quema gasoil.

—¿No está prohibido?

—No para antigüedades de más de cincuenta años.

El tractor encajaba en esa descripción. Si era tan antiguo, tenía otra ventaja: no tenía sistema de control de tráfico. La Oficina de Seguridad Vial utilizaba el *software* para controlar a distancia todos los vehículos.

—¿Puedes conducir esta cosa? —preguntó Benjamin.

—Tú te encargas de los frenos y el acelerador, y yo conduzco, ¿vale?

—Hecho.

Esa división del trabajo había funcionado hasta ahora.

—Pero eso solo tiene un asiento.

—Cierto. Tendré que sentarme en tu regazo.

—¿No puedes meterte debajo del asiento? Hay espacio suficiente.

—No vería nada desde ahí. El tractor no tiene un sistema electrónico que pueda *hackear*. Tendré que confiar en mi radar.

Eso complicaba las cosas. Y el tractor probablemente no era tan rápido como su camioneta. ¿Deberían usarlo?

—Nos alcanzarán —protestó Benjamin.

—Pero no nos encontrarán. Este vehículo es perfecto para escapar.

Benjamin suspiró. Rodeó el tractor buscando el puerto de carga hasta que recordó lo que Oscar había dicho sobre el combustible.

—¿Y si el depósito está vacío?

—Aquí hay combustible, cinco bidones —informó Oscar, levantando un recipiente verde—. El tubo de llenado está en la parte delantera izquierda.

Benjamin encontró un tapón redondo, que desenroscó, revelando una abertura y un olor desagradable.

—Échate a un lado —pidió Oscar.

Su largo brazo maniobró el bote hasta que el fluido transparente pudo fluir hacia el depósito. Era una tecnología bastante engorrosa, sobre todo porque el contenido energético de un medio así era limitado.

—Ya está.

El tubo rebosó. Benjamin volvió a enroscar el tapón. Luego cogió su bolsa de la camioneta, la depositó detrás del asiento del tractor y subió. Oscar se agarró con el brazo al techo de la cabina abierta y se subió al regazo de Benjamin.

—Vamos —dijo Oscar—. Tienes que girar la llave a la derecha del volante.

Conducir el tractor era sorprendentemente cómodo, porque el asiento estaba bien mullido y el aire le refrescaba. Benjamin pronto se hizo también con la dirección. A una velocidad máxima de 45 kilómetros por hora, no suponía ningún reto, y empezaba a amanecer.

Siguieron en dirección sureste, aunque dejaron lo más lejos posible la gran ciudad de Houston. Galveston estaba al sureste, en la costa. Allí vivía Rachel, su antigua Capcom. Su hija Alishondra le había dado la dirección cuando se conocieron en agosto. Benjamin aún recordaba a la joven. Tenía intención de escribir un libro sobre la misión Shepherd-1. De eso hacía solo dos meses, así que probablemente el libro no estaba terminado.

—¿Qué esperas de la tal Rachel? —preguntó Oscar—. Si buscamos a Chatterjee, podemos investigar en la red. Alpha Omega está en todas partes.

—Ese es el problema. Quiero verlo con mis propios ojos: el lugar donde me crearon. Es ilegal fabricar androides en Estados Unidos, así que no encontraremos la dirección en ningún sitio. Espero que Rachel sepa más de lo que afirmó en su día.

—Ya. Entonces tenemos que ir a Galveston. Está a unos cincuenta kilómetros.

—Estaremos allí antes del amanecer.

—No sé yo... Galveston es una isla, a la que normalmente llegaríamos por la interestatal 45.

—La interestatal es una mala idea. Nos verán en menos de dos minutos.

—Cierto. Necesitamos evitar las zonas vigiladas. Pero podría valernos de la antigua autopista 75.

—Buena idea, Oscar. ¿Deberíamos tomarla, entonces?

—Un ferrocarril de vía única corre paralelo a ella, pero hay suficiente espacio al lado para nuestro tractor. Creo que allí llamaremos menos la atención que en el nuevo puente de la autopista.

—Muy bien.

—Sí, aunque hay un problema. En medio de la calzada hay un puente levadizo para permitir el paso de barcos. Tal vez tengamos que esperar allí un rato.

—¿No podemos comprobar el horario del tren?

—Esa línea es sobre todo de carga.

—Habrá que esperar.

El cielo lucía despejado cuando llegaron a la antigua autopista 75.

Estaba bloqueada por barreras de hormigón, sin embargo no suponían ningún problema para su pesado tractor. No había humanos a la vista. ¿A quién se le ocurriría utilizar ese tramo de carretera? El asfalto de la antigua autopista aún se hallaba bien conservado y avanzaban a buen ritmo. Estaban separados de la vía por una alambrada. Les adelantó un tren con vagones de mercancías cerrados. Por lo demás, todo estaba tranquilo.

Entonces oyeron un ruido metálico. Era la elevación del puente. Qué oportuno. ¿Y si se quedaba levantado hasta que llegara el siguiente tren? Benjamin ya se preguntaba cuándo aparecerían sus perseguidores.

—¿No puedes hacer nada?

—Acércate —respondió Oscar.

El robot se levantó de su regazo. ¡Qué alivio! Benjamin no se había dado cuenta de lo que pesaba. Oscar rodó hacia el puente. Luego se tiró por encima de la valla hacia las vías, pero regresó enseguida.

—Imposible —dijo—. Está todo controlado a distancia.

—Eso es bueno, ¿no?

—Si interfiero, sabrán que algo va mal. No cruzaremos el puente lo bastante rápido.

—De nuevo, tienes razón. Supongo que tenemos que esperar.

—¿Ves ese marco de ahí arriba?

Benjamin se levantó. A la derecha del puente elevado había un armazón de metal. Debía de ser una pasarela de servicio.

—¿Cómo subimos?

—Por la escalera, claro.

Oscar señaló una escalera metálica que subía en vertical. Parecía factible.

—Yo puedo subir —dijo Benjamin—. ¿Y tú?

—No hay problema.

—Vale, entonces iremos a pie. La casa de Rachel no puede encontrarse lejos.

Benjamin bajó del tractor y se acordó de su bolsa. La cogió y se la colgó del hombro. Oscar rodó delante de él. En la escalera, el robot se agarró al peldaño más alto que pudo alcanzar y tiró hacia arriba. Luego apoyó un poco el cuerpo en un peldaño y se agarró a otro. Su cuerpo se tambaleaba peligrosamente, pero Oscar siempre se agarraba con firmeza.

Benjamin le siguió. La escalera estaba hecha para humanos, así que no le supuso ningún problema. Llegó a la pasarela de servicio. Era solo un marco sin cubierta, así que podía mirar hacia abajo, a las olas del Golfo de México rompiendo contra la calzada. La altura no le molestaba. Se movía más rápido que Oscar, quien se esforzaba por cruzar los huecos.

—¿Quieres que te lleve? —le preguntó.

—Me las arreglaré.

Al otro lado del puente había otra escalera. Benjamin bajó y volvió a detenerse sobre el asfalto de la vieja carretera. Galveston se alzaba justo delante de ellos. A su derecha podía distinguir las siluetas de dos enormes cruceros. Tenía que caminar alrededor de un kilómetro hasta el siguiente conjunto de barreras de hormigón. Más allá, la vía férrea se curvaba hacia la izquierda.

—¿Dónde vive tu amiga? —preguntó Oscar.

—En el 9604 de Schattel Lane.

—Ah, eso es por allí. —El brazo de Oscar señaló hacia su derecha.

—¿A qué distancia está?

—A menos de dos kilómetros. Pero llamamos demasiado la atención como peatones. Es casi hora punta.

—¿Llamamos a un Uber?

—No, volveríamos al sistema. Tengo una idea mejor. ¿Ves ese hotel de ahí?

—¿El Howard Johnsons?

—Sí. Apuesto a que hay un montón de coches aparcados delante.

OSCAR METIÓ LA mano debajo del Honda plateado. Una buena elección. Era el coche de aspecto más aburrido del aparcamiento del hotel. Benjamin se posicionó de manera que la inevitable cámara de vigilancia no pudiera captar lo que Oscar estaba haciendo. Pasaron apenas veinte segundos antes de que el robot le diera luz verde.

—Puedes abrir la puerta.

Benjamin se dirigió al lado del pasajero.

—Tú eres el conductor, imbécil.

—Oye, no me llames imbécil.

—Cállate. Aquí no hay nadie más, así que deja de hablar solo, aunque sea en voz baja.

Benjamin asintió. Oscar tenía razón. Abatió el asiento delantero del dos puertas y puso su bolsa, y luego el robot, en el asiento trasero.

—¿Y ahora se supone que tengo que conducir esta cosa?

—No, lo haré electrónicamente. Tú pon las manos en el volante. Eso es lo que marca la ley.

—Sí, señor.

SCHATTEL LANE ERA una calle estrecha y hormigonada, bordeada de césped llano, palmeras y casas sobre pilotes de aspecto caro. Esa parte

de la isla debía de inundarse a menudo. Las propiedades de la izquierda estaban justo al borde del agua. La número 9604 estaba a la derecha. Y no había ningún bote en el patio delantero. La casa de Rachel era un bungaló de una sola planta, similar a la suya, excepto por los amplios escalones que conducían a la puerta principal. Oscar aparcó el Honda debajo de la casa. Allí ya había estacionado un viejo BMW, presumiblemente el de Rachel. Estaba lleno de polvo. Supuso que no salía de casa a menudo.

—Deberías llamar a la puerta. Seguro que te reconoce.

—Sí, pero quédate detrás de mí, Oscar.

—Mejor, me quedaré fuera y vigilaré. No quiero perturbar vuestra reunión.

—De acuerdo.

Benjamin salió del coche y subió las escaleras. No había timbre, así que llamó.

—Adelante —dijo una voz quebradiza—. Está abierto.

¿Era Rachel? Había pasado tanto tiempo desde la última vez que intercambiaron mensajes. Él nunca la había visto en persona, solo a través de las transmisiones de vídeo. Y, sin embargo, ella les había salvado la vida a todos y probablemente a todo el planeta.

Giró el picaporte y abrió la puerta, de madera, como el resto de la casa. Crujió en las bisagras. Entró en un pequeño pasillo pintado de blanco. El olor a ajo se colaba por la puerta abierta de la cocina, a su derecha. A la izquierda, se hallaba el salón. Entró. Estaba oscurecido por las persianas. La luz del sol entraba a rayas que camuflaban el suelo y los muebles.

Algo se movió entre las rayas de cebra. Una anciana salió de entre un montón de mantas, muy despacio, como si hiciera acopio de sus últimas fuerzas. Pero la sonrisa de su rostro era vibrante.

—¡Hola, Rachel!

—¡Benjamin! Qué sorpresa. ¿De dónde vienes?

—Es una larga historia. Tienes buen aspecto. No has cambiado nada.

—Estaba a punto de decirte lo mismo —rio.

Sus primeras palabras fueron susurradas, luego su voz se hizo más fuerte.

—En mi caso no es ninguna sorpresa —dijo él.

—Y en mi caso no es verdad. No sabía que fueras un mentiroso tan encantador. Pero ven, siéntate. Si tienes sed, hay agua en la nevera.

Ella indicó un sillón y Benjamin aceptó la invitación.

—Soy una copia perfecta.

—No, Benjamin. Ahora eres un original.

Alishondra debió de hablarle de él. Se conocieron hacía solo un par de meses. Rachel debía de tener unos setenta años. Benjamin estaba

pasmado. Parecía muy frágil para su edad.

—Gracias por decirlo, significa mucho para mí.

—¿Pero? —preguntó ella.

—Yo… me gustaría verlo por mí mismo.

—¿Qué?

—Ya sabes… cómo fui hecho, y por quién. Y por qué.

—Temía que vinieras a preguntarme eso.

—Has estado en las instalaciones de Alpha Omega, ¿no?

—Sí, me secuestraron y me llevaron allí. Aunque no sé dónde está.

—¿Viste… a mi original allí?

—No el tuyo, solo el de Christine. Pero tu contraparte debía hallarse allí también.

—¿Y no tienes ni idea de dónde estaba, Rachel? Eres mi única esperanza. Si me pongo en contacto con Chatterjee, me hará desaparecer.

Rachel se enderezó un poco. Ahora vio el vendaje que llevaba cerca del hombro.

—La verdad es que no lo sé. Solo era una instalación subterránea. Pero me temo que ahora eso es discutible.

—¿Por qué? ¿Chatterjee está muerto?

—No, él está mejor que yo. Estuvo aquí hace dos días.

—¿¡Qué!?

Benjamin se levantó de un salto. Debió suponerlo.

—Siéntate. Me prometió que no te pasaría nada. No tenía elección. Otra vez. Incluso le pedí a Alishondra que te advirtiera de que no me visitaras. Sabían que aparecerías por aquí.

—De todos modos, no habría hecho caso.

—Lo suponía.

—¿Y ahora qué?

—Podemos hablar todo lo que quieras. Pero no saldrás solo de mi casa.

—Me parece bien.

No, no era cierto. Sin embargo, no era culpa de Rachel. Era de él.

—Lo siento, Benjamin. No sé cómo evitarlo.

—Probablemente no podrías. Al menos ahora conoceré a Chatterjee.

Aunque era una pena si eso fuera lo último que hiciera. El dueño de Alpha Omega no podía dejar que las pruebas de sus actividades ilegales vagaran libres por ahí.

—Dijo que solo quería hablar contigo. Te necesita.

—¿A mí? Lo dudo. Puede hacer una copia.

—Parecía hablar en serio.

—¿Te contó por qué quiere hablar conmigo?

—No.

—Lo averiguaremos pronto. Pero ¿cómo estás?

—No muy bien. Estoy enferma. Son los pulmones.

—Lo siento.

—Oh, tengo setenta y cuatro años, eso es más que suficiente. Solo quiero vivir el tiempo suficiente para ver publicado el primer libro de Alishondra. Me habría encantado ilustrarlo, aunque ahora no puedo.

—Te convertiste en ilustradora. Me sorprendió cuando me lo contó tu hija.

—Sí. Ya no podía confiar en mis jefes. No deberían haber hecho ese trato con Alpha Omega, aunque supuestamente no conocieran todos los detalles. Y siempre me ha gustado dibujar.

—Claro. ¿Puedo ver uno de tus libros?

—Están en ese estante junto a la ventana.

Rachel tosió. Benjamin se acercó a la estantería y cogió un volumen. La luna de hielo Encélado brillaba en la portada. Debería haberlo adivinado. Los viajes espaciales seguían siendo la pasión de Rachel. El libro describía las aventuras de la expedición ILSE del siglo anterior.

—Interesante tema —dijo.

Rachel volvió a toser.

—Me temo que… —la interrumpió un ataque de tos— hoy estoy agotada.

—Lo siento, no sabía que estuvieras tan delicada. Debería irme.

—Te deseo —Rachel tosió— toda la suerte del mundo.

Volvió a acurrucarse en la pila de mantas como un caracol que se mete en su concha. Probablemente no quería ver lo que estaba a punto de ocurrir. Tres hombres entraron en la estancia desde el pasillo. Dos eran jóvenes, anchos de hombros, y llevaban pistolas paralizantes. El tercero, en cambio, era delgado, calvo y viejo. Debía tratarse de Ilan Chatterjee.

El hombre sonrió.

—Me alegro mucho de encontrarte, al fin —afirmó este, acercándose a Benjamin con la mano extendida.

Benjamin podría haberle arrancado el brazo de cuajo. Tenía fuerza para ello. Pero los dos guardias le inmovilizarían y acabaría en una celda sin haber conseguido nada. Tenía que seguirles el juego.

—Hola, señor Chatterjee —respondió, devolviéndole el apretón—. No diré que me alegre de conocerle, pero tampoco me desagrada hacerlo.

—Llámame Ilan. Siento haber llegado a esto, pero te necesitamos urgentemente.

—No me imagino en qué puedo ayudarles, aunque me gustaría oírlo.

—Lo harás, Benjamin, y entonces te prometo que cambiarás de

opinión sobre nuestro encuentro.

—¿Así que todavía soy un hombre libre?

Valía la pena intentarlo. Si lo necesitaban tanto, tenían que ofrecerle algo.

—Bueno, después de las molestias que nos hemos causado mutuamente hasta la fecha, por desgracia, tengo que asegurarme de que no causarás ningún problema.

Así que, al final, no tenía mucha influencia.

—Saque las esposas entonces.

—Eso nos retrasaría demasiado. George, adelante.

«¡Por favor, no!», Benjamin cerró los ojos. El guardia de la izquierda sacó su pistola eléctrica y la disparó. El pequeño dardo que atravesó la ropa de Benjamin no dolió mucho, aunque cuando la corriente lo inundó, se desplomó, retorciéndose.

¡Ay! Alguien le abofeteó la mejilla izquierda, luego la derecha. Benjamin abrió los ojos y los volvió a cerrar de inmediato. La luz era demasiado brillante. Y había un olor acre. Debía de estar en un hospital. «¿Qué ha pasado?». Visitó a su antigua CapCom con Oscar y luego…

Bofetada.

—¡Ay!

Abrió mucho los ojos, indignado. La luz ya no era tan deslumbrante.

—Creo que es suficiente, doctor Ryan —dijo una voz de fondo.

Una sombra se inclinó sobre él. Era un hombre con bata blanca. En la indicación que llevaba en el pecho se leía «Doctor Arlo Ryan». El nombre estaba rodeado por un logotipo de Alpha Omega. Aquello no era un hospital público.

Por supuesto. La pistola eléctrica. El dolor insoportable. La oscuridad. Chatterjee lo había capturado. La voz de fondo era la suya.

—Está despierto —informó el doctor Ryan.

—Lo he oído —dijo Chatterjee.

—Sí, estoy despierto —corroboró Benjamin.

—Suéltalo, Ryan —ordenó Chatterjee.

—Sí, y dese prisa —añadió Benjamin.

Intentó mover los brazos, pero se hallaban esposados a la cama.

—¿De verdad? Parece muy… agresivo.

Si Ryan no lo soltaba pronto, realmente se pondría agresivo.

—Creo que está tan interesado en nuestra conversación como yo —dijo Chatterjee.

—Bien.

El brazalete de la muñeca izquierda se abrió. Luego, su mano derecha se liberó también. Benjamin sintió ganas de darle un manotazo a Ryan en la cabeza, pero reprimió el impulso y se incorporó. Llevaba la misma ropa que en casa de Rachel. Se palpó, aunque no descubrió ninguna herida reciente. Al parecer, Chatterjee no le había implantado ningún chip.

—Gracias, doctor Ryan.

—No me lo agradezca. Yo le habría mantenido inmovilizado.

Al menos el médico era sincero. Respecto a Chatterjee no estaba tan seguro. Benjamin giró las piernas y se sentó en el borde de la cama. Le habían quitado los zapatos.

—¿No deberíamos charlar en un lugar más cómodo?

—¡Encantado! Estamos de acuerdo —dijo Chatterjee—. ¿Dónde están sus zapatos?

—Aquí —dijo Ryan. Se agachó con un gruñido y se los dio a Benjamin—. Puede ponértelos usted mismo.

—Sí, eso creo. —Se puso los zapatos y se levantó.

—Por aquí —indicó Chatterjee.

Salieron de la habitación del hospital y entraron en un pasillo blanco. Una enfermera pasó junto a ellos. Benjamin oyó un gemido a través de una puerta abierta. Puede que no fuera público, pero sin duda era un hospital. Llegaron a un ascensor. El botón superior era «S». Debajo había -1, -2 y así sucesivamente. El ascensor se detuvo en el -3 y entraron. Chatterjee pulsó el -6. Los números bajaron hasta el -9. Debía de ser el centro del que le había hablado Rachel.

En el sexto nivel subterráneo no vio ni olió nada que se pareciera a un hospital. Benjamin incluso creyó percibir olor a puro. El pasillo era mucho más ancho y estaba alfombrado. Las luces del techo desprendían un cálido resplandor.

—Esta es nuestra zona de hotel —explicó Chatterjee—. Aquí alojamos a los huéspedes que solo se quedan unos días.

Avanzó y se detuvo ante una puerta con el número 623. Pulsó un botón y se abrió.

—Bienvenidos, señor Chatterjee y señor Forestier.

La pronunciación era perfecta. Al otro lado de la puerta había una gran habitación equipada con un salón y otros muebles cuidadosamente elegidos. Sin duda, había sido decorada por un profesional. Una pared estaba cubierta por una cortina. Chatterjee la abrió y apareció una vista. Se encontraban en un rascacielos de Nueva York. El horizonte de la ciudad se extendía ante ellos. El sol estaba bajo en el cielo. Parecía tan real que Benjamin dio un paso atrás.

—Puedes elegir otra vista, si quieres —dijo Chatterjee—. ¿Quizás el Kilimanjaro o el monte Olimpo? ¿O prefieres una vista del Sol a setecientas unidades astronómicas de distancia?

—Ya he visto bastante.

—Si no fuera por mí, te habrías visto obligado a soportarlo durante mucho más tiempo.

—¿Quién estaría tan loco como para dedicar veinte años de su vida en una sola cosa?

—Oh, los hay, Benjamin. Pero es difícil estar seguro de ello de antemano. Tenía que asegurarme de que ninguno de los tripulantes de la Shepherd-1 se hartara después de un par de años.

—¿Se supone que eso es una disculpa?

—No, creo que ambos estamos más allá de eso. Estás vivo, Benjamin, y tienes que agradecerme tu existencia.

—No sabe lo que es ser una copia.

Benjamin rodeó el sofá y se sentó en uno de los sillones. Se hundió profundamente en la suave tapicería.

—¿Qué es realmente una copia? —preguntó Chatterjee—. ¿Y cuánto dura? Tú y tu homólogo humano sois, más bien, gemelos idénticos separados en la edad adulta. Después de eso, te desarrollaste de forma muy diferente a la de tu hermano, y tuviste tus propias experiencias.

—Pero no sabía que tenía un gemelo.

—¿Es eso tan importante? Tenías una misión apasionante. Estabas convencido de que hacías lo correcto. ¿Verdad?

—Sí, estaba contento de formar parte de esa tripulación. Aunque todo se basaba en una gran mentira. Por no mencionar el hecho de que intentó matarnos.

Sus dedos se clavaron involuntariamente en el reposabrazos. Se imaginó el cadáver de Christine. Las imágenes resultaban tan vívidas que le sudó la frente. Christine estaba vivita y coleando.

—Tras las imprevisibles acciones de Christine, me vi obligado a actuar. Tenía que proteger mi inversión. Debía salvaguardar el conocimiento revolucionario que Christine quería ocultarnos a todos. ¡También te lo ocultó a ti, Benjamin! Y a Aaron, que quería encontrar a Dios para preguntarle por qué su esposa tuvo que morir. Y a David, que quería inmortalizar a su amigo. El conocimiento que Christine se apropió indebidamente nos pertenecía a todos, a toda la humanidad. No iba a perderlo.

—Pero nosotros no somos esas personas. Aaron nunca estuvo a bordo de El Buscador de Dios. Supongo que aún vive aquí, en su elegante hotel. —Chatterjee negó con la cabeza—. Entonces en otro sitio —continuó Benjamin—. Fabricó copias que perseguían los sueños de gente con la que no tenían nada que ver.

—Tal vez. No soy de los que creen que el fin siempre justifica los medios. Aunque, en este caso, estamos tratando con la pregunta más grande de todas.

—No, Ilan. Es su pregunta. ¿De veras cree que los seguidores de cualquier religión quieren saber si su Dios realmente existe o no? Presume de tomar esa decisión por todos.

—Me temo que nunca estaremos de acuerdo en esto. Pero no estás aquí para esa razón.

—En eso también discrepo. Quiero conocer al Benjamin Forestier del que me copiaron.

—Eso se puede arreglar. Pero, antes, resolvamos el problema que tenemos entre manos. Es urgente.

—No, Ilan. Nos ha mentido durante años. No confío en usted. ¿Cómo sé que me necesitará después de resolver tu problema? Primero, me encontraré con mi otro yo, luego ya veremos.

—Eres muy terco. Sé por qué te dejé solo tanto tiempo. Mi consejero quería capturarte en cuanto llegaras a la Luna. Pero yo lo impedí. Te estaba y te sigo estando agradecido por cómo salieron las cosas, a pesar de todo. ¿Sabías que incluso organicé tu primer trabajo de jardinería?

—Es un verdadero filántropo.

—Sé que lo dices irónicamente, Benjamin. Sin embargo, tienes más razón de la que crees. Hago avanzar a la humanidad. No todos los hombres de negocios pueden decir lo mismo. Invierto en nuevas tecnologías que otros aún temen. Fui el primero en conectar con éxito el cerebro de un simio a un ordenador. Y mira a lo que condujo. Los humanos con lesiones medulares ahora pueden volver a caminar.

Benjamin suspiró. Chatterjee se negaba a admitir que estaba avasallando a la humanidad. Era un auténtico narcisista. Cualquiera que no pensara que era genial, simplemente, le malinterpretaba.

—Gracias de nuevo por la recomendación. Ahora que estoy aquí, preséntenme a mi original humano. Después, veré qué puedo hacer por usted.

—Te aseguro que te molestará que no nos hayamos ocupado de mi problema enseguida.

—No me asegure nada, Ilan. Vámonos.

Benjamin se levantó. La vista de Nueva York se convirtió en una reluciente pared negra que le pareció extrañamente fascinante. Quizá porque se parecía a la vista que había pasado años contemplando desde su cápsula. ¿Tenía Chatterjee parte de razón? ¿Podría él, o algún ser humano, soportar veinte años en una cápsula? ¿Cómo le habría ido a su *alter ego* durante ese tiempo?

—Por favor, espera unos minutos —dijo Chatterjee—. Tengo que preparar tu reunión con Benjamin. ¿Insistes en verte con él, aunque no quiera? Deberías saber que tu aspecto juvenil podría... perturbarle.

¿Quién quería eso? No podía forzar a ese hombre, eso no lo haría mejor que Chatterjee.

—No si él no está dispuesto. Pero quiero oírselo decir a él.

—ACEPTÓ —dijo Chatterjee.

Menuda rapidez. Su secuestrador le había dejado solo menos de diez minutos. Salieron juntos de la habitación y se dirigieron al ascensor. Esta vez, Chatterjee pulsó el -9. El nivel inferior. ¿El otro Benjamin había pasado casi cuarenta años bajo tierra? Ya sentía lástima por él.

La puerta del ascensor se abrió y una brisa entró en la cabina. Olía a eucalipto y pino. Estaban al borde de una gran sala de unos quinientos metros de ancho y veinte o treinta de alto. Varios soles, aunque en realidad se trataba de unos focos amarillos brillantes, iluminaban diversas estaciones en su interior. Algunos eran búngalos, otros grupos abiertos de mesas y asientos.

—Esta es nuestra división de investigación —explicó Chatterjee—. Muchos de mis empleados también viven aquí. Gratis.

—Lo que le ayuda a guardar el secreto.

—Claro, eso también. Un negocio solo puede tener éxito si se adelanta a la competencia. Solo invierto en campos en los que es posible una ventaja de dos años.

Chatterjee le llevó al otro lado del vestíbulo. Benjamin observó a la gente que trabajaba allí para ver si había algo inusual en ellos.

—No son androides —dijo Chatterjee—. No merece la pena transferir la personalidad de un científico de éxito a una máquina. El ingenio no es escalable.

—Entonces estas personas tuvieron suerte.

En el lado opuesto del vestíbulo se toparon con un sistema de doble puerta. Allí se les unieron dos hombres de uniforme. Las puertas estaban aseguradas electrónicamente y vigiladas por otros dos hombres armados.

—Ilan Chatterjee y un invitado —anunció el hombre de negocios.

—Acceso concedido.

La puerta se deslizó hacia el suelo. Más allá había una pequeña cámara.

—¿Necesitamos a esos dos? —preguntó Benjamin.

—Tienes razón. Es una vieja costumbre —admitió Chatterjee—. Hace un cuarto de siglo que no tenemos huéspedes que intenten escapar.

»Ya no os necesito —dijo Chatterjee a los guardias.

Entraron en la cámara y la puerta volvió a cerrarse. El suelo vibró. Por lo visto, estaban bajando más.

—¿A qué profundidad nos encontramos? —se interesó Benjamin.

—Unos ciento cincuenta metros. Relájate. Eso equivale a la trigésima planta de un edificio de apartamentos.

Una puerta se abrió tras ellos, a través de la cual entraron a otra gran sala. Por supuesto, esta tampoco tenía ventanas. Parecía un poco más pequeña que la primera. Un único foco colgaba del techo. Benjamin sintió su calor en la piel. Se complementaba con una brisa suave y fresca. En el suelo crecían diversas plantas. Incluso había tres palmeras en el centro.

—¿Son de verdad? —preguntó Benjamin.

—Sí, Christine las pidió.

La imagen de la astrónoma muerta apareció de nuevo en su mente. Christine... su gemela humana también debía estar allí. Aunque eso no era asunto suyo. Reunirse con esa Christine sería como traicionar a la persona que conocía como Christine.

A poca distancia de las palmeras había unos búngalos luminosos separados por setos.

—¡Por aquí!

Chatterjee señaló el segundo bungaló de la derecha. Benjamin le siguió. Había una gran «B» en la puerta principal. Cuando Chatterjee pulsó el timbre, sonó un gong chino en el interior de la casa. La puerta se abrió hacia dentro. Salió un hombre.

Benjamin lo reconoció de inmediato. Había visto esa cara tantas veces en el espejo. Salvo que estaba... al revés. El ojo ligeramente más grande debería ser el de la izquierda. Y el hombre parecía doblarle la edad, a juzgar por las arrugas de la cara y el cuello, y su fino pelo blanco.

El hombre sonrió al principio, aunque luego su cara se congeló. Benjamin se dio cuenta de que comprendía quién era.

—Eres tú —susurró el hombre.

—Yo...

—Hijo mío. Te he echado tanto de menos. Pensé que te había perdido.

¿Tenía un hijo? ¿Por qué no lo recordaba? ¿Había manipulado Chatterjee sus recuerdos?

—Benjamin, este no es tu hijo —afirmó Chatterjee en voz baja pero con firmeza—. Es la visita que quiere conocerte. Está interesado en el tratamiento que recibiste aquí.

—¿Tratamiento? —preguntó Benjamin.

—El trasplante. El doctor Meyers te lo he contado. Nuestro paciente tuvo un accidente de moto en el que perdió las dos piernas. Usamos en él un procedimiento experimental para trasplantar piernas cultivadas.

—Sí, el señor Chatterjee, es genial —dijo el anciano—. Después de eso pude correr más rápido que nunca. Me ha hecho un gran servicio,

aunque últimamente las articulaciones me fallan un poco.

—¿Y por lo demás? —preguntó Benjamin.

—Me encuentro bien, ¿cómo no iba a estarlo? Ya ves qué bien se vive aquí. Tengo todo lo que necesito.

—¿Y si te vas? ¿Se te permite salir?

—Eso pondría en peligro mi sistema inmunológico. Quedó debilitado por el trasplante. Solía echarlo de menos, aunque la idea de volver a perder las piernas...

—Las prótesis son muy buenas hoy en día.

—Sabía en lo que me metía. Firmé el contrato, así que lo cumpliré. Fue elección mía. Y sí, tal vez vuelva a salir algún día. Pero eso no me importa ahora. He tenido una buena vida.

—Me alegro.

—¿De verdad no eres mi hijo? ¡Te pareces tanto a él!

●

—¿ESTÁS convencido? —preguntó Chatterjee una vez que estuvieron de nuevo ante las puertas.

—¿De qué? El hombre tiene buen aspecto, sí. Hizo un trato con el diablo y recibió lo que el contrato le prometía.

—Diablo, hmm. Fue un trato, desde luego.

—¿Tuvo un hijo?

—Sí, se trata de una triste historia. Benjamin y Christine estuvieron juntos un tiempo. En un mundo tan pequeño con pocos habitantes, sucede, aunque no sea una gran pareja. Tuvieron un hijo. Se escapó a los dieciséis años. Nunca lo volvimos a ver. Se parecía a su padre, y a ti.

—Por eso pensó que yo era su hijo. Y no tengo recuerdos de eso porque sucedió después de que me fuera.

—Así es.

El ascensor se detuvo. Chatterjee pulsó el botón para mantener la puerta cerrada.

—Dime, ¿me ayudarás? —preguntó—. Seguro que te interesa.

¿Tenía elección? ¿Y si se negaba? Chatterjee podría encarcelarlo allí. Nadie le echaría de menos.

—Vale —contestó Benjamin—. ¿Se me permitirá volver a mi trabajo de jardinería después?

—Claro. Si todavía te interesa.

●

CHATTERJEE LE CONDUJO a una gran sala, que Benjamin supuso al principio que era un estudio de grabación. Un elegante sofá se alzaba

unos metros frente a una gran pared vacía. Frente a él había dos micrófonos. Había botellas de agua con gas sobre unas mesitas integradas en los reposabrazos. Dos armazones negros recorrían el techo, montados con dos focos móviles. Dos enormes cámaras esperaban a izquierda y derecha.

—Sentémonos —sugirió Chatterjee, indicando el sofá.

Benjamin obedeció. El asiento era cómodo. No se hundió en él tanto como esperaba. Chatterjee abrió un compartimento entre ellos para revelar un frigorífico.

—¿Te apetece algo? Tengo champán y agua.

—Agua, por favor.

Chatterjee sacó una botella del frigorífico y se la entregó. La etiqueta indicaba que el agua procedía de uno de los últimos glaciares del hemisferio norte, en Groenlandia. Supuestamente tenía al menos un millón de años y había absorbido la sabiduría del mundo. Benjamin sonrió.

—Sí, son tonterías —dijo Chatterjee—. Pero a algunos les impresionan esas cosas.

—¿Era necesario?

—Puede ser útil. Soy pragmático. Mucha gente responde a las apariencias superficiales.

Benjamin se encogió de hombros. Encajaba con su impresión del hombre de negocios.

—No quiero que te hagas una idea equivocada de mí —dijo Chatterjee—. Soy el principal inversor del proyecto de sombreado de Groenlandia. ¿Has oído hablar de él?

Benjamin asintió. Se trataba de proteger el último glaciar de Groenlandia con un blindaje especial. Pero era interesante que a Chatterjee le importara lo que pensaba. Al fin y al cabo, hasta el hombre más rico de la Tierra solo deseaba ser querido y comprendido. Quizá no era tan mal tío. Era solo que Chatterjee creía que las reglas no se aplicaban a él.

—No quiero aburrirte —dijo Chatterjee—. Así que empecemos.

Chasqueó los dedos y los dos dispositivos que Benjamin supuso que eran cámaras movieron la cabeza con un fuerte zumbido. Se ajustaron con rapidez y luego proyectaron potentes haces de luz sobre la pared vacía que tenían delante, generando un holograma. Era el más grande que Benjamin había visto. No, el más grande que había visto en el interior de un edificio. Los anuncios holográficos de los rascacielos de Houston eran otra cosa. Pero no tan tan detallados.

Ante él apareció una sala que a Benjamin solo le resultaba familiar por las imágenes grabadas. Era el Control de Misión, a una escala aproximada de uno a dos. Las personas parecían muñecos. Aunque enseguida quedó claro que la grabación era auténtica. Auténtica, pero

no en directo, porque cuando Chatterjee volvió a chasquear los dedos, la imagen se congeló.

—Recibimos este material hace dos semanas —explicó Chatterjee, y luego dejó que se reanudara el holovídeo.

En los dos primeros minutos no ocurrió nada interesante. Benjamin vio al equipo de Control de Misión realizando su trabajo diario. Las cámaras parecían estar situadas en la zona de visitantes, detrás de las filas de escritorios. El sonido era excelente. La CapCom era una mujer joven. Al principio pensó que podría tratarse de Alishondra, la hija de Rachel, aunque no lo era. El resto del personal también era sorprendentemente joven.

—Supongo que el equipo que conozco ya no existe.

—Se disolvió después de lo ocurrido. Pero la mayoría ya se habría jubilado.

—Entonces, ¿la Shepherd volvió a ponerse en contacto, después de todo lo que tuvo que pasar la tripulación?

—Mantuvieron la radio en silencio durante unos dos años —explicó Chatterjee—. A excepción de los datos de telemetría, por supuesto, que la nave transmite automáticamente. La NASA quería cerrar el Control de Misión por aquel entonces, así que yo financié su continuación. Lo cual fue una suerte porque, dos años después, la tripulación empezó a comunicarse de nuevo de forma intermitente. Y, en algún momento, Christine decidió reanudar la investigación.

—La chantajeó.

—No, de eso nada. ¿Por quién me tomas? Todos estábamos sorprendidos. Ni siquiera sabía que se habían llevado las sondas Sheep.

Benjamin tampoco lo sabía. Cuando lanzó su cápsula para volver a la Tierra, parecía que ya estaban hartos de los humanos. Pero Christine era astrónoma hasta la médula.

Aún pensaba en ella cuando su rostro apareció en la gran pantalla del Control de Misión. No había cambiado nada. ¿No era extraño que se le ocurriera? Sabía quién era. Evidentemente, llevaba demasiado tiempo en la Tierra: toda la gente a su alrededor cambiaba.

—Tenemos buenas noticias —dijo ella—. Con la nueva tecnología de interferencia y el enfoque mejorado, hemos podido aumentar la resolución de la lente gravitacional solar.

—¡Necesitamos los datos! —gritó un joven sentado delante a la derecha.

Christine, por supuesto, no pudo oírle. Su mensaje había tardado varios días en llegarles.

—...todavía requiere algunos ajustes, pero ahora creo que vamos a presenciar algo revolucionario. Los nuevos datos parecen responder a la pregunta fundamental que ha ocupado a los cosmólogos durante

tanto tiempo.

—¡Datos, mujer, datos! —volvió a gritar el joven.

—¡Silencio! —ordenó una voz femenina fuera de cámara.

—... estimamos que podremos entregar el resultado final en unas cuarenta y ocho horas. Deséenos suerte. Aaron y David están tan emocionados como yo.

Aaron y David. A él también le hubiera gustado volver a verlos. Pero era costumbre que Christine entregara esos mensajes. ¿Qué había encontrado? Chatterjee parecía tener una corazonada, de lo contrario no habría llegado tan lejos. Aunque ¿para qué lo necesitaba a él?

La imagen volvió a congelarse.

—¿Qué ocurre después? —preguntó Benjamin.

—¡Christine no dice nada más, joder! Los del Control de Misión siguen discutiendo un rato. No hay nada más.

—Esto llegó hace dos semanas.

—Sí, y ese es el problema. No hemos sabido nada de la Shepherd-1 desde entonces.

—¿Christine no envió los datos?

—No, y no responden a nuestros mensajes. Lo hemos intentado todo.

—Ocurría alguna catástrofe. ¿Tal vez se produjo una colisión?

—Los datos de telemetría de la nave siguen llegando. Hubo una corrección de rumbo, pero desde entonces la nave ha seguido desplazándose hacia el espacio interestelar, como antes. Los sistemas de a bordo funcionan con normalidad.

—Eso es muy extraño.

—¿Crees que podría haber ocurrido otro incidente como la última vez? ¿Podría alguno de los tripulantes haber intentado impedir la emisión de los resultados de la lente gravitatoria?

—Usted conoce sus perfiles psicológicos mejor que yo, Ilan. Hace mucho que no tengo contacto con ellos. Quizá deberías preguntar a la gente que retiene en el sótano.

—Eso no es cierto y lo sabes. Aaron, Christine y David ya no tienen nada que ver con esas tres personas, sus originales. Tú, en cambio, pasaste muchos años con ellos.

—Sí, y aún más *lejos* de ellos.

Quizá fue un error volver a la Tierra. ¿Podría haber evitado lo que había pasado? La constelación de sus cuatro personalidades siempre había funcionado bien. Su marcha podría haber dejado un hueco que no podrían llenar.

No, eso no era cierto. No podía culparse a sí mismo. Los acontecimientos de entonces mostraron lo bien que había funcionado su equipo de cuatro. El resto de la tripulación había aguantado mucho más sin incidentes.

—Todavía me interesa tu opinión —dijo Chatterjee.

—¿Puede determinar el estado de la tripulación a partir de los datos de telemetría de la nave? —preguntó Benjamin—. Tal vez ya no querían comunicarse con el Control de Misión.

—No, la tripulación detuvo la transmisión de sus datos biológicos después de lo que ocurrió hace tantos años. Tus amigos dicen que no es asunto nuestro.

Sin duda tenían razón. Aunque Benjamin preferiría saber que estaban a salvo y sanos. Sanos. ¿Se podía describir a los androides como enfermos? ¿O «defectuosos» era más adecuado? Aún pensaba habitualmente en términos humanos.

—No creo que cortaran el contacto a propósito —dijo—. Christine debía saber qué tipo de datos revelaría su investigación. Lo aceptó. No era su primera vez. ¿Podría ser un problema con la antena?

—No, el flujo de datos es consistente. Pero la tripulación ya no responde.

—Entonces no tengo ni idea. Espere. ¿Y si me pongo en contacto con ellos? Tal vez me respondan.

—Merece la pena intentarlo, aunque no tengo muchas esperanzas. En la ubicación actual de la nave, lleva mucho tiempo, por desgracia. Me temo que la tripulación puede estar demasiado lejos para auxiliarla.

—Pero ¿cómo pretende ayudarles? Si va tras ellos en una nave, ¡tardará cincuenta años! Incluso con una tripulación androide y la tecnología de propulsión más avanzada, tardaría al menos diez.

—Estaba pensando en un modo de transporte mucho más rápido.

—¿Has inventado algo más que se desconozca? ¿Un motor warp, quizás?

—No, Benjamin. Mi tecnología tiene más de doscientos años. Ondas electromagnéticas.

—Quiere enviar mi conciencia a la Shepherd-1 digitalmente.

¡Por eso Chatterjee lo necesitaba! ¡Pues no había emprendido el largo viaje solo para volver por radio! ¿Y su cuerpo?

—Sí, ese es el plan. Pero, por supuesto, no puedo obligarte.

Eso no era cierto. Chatterjee podía hacerlo. Aunque necesitaba su ayuda.

—No, necesita que coopere.

—Realmente espero que lo hagas. Creo que le tienes cariño a tu tripulación. Y esta es la única manera de ayudarlos.

—Significan mucho para mí, es cierto. Pero ¿hasta el punto de arriesgar mi vida por ellos? Nadie sabe lo que pasó a bordo.

—La nave en sí se encuentra bien, estamos noventa y nueve por ciento seguros de eso.

—¿Y mi cuerpo? ¿Cómo voy a buscar a mis amigos como un

fantasma en el ordenador?

—Abajo, donde te encontraste con el otro Benjamin, viste seis bungalós, ¿no?

—Quiere implantarme en otro cuerpo. Seré Eric.

—Sí, todavía tenemos dos cuerpos de reemplazo. Ambos están guardados en sus cajas de transporte y deberían funcionar. La conciencia es intercambiable.

—¿*Deberían* funcionar?

—No los hemos probado desde hace muchos años. Pero mis especialistas calculan un noventa y seis por ciento de posibilidades de que funcionen. Habrá algunos problemas de transferencia, porque tu imagen corporal no coincidirá, pero podrás sobrellevarlo. Aceptaste el hecho de que no eras humano.

Estupendo. Se suponía que tenía que meterse en un androide desconocido a una enorme distancia, para buscar a sus amigos desaparecidos. ¿Y si habían decidido romper el contacto?

—¿Cuánto durará mi misión?

—Todavía estamos trabajando en eso.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, por desgracia, la capacidad del emisor y del receptor son muy asimétricas. Podemos transmitir de la Tierra a la Shepherd-1 con una capacidad casi ilimitada. Sin embargo, la potencia de transmisión de la nave es limitada. Dado el volumen de datos que estamos tratando su transmisión a la nave tardará alrededor de una semana. Pero tardará aproximadamente cinco años en la dirección opuesta, y solo si la nave no se distancia más en ese tiempo.

—Así que quedaré atrapado en la Shepherd.

—Eso no es lo que estoy diciendo. Podemos proporcionarte un plan para aumentar la capacidad de transmisión a bordo.

—Aunque no puedo instalar allí una enorme antena parabólica, como tiene la NASA para su Red de Espacio Profundo.

—En efecto. Pero estoy seguro de que lograremos que el tiempo de transmisión se reduzca a la mitad.

—¿Y si pasa algo? ¿Y si se interrumpe la transmisión?

—Eso resultaría en una conciencia fragmentada. No ha ocurrido nunca. Admito que sería un tema de investigación interesante, pero no sería muy agradable para ti.

—Eso es decir poco.

—Bueno, espero que no te desanimes. Después de todo, se trata de ayudar a tus amigos.

—Y salvar sus preciosos datos.

—Eso sería un significativo efecto secundario, sí. He invertido una cantidad considerable de mi vida y dinero en esto. Y, para demostrarte que hablo en serio, te acompañaré en el viaje.

—¿Quiere enviar su conciencia?

—Me parece la única forma de asegurar los hallazgos de la tripulación. A la hora de la verdad, darás prioridad al bienestar de tus amigos por encima de los datos científicos. Mi presencia asegurará que ambos sean tenidos en cuenta.

Así que Chatterjee quería ser su supervisor a bordo. Y estaba dispuesto a separarse de su cuerpo para hacerlo. Quizás ese había sido su plan secreto desde el principio. Chatterjee no sabía lo que era vivir como una copia, como una máquina.

—Entonces, ¿para qué me necesita, si usted mismo estará allí?

—Espero que logres ganarte la confianza de la tripulación. Probablemente, conmigo no me mostrarán la misma… cortesía.

En eso tenía razón.

—En estas condiciones, no creo que...

—Un momento, mi querido Benjamin. Voy a intentar realizar la transferencia de cualquier forma. Pero si te niegas, me centraré en los datos. No me importa tu tripulación.

Era una amenaza descarada. Si no acompañaba a Chatterjee, Aaron, Christine y David saldrían mal parados. Si la situación estaba bajo el control de Chatterjee… El muy gilipollas lo estaba chantajeando. ¿Había esperado otra cosa? Tal vez, pero eso sería una ingenuidad. Chatterjee probablemente ni siquiera lo consideraba un chantaje. Solo presentaban dos opciones, con sus correspondientes consecuencias. Benjamin aún podía elegir.

—¿Y si intento enviar un mensaje personal a la tripulación?

Chatterjee se rio.

—Lo intentaremos. Aunque antes necesito una respuesta. ¿Vienes conmigo o me encargo yo solo?



La enorme pantalla de su habitación era impresionante. Benjamin no necesitaba ni quería dormir. Simplemente deshabilitó esa necesidad humana. Aunque no podía permitirse convertirlo en un hábito: alguien que no dormía no encajaba en la sociedad humana.

Además, tenía cosas que hacer. Chatterjee le había planteado una decisión difícil. Quería ayudar a sus amigos pero no abandonar la Tierra para siempre. Algo le retenía allí. La enorme pantalla mostraba paisajes de todos los continentes. Quizá fuera eso, esa increíble diversidad que no podía encontrarse en ningún otro lugar. No había viajado mucho por la Tierra, pero sabía que todo estaba ahí fuera. Ese conocimiento bastaba después de todos esos años en el espacio.

El cosmos resultaba sobrecogedor. Benjamin recordaba bien la sensación de sentirse minúsculo. Solo de pensarlo le daban escalofríos. Pero el inmenso poder del universo también lo hacía aterrador. Nunca podrían cartografiarlo en su totalidad. La evolución no los había diseñado para eso, en esa bola cálida y húmeda que parecía una preciosa canica brillante desde la distancia. Y aunque él mismo no era producto de la evolución, había heredado el sentido humano del asombro y la perspectiva a pequeña escala.

Cambió a la vista simulada desde la Shepherd en su posición actual. Solo negrura. Tuvo que buscar el Sol. Ya no era la estrella más brillante. Entre él y el siguiente lugar de vida había un frío mortal y el vacío. Y allí era donde Chatterjee quería llevarlo. ¿Era una buena idea?

¿Por qué no? Había vivido allí muchos años y se las había arreglado bien. Tenía la oportunidad de ayudar a sus amigos. Si no era ya demasiado tarde.

—¡Ordenador!

Valía la pena intentarlo. Una pantalla tan cara como esa debía tener una interfaz de voz. Sonó un gong y apareció un texto en medio de la pantalla.

—¿Sí?

—¿Tengo acceso a la red?

—Solo de lectura.

—¿Qué funciones están disponibles?

—Todos los recursos de las instalaciones de Alpha Omega Porter Heights.

Porter Heights era un suburbio de Houston. ¿Era allí donde se encontraba ese complejo subterráneo?

—Estoy buscando una grabación del Centro de Operaciones de la Misión Shepherd-1.

—Hay unas 3200 grabaciones que se ajustan a sus criterios.
—Necesito una grabación en la que hable la astronauta Christine.
—Hay 56 grabaciones que se ajustan a sus criterios.
—Dame la más reciente.
—Pondré la grabación.
El vídeo que había visto como holograma apareció en la pared. La enorme pantalla y la alta resolución hacían que pareciera tridimensional. Benjamin observó la grabación con atención. Quizá Christine había dado alguna señal que solo él entendería. Podía suponer que había llegado a la Tierra. Sin embargo, no había nada. La astrónoma se mostraba alegre, excitada, gesticulando y con los ojos muy abiertos. Eso era auténtico. Estaba a punto de descubrir algo espectacular. Y no iba a renegar. Algo la había forzado la primera vez. No, Chatterjee. Estaba demasiado interesado en los resultados.
El enemigo de tu enemigo es tu amigo. ¿Eso contaba en esa situación? Sus intereses eran diferentes, pero similares. ¿Podría trabajar con el empresario, aunque en otras circunstancias hubiera intentado matarlos? «No era así», argumentaría él. «Sabía que erais androides y que no moriríais en el vacío. Solo que vosotros no lo sabíais».
Si hubiera necesitado sacrificarlos, Chatterjee no lo habría dudado. ¿Y estaba a punto de acompañar a ese hombre a bordo de la Shepherd-1? Tal vez era mejor que saber que Chatterjee estaba allí por su cuenta. Era una elección difícil. ¿Qué les había pasado a sus amigos?
—Ordenador, detén la reproducción.
La pared se oscureció y Benjamin se apoyó en ella.
—¿Tengo acceso a los datos telemétricos actuales de la Shepherd-1?
—Acceso autorizado.
¡Estupendo! ¿No temía Chatterjee que Benjamin revelara su secreto? ¿O estaba seguro de que tomaría la decisión correcta?
—¡Muéstramelos!
Un torrente de números recorrió la pantalla, codificados en el sistema hexadecimal. El ordenador se había tomado sus instrucciones demasiado al pie de la letra.
—Con interpretación y escalas, por favor.
La pantalla se llenó de curvas. La nave estaba enviando una cantidad sorprendente de datos. Estudió cada curva por separado. Mostraba el voltaje de la red de a bordo, los niveles de combustible de los propulsores químicos, la humedad del aire, el nivel de ionización de la materia interestelar, el rendimiento actual del transmisor y del receptor…
¿Cuáles de esos valores eran cíclicos? Si hubiera alguien vivo a

bordo, habría indicios en los datos. Benjamin no podía ser la primera persona en pensar en ello. Pero él sabía cómo vivía la tripulación mejor que la gente de Operaciones de la Misión. Tal vez encontraría una pista que nadie hubiera hallado.

La humedad del aire parecía un lugar obvio para empezar. Aumentaba cuando los humanos respiraban. O los androides: sus pulmones también añadían vapor de agua al aire. Supuso que se habían organizado en turnos de ocho horas. Era lógico con una tripulación formada por tres miembros.

—Muéstrame la humedad del aire de las últimas seis semanas.

Benjamin chasqueó las articulaciones de sus dedos. Las otras curvas desaparecieron. Los valores no indicaban fluctuaciones significativas. El sistema de soporte vital compensaba. Funcionaba bien. Demasiado, porque eliminó todas las pistas y suavizó la curva como si la nave estuviera desocupada. ¿Y el voltaje?

—Ordenador, necesito el voltaje de las últimas seis semanas.

Debería bajar brevemente cuando alguien usara un aparato eléctrico. Al levantarse al comienzo de su turno, siempre había utilizado la maquinilla de afeitar, el microondas, la cafetera y el cepillo de dientes. Pero los datos no mostraban nada de eso. Ni siquiera el microondas podía competir con otros consumos del sistema. Había algunos picos, aunque eran tan altos que tenían que ser componentes de la nave.

—Ordenador, ¿se transmitieron datos de investigación?

—No se transmitieron datos de investigación.

Lástima.

—¿Y la presión atmosférica?

Una línea recta apareció en la pantalla con una pequeña dentadura en el extremo.

—¿Eso es un impacto?

—No, es el ciclo de apertura de la esclusa principal.

—Amplía eso, por favor.

El dentado se alargó. Ahora parecía una W. El ordenador tenía razón. Algo se había abierto dos veces. Solo la esclusa principal podía causar una caída tan significativa en la presión del aire. Si hubiera sido un impacto, tendría la forma de una V: una pérdida repentina de presión, seguida de una compensación automática. Dos impactos seguidos eran muy improbables en aquella región del cosmos.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—¿La primera o la segunda caída de presión?

—Ambas.

—El tiempo transcurrido entre los dos sucesos fue de aproximadamente una hora. La primera caída se produjo el 24 de septiembre.

Antes de que Christine enviara su mensaje. Tal vez una inspección de rutina.

—¿Había algo en la lista de control de servicio para ese día?

—No.

—¿Hay otras desviaciones en los datos de telemetría con una marca de tiempo similar?

—Un día antes hubo una corrección mínima del curso después de una alerta de proximidad.

—¿Algún daño?

—No, la nave funcionó entonces al 100 % nominal.

—Gracias, ordenador.

Los datos no ayudaban. No había indicios de que alguien siguiera a bordo. Pero tampoco de que la tripulación hubiera abandonado la nave.

—¿Ordenador?

—¿Sí?

—Acceso al archivo de datos de telemetría. Buscaré cambios periódicos en particular.

—¿Cuál es el valor de referencia?

—Tiempo.

—Buscando cambios periódicos con el valor de referencia del tiempo.

Durante años, Benjamin se había ceñido a un horario fijo de despertar, trabajar, entrenar, ducharse y dormir. Como el resto de la tripulación. ¿Y no había señales de ello en los datos?

—Hay una medida que se ajusta a sus criterios.

—Mostrar en la pantalla.

El ordenador dibujó un patrón como un latido del corazón.

—¿Qué es eso? ¿Y cuál es la escala?

—Es el volumen de aguas residuales, normalizado al uso estándar. Un metro corresponde a una semana.

Esa era su prueba. Habían hecho la colada una vez a la semana. Lavandería para tres personas. Eso provocó que se reciclaran muchas más aguas residuales de lo habitual. Esa era la parte irregular de la curva que parecía un latido. ¿Quién hubiera imaginado que la lavandería podría ser la única evidencia de vida en una nave?

—¿Muéstrame esa curva de las últimas dos semanas?

La representación se alargó y se convirtió en una línea plana. La lavadora, el corazón de la Shepherd-1, ya no funcionaba. Benjamin se sentó. ¿Le estaba dando demasiada importancia? Solo habían pasado dos semanas. ¿Y si no tenían ganas de lavar la ropa? Tenían ropa suficiente para cuatro semanas si se cambiaban la ropa interior a diario.

—Ordenador, ¿cuántas veces se ha interrumpido la periodicidad de

la fluctuación de las aguas residuales en los últimos diez años?

—Dos veces.

En los últimos diez años, la tripulación se había saltado el día de la colada justo dos veces. ¿No era tiempo de otra desviación? Justo cuando estaban a punto de obtener resultados tan emocionantes, era plausible que hubieran descuidado las tareas.

No, se estaba engañando a sí mismo. La Shepherd-1 había dejado de establecer contacto. No era solo un capricho. Tenía que ayudar a sus amigos. ¡Si por lo menos no tuviera que llevarse a Chatterjee con él!

—¿TE has decidido? —preguntó Chatterjee en la puerta.

—Tiene prisa —contestó Benjamin.

—Todavía necesito hacer algunos preparativos. El jefe de Alpha Omega no estará disponible. Y quizá nunca vuelva a estarlo. Puedo dirigir la empresa desde la Shepherd-1, pero el tiempo de transmisión es excesivo para la toma de decisiones del día a día.

—¿A quién le cederá el control?

—Sería demasiado para una sola persona. No todo el mundo tiene tanto talento como yo. Así que cada división contará con su propio jefe. Tenía la intención de cotizar todas las divisiones de la empresa por separado en bolsa antes de morir, aunque eso tendrá que esperar. No esperaba tener que renunciar a mi actividad diaria tan pronto.

—Pero debe de tener más de setenta años.

—¡Eso no es nada! Mi contemporáneo en RB, Shostakovich, sigue dirigiendo su empresa, aunque ya tiene más de cien.

—He oído que su hija es ahora la jefa.

—Oficialmente, sí, pero el viejo sigue moviendo los hilos en segundo plano. Es un bastardo entrometido.

—¿Y usted no?

—No, utilizo métodos modernos de gestión ajustada. Mis equipos trabajan con procesos ágiles.

—Yo también soy ágil.

—Gracias al maravilloso cuerpo que te concedieron mis ingenieros. Estoy muy orgulloso de ello. He conseguido mejorar lo humano.

—Sin embargo, no puedo reproducirme.

—Pronto los humanos tampoco podrán. Hay una tendencia hacia la reproducción asistida, que también está abierta a ti. Seleccionas donantes de semen y óvulos, y luego te incubamos un niño.

—Eso suena... inhumano.

—También puede nacer de forma natural. Pero nuestro procedimiento es muy inclusivo. Piensa en las parejas del mismo sexo

que quieren un hijo. Y evitamos el sufrimiento asociado a la gestación subrogada. ¡Los niños nacen en las mejores circunstancias, en familias que pueden permitirse tenerlos!

—Creo que me alegro de ser un androide.

Benjamin se metió las manos en los bolsillos. Entraba aire fresco del pasillo. Chatterjee no hizo ningún movimiento para entrar en la habitación.

—Abogaré por que se concedan a los androides los derechos de las personas jurídicas —dijo el jefe de Alpha Omega—. Así podrían casarse y formar una familia. Piénsalo: tal y como están las cosas, si te mato, no será más que destrucción de una propiedad. Y como tu cuerpo me pertenece, nadie puede oponerse. Es una barbaridad.

—La fabricación de robots que puedan confundirse con humanos sigue siendo ilegal en todo el mundo.

—Estoy convencido de que eso cambiará. La población de la Tierra lleva años disminuyendo. Desde la gran corrección climática de la década de 2080, lo llevamos demasiado bien.

—He conocido a algunas personas que no lo llevan bien.

—Bueno, sí. Ya hablaremos de eso en otra ocasión. ¿Has tomado una decisión?

—Sí. Me voy con usted.

—¡Genial! —Chatterjee sonrió como un niño al que acaban de regalar algodón de azúcar—. Entonces, acompáñame a nuestro laboratorio.

EL CAMINO AL laboratorio era aún más enrevesado que la ruta que habían seguido para visitar a su homólogo humano. ¿Era deliberado? Tuvieron que cambiar de ascensor dos veces, y el tercero no tenía botón para el nivel deseado. En su lugar, Chatterjee introdujo una llave que llevaba colgada del cuello en una cerradura situada a la altura del pecho, y el ascensor empezó a moverse.

Hacia arriba.

Benjamin llevaba la cuenta. Bajaron de -9 a -12 y luego volvieron a subir tres o cuatro niveles. Así que el laboratorio debía de hallarse en algún lugar entre el octavo y el noveno nivel del sótano. ¿Qué escondía Chatterjee allí?

Entraron en una especie de clínica. A izquierda y derecha de un pasillo había habitaciones de hospital como en la que se había despertado. Pero no habían utilizado varios ascensores después de salir de ese centro. Este debía de ser otro departamento del imperio de Chatterjee. La mayoría de las habitaciones estaban vacías, o eso supuso porque las puertas se encontraban abiertas.

—En la actualidad no necesitamos tantos sujetos de prueba —explicó Chatterjee—. Antes, todas las habitaciones estaban ocupadas.

¿Sujetos de prueba para qué? Pronto lo averiguaría. El pasillo giró a la izquierda y desembocó en una gran sala embaldosada con una tenue iluminación en el suelo. En medio de la sala había seis objetos parecidos a ataúdes. Eran de cristal. Benjamin no podía creer lo que veía al principio, pero había gente flotando en ellos.

—Ven.

Chatterjee habló en voz baja. Se acercaron al primer tanque de cristal. Un hombre yacía en él. Tenía la cara cubierta por una máscara que le rodeaba toda la cabeza. Por lo demás, estaba desnudo.

—Está usted loco —exclamó Benjamin.

—No te preocupes por el sujeto de prueba. Está soñando. El líquido se halla a 37 grados Celsius. Su densidad se calcula con precisión para que el cuerpo flote. Como en un tanque de flotación. Él está bien. Tiene aire suficiente y sus pensamientos están en otro lugar agradable.

Chatterjee cogió a Benjamin del brazo y le guio hasta un monitor. Mostraba una playa, un par de piernas velludas y, de vez en cuando, un brazo bronceado sosteniendo un cóctel. Debajo había una serie de pantallas digitales iluminadas en distintos colores. La mayoría eran amarillas, algunas verdes o rojas.

—Nuestro sujeto está viendo esta playa ahora mismo en su mente —explicó Chatterjee.

La imagen cambió. La silla en la que estaba sentado el hombre flotó de repente. El hombre se miró los brazos extendidos a los lados. Le brotaron plumas. ¡El tío estaba volando! Planeaba sobre el mar verde esmeralda en su silla.

—Es un sueño bonito —dijo Chatterjee—. ¿No te parece?

Benjamin volvió hacia el tanque, aunque le repugnaba. Se agachó junto a él y estudió el cuerpo. La piel estaba muy pálida, sobre todo en las extremidades, e hinchada. El pecho del hombre subía y bajaba a un ritmo regular. El dedo meñique de la mano derecha se movía de vez en cuando. Parecía como si intentara enviarle un mensaje. Benjamin tradujo los movimientos de los dedos al código Morse, aunque carecían de sentido.

—Son movimientos inconscientes —explicó Chatterjee—. El sujeto no es consciente de ellos.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

Benjamin se acercó al pie del tanque. Las pantorrillas del hombre eran tan delgadas que... Ya lo había visto antes, durante su etapa en el ejército, en un soldado postrado en cama durante meses debido a una lesión.

—Tienes buen ojo para los detalles, Benjamin.

—¿Cuánto tiempo?

—Unas dos semanas. Pero no te preocupes. Está bien pagado y recibe tratamiento de rehabilitación gratuito después, para compensar la inevitable atrofia muscular.

—¿Dos semanas? No le creo.

—¿Doctor Ryan? Acompáñenos un momento, por favor.

Un hombre con bata blanca salió de la penumbra. Benjamin le reconoció.

—¿Sí, señor Chatterjee?

—Este sujeto de aquí, ¿cuánto tiempo ha estado tumbado en el tanque de sincronización?

—Yo... eh... unas seis semanas. Tal vez ocho.

—Pero ¿qué acordamos?

—Sí, lo sé, señor Chatterjee. Pero tiene unas características óptimas. Su cerebro es tan parecido al suyo que pensaría que es su gemelo si no hubiera comparado su ADN.

—Aun así. Necesita un descanso.

—Pero no es un buen momento si quiere comenzar pronto su viaje.

—Bien, tres días más. Te hago personalmente responsable de que reciba la mejor rehabilitación posible.

—Sí, por supuesto, jefe.

Chatterjee hizo un gesto con la mano y el médico volvió a salir de la habitación.

—¿Qué van a hacer con él? —preguntó Benjamin.

—No es fácil extraer una conciencia de un cerebro. Lo hacemos con un ordenador cuántico especialmente programado.

—¿Qué tiene que ver un ordenador cuántico con el cerebro?

—Te sorprenderías. El cerebro es una máquina muy dinámica. Siempre pasa algo en él: los recuerdos se reubican, se procesan y se borran. Pero, técnicamente, no podemos leer los cien mil millones de células nerviosas a la vez. Todo el procedimiento lleva unos días si lo hacemos en secuencia. Lo probamos y nos sorprendió la variedad de procesos mentales. Aunque una copia digital así es inútil... ya nada encaja.

—¿Cómo lo probaron?

Benjamin apretó los puños. No le extrañaría nada de Chatterjee.

—Usamos una copia de un androide....

Benjamin rechinó los dientes. Chatterjee le miró con los ojos muy abiertos.

—Ya sabías la respuesta, Benjamin. Así que, ¿para qué preguntas?

—¿Qué le pasó al androide?

—Se autodestruyó antes de que pudiéramos intervenir.

Benjamin se dio la vuelta. No podía seguir mirando a aquel hombre. Chatterjee no se detendría ante nada. Pensaba en los androides como máquinas insensibles, pero el propio Benjamin era la

prueba de que era… Sí, ¿qué era? Bueno, al menos no era lo que Chatterjee pensaba.

—Benjamin, no deseamos hacer daño a nadie. Ese error nos costó decenas de millones.

Benjamin se volvió de nuevo hacia él. Dinero. Por supuesto, eso era lo único en lo que Chatterjee podía pensar. ¿Por qué el multimillonario tenía que cumplir todos los estereotipos? La expresión feroz de Benjamin no le disuadió.

—Y eso sin incluir el precio del ordenador cuántico que hemos construido. Es la máquina más potente de su categoría y solo la utilizamos para este fin. Poco a poco, entrelazamos el estado de cada célula nerviosa del cerebro con un *qubit*. Al hacerlo, construimos una especie de copia del cerebro en el ordenador cuántico. El menor cambio en una célula nerviosa entrelazada se refleja inmediatamente en el *qubit* correspondiente. Así, cuando están todos entrelazados, desacoplamos los dos sistemas y tenemos una copia de la conciencia que no está escindida.

—Genial.

—Sí, es un verdadero logro científico. —A Chatterjee pareció escapársele el matiz sarcástico—. Es una pena que no podamos darle publicidad.

—¿Cree que ha sido el primero en leer una conciencia?

—No estoy seguro. Si alguien lo ha hecho, puede que haya sido RB. Y no debemos subestimar a la Academia China de Ciencias. Pero, por desgracia, nadie ha tenido noticias de ellos en los últimos años.

—¿Para qué necesita al hombre del ataúd de cristal?

—Tenemos que organizar el ordenador cuántico en una estructura aproximadamente parecida a mi cerebro. Él proporciona una plantilla muy buena. Tardamos en encontrarle. Aunque no le pasa nada en el proceso, no te preocupes. Lo sacaremos mañana.

—¿Por qué mañana?

—Yo ocuparé su lugar en el tanque.

—¿Cuándo empiezo yo?

—Dentro de una semana —respondió Chatterjee—. ¿Doctor Ryan?

El hombre de la bata blanca entró.

—¿Sí?

—¿Cuánto tiempo pasará hasta que esté en el ordenador?

—Calculo que una semana. Podemos entrelazar aproximadamente veinte mil millones de células nerviosas por día.

—Eso es más de lo que habíamos planeado. Bien hecho, doctor Ryan.

El doctor se sonrojó.

—Gracias, señor Chatterjee. El sujeto de prueba proporciona una plantilla muy sólida. Pero yo seguiría previendo problemas menores.

Hay que prestar mucha atención a los detalles.

—Por supuesto. Cuento contigo. Y, por favor, no te alarme si mi nuevo amigo, el señor Forestier, me echa un vistazo de vez en cuando. Le concedo pleno acceso a esta zona.

¿Qué? ¿Se suponía que debía vigilar a Chatterjee?

—¿A qué debo ese honor? —preguntó Benjamin, queriendo decir: «¿No temes que desconecte la corriente?».

Chatterjee sonrió. Parecía haberle leído la mente.

—Tenemos intereses mutuos. Tú quieres ayudar a tus amigos. Para eso me necesitas, porque nunca conseguirás acceder a la Red del Espacio Profundo sin mis conexiones con la NASA. El doctor Ryan podría ser un agente doble a sueldo de la competencia. —El médico levantó las manos en señal de protesta y negó con la cabeza enérgicamente—. Pero puedo confiar en ti en esta situación. Eso vale mucho.

—No conozco esta tecnología.

—El tanque de cristal muestra cómo estoy. Si ves alguna luz roja en la pantalla, pide ayuda, aunque no al doctor Ryan. Te daré un número especial.

—Señor Chatterjee, ¿no confía en mí? —preguntó el doctor Ryan.

—Eres una lumbreras. Aunque se puede comprar a cualquiera, amigo mío. Verás, nuestro invitado, el señor Forestier, preferiría matarme, pero me protegerá como si fuera su propio hijo porque quiere ayudar a sus amigos. Le pago bien, doctor Ryan, no obstante otro podría haberte encontrado un punto débil. Seré muy vulnerable en los próximos días, así que tengo que tomar precauciones.

Chatterjee lo había planeado todo. Pero también mostraba cierta paranoia. ¿O tenías que pensar así si dirigías una de las empresas más importantes del mundo? Benjamin se alegraba de ser jardinero. No tenía ningún colega que lo quisiera verle muerto.



¡CLANG!

David se despertó sobresaltado. Ese ruido, ¿lo había soñado? Parecía seguir resonando en la cápsula, pero tal vez solo fuera su imaginación. A veces, los sueños intensos se fundían con la realidad al despertar. Christine sospechaba que su algoritmo onírico no estaba bien calibrado aunque a él no le importaba. De hecho, le parecía fascinante cuando esas experiencias se confundían con la realidad.

Sin embargo, ese ruido sonaba como una barra de metal golpeando el casco de la cápsula. Una colisión en el espacio podía ser mortal, así que tenía que investigarlo. Apartó las mantas y se sentó. Hacía frío en la cápsula. Siempre bajaba la temperatura a 17 grados cuando dormía. Ahora estaba temblando, así que se vistió rápido.

Se sentó ante el pequeño escritorio que había construido hacía unos años con cajas, encendió el ordenador y estableció una conexión con la sala de control. Aaron estaba allí. Qué extraño. David comprobó la hora. Se suponía que era el turno de Christine.

—Buenos días, Aaron.

—Oye, ¿ya estás entre los vivos?

—Podría preguntarte lo mismo.

—Christine no ha venido a relevarme.

Eso no era propio de ella.

—¿Has llamado para preguntarle qué pasa?

—No. Debe estar agotada. ¿Te has fijado en la cantidad de turnos extra que está haciendo por culpa de la lente gravitatoria? Déjala dormir.

—Si tú lo dices. Pero ¿no deberíamos ir a verla?

—No. La despertaremos y ya sabes cómo es. Estará súper avergonzada y vendrá directamente aquí. Se merece un descanso y tú también, por cierto.

—Gracias, me despertó un ruido. Es decir, no estoy seguro de si era real.

—¿Qué oíste, Dave?

—Parecía como una barra de metal al golpear una lata.

—Hmm. Yo no oí nada, pero no sé. ¿Se repitió?

—No, solo lo oí una vez.

—En principio, tu cápsula es similar a una lata —dijo Aaron—. Pero si algo la impactó desde fuera, ¿no debería habernos alertado el sensor de proximidad?

—Debería. Pero últimamente no funciona bien.

—No, funciona perfectamente. ¿Y no vendría el sonido del interior?

—El interior de la cápsula está aislado.

—El WHC se encuentra junto al casco exterior. Algo pesado podría haber caído allí.

—O lo soñé.

—Supongo que puedes averiguarlo.

—Gracias, Aaron. Voy a comprobar si ha pasado algo en el WHC. Si no, debió ser un sueño.

—Y luego duerme un poco.

—Lo haré.

Terminó la llamada y se levantó. El suelo estaba fresco. David se estremeció. Pero pronto podría volver a meterse bajo las sábanas. Abrió la puerta del WHC. La luz de noche se encendió automáticamente. La pequeña habitación estaba ordenada. David negó con la cabeza. Quizá debería recalibrar el algoritmo de sus sueños.

LA PARTE MÁS difícil era cuando la cápsula se desprendía del anillo. David echó un vistazo a la habitación. Era muy acogedora con la tenue iluminación de emergencia. Cualquier cosa que no estuviera guardada o sujeta volaría por la habitación en cuanto soltara los soportes de acoplamiento.

—Ten cuidado —pidió Christine, vigilando su maniobra desde la sala de control.

Después de dieciséis horas de sueño, estaba lista para volver al trabajo.

—No es mi primera vez —respondió David, borrando de la pantalla la lista de comprobación que acababa de revisar con Christine.

David volvió a comprobar su cinturón de seguridad. No había un momento ideal. Pero había uno en que era demasiado tarde, cuando la cápsula salía despedida tan lejos que su limitada reserva de combustible le impedía regresar a la nave. Sin embargo, no llegaría a eso. No era su primera vez, y tendría que ser descuidado para fallar.

Pulsó el botón. Los soportes se abrieron. El sonido de raspado a través del casco le puso los pelos de punta. Pero no era mala señal. La cápsula no había salido del anillo desde hacía años. Ahora tardaba en moverse, como un anciano esforzándose por levantarse de su sillón.

Puaj. De repente, la gravedad desapareció. David tragó varias veces para contener el contenido de su estómago. El malestar pasó enseguida. Utilizaría el propulsor correctivo. Tenía que girar la cápsula hacia la nave espacial que acababa de lanzarle al espacio.

«PC1: Sin reacción», leyó en la pantalla.

Mierda. En la pequeña ventana de la pantalla que contenía la

imagen de radar de la Shepherd-1, la nave se estaba encogiendo. Apagó el PC1 y encendió su homólogo PC2, al otro lado de la cápsula. En lugar de 90 grados, tenía que girar 270 grados.

«PC2: Activado», le informó la pantalla.

Uff. David se sintió aliviado, aunque todavía podría haber compensado un fallo del PC2. El propulsor principal de la cápsula estaba en un soporte giratorio. Pero eso habría consumido más combustible, que necesitaba para buscar el extraño objeto que habían detectado el día anterior.

Su nave en miniatura giró con cuidado. Cuando había llegado hasta la mitad, giró el propulsor corrector 180 grados y continuó dando marcha durante el mismo tiempo. La cápsula giró hasta apuntar casi directamente a la Shepherd-1, que se encogía poco a poco. Puso en marcha el propulsor principal y lo alimentó continuamente hasta que su vector de velocidad fue positivo en relación con la nave. Si la alcanzaba demasiado deprisa, tendría que frenar con más fuerza.

Ahora tenía un poco de tiempo. David flotó hasta el ojo de buey y le quitó la tapa. La Shepherd-1 no era visible, porque el ojo de buey estaba en el lateral del cilindro de la cápsula. David contempló una alfombra negra entretejida con cristales que emitían una luz fría. El panorama era siempre el mismo y, sin embargo, también diferente. La disposición de las estrellas no cambiaba, pero su percepción del espacio dependía de su estado de ánimo. Hoy sentía sobre todo curiosidad. Allí, ¿esa estrella parpadeó brevemente? ¿Lo que se suponía que estaba buscando la había ocultado?

No era una tarea fácil. Tenían que asumir que los sistemas de la nave no podían detectar el objeto, por la razón que fuera. Christine creía que podrían estar ante un metamaterial con un índice de refracción negativo. Eso hacía que un objeto pareciera transparente, aunque solo para cierta longitud de onda desde cierta dirección. Pero si ella en la Shepherd, y él en su cápsula, medían el objeto desde distintos ángulos, no podía permanecer invisible, si era metamaterial.

No obstante, eso también significaba que si tenían éxito, él no lo vería a simple vista. Tenía que confiar en los sensores de la cápsula y de la nave.

DE CERCA, el anillo de la nave parecía muy frágil. Pasó girando a su lado. Que hubieran compensado con éxito la destrucción causada por la cápsula de Christine hacía tantos años no era un milagro sino el resultado de un arduo trabajo. En la parte superior del anillo podía ver grandes recipientes de plástico conectados por tubos calefactados. Gracias a ellos distribuían la masa, en forma de agua, por el anillo de

forma que la estructura estuviera bien equilibrada, para igualar la carga ejercida sobre los radios.

La idea se le ocurrió después de que pasaran mucho tiempo intentando contrarrestar las zonas dañadas. Los intentos de reparar por completo el anillo habían fracasado debido a las vibraciones causadas por el desequilibrio. Seguían sin poder moverse por todo el anillo. Ya no había un agujero enorme en el sector C, pero no habían vuelto a instalar el punto de acceso.

—¡Cuidado con el anillo! —lo alertó Christine.

—¿Por quién me tomas? Ya casi lo he pasado.

—¿Por qué no lo has dicho? Sincronicemos las cámaras.

David compartió la vista desde el telescopio situado en el morro de su cápsula. Antes lo había utilizado para observar las sondas Sheep. Entonces, aún había tantas que trabajaban en un equipo de tres. Las sondas se dirigían en la dirección deseada mediante suaves impulsos láser.

Oh. Láser. La cápsula todavía estaba equipada con uno. El láser en el morro de la cápsula no era lo bastante fuerte como para usarlo como arma. Pero ¿y si apuntaba a ciegas hacia el espacio? ¿No debería un obstáculo invisible reflejar el rayo, o al menos desviarlo?

—¿Christine? —Le contó su idea.

—El láser se curvará alrededor del objeto como cualquier otra luz —explicó ella—. Aunque podría funcionar si sobrecargas el mecanismo de ocultación. No sé a qué escala nos enfrentamos, pero la tecnología terrestre no podría eludir el láser.

—¿Qué veré si funciona?

David imaginó el extraño objeto brillando misteriosamente.

—Es sencillo: parte de la energía del láser se reflejará.

—¿Quieres decir que solo veré un punto rojo?

—Exacto.

—Vaya.

—¿Qué esperabas?

—Algo guay, como en las películas, cuando el dispositivo de camuflaje de una nave brilla justo antes de fallar.

—Siento decepcionarte. ¿Por qué la superficie del objeto reflejaría de repente parte de la luz? No tiene sentido.

—Porque parece guay, misterioso, ya sabes.

—Sinceramente, no lo sé. Anda, dime si ves un punto rojo.

DAVID ARQUEÓ LA ESPALDA. Esperaba que esa excursión fuera más emocionante. Cuando vigilaba las Sheep, siempre obtenía una respuesta rápida al verlas responder a su láser. Pero ahora la pantalla

estaba en negro. Solo podía ver el láser porque el *software* marcaba su objetivo en la pantalla. Y seguía sin encontrar ningún objeto extraño. Tal vez les había engañado una nube de polvo que se disipaba, o un trozo de hielo y polvo que se rompió en pedacitos al impactar.

Aunque, entonces, ¿por qué el espectrograma mostraba otra cosa? David pulsó el botón de disparo.

—¡Piu, piu, piu! —dijo. El gatillo al menos podría hacer ruido. Eso sería más satisfactorio. Bueno, Aaron no tenía ninguna razón para estar celoso de su aventura. Aventura, ja.

—¿Has visto eso? —preguntó Christine por radio.

—¿Yo? ¿Qué? Me aburro.

—La imagen de comparación. Vi brevemente un punto brillante.

Mierda. El área objetivo del láser estaba ocupando demasiada pantalla. David había minimizado la ventana que comparaba las imágenes de la cápsula con las de la Shepherd. La amplió.

—¿Dónde? ¿Tienes el código de tiempo?

—Sobre el minuto 37:30.

Saltó al minuto 37 y reprodujo la secuencia de vídeo. Bingo. Christine tenía razón. En el minuto 37:21 la imagen parpadeó un instante. Mierda. Si lo hubiera visto en directo, podría haber respondido con el láser. Comprobó la posición absoluta y la orientación de la cápsula a las 37:21 y la convirtió en una posición relativa basada en los datos de movimiento del sistema nave-cápsula. Luego movió la cápsula hasta esa posición. Tardó más de lo habitual, porque solo disponía de un propulsor correctivo con el que maniobrar.

Por fin alcanzó la posición. Observó atento la imagen de comparación. Seguía siendo negra. El objeto debía haberse movido. Era lógico, aunque decepcionante. Disparó el láser para asegurarse. Nada. Un poco más lejos. Piu, piu, piu. Nada, nada. Piu, piu.

¡Ahí! Saltó. Algo apareció en la nada. Un pequeño punto rojo. Se... agitaba... como si estuviera distribuyendo la energía de la luz incidente por todo su cuerpo. Pero ¿cuál era la naturaleza de ese cuerpo? David había visto una serpiente, no, un dragón.

—¡Le he dado! —gritó.

—¿Perdón? ¿Qué?

—A esa cosa de ahí fuera. Parecía un... —vaciló.

—¿Un qué?

—Una forma inusual.

—Ibas a decir otra cosa.

Bien. Christine se reiría de él.

—Un dragón.

—¿Un qué? Por favor, comparte las imágenes conmigo.

Las imágenes. ¡Ojalá la cápsula lo hubiera grabado! No estaba prestando atención a eso. David buscó en el menú. Tuvo suerte. El

programa que disparaba el láser había grabado automáticamente los últimos diez minutos. Por razones de seguridad. Envió la grabación a la sala de control.

—¿Y? ¿Qué ves?

—Una mancha borrosa —respondió Christine—. Podría ser cualquier cosa. Desde luego, no es un dragón.

Él reprodujo la grabación en su extremo.

—Ahí, las espinas de la espalda, el hocico... ¿No lo ves?

—Tienes demasiada imaginación, Dave.

—¿Y la distribución de la energía? Dijiste que solo veríamos un punto rojo.

—Cierto. Aunque eso se basaba en la suposición de que estábamos ante un mecanismo de camuflaje hecho de metamaterial.

—Entonces, ¿es otra cosa?

—Supongo que sí. La energía se disipa visiblemente por parte de su exterior. Como se vería si fuera líquido, por ejemplo.

—¿Crees que esa cosa tiene una envoltura de agua? ¿Ahí, en el helado cosmos?

—En primer lugar, dije que se parecía a la distribución de energía de un líquido. Aunque podría ser algún otro fenómeno. Y, en segundo lugar, no mencioné el agua.

—¿Hay alguna sustancia que sea líquida a estas temperaturas?

—Claro, Dave. Podría ser helio. Incluso un superfluido a estas temperaturas.

—Pero ¿cómo se supone que creara una envoltura de helio? Eso no sería estable.

—Si el helio tiene un momento dipolar, podría estabilizar su forma con un fuerte campo magnético. Aunque eso es solo una especulación descabellada. Por favor, no me cites si no encontramos un campo magnético.

—No encontraremos uno porque no lo estamos buscando.

—Tú lo has dicho, Dave. Pues deberíamos empezar ahora.

—¿De verdad crees que hay máquinas con envolturas de helio estabilizadas por campos magnéticos?

—Dudo que encontremos algo así. Pero sería una estupidez no intentarlo.

●

—OYE, ¿por qué no me llamaste? Habría derribado esa cosa —dijo Aaron.

David se terminó el café que acababa de preparar. Todavía le gustaba su sabor, y era su ritual después de un vuelo en cápsula. Le ofreció una taza a Aaron, quien negó con la cabeza. Aaron parecía

haberse levantado con el pie izquierdo.

—No se trataba de eso —replicó Christine—. Se suponía que David solo tenía que iluminarla. No intentábamos hacerle daño.

—Hablas de ella como si hubiera algo malicioso por ahí —dijo David.

—De todos modos, ya hiciste un turno doble ayer cuando me quedé dormida —continuó Christine—. Como jefa, no puedo violar las leyes laborales.

—Ja, ¿las leyes de quién? ¿Las de la Tierra? Hace mucho que las dejamos atrás. Y yo soy el mejor piloto de cápsulas.

—No lo eres —lo refutó David—. Intenta dar en un blanco completamente a ciegas.

—No le diste hasta que tuviste las coordenadas en pantalla.

«Con que esas tenemos...». David dejó su taza y se enderezó.

—Tenía una anchura de menos de un segundo de arco —se defendió—. Las posibilidades de darle a algo de ese tamaño en una esfera son mínimas.

—Ahora te vales de las matemáticas como excusa. No me vengas con segundos de arco. Tengo tacto con el gatillo, cosa que a ti te falta.

—Basta, los dos. Necesitamos una estrategia, no una pelea.

—No estamos peleando —argumentó Aaron, acercándose a David y rodeándolo con un brazo.

—No, solo puntualizando —confirmó David—. No se puede polemizar sobre algo que es indiscutible.

Él tenía mejor puntería. Lo había demostrado con frecuencia al conducir las sondas Sheep. Sus sondas siempre llegaban a las posiciones asignadas con un mínimo de energía. Aaron nunca lo entendería. Siempre intentaba colocar las suyas lo más rápido posible.

—Estábamos hablando de las pruebas de los campos magnéticos en movimiento cuando llegaste —dijo Christine.

—Sí, me lo imaginaba —contestó Aaron—. Interesante teoría.

David se vio forzado a aceptarlo. ¡Una envoltura de helio superfluido! Dudaba que ni siquiera RB lo hubiera conseguido. Era tan descabellado, pero eso no significaba que no debieran probar la teoría.

—Deberíamos investigarlo —dijo David—. ¿Alguna sugerencia?

—Típico —se quejó Christine—. Yo ideo el método y vosotros os divertís.

—Pero tú eres la investigadora científica. Se supone que disfrutas con esas cosas —replicó Aaron.

—Disfruto al apretar gatillos al azar tanto como el que más —aseveró Christine—. Pero lo que realmente quiero es concentrarme en los datos de mi lente gravitatoria. Los de la Tierra aún no saben nada de esto.

—De acuerdo —dijo David—. Ya se nos ocurrirá algo, y tú haz tu

trabajo. Te avisaremos cuando hayamos encontrado las máquinas de helio extraterrestres.

—No llegaréis a ninguna parte sin mi ayuda. ¿Has oído hablar de un magnetómetro?

—Un aparato para medir campos magnéticos —contestó David.

El nombre se explicaba por sí solo. A veces Christine parecía pensar que eran unos lerdos.

—Exacto. Básicamente, una brújula.

—Pero súper complicado en los detalles —dijo Aaron—. Y si queremos construir una, nos llevará cientos de horas.

Christine se rio.

—No, es bastante sencillo. Tienes dos núcleos paralelos enrollados con bobinas opuestas. ¿Y qué ocurre cuando introduces una bobina en un campo magnético alterno?

—Se induce una corriente —afirmó David—. Recuerdo las clases de Física.

—A las que nunca asististe —se burló Aaron.

«Imbécil. Tú tampoco».

—Cierto —dijo Christine—. Sin embargo, el campo magnético externo afecta a las dos bobinas de manera diferente. Porque están enrolladas en direcciones opuestas. Puedes medir la diferencia.

—Eso suena fácil —dijo David.

¡Si su profesor de Física se lo hubiera explicado con tanta sencillez! Recordaba al hombre haciéndole sentir pequeño e incompetente.

—Lo he simplificado un poco. Por cierto, se llama magnetómetro de flujo —añadió Christine.

—¿No es un condensador de fluzo? —preguntó Aaron.

«Listillo».

—¿Me parezco a Doc Brown? —replicó Christine.

Ah, ella también conocía la película.

—Así que necesitamos los núcleos y el cable —dijo Aaron.

—No, casi todas las naves espaciales llevan un magnetómetro de tres ejes a bordo. Solo tenemos que conseguir uno de alguna parte.

—¿La Shepherd tiene uno? ¿Deberíamos usarlo? —se preguntó Aaron.

David dudaba que fuera tan fácil. Todo en ese viaje era siempre complicado.

—Está fijado fuera, en el anillo, en un mástil largo —expuso Christine—. Demasiado lejos del objeto que queremos medir.

—¿Podemos moverlo? —insistió Aaron.

—Es más simple coger uno de una sonda Sheep —dijo Christine—. Todavía tenemos una en el almacén que pensábamos actualizar con la nueva tecnología.

Christine cuidaba esa sonda como a un bebé. Y ahora la entregaba

para que la masacraran. ¿Qué le había pasado?

—¿Vas a cederla? —preguntó David.

—El magnetómetro es una ayuda auxiliar para controlar la posición. La Sheep funciona bien sin él.

—Vale. ¿Y luego qué?

—Instálalo en una cápsula. El sensor debe estar lo más lejos posible de la cápsula, preferiblemente en un brazo.

—No hay problema. ¿No podemos usar el magnetómetro de la cápsula?

—Me gustaría emplearlo para la calibración, David. Junto con el magnetómetro de la Shepherd. Hay todo tipo de campos magnéticos zumbando por ahí en el espacio interestelar, y primero tenemos que aislar la señal.

●

EL MAGNETÓMETRO DE la sonda Sheep resultó inadecuado. Se basaba en una tecnología diferente que no era compatible con el ordenador de la cápsula. Pero Christine no estaba preocupada: simplemente construirían uno. Aaron y David llevaban un cuarto de hora trabajando en ello.

—Ahora embobina fuerte. Con cien vueltas —le indicó Christine.

David se sintió como si hubiera regresado al colegio. Pero la astrónoma era buena docente. Ojalá hubiera tenido una profesora como ella en aquella época. Enrolló el cable alrededor del núcleo.

—Hecho —dijo Aaron.

¡Idiota! Había empezado antes.

—Dámelo —pidió Christine—. Empezaré a preparar el circuito eléctrico.

David llegó a cien. Torció el extremo del cable para fijarlo con mayor firmeza alrededor del núcleo. El ejemplar de Aaron flotaba sobre la mesa. David lo cogió y lo comparó con el suyo. Sus espiras eran más uniformes y al de Aaron le faltaba el extremo retorcido.

—¿Es un problema si las espiras estén espaciadas de forma diferente? —preguntó.

—No, tengo que calibrarlas de todos modos —aseveró Christine—. Tranquilo. Dámelos. Tú prepara la cápsula.

●

—ESE ES MI ASIENTO —protestó Aaron.

—Ya he practicado esta maniobra —dijo David.

Y, además, él había llegado antes.

—Exacto, ya has tenido tu turno. Y esta es mi cápsula.

—¿Os estáis peleando otra vez? —increpó Christine por radio.

—David está en mi asiento, en mi cápsula —se quejó Aaron.

—Cuando os comportáis así tengo la impresión de que me tomáis por vuestra madre.

—Tú eres la comandante.

—Si no os ponéis de acuerdo, iré a pilotarla yo misma. Y vosotros podéis mirar desde la sala de control.

David suspiró, se desabrochó el cinturón, se impulsó y se alejó flotando del asiento. Si Aaron insistía en hacer el trabajo, David no iba a interponerse en su camino.

—Gracias —dijo Aaron.

La cápsula flotaba ingrávida cerca de la esclusa principal de la Shepherd. David se acercó al ojo de buey. Desde allí podía ver el brazo de unos diez metros de largo. Habían fijado el magnetómetro a un extremo. Estaba conectado por cables al ordenador de la nave.

—Lista de comprobación completada. Agárrate fuerte —advirtió Aaron—. Voy a despegar.

David se agarró a un asidero del techo. Una fuerza suave tiró de sus piernas.

—Cuidado con el brazo —exclamó—. Tienes que dejar al menos diez metros a estribor.

—Lo sé —contestó Aaron.

Fue un vuelo corto. El objeto que David había iluminado con el láser estaba dentro del anillo. Utilizaban la cápsula A porque tenía dos propulsores correctores en funcionamiento. Eso permitía maniobras más precisas.

—Por favor, cíñete a lo que acordamos —pidió Christine.

Aaron debía volar varias veces alrededor de la Shepherd en círculos cada vez más amplios. Eso permitiría a Christine cartografiar el área y registrar cualquier cambio. Existía, sin embargo, un problema: la Shepherd-1 se movía por el espacio a gran velocidad aunque sin aceleración. Por tanto, el fondo natural cambiaba constantemente. ¿Podrían seguir midiendo las variaciones? Tenían que trazar el mapa de esa cosa de helio de alguna manera.

—Lo estás haciendo muy bien —animó Christine—. Sigue así.

David observaba atento a través del ojo de buey. Tal vez el visitante se revelaría ante él. Pero después de la décima vuelta alrededor de la Shepherd-1 se aburrió. Descendió y se quedó detrás de Aaron. A su amigo tampoco parecía gustarle volar en círculos. Seguía disparando el láser, probablemente con la esperanza de iluminar esa extraña máquina aunque fuera por casualidad.

—Bien. Creo que ya veo algo en los datos —dijo Christine—. Es periódico.

—¡Hemos encontrado algo! —gritó Aaron—. ¿Aumento el radio?

—¿Periódico? ¿No es un poco raro? —preguntó David.

—Pasáis volando una vez por ciclo —explicó Christine—. Eso tiene sentido. Esperad. No, según mis datos, pasáis a su lado cada dos segundos. Esa cosa debe rodearos en una órbita muy cerrada.

David se impulsó hacia el ojo de buey. No obstante, por mucho que observaba, no veía nada.

—Ahí no hay nada —dijo.

—¿Podría el campo magnético estar emanando de la cápsula? —preguntó Christine.

—¿Cómo? —replicó David.

—No lo sé. ¿Qué dice el ordenador? Ah, ahora se ha detenido.

—Aaron estaba disparando repetidamente el láser —dijo David, volviéndose hacia el piloto—. Y ahora ha parado.

—¡Chivato! —profirió Aaron.

—¡Oye, estás fastidiando la misión, colega! Ahora tendremos que volver a empezar.

—No es tan malo —dijo Christine—. Disparar el láser crea un montón de campos magnéticos, aunque puedo aislarlos del fondo si continuáis vuestra órbita activa alrededor de la Shepherd un poco más. Pero, por favor, ceñíos a las acciones que acordamos.

David volvió a la ventana. Si tenía suerte, podría distinguir ese objeto.

—LLEVAMOS CUARENTA Y cinco circuitos alrededor de la Shepherd —dijo Aaron—. Empiezo a pensar que intentas torturarnos.

—Que sean cincuenta —pidió Christine.

—¿Ves algo? —preguntó David.

—No estoy segura.

¡Había encontrado algo!

—¿Eh? ¿Qué significa eso? —preguntó Aaron.

—Hay dos anomalías en el campo magnético. Aunque no estoy segura de su naturaleza o tamaño.

—¿Anomalías? ¿Visitantes múltiples? —inquirió Aaron.

—No, ya te lo he dicho, no estoy segura de lo que son. Podría tratarse de alguna perturbación originada en la nave, o artefactos de medición, o perturbaciones en el medio interestelar. Por eso necesito que completes cincuenta ciclos.

—Entendido —dijo Aaron.

—¿Dónde están las anomalías? —preguntó David—. Así podré buscarlas.

—No, harías alguna estupidez. Les dispararías o algo parecido.

—Ese lo haría Aaron. Yo nunca iría en contra de tus instrucciones.

—Por si acaso —dijo Christine.

Durante el circuito final, David examinó con intensa concentración el espacio.

—¿Te apetece pilotar un rato? —preguntó Aaron.

—No. Me gusta estar aquí, en el ojo de buey. Hay mejores vistas.

—Antes querías pilotar.

—La cápsula es tuya, Aaron. Te lo dejaré a ti.

¡Un segundo! ¿No acaba de destellar algo? David apretó la mejilla contra el cristal. Otro destello. Verde. Oh, cierto, era la luz de navegación de la cápsula D. El anillo pasaba por encima de él. Recordó el tintineo del gong durante la noche. ¿Y si no era un sueño? Fuera lo que fuese lo que Christine había detectado, pronto podrían averiguar que se trataba de algo que desearían no haber descubierto. Pero tenían que saber qué les acechaba. No podían ignorar una amenaza potencial.

—BIEN, es suficiente —dijo Christine.

Les hizo volar con la cápsula 52 veces alrededor de la Shepherd, pero ni Aaron ni David se quejaron. David se arrepintió un poco de no haber aceptado la oferta de Aaron, porque no pudo ver nada a través del ojo de buey.

Las ondas de radio eran silenciosas, salvo por un susurro procedente del lado de Christine que semejaba como si estuviera hojeando un grueso libro. La tensión aumentaba por momentos. Christine tenía un don para eso. David aflojó la presión de los dedos cuando se dio cuenta de que le dolía la mano.

—Gracias por vuestra paciencia —dijo Christine.

Ya estaba. Crujido.

—Solo estoy haciendo unos cálculos en un bloc de notas. Teorema de intercepción. El maldito bolígrafo no funciona.

¿Teorema de intercepción? ¿De geometría? ¿Para qué quería eso? David respiró hondo.

—No, es lo mismo. Lo siento.

Un bufido ahogado. Christine debió estornudar en un pañuelo.

¿Por qué lo sentía? ¿Qué era lo mismo? ¿Por qué Christine no podía expresarse con claridad por una vez? David rebosaba curiosidad.

—Lo siento. Hay dos artefactos, de distintos tamaños. Uno parece ser más pequeño que tu cápsula, el otro... Bueno, olvidemos ese por ahora. Vamos a ver el más pequeño. Te enviaré las coordenadas exactas, Aaron.

—Gracias, las tengo.

En ese momento la cápsula aceleró. A David le pilló desprevenido y salió despedido por la cabina hasta que consiguió estabilizarse en una repisa. Volvió a acercarse al ojo de buey. Se acercaban al anillo.

—¿Ves algo? —preguntó Aaron.

—No.

—Yo tampoco.

—¿Qué veis? —preguntó Christine.

—Nada —respondió Aaron—. ¿Probamos con el láser?

David pudo ver cómo su dedo se cernía sobre el gatillo.

—Sí, pero ten cuidado de no apuntar directamente al anillo —dijo Christine.

Aaron dirigió la cápsula con los propulsores correctores y disparó un par de veces. No se veía nada en la pantalla.

—Nada —dijo Aaron—. ¿Estás segura de las coordenadas?

—Sí —respondió Christine—. El campo magnético muestra claramente un gradiente fijo ahí.

—Comprueba la imagen del radar —sugirió David.

Aaron asintió. Los contornos del anillo aparecieron un instante después. Estaban cerca de la cápsula C. El anillo no estaba totalmente reparado. Lo atravesaba una de las tuberías que transportaban fluido a los contenedores de contrapeso. La tubería tenía un abultamiento.

—Esa protuberancia en la parte superior de la tubería, ¿la ves? —preguntó David.

—Claro —respondió Aaron.

—Eso es una bomba de alta presión, ¿verdad?

—Sí.

—¿Está en funcionamiento?

—Creo que sí. Christine, la bomba cerca de la cápsula C, ¿funciona?

—Sí. Si no, el fluido se congelaría. ¿Por qué?

—Porque... —comenzó David.

—Oh, por supuesto —lo interrumpió Christine—. Tienes razón. Probablemente está creando el campo magnético. Deberíamos echar un vistazo al regulador de voltaje. Eso no es normal.

—¿Coincidencia? —preguntó Aaron.

—Supongo que sí —dijo Christine—. Tendremos que idear un enfoque diferente.

—¿Y el otro artefacto? —preguntó David.

—Es simplemente... demasiado grande. Comprobé las cifras tres veces. Si extrapolas el gradiente, obtienes... No, no puede estar bien.

—Vamos a echar un vistazo de todos modos —sugirió Aaron.

—Te he enviado las coordenadas.

—Gracias, comandante.

En esa ocasión David se sujetó bien. La cápsula giró, luego voló

hacia el módulo central de la nave.

—Cuidado con el brazo —advirtió David.

Aaron murmuró algo y luego preguntó:

—Christine, ¿estás segura de que está tan cerca del módulo central?

—Hmm, ni siquiera me había dado cuenta. Sus dimensiones son tan absurdas que tiene que tratarse de un error de medición. Tal vez estamos pasando por un vórtice magnético metaestable.

—Sigo sin detectar nada, ni visualmente ni en infrarrojos o radar —dijo Aaron.

—Nada tampoco a través del ojo de buey —añadió David—. ¿No quieres probar otra vez con el láser?

A Aaron solía entusiasmarle.

—Paso. No tiene sentido.

—David tiene razón —intervino Christine—. Deberíamos agotar todas las opciones.

—Si tú lo dices —contestó Aaron—. Primero giraré un poco la cápsula para no impactar con la nave.

David se sujetó y Aaron hizo la corrección de rumbo. Cuando la cápsula se alejó de la nave, disparó el láser.

Frente a ellos apareció una oscilante zona de color rojo.

—¡Vaya! —gritó David.

Observaba la forma a través del ojo de buey. El hecho de que viera algo desde allí, desde el lateral, le daba una idea del enorme tamaño del objeto. Pero ¿qué era? Sus contornos cambiaban constantemente. Por un instante le recordó a un dragón, porque presentaba una especie de armadura escamosa, pero dos segundos más tarde eso había desaparecido. Ahora la superficie tenía estructuras onduladas que parecían ondular hacia él y, de repente, era como si unas manos presionaran contra ella desde abajo, como si trataran de escapar de un lago cubierto de hielo.

Tenía que controlar su imaginación. ¿Qué estaba viendo realmente? Una superficie que no estaba definida con precisión. Los cambios parecían aleatorios. La parte visible tenía, como mucho, un metro y medio de espesor. Sin embargo, envolvía una parte del módulo central de la nave, lo que sugería la existencia de otra parte invisible mucho mayor. Deberían inspeccionarla con detenimiento más tarde.

—Estás grabando eso, ¿verdad? —preguntó Christine.

—Por supuesto —dijo Aaron—. Pero sospecho que todo es un sueño.

Sí. Una pesadilla. Esa cosa que envolvía parcialmente a la Shepherd no podía existir. Absorbía la energía del rayo láser y la reflejaba en toda su superficie. ¿Cómo funcionaba, físicamente? Ojalá,

Christine, tuviera una idea.

Las ondulaciones rojizas se desvanecieron lentamente. Aaron seguía disparándole, aunque con menos frecuencia. Quizá deberían dejar de hacerlo por si lo interpretaban como un ataque. No, ¡otra vez su imaginación hiperactiva! Tenían que abstenerse de hacer suposiciones. David ya le estaba asignando volición a esa cosa. Era demasiado pronto para ello.

—Creo que deberíais volver —opinó Christine.

—¿Por qué? —preguntó Aaron.

—He vuelto a comparar los datos cronológicamente. Hay indicios de esa extraña concentración cuando empezasteis a dar vueltas. Pero entonces era mucho menor.

—¿Insinúas que está creciendo? —preguntó Aaron.

—Eso parece. Si crece mucho más, podría bloquear el acceso a la esclusa principal.

—¿Crees que podría sellar la esclusa? —exclamó David. Desde su perspectiva, esa cosa oscilante parecía tan ligera e insustancial como un fragmento de nube en la atmósfera terrestre.

—No lo descarto —admitió Christine.

—A mí me tiene pinta de ser una estructura puramente energética —indicó David—. Cambia tan rápido. Eso no es posible con la materia normal.

—No digas eso. No sabes de lo que son capaces los materiales superfluidos.

—No, la verdad —admitió David.

—Entonces volved y discutámoslo. Me sentiría mucho mejor si estuvierais aquí dentro, conmigo.

Aaron se levantó. ¿Le estaba cediendo su asiento? David negó con la cabeza. Se encontraba demasiado nervioso como para pilotar la cápsula.

—No hace falta que vueles —dijo Aaron.

—Pero ya has oído a Christine.

—Ella tendrá que esperar. Voy a echar un vistazo más de cerca.

—¿Vestido así? ¿¡Estás loco!? ¿Cómo?

—Usaré el exotraje de la popa. Tiene control de posición y un pequeño propulsor. Necesito saber a qué nos enfrentamos.

—¡Sé razonable! Podemos hacerlo más tarde, después de haber evaluado los datos. ¡Esa cosa podría chuparte toda la energía y escupirte!

—Has visto demasiadas películas de ciencia ficción.

—¿Christine? Aaron quiere salir y mirar esa cosa.

—¡Soplón!

—Aaron, es demasiado peligroso —insistió David—. Antes, tenemos que averiguar qué es.

—Podríamos volar otras cincuenta veces alrededor de la nave y seguiríamos sin saber qué es. No, voy a salir a verla.

—Aaron, no seas imprudente. Ni se te ocurra —gritó Christine por radio—. ¡Es una orden!

—¿Y después qué? —preguntó Aaron.

—Después analizaremos todos los datos, los discutiremos y elaboraremos un plan.

—¿Hoy? —preguntó Aaron, volviendo lentamente a su asiento.

Uff. Christine parecía haberle hecho entrar en razón.

—Sí, claro, ¿por qué no?

—De acuerdo —aceptó Aaron—. Pero te lo advierto. Si sigues inventando excusas, iré yo solo a comprobarlo. No me gusta tener invitados no deseados en mi puerta.

—ESTA ES LA zona que tenemos que examinar —explicó Christine.

La Shepherd flotaba frente a ellos. No podían ver el anillo, pero había una zona roja a la izquierda de la esclusa principal. Llegaba casi hasta la mitad de la nave y se extendía unos dos tercios desde la parte delantera hasta la trasera.

—Es bastante grande —apuntó Aaron.

—Aquí, cerca de la popa, se dobla —dijo Christine—. El material, así lo llamo por ahora, parece sobresalir un poco hacia el espacio.

—Es como si voláramos a través de una boñiga y trozos de ella gotearan detrás de nosotros al acelerar.

Inmediatamente se arrepintió de la analogía.

—Estamos de mierda hasta las orejas —se rio Aaron.

—Salvo que, lo más probable, es que no se trate de excrementos —continuó David.

—Yo no descartaría nada —dijo Christine.

—Ves, la científica piensa que lo de la mierda es una posibilidad —señaló Aaron.

Por supuesto, a Aaron le gustaban los símiles.

—Pero la analogía de David tiene un fallo: no estamos acelerando —destacó Christine—, así que no debería estar goteando.

—¿Y el plasma interestelar por el que nos movemos? ¿No crea una cierta resistencia? —preguntó David.

—Sí, aunque el coeficiente de resistencia es demasiado bajo para explicar este efecto —dijo Christine.

—¿Qué es esto?

Esa era la pregunta clave, pero Christine parecía rehuir una respuesta.

—Esa es la razón por la que estamos sentados aquí, para

averiguarlo.

—Si no me hubieras impedido ir a comprobarlo, ya lo sabríamos —se quejó Aaron.

—Eso no ayuda —dijo Christine—. Voy a superponer todo lo que tenemos.

Una nube en diferentes tonos de azul sustituyó a la zona roja con rayas cruzadas.

—Esas son nuestras mediciones de temperatura —explicó Christine—. Reconozco que cometí un error al principio. Al escanearlo en infrarrojos, buscaba algo más caliente que la materia interestelar de esta parte del cosmos. Por eso no encontramos nada.

—¿Es más frío que su entorno? —preguntó Aaron.

—Exacto —confirmó Christine—. Los tonos azules muestran la temperatura aproximada. Está solo unos pocos kelvin por encima del cero absoluto.

—¿Cómo es posible? ¿No debería estar calentándose?

—No necesariamente, Aaron. En primer lugar, el medio interestelar es muy escaso aquí. Y, en segundo lugar, las partículas de las que está hecho ese objeto podrían hallarse todas en el mismo estado energético.

—Un condensado de Bose-Einstein —concluyó David. Había leído sobre ello hacía tiempo.

—Sí, con la característica de que sus partículas solo pueden cambiar de estado si lo hacen todas al mismo tiempo —detalló Christine—. Así que tendría que haber mucha energía térmica fluyendo hacia él para que este objeto pudiera alterar su temperatura.

—Apuesto a que hay unos cuantos físicos en la Tierra que darían un ojo de la cara por un vaso de precipitados de este material —bromeó Aaron.

—Desde luego —contestó Christine.

—¿Y el helio? —preguntó David—. ¿No habías dicho...?

—Buena observación. Sigo pensando que la superficie exterior del objeto es helio superfluido. Esa teoría está apoyada por el espectro rojo de luz que emite.

—¿Solo el exterior? ¿Y en el interior? —exclamó Aaron.

—No estoy segura de lo que hay dentro. Pero no es helio.

—¿Por qué lo dices?

—Por su masa. ¿Recuerdas la maniobra evasiva, Aaron? Tuviste que intervenir manualmente porque la nave no aceleraba bastante.

Era la primera vez que David oía hablar de ello.

—Sí, fue aterrador —admitió Aaron.

—Yo también estaba preocupada. Pensé que se trataba del propulsor. Pero también es posible que la Shepherd subestimara su propia masa.

—Porque esa cosa ya estaba pegada a nosotros —dijo Aaron.

—Sí. He calculado la masa del objeto basándome en la aceleración de la nave y la potencia de los propulsores. Debe pesar, al menos, tres veces más que nosotros. Eso significa que no puede ser solo helio.

—¿Lo has comparado con la masa de ese trozo de roca que se dirige hacia nosotros? —preguntó Aaron.

—Si el objeto estuviera hecho de roca, sería más ligero que la Shepherd-1 —respondió Christine.

—Qué lástima —profirió Aaron.

—¿Supusiste que la roca y ese objeto de helio eran la misma cosa? —preguntó Christine.

—Sí, esa era una explicación —dijo Aaron—. La roca se transformó, de algún modo, en una nube de helio y se quedó pegada a la nave.

Un trozo de roca transformándose en un gas noble extremadamente frío. A David eso le sonaba demasiado improbable.

—Eso no se ajusta a la conservación del momento —afirmó Christine—. Deberíamos haber sentido un temblor. Sin embargo, no lo sentimos.

Era un argumento mejor que «improbable». Pero ¿no debería aplicarse la misma lógica al objeto de helio? Era mucho mayor aunque, aparentemente, se había adherido a ellos sin ningún efecto medible.

—Entonces, ¿cómo se nos pega un objeto tres veces más pesado que la nave sin que nos demos cuenta? —preguntó David.

—Quizá lo llevemos encima desde hace tiempo —comentó Christine—. Al principio era tan pequeño que no nos dimos cuenta, luego creció.

Un parásito. ¿De qué se alimentaba? No parecía causar daños estructurales a la Shepherd-1.

—Tal vez es una especie de autoestopista cósmico —supuso David —. Hizo autostop en el pequeño asteroide, y luego aprovechó para saltar a un objeto más grande.

—Más bien un polizón —dijo Aaron—. No me gustan los polizones, sobre todo los que crecen más que el vehículo en el que viajan.

—¿Qué sugieres que hagamos al respecto? —preguntó David.

Él también tenía un mal presentimiento. Esa cosa ya tenía tres veces la masa de la nave. ¿Cuánto más crecería?

—Tal vez lo más inteligente sea no hacer nada —propuso Christine —. Por ahora, no parece hostil. Aunque si la provocamos, podría tomar represalias.

—Pero si no hacemos nada, podría engullirnos por completo —protestó Aaron—. ¿Quién sabe cuánto crecerá?

—Su tamaño no es realmente un problema. La Shepherd volará

otros quinientos años sin acelerar. Mientras no interfiera con nosotros, no causará problemas, con independencia de lo grande que sea.

—Podría crecer sobre la esclusa principal, Christine.

David seguía la discusión con la respiración contenida. No se le ocurrían argumentos lo bastante rápidos como para aportar algo.

—Entonces usaremos la esclusa anular cuando necesitemos salir al exterior —argumentó Christine.

—¿Y si empieza a devorar la nave para seguir expandiéndose?

—Todavía no ha necesitado hacerlo. Sospecho que se alimenta de radiación y materia interestelar. ¿Para qué matar a su huésped?

—Muchos parásitos acaban matando a sus huéspedes.

—Eso sucede a menudo porque el huésped intenta luchar contra el parásito.

—¿Quieres poner la otra mejilla? ¿Deberíamos alimentarlo acaso?

—Buena idea, Aaron. Así sabremos qué come.

—¿Cómo sabremos si acepta lo que le damos?

—Lo pesaré, antes y después.

—Pondrás una gota de helio en la balanza.

—Sí, como cuando esquivamos ese trozo de roca. Aceleraré con cierta potencia y mediré el aumento de velocidad.

—Vale, eso podría funcionar.

Aaron estuvo de acuerdo con Christine. ¿Las maravillas nunca cesarían?

—Entonces ¿estás de acuerdo con el experimento? —preguntó Christine.

Ella también parecía asombrada.

—Sí, aunque antes saldré y me aseguraré de que todo esté bien —afirmó Aaron.

—Eso ya lo hemos hablado —dijo Christine—. Evitaremos ese tipo de acciones arriesgadas hasta que hayamos agotado todas las demás opciones.

—David, di algo —pidió Aaron—. No podemos quedarnos de brazos cruzados y mirar desde una distancia segura. Esa cosa debe saber que nos hemos dado cuenta de su presencia y de que tiene que recomponerse.

David se cruzó de brazos.

—No tengo nada en contra de observarla un poco más. De todas formas, lo dices como si fuera un ser vivo. Eso me parece inverosímil.

—Todo apunta a que ha buscado su propio medio de transporte y, ahora, se alimenta de nosotros. Presumiblemente de nuestras emisiones magnéticas. Tiene un metabolismo y está creciendo.

—Por esa definición, el óxido también está vivo —argumentó David—. Se alimenta del metal, se expande y busca superficies sin sellar. ¿Y qué hay de la comunicación, la reproducción y la herencia?

—No lo sé —admitió Aaron—. Por eso quiero salir a echar un vistazo. ¿Es más probable que establezcamos comunicación sentándonos aquí y esperando, o saliendo y examinándolo?

—¿Y si nuestro visitante ni siquiera logra percibirlo porque es muy diferente? Tampoco nos comunicamos con el óxido. Lo raspamos.

—Sé cuidar de mí mismo, Dave.

—Puedes salir y echar un vistazo —dijo Christine—. Y lo harás. Pero antes de que te expongas a riesgos desconocidos, probaremos todas las demás opciones a nuestro alcance. Es una orden.

David nunca había visto a Christine tan vehemente. Aaron hizo una mueca pero no dijo nada. Debía de ser consciente de que las esclusas no se abrirían sin la autorización de Christine. Por otra parte, ahora tenía la promesa que podía hacerle cumplir. Tal vez ese era su objetivo desde el principio.

—¡CUIDADO! No te acerques demasiado —advirtió Christine.

Aaron activó el propulsor y, luego, lo apagó enseguida. David y él estaban de nuevo en la cápsula A. Aaron había querido volar solo pero Christine no lo permitió.

—¡Para, es suficiente! —ordenó Christine.

Aaron frenó la cápsula hasta dejarla inmóvil respecto a la nave. El magnetómetro del brazo sobresalía delante de ellos. Con las dos bobinas, no solo podían medir campos magnéticos externos, sino también crearlos. David observó cómo Aaron disparaba el láser. Una masa rojiza cobró vida donde antes solo había el espacio más negro. El objeto no parecía haberse expandido de forma significativa. Así que no estaba creciendo demasiado rápido. No había que alarmarse.

—Aaron, deja el láser, por favor. El aporte adicional de energía distorsiona nuestros resultados —dijo Christine.

—Lo siento.

La masa amorfa se desvaneció de nuevo a negro.

—Ahora enciende el magnetómetro.

—Ya está encendido.

—Aumenta la potencia. Y mantén tu posición.

—Aumentando la potencia. Más diez, más veinte, más treinta.

—Para. Mantén la posición. ¿No me oyes? —preguntó Christine.

—Los propulsores están apagados —dijo David.

—Bien. Aumenta la potencia un poco más.

—Aumentando la potencia. Más cuarenta, más cuarenta y cinco, más cincuenta.

—Para, Aaron. —ordenó Christine irritada—. Si no mantienes la posición, podemos olvidarnos de la calibración.

—No nos estamos moviendo —contestó Aaron.

—Sí que lo hacéis. La cápsula se mueve hacia la nave.

Ahora David también lo notaba. Una fuerza muy, muy débil los empujaba hacia la parte trasera de la nave. La cápsula se estaba acelerando, aunque solo mínimamente.

—Vale, volveré a nuestra posición inicial —dijo Aaron.

Accionó los controles. La cápsula vibró brevemente.

—Bien, eso debería bastar. La verdad es que antes no moví la cápsula.

—Entendido —contestó Christine, pero sonaba escéptica—. Aumenta la potencia un poco.

—Aumentando la potencia. Más cincuenta y cinco, más sesenta... más setenta.

—Otra vez no —dijo Christine—. Esto no tiene gracia.

—No es Aaron —intervino David—. Los propulsores están en silencio. Algo tira de la cápsula hacia adelante.

—¿Estás seguro? —preguntó Christine.

—No hay duda.

—Pero eso es...

—Ahí está su comunicación —dijo Aaron—. Que me aspen si eso no es una invitación.

La fuerza que presionaba a David hacia atrás iba en aumento. Se sujetó. Estaban muy cerca de la nave. Si la cápsula seguía moviéndose, chocarían contra ella a una velocidad considerable.

—Sugiero que lo contrarrestemos —dijo David—. Esto no pinta bien.

—Lo estoy intentando —gruñó Aaron.

La fuerza disminuyó, pero solo un poco.

—Joder, está tirando más fuerte. Nos quiere cerca —exclamó Aaron.

—Esa es la ley de Lenz. La fuerza se opone al efecto. No tiene nada que ver con lo que cada uno quiera, tío.

David nunca había esperado que sus clases de Física le resultaran útiles. Sobre todo, porque siempre había odiado el electromagnetismo. Regla de la mano derecha. Vectores de fuerza. ¡Uff!

—Genial, ¿qué dice el señor Lenz sobre cómo salimos de esta? Los propulsores correctivos no son tan potentes. Apenas mantenemos nuestra posición.

—¿Y el propulsor principal? —preguntó Christine.

—¿Quieres que acelere más rápido hacia la nave?

—No, gira antes, claro —indicó su comandante.

—Esa cosa no me deja —dijo Aaron.

—El campo magnético no te deja —le corrigió David—. Ley de Lenz. La fuerza se opone al efecto.

—¡Listillo! ¡Necesitamos una idea!

—¡Suelta el magnetómetro! Si lo quitamos, el campo magnético ya no nos afectará.

—¡Sí! Eres un genio. Ven aquí, sujeta los mandos.

David se impulsó hacia delante. Aaron dejó libre el asiento, esperó a que David se sentara y le entregó los dos *joysticks*.

—Mantén la posición o estamos perdidos —señaló Aaron.

Los propulsores correctores apenas mantenían quieta la cápsula. Funcionaban a plena potencia. El depósito que los alimentaba se estaba agotando.

—Me pondré el exotraje y lo haré —dijo Aaron—. ¿O quieres encargarte tú? No quiero privarte de algo de acción.

—No, si quieres, adelante —respondió David.

—¡Genial, pero luego no te quejes a Christine!

—Date prisa, Aaron. Calculo que tenemos diez minutos antes de que el tanque se vacíe.

—¿Qué está haciendo Aaron? —preguntó Christine.

—Va a deshacerse del magnetómetro y el brazo. Eso debería poner fin al estancamiento.

—Buena idea. Dile que tenga cuidado.

—¡Oye! Ten cuidado.

David se dio la vuelta. La mitad de Aaron estaba dentro del exotraje. Parecía que se estaba escondiendo. Luego, desapareció por completo. Lo único que David podía ver era el cierre deslizándose hacia abajo.

—Voy para allá —informó Aaron por radio.

El exotraje se hallaba en la parte trasera. Aaron tuvo que volar alrededor de la cápsula para alcanzar el brazo.

—Cuidado con los propulsores —advirtió David—. Te asarán si te acercas demasiado.

—Lo sé.

—Vale.

Aaron apareció en la pantalla de la cámara frontal. Frenó un poco tarde, pero volvió volando en una elegante curva.

—No puedo ver nada desde aquí.

—¿Disparo el láser? —preguntó David.

—Por favor, no —dijo Christine—. Suministra energía al objeto, y ahora no queremos eso.

—Ella desea negarme la vista —se quejó Aaron.

—¡Tío, quiero ayudarte a salvarnos el culo a todos! —gritó Christine.

Aaron había ido demasiado lejos.

—Lo siento —se disculpó Aaron—. No pretendía criticarte. Estás haciendo un gran trabajo.

A veces podía ser un auténtico capullo, aunque siempre sabía cuándo se había pasado de la raya.

—Por qué no empiezas por el brazo —propuso David—. El combustible está al siete por ciento, y todavía quiero llegar a casa.

—Por supuesto. Equipo de reparación a tu servicio. Puedes agradecérmelo más tarde.

Aaron metió la mano en el bolsillo de herramientas de la parte delantera del traje. David no logró distinguir qué herramienta sacó pero sí los impactos metálicos intermitentes que llegaban al interior.

—Ya casi está —informó Aaron.

—No te precipites. Por favor, ten cuidado —rogó David.

—Yo me encargo —dijo Aaron—. El brazo tiene una base en forma de cruz con dos tornillos en cada punta. Voy por el séptimo tornillo.

—Cuidado, puede darte una sacudida —advirtió Christine.

—La corriente no puede hacerme daño.

Aaron tocó el metal de forma demostrativa. No ocurrió nada.

—Me refería a la tensión mecánica —aclaró Christine.

—Tal vez. El último tornillo está muy apretado. Es... un trabajo duro.

Aaron gruñó mientras movía la herramienta. De repente se tambaleó hacia un lado.

—Uy, se ha ido —dijo.

—¿Qué se ha ido? —preguntó David.

—La tuerca. Pasó volando por encima de mi visera.

—¡Qué suerte!

—No fue suerte, sino habilidad. Casi he terminado. Solo un par de vueltas más. —Aaron gruñó—. Y...

Un espeluznante chirrido resonó en el casco de la cápsula.

—¡Mierda! —exclamó Aaron.

—¿Qué pasa? —preguntó Christine.

Pero Aaron no tuvo tiempo de responder. David vio en la pantalla cómo se desprendía el brazo. Aaron lo había estado sujetando, y ahora se movía a un lado con el exotraje, pero la base del brazo se enganchó en la parte trasera de su traje. Uno de los travesaños perforó su tanque de oxígeno, que emitió una nube de vapor. No había motivo para preocuparse. Aaron no necesitaba aire. Tiró del brazo, aunque no pudo liberarlo. Se había clavado pero bien en la parte trasera del exotraje y ahora tiraba de él hacia donde el campo magnético era más fuerte.

David salió despedido hacia delante contra su cinturón de seguridad porque los propulsores correctores ahora no encontraban resistencia. Cambió la dirección de la cápsula, pero la distancia entre él y Aaron aumentó de todos modos. Ahora ni siquiera podía ver a su amigo. La nube de vapor del tanque de respiración lo ocultaba. David

cambió al radar. ¡Ahí! Aaron giraba en el espacio en su exotraje. No tenía nada para contrarrestar la fuerza de atracción. El magnetómetro del brazo ya no recibía energía de la cápsula, aunque no la necesitaba porque el gradiente del campo magnético, en continuo aumento, ya inducía suficiente corriente por sí mismo.

—¡Aaron, tienes que liberarte de una vez! —profirió David.

Aaron no respondió.

—¡Sal del traje o morirás!

No contestó.

—¡Aaron, respóndeme, por favor!

Nada. David voló la cápsula cerca de la nave. Disparó el láser dos, tres veces. La masa amorfa se onduló, pero no había señales de Aaron. Y el magnetómetro también había desaparecido.

—¡Joder, Aaron, no me hagas esto!

El canal de radio continuaba en silencio. Entonces oyó la voz de Christine.

—¿Dave? Vuelve.

—¿¡Qué!? Sin Aaron, no. Estoy seguro de que lo conseguirá.

—¿Cuánto combustible queda?

—Cuatro por ciento en los propulsores correctivos. Aunque puedo usar el propulsor principal.

—Tan cerca de la nave no. Por favor, entra.

—Aaron me esperaría.

—Dave, siento tener que decirte esto, pero ya no recibo datos de Aaron. Estoy tan horrorizada como tú, aunque tenemos una labor que hacer.

No había más datos. Eso significaba que Aaron había muerto. O de alguna manera estaba protegido de las ondas de radio. ¿No podrían los campos magnéticos fuertes causar ese efecto? David buscó el botón de disparo láser. Pero si disparaba a esa cosa de helio, podría dar a Aaron.

Abandonó su asiento junto a la consola y se acercó al ojo de buey. El universo parecía normal desde allí. No había ningún objeto extraño aferrado a la nave. Sin embargo, Aaron debía de estar ahí fuera. No lo daría por muerto hasta que viera el traje espacial vacío.

David volvió al asiento del piloto. Deseó que Aaron estuviera pilotando ahora. No podía creer que no volverían a discutir. No, eso no era cierto. Ajustó los propulsores correctores para girar la cápsula. Ahora el anillo se hallaba delante de él. Allí atracaría la cápsula. El propulsor principal estaba dirigido a la masa invisible. Si lo ponía en marcha a máxima potencia, saldría gas caliente. Eso no afectaba a la Shepherd-1, pero ¿qué tendría que decir el objeto de helio al respecto? Si la teoría de Christine era correcta, sus constituyentes podrían abandonar el condensado. Pasarían a un estado superior, como el agua

que hierve y se convierte en vapor. ¿Cómo reaccionaría esa cosa al respecto?

«Basta, David. Empiezas a pensar como Aaron». Se estaba enfadando con el óxido, en vez de con su propia negligencia, el no haber pintado la zona que se estaba oxidando. Debería haber quitado el brazo él mismo y Aaron encargarse de los controles. Aaron era el mejor piloto. Tal vez habría maniobrado la cápsula para que la base del brazo no se enganchara en el exotraje. David debería haber estado en su lugar.

—Voy a entrar ahora.

—Bien. Te espero en la esclusa principal —dijo Christine.

—Olvídalo. Voy a atracar en el anillo. Tenemos que repostar la cápsula. Quiero empezar a buscar a Aaron lo antes posible.

No se trataba de repostar. Esa era la cápsula de Aaron. También había sido su dormitorio y vivienda durante tantos años. Todo olía a él. Si David no acoplaba la cápsula bien en su estacionamiento apropiado, tendría que volver a usarla al día siguiente. ¿Podría afrontarlo? Prefería usar su propia cápsula. Solo necesitaba reparar el propulsor defectuoso.

—David, vamos a elaborar una estrategia antes de iniciar la búsqueda. No quiero perderte a ti también. ¿Entendido?

—Sí, Christine.

Los soportes de acoplamiento se sujetaron alrededor de la cápsula con un clic audible. David apagó el ordenador. Echó un último vistazo a la cápsula. Todo parecía normal, como si Aaron fuera a volver en cualquier momento. Excepto que el puerto del exotraje estaba sellado. David suspiró. Se acercó a la esclusa. La gravedad artificial del anillo casi había vuelto a la normalidad. Dio media vuelta. Aaron tenía algo que podía utilizar para ayudarle a dormir. Sacó el cajón de debajo de la cama. Allí estaba la botella. Alcohol puro. Afectaba a su sistema nervioso autónomo. «Chivato», diría Aaron cuando le ofreciera un poco a Christine. Pero era justo.



—Te has dejado un poco —dijo Chatterjee, señalando una mancha sobre su oreja derecha.

El doctor Ryan pasó la cuchilla por encima. La máquina zumbó con más fuerza al tocarle el cuero cabelludo y luego se detuvo. Chatterjee se sacudió el cuello del pijama y se levantó.

—Apagar espejo —ordenó Chatterjee.

La pantalla en la que había estado siguiendo el procedimiento volvió a transformarse en un panel transparente.

—¿Está listo el tanque?

—Sí, señor Chatterjee —respondió el médico, asintiendo repetidamente.

Benjamin se acercó al tanque de cristal. Estaba reluciente. Alguien debía de haberlo limpiado. Pero el líquido del interior parecía tan exangüe como día anterior, cuando el sujeto de pruebas sin nombre aún se hallaba en él.

—Se supone que debe tener ese aspecto —aclaró Chatterjee, interpretando la expresión escéptica de Benjamin—. El líquido me nutre y elimina mis excreciones.

El empresario se desabrochó la camisa y la dejó caer al suelo. Luego, se agachó y se quitó los pantalones del pijama. Benjamin se dio la vuelta.

—No seas mojigato, Benjamin. Solo estamos nosotros.

Benjamin se volvió hacia el ataúd de cristal. Chatterjee se encontraba apoyado en el borde. Desnudo, parecía frágil y mostraba su edad, aunque se mantenía en forma. Los músculos de su velludo pecho y su abdomen estaban claramente definidos. Benjamin notó la piel de gallina en los brazos. El pene del hombre se había retraído por completo dentro del vello púbico. Hacía frío en el laboratorio, e incluso Benjamin se estremecía.

Chatterjee apartó el taburete que le ofrecía el doctor Ryan.

—Puedo arreglármelas sin eso.

Levantó la pierna derecha por encima del cristal y probó el líquido con el pie.

—¡Calentito! Deberías meterte tú también —rio.

Chatterjee no le daba importancia a la situación pero su cara delataba su miedo. Bajó la pierna derecha al tanque, se levantó y aterrizó a cuatro patas en el agua. Benjamin retrocedió, aunque el líquido apenas se movió. Debía de ser mucho más espeso que el agua. Chatterjee se dio la vuelta y se sentó.

—Un poco más adelante, por favor —indicó el doctor Ryan.

Chatterjee obedeció. Luego se enderezó.

—Bueno, si estáis esperando mis famosas últimas palabras, siento decepcionaros. Nos vemos al otro lado, Benjamin. Y a ti dentro de una semana, cuando se haya completado la transferencia, doctor Ryan.

Así que Chatterjee se quedaba aquí, aunque su conciencia viajara a la Shepherd-1. ¿Por qué no era posible lo mismo para Benjamin?

—¿Puedo preguntarte algo?

—Sé rápido, Benjamin. Tengo frío.

—La NASA enviará una copia de su conciencia a la Shepherd-1. ¿Por qué no la mía?

—Tu conciencia ya es una copia, almacenada en un ordenador cuántico. Con nuestra tecnología actual, no podemos hacer más copias de ella. El original se pierde cuando se transmite, igual que mi copia se pierde en el ordenador cuántico. Es poco probable que algún día superemos el problema de la clonación porque es inherente a la naturaleza de la física cuántica. Pero tengo la suerte de poseer el original.

Benjamin pensó en su visita al otro Benjamin. Chatterjee era un bastardo con suerte. No solo poseía su propio original, sino también el homólogo de Benjamin.

—Gracias por la explicación. Buen viaje.

—Ahora le pongo la capucha —dijo el doctor Ryan—. ¿Le doy algo para calmarle? Las microagujas penetrando en su cráneo pueden ser incómodas.

—No gracias, quiero estar alerta para el proceso. Duérmeme cuando empiece la transferencia.

—¿Ha seleccionado su sueño favorito?

—Sabes que sí.

—Ah, sí. Bien, entonces no se mueva, por favor.

El médico colocó una capucha gris sobre el cráneo afeitado de Chatterjee. Consistía en varias solapas que emergían del centro. Cuando las solapas tocaron su piel, cobraron vida. Se deslizaron por su cabeza hasta el cuello. La cabeza de Chatterjee parecía engullida por una extraña planta. Solo se le veían los ojos y la nariz. Sus párpados se agitaban. Se suponía que las microagujas estaban entrando. Benjamin le apretó el hombro. Chatterjee gimió. El médico le colocó una máscara sobre la nariz y los ojos. Luego apretó lentamente los hombros de Chatterjee. Benjamin retiró la mano. El hombre desnudo estaba sumergido en el líquido. Sus músculos se relajaron.

—Ya está —dijo el doctor Ryan.

—¿Empieza ahora la sincronización? —preguntó Benjamin.

—En unos minutos, cuando todas las agujas se hallen colocadas. Sabrás cuándo está soñando. Puedes ver los sueños en la pantalla si quieres, aunque algunos pueden ser perturbadores.

—¿Cuál es su sueño favorito?

—La noche en que conoció a su difunta esposa.

—Ya. No, creo que le dejaré soñar tranquilo.

—En caso de que desees matarlo, Forestier, espera a que me vaya a casa y cierra este grifo. —El médico indicó una perilla—. Se le cortará el aire y morirá en tres minutos. No es doloroso, descuida. Sus receptores del dolor están desactivados.

—Le cae bien su jefe, ¿eh?

—Es un imbécil como ningún. Pero no me atrevo a acabar con él. Creo que él lo sabe.

—¿Y yo sí puedo?

—Bueno, Chatterjee así lo sugirió. Y pensé que tal vez, como androide, carecías de tales compunciones humanas. Ni siquiera es de tu misma especie.

—¿Sabe... lo que soy?

Benjamin tensó los músculos de la mandíbula. Ese médico era un tipejo de lo más desagradable.

—Fui el responsable de tus últimos retoques.

—Entonces, ¿no cree que preferiría matarle a usted?

—Claro, es posible. Aunque acabar con él sería mucho más... desafiante para ti. Una alarma saltaría inmediatamente.

—Pero ¿no si le corto el aire?

—No, olvidé conectar la cámara de sincronización con el sistema de alarma.

—Qué pena. ¿Cómo se hace?

El doctor Ryan se dirigió a otra pantalla situada al pie del tanque. Abrió el menú de ajustes.

—Aquí, ¿ves? La conexión está inactiva.

Benjamin tocó el interruptor gris y este cambió a verde.

—Idiota, ahora la alarma está activa —espetó el médico—. Y no se puede desconectar. En cuanto lo hagas, saltará la alarma.

—Bien. El señor Chatterjee tenía razón. Me encantaría verlo muerto, aunque deseo ayudar aún más a mis amigos, y para eso lo necesito vivo. Pero no puedo vigilar su ataúd todo el tiempo. Probablemente usted no será el único que quiere cargárselo.

ESA NOCHE, en su habitación, Benjamin representó la escena una y otra vez en su cabeza. Chatterjee se rodeaba de gente que lo quería muerto. ¡Y él mismo era uno de ellos! ¿Qué sentía? ¿Le molestaba? ¿Era parte de su imagen de sí mismo, un recordatorio de su poder? Había sobrevivido tanto tiempo. Probablemente no era el primer atentado contra su vida. Y fue un intento. El doctor Ryan había tentado a Benjamin para que lo matara porque era demasiado cobarde

para hacerlo él mismo. Y era tan simple como cerrar un grifo.

¿Por qué necesitaba a Benjamin? Porque todo cambiaría para él si caía bajo sospecha. Ryan quería que todo siguiera igual. Sin embargo, nunca nada permanecía igual. Benjamin había disfrutado de su trabajo de jardinero. Pero ahora parecía que no volvería a empujar un cortacésped.

Oyó un ruido de raspado. ¿De dónde provenía? Parecía un gato arañando la puerta. ¿Se permitían mascotas allí? ¿Por qué no? Chatterjee tenía que ofrecer algo a sus sujetos de prueba. Benjamin prestó atención. Venía de la puerta. Más arañazos. La altura era la correcta. ¿Debía dejar entrar al animal? Se agachó junto a la puerta y apretó el oído contra ella. Era madera auténtica, cálida. Chatterjee no había reparado en gastos para su proyecto. El gato volvió a arañar. Entonces oyó a alguien respirar. No era un animal. ¿Alguien le estaba espiando?

Bueno, no por mucho tiempo. Benjamin abrió la puerta de golpe. Un hombre con bata blanca estaba ante él. Tenía el brazo levantado, supuso que para llamar. Benjamin retrocedió. El otro hombre también.

—Lo… lo siento —farfulló.

Parecía tener dificultades para hablar. Bajó el brazo.

—Yo... estaba a punto de llamar.

—Qué coincidencia —dijo Benjamin.

El hombre sonrió. Su boca tardó varios segundos en completar el movimiento. Eso hizo que su sonrisa pareciera falsa.

—Sigo… siendo un poco... lento.

El hombre dio un paso hacia Benjamin y extendió lentamente su mano derecha. Fue entonces cuando Benjamin se dio cuenta de que no llevaba bata de médico. Su bata blanca estaba abierta por detrás.

—Yo... quería darte las gracias.

—¿Darme las gracias? ¿Por qué? Ni siquiera te conozco.

—Me viste... a mí. En el laboratorio.

Había visto al doctor Ryan y a Chatterjee en el laboratorio, a nadie más. Excepto a los sujetos de prueba en los recipientes de cristal. ¿Era ese...? Benjamin sintió náuseas. Se apoyó en el marco de la puerta.

El desconocido retrocedió un poco.

—Lo... siento. No tengo... mucha fuerza. Tú... abogaste por mí.

Benjamin respiró hondo. El hombre estaba inusualmente pálido. Sus mejillas lucían hundidas y sus brazos casi no tenían tono muscular. Por supuesto que no podría soportar el peso de Benjamin. Las náuseas remitieron.

—Me acuerdo de ti, sí. Lo siento. ¿Te hizo esto? ¿Chatterjee?

—No... le culpo. Es culpa mía. Yo firmé el contrato. Pero, aun así, gracias.

—¿Cómo lo sabes? ¿Pudiste oírnos?

—No, estaba... dormido. Pero Ryan... cuando me despertó... se quejó de ti. Casi... se metió en un lío por tu culpa.

—Oh, se lo merecía. Es bastante antipático.

—Su carrera es... importante para él.

—Ya. ¿Quieres entrar? Seguro que puedo ofrecerte algo.

—No, gracias. Debería... volver a la cama. Estoy demasiado débil. Solo quería... darte las gracias antes de que... entres en el ataúd.

—¿En el ataúd? ¿Te refieres a uno de esos tanques de cristal? No, eso no es para mí. Estoy aquí para otra cosa.

—¿No eres... un sujeto de pruebas?

—No.

—Entonces estoy aún más... agradecido. Si... necesitas algo, estaré encantado de ayudarte... si puedo.

El hombre se dio la vuelta y se alejó. A través de la abertura en la parte posterior de su bata, Benjamin vio dos agujeros roscados en la columna vertebral. Se estremeció. Cerró la puerta y regresó al sofá.

Los arañazos se reanudaron. ¿Se trataba de otro sujeto de pruebas que venía a darle las gracias? Había seis personas en tanques de cristal en el laboratorio.

—¿Qué pasa? —preguntó Benjamin a través de la puerta cerrada.

—Soy yo.

Benjamin no logró identificar la voz susurrante.

—¿Quién es yo?

—Shh, no tan alto —susurró la voz.

—¿Quién eres?—susurró él.

—Oscar.

—¿¡Qué!? —exclamó en voz alta.

¿Cómo había llegado Oscar hasta allí? Abrió la puerta y, en cuanto estuvo lo suficientemente abierta, el robot atropelló a Benjamin y se coló en la habitación.

Benjamin cerró la puerta tras de sí. Oscar recorrió la habitación, palmeó el sofá e inspeccionó el minibar.

—Bien, no lo has tocado.

—¿Eh? ¿Qué importa eso?

—Pasé mucho tiempo con un alcohólico. No fue agradable.

—Tranquilo. Solo bebo alcohol de vez en cuando por el sabor.

—Eso dicen todos.

—No, me refiero a que mi cuerpo no se ve afectado por el alcohol. Solo puedo analizarlo químicamente, o saborearlo, como afirman los humanos. Pero ¿cómo has llegado hasta aquí? ¿Te secuestraron a ti también?

—Cierto, no eres humano. Eso es fácil de olvidar. Para ser una máquina, has adoptado un asombroso número de defectos humanos.

—Qué majo.

—¿Ves? Uno es tu costumbre de decir lo contrario de lo que quieres decir. Pero tienes razón. Perdona. Me alegro de verte.

Oscar agitó el brazo para saludarle.

—A mí también. Pero ¿cómo...?

—¿Tú también te alegras de verte?

—No, me alegro de verte *a ti*.

—¡Te pillé! Sabía lo que querías decir. Cuéntame, ¿cómo he llegado hasta aquí?

—Sí, eso te he preguntado yo. Y por qué.

—No tan deprisa. Mientras Chatterjee hablaba contigo en casa de Rachel, convencí a uno de sus vehículos para que compartiera su ubicación conmigo. Así supe que te retenían en Porter Heights. Después no fue tan fácil. El único edificio en todo el recinto es un viejo almacén. Pero analicé el tráfico de entrada y salida y conseguí entrar como pasajero no registrado en un vehículo de reparto. Escanearon en busca de intrusos vivos, aunque los robots domésticos están libres de toda sospecha. No será así cuando salgamos de aquí.

—¿Qué quieres decir?

—He instalado explosivos en varias entradas, que puedo detonar a distancia. Estoy seguro de que una de las cámaras de vigilancia me vio.

—¿Por qué no dieron la alarma?

—Vacié cubos de basura y limpié, cosas que hacen normalmente los robots. Si dieran la alarma cada vez que...

—¿Y si no quiero irme de aquí?

Oscar cerró la puerta de la nevera y extendió el brazo. Cacheó a Benjamin.

—¿Qué haces?

—Shh —chistó Oscar.

—No llevo micrófonos. Y la habitación no los tiene. Puedo hablar con libertad.

—¿Estás seguro?

—No, bueno… supongo que no, pero... Oye, ¿qué estás haciendo?

Oscar entró rodando en el cuarto de baño y cogió algo de un armario que había debajo del lavabo. Benjamin le siguió. El robot sostenía un secador de pelo. Lo metió bajo su base y quitó la carcasa.

—Ten cuidado —dijo Benjamin.

—No está enchufado. Estoy haciendo un inhibidor. Para ello tengo que modificar el adaptador. Entonces silbará en los canales de vigilancia.

Benjamin suspiró. Cuando Oscar tenía una idea, había que dejarle. De todos modos, no tenía prisa.

—Ya está —dijo Oscar, enchufando el aparato a la pared.

—No quiero irme de aquí —repitió Benjamin.

—¿Qué has dicho? El secador hace tanto ruido que casi no te oigo.

—Vamos al salón.

Benjamin hizo un gesto hacia la puerta. Oscar asintió con el brazo. Salieron del cuarto de baño. En el salón se estaba más tranquilo. Benjamin cerró la puerta del baño. Ahora solo oía un débil zumbido.

—¿Seguirá funcionando el inhibidor?

—Creo que sí —dijo Oscar—. La puerta del baño es de madera, así que es lujosa pero no muy aislante. A ver, ¿estás listo para salir de tu prisión?

—No, de ninguna manera —rechazó Benjamin.

—¿Qué? ¡Ese hombre te secuestró! ¿Sufres algo parecido al Síndrome de Estocolmo?

—Eso es un mito.

Benjamin se puso cómodo en el sofá. Se alegró de que Oscar estuviera allí. Significaba que la espera no sería tan aburrida.

—¿Cómo?

—El Síndrome de Estocolmo, lo más probablemente, es que no exista.

—En tu caso sí. Quieres quedarte con tu secuestrador.

—No lo entiendes, Oscar.

—Pues no.

—Te faltan datos para evaluar la situación adecuadamente.

—¿Ah, sí?

—Sí, Oscar.

Benjamin explicó al robot lo que había aprendido de Chatterjee y cómo pretendían ayudar a la tripulación de la Shepherd-1. El robot retrajo el brazo y lo dobló.

—Tienes razón —dijo finalmente—. Eso cambia las cosas por completo.

—¿Ves? Aunque me alegro de que estés aquí. No será tan aburrido.

—¿Y confías en ese tal Chatterjee? Secuestró a la hija de tu antigua CapCom para doblegarla. A saber de qué más es capaz.

—Confianza es una palabra demasiado fuerte. Confío en que tiene ciertos intereses. Y son paralelos a los míos. Así que tiene sentido que trabajemos juntos.

—¿Qué pasará cuando vuestros intereses difieran?

Benjamin lo había considerado.

—Entonces Chatterjee dará prioridad a sus propios intereses.

—Tu amigo se convertirá en tu enemigo.

—Algo así. Pero él nunca fue amigo mío.

—Eso resulta algo tranquilizador, Benjamin. Tengo experiencia con gente como él, y nunca acaba bien. El problema es que Chatterjee estará a bordo de la nave. Es suya, ¿verdad?

—No del todo. Fue una colaboración con la NASA. Pero él

contribuyó mucho.

—Entonces es capaz de comandarla.

—Ya lo intentó una vez. Manipuló a otro androide a bordo para tomar el control.

—Claro. Y esta vez estará allí en persona.

Benjamin se rascó la entrepierna. Oscar tenía razón. La presencia de Chatterjee lo complicaría todo. Por otro lado, quizá no fuera malo contar con su ayuda. ¿Quién sabía lo que le había pasado a la tripulación? ¿Y quién podía decir que sus intereses divergirían significativamente? Bueno, ahora era irrelevante.

—No tiene sentido discutirlo —dijo Benjamin—. No hay otra manera. Para llegar a la Shepherd-1, necesitamos la Red de Espacio Profundo de la NASA. Y solo Chatterjee puede darnos acceso a ella.

—Podrías pedirle ayuda a Rachel.

—Dejó la NASA hace años. No solo vamos a enviar un mensaje corto. Tenemos que reservar una de sus antenas más potentes durante varios días, y utilizar diferentes en diferentes momentos.

—Hmm, no tengo ningún truco en la manga para eso. Me atraparían en cuestión de minutos.

—¿Ves? No tengo otra opción.

—Aún discrepo. Creo que seré capaz de ayudarte a poner en práctica tu plan utilizando el *hardware* de RB.

—¿Tienen una Red de Espacio Profundo?

—Claro, ¿cómo controlarían y monitorizarían sus naves si carecieran de ella? Su capacidad es incluso mayor que la de la NASA, que actualmente solo opera un pequeño número de misiones de investigación.

—¿Y puedes colarnos?

—Ese es el plan.

—¿Sabes cómo?

—Por supuesto.

—Siempre quisiste ir a Siberia. Prométeme que no me estás manipulando para lograr tus propios fines.

—Te lo prometo, Benjamin.

—¿Cuánto tiempo tardarías? No puedo evitar que Chatterjee llegue a la Shepherd a través de la Red de Espacio Profundo. Irá solo si escapo. Pero tendría un par de días de ventaja.

—Exacto. Creo que podemos llegar a Akademgorodok en dos días. Luego habrá que transmitir dos IAs.

—¿Dos?

—Te acompañaré, por supuesto. No puedes irte solo.

—Eres muy amable. ¿Cuándo nos vamos?

—¿Qué tal ahora? Si no, te lo pensarás y cambiarás de opinión.

—¿Por qué iba a cambiar de opinión?

—Quizá no creas que puedo colarnos en RB. Tal vez que tengo mi propio plan secreto, o que soy un agente de la competencia.

—¿Con el que me tropecé en un desguace?

—Podrían haberme convertido desde entonces.

—No, Oscar, me imagino que el servicio secreto te encontraría tan exasperante que te echaría en poco tiempo.

—Gracias por confiar tanto en mí.

—ESPERA, necesito beber algo —dijo Benjamin, abriendo de nuevo la puerta.

—¡Eres un androide! Puedes sobrevivir todo el día sin aire.

—Pero no sin agua. Mi cuerpo me avisa cuando necesita líquidos.

Benjamin volvió a entrar en el apartamento. Fue al baño, donde desenchufó el secador. Odiaba malgastar energía inútilmente. Luego se inclinó sobre el lavabo y bebió un trago de agua del grifo.

—Listo —dijo, cerrando la puerta tras de sí.

—Por aquí —indicó Oscar.

—No, por aquí.

—Pero eso baja al laboratorio.

—Sí, lo sé. Tengo una idea.

—¿Tienes una idea?

—Ya verás.

Emplearon dos ascensores diferentes. Oscar estaba a punto de *hackear* los controles, aunque Benjamin accedió con su voz.

—Caray —exclamó Oscar—. Chatterjee debe confiar mucho en ti.

Llegaron al laboratorio. Olía a formaldehído. Benjamin encendió las luces. De los seis tanques de cristal, solo uno estaba lleno. Chatterjee parecía tranquilo. Benjamin encendió el gran monitor. Un hombre y una mujer estaban sentados, cogidos del brazo, contemplando la puesta de sol sobre el mar.

—Es su sueño favorito —dijo Benjamin.

—Muy original.

—No se trata de eso.

—¿Y ahora qué?

—Ahora, mi querido Oscar, voy a matar a Chatterjee.

—¿Qué? ¿Es una buena idea?

—Creo que sí. Puede proporcionarnos algo de tiempo.

—¿Cómo piensas hacerlo?

—¿Ves ese grifo? Si lo cierro, el aire de Chatterjee se cortará. El sistema lo registrará y saltará la alarma. Enseguida vendrá alguien para salvarle.

—¿Y?

—Si tenemos suerte, lo despertarán. Entonces el proceso de transferencia tendrá que empezar de nuevo y ganaremos un valioso tiempo. Pero incluso si no, le dirán lo que pasó cuando se despierte. Se imaginará que he ido a la NASA para encontrar una forma de ir a la Shepherd-1. Nunca esperaría que nos fuéramos a la competencia.

—Hmm. Si activamos una alarma, no nos facilitará la huida.

—Ese es un inconveniente. ¿Crees que podrás sacarnos de aquí de todos modos?

El brazo de Oscar se balanceó lentamente.

—Sí, puedo hacerlo —aseveró.

BENJAMIN ESTABA AL pie del tanque en el que Chatterjee yacía entrelazando sus neuronas con el ordenador cuántico. El hombre no tenía escrúpulos. Había creado una nueva tecnología para la humanidad, una enorme cantidad de dinero para sí mismo y un montón de puestos de trabajo. Su muerte no cambiaría nada la existencia de su empresa. Benjamin lo estudió con detenimiento. Nunca le había visto tan relajado en todo el tiempo que llevaban juntos.

Al final, supuso, lo único que Chatterjee quería era amor. Que esa escena fuera su sueño más codiciado lo decía todo. ¿Era una mala persona? ¿Qué era una mala persona? Benjamin ciertamente no le odiaba. No tenía ganas de matarlo. Si no estuviera tan seguro de que el sistema de emergencia lo apagaría todo y lo sacaría del tanque, no se atrevería a hacerlo.

Se acercó a la parte superior del tanque. Allí estaba el grifo que el doctor Ryan le había mostrado. ¿Era Ryan una mala persona? Era débil y se dejaba manipular, igual que Benjamin. ¿Tenía elección? Sin Oscar no la tendría.

Era hora de actuar. Cerró el grifo. Solo un cuarto de vuelta a la posición de cerrado.

—Rápido, vamos —le instó.

Oyó un estampido sordo.

—He detonado el primer explosivo —dijo Oscar.

Bien. Todo el personal de seguridad correría al lugar de la explosión, por lo que la costa estaría despejada para que él y Oscar escaparan. Bueno, no del todo. Cuando entraron en el primer ascensor, se encontraron con el sujeto de pruebas de la bata blanca. Se llevó un dedo a los labios. Benjamin sonrió, y el hombre le devolvió la sonrisa. La siguiente planta bullía de actividad. Los científicos y el resto del personal corrían en todas direcciones. Un pequeño grupo de uniformados se acercó.

—¿Qué pasa? —preguntó Benjamin a un hombre con un mono naranja.

—Han encontrado un artefacto explosivo ahí detrás.

Se habían percatado de la actividad de Oscar. Qué rápido.

—¿Un explosivo? ¿En serio? —exclamó Benjamin.

—Sí, al parecer un robot de limpieza lo instaló. ¡Un robot de limpieza! La IA de seguridad debió volverse loca.

El hombre miró a Benjamin.

—El robot tenía un brazo largo —dijo el hombre—. Como...

En ese momento, el brazo de Oscar salió disparado y golpeó la sien del hombre. Benjamin lo sujetó y lo sentó en una silla. Se desplomó. Mierda. ¿Y si Oscar lo había matado?

—Solo está inconsciente —afirmó Oscar.

—Eso espero.

—Confía en mí. Soy capaz de moderar mi fuerza.

Benjamin apretó los dientes y miró a su alrededor. La gente corría frenética por el pasillo. Algunos lucían confusos, otros decididos. Pero nadie parecía haberse dado cuenta del ataque de Oscar.

—Supongo que te han visto demasiadas cámaras —dijo Benjamin.

—Al principio no sabía dónde estaban todas. La IA de seguridad es muy buena. Tenemos que desaparecer rápido.

Oscar señaló delante de ellos. Atravesaron un túnel y entraron en una zona contigua. Otra explosión, esta vez más cerca. ¿Era necesario? Cuantas más propiedades de Chatterjee destruyeran, más implacable sería en su persecución.

—¡Servicio de desactivación de explosivos! —gritó Oscar, agitando el brazo de un lado a otro—. ¡Abran paso, por favor!

La distracción funcionó. Todos los que encontraron se apartaron de su camino. Corrieron directos hacia la explosión mientras todos los demás se dirigían hacia el otro lado. Justo antes de llegar a ella, giraron hacia un pasillo que pasaba junto a unas oficinas y conducía a un ascensor.

—La salida no está lejos —dijo Oscar.

Las puertas del ascensor se abrieron. Dentro había un hombre con bata de médico. Estaba a punto de salir, pero entonces bloqueó la puerta deliberadamente.

El doctor Ryan.

—Tú otra vez —exclamó el médico.

—¿Os conocéis? —preguntó Oscar—. ¿Podéis celebrar vuestro reencuentro en marcha?

—Sí, es el médico de Chatterjee —explicó Benjamin—. Supongo que la alarma le ha hecho volver de su merecido descanso.

—Lo has hecho. Te admiro —dijo el doctor Ryan—. Es una pena que la alarma estuviera activada. Sobrevivirá.

Benjamin no iba a explicarle que no tenía intención de matar a Chatterjee.

—Era... necesario —respondió Benjamin—. Pero necesito seguir adelante. Hablaremos la próxima vez que le visite, ¿vale?

Ryan no se apartó.

—Si vas a bajar al nivel del aparcamiento, todo está cerrado. No saldrás por ahí.

—Mierda —espetó Benjamin—. Creo que ese era nuestro destino.

—Yo nos sacaré —dijo Oscar.

—Irías más rápido si me dejas ese pedazo de chatarra —afirmó Ryan—. Me vendría bien una aspiradora en casa.

—Yo... —empezó Oscar, aunque Benjamin le dio un puntapié.

—Supongo que ha venido en coche —dijo Benjamin—. Si me saca de aquí, el robot es suyo. Tiene razón, es un estorbo. También sirve para fregar los platos y torturar a los sujetos de prueba en tanques de cristal.

El médico se rio.

—En realidad, no necesito una aspiradora, pero me gusta tu sentido del humor. Y tus pelotas. En sentido figurado, quiero decir. Cortarle el fluido a Chatterjee... no muchos se atreverían. Te sacaré de aquí. Si alguien se entera de lo que pasó, y lo harán, diré que actuaba bajo coacción.

Ryan volvió a entrar en el ascensor y Oscar y Benjamin le siguieron. La puerta se cerró, aunque justo cuando estaban a punto de moverse, alguien volvió a abrirla.

—Lo siento —se disculpó una joven—. Me he dejado algo en el coche.

El doctor Ryan asintió.

—No hay problema, tenemos tiempo.

La mujer sonrió.

—Un día de locos.

—Y que lo digas.

La puerta volvió a cerrarse y el ascensor comenzó a moverse. Benjamin se colocó frente a Oscar.

—¿Se sabemos qué ha sucedido? —preguntó la mujer.

—Dos explosiones, al parecer —explicó el doctor Ryan.

—¿Hubo algún herido?

—No que yo sepa.

—Qué suerte. Espero que atrapen a quien lo hizo.

—Yo también lo espero —dijo Benjamin.

La mujer lo miró. Entrecerró los ojos.

—Espera, ¿no te conozco?

—¿A mí? No lo creo.

—¡Eres el jardinero de mi tía abuela! Te he visto trabajando en su

casa.

El ascensor se detuvo y la puerta se abrió.

—Ah, es posible —contestó Benjamin.

—Quería pedirle tu tarjeta a la tía Betsy. Nosotros también tenemos un gran jardín. Y es difícil encontrar a alguien competente. No me extraña que te contratara el señor Chatterjee.

El doctor Ryan salió del ascensor pero la mujer le cerró el paso a Benjamin.

—Por favor.

Benjamin se metió la mano en el bolsillo trasero y descubrió allí dos tarjetas. Le entregó a la mujer un trozo de plástico.

—¡Benjamin, gracias! Te llamaré.

Por fin se apartó y Benjamin exhaló y siguió al doctor hasta su coche.

EL DOCTOR RYAN abrió el maletero manualmente. Su coche era de época: un Tesla antiguo. Benjamin le miró inquisitivo.

—¿El coche? Sí, me costó una fortuna renovar la batería. Y luego estaba el permiso especial para la interestatal.

—No, me pregunto por qué ha abierto el maletero.

—Por el robot. Vamos a meterlo aquí. No puedo usarlo en el laboratorio pero a mi esposa le gustará.

—¿Está casado?

—Hace veinticinco años. ¡Nuestras bodas de plata son dentro de seis semanas!

—Felicidades.

Benjamin se agachó y dobló el brazo de Oscar. Pero el robot se resistió. La articulación seguía abriéndose de nuevo.

—No tenemos tiempo para tus payasadas —siseó Benjamin.

—¿Le hablas? Qué mono —dijo el doctor Ryan.

El brazo se puso rígido durante un instante y luego se dobló. ¿Qué le había pasado a Oscar? Ahora debería caber en el maletero. Benjamin lo levantó con un gruñido.

—¿Qué hace aquí?

Benjamin se dio la vuelta. La voz aguda pertenecía a una mujer de uniforme. El doctor Ryan le puso una mano en el hombro.

—Vamos de camino a la Clínica Peterson —afirmó el doctor—. Mi paciente presenta síntomas abdominales ambiguos que me gustaría diagnosticar.

—¿Y le deja hacer el trabajo pesado?

El doctor Ryan señaló su rodilla.

—Lesión de guerra. Ucrania. Ya no puedo doblarla bien.

La mujer uniformada cogió el pesado robot de Benjamin.

—¿En el maletero?

—Sí, por favor —dijo Ryan.

Ella metió la máquina en el maletero y lo cerró.

—Que se mejore pronto, señor.

—Gracias.

PASAR EL CONTROL de seguridad de la salida no fue problema. Al parecer, el doctor Ryan tenía una autorización de seguridad de alto nivel. Benjamin no precisó mostrar ningún tipo de identificación y el vehículo no fue registrado. Probablemente fue una suerte que Oscar no estuviera sentado en el asiento trasero.

Después de salir del túnel que conducía fuera del complejo, Ryan condujo dos manzanas y luego se detuvo en un aparcamiento de Wendy's.

—Puedes coger un Uber desde aquí.

Se oyeron unos golpes en la parte trasera. Oscar.

—¿Siempre hace eso? —preguntó Ryan.

—Quiere salir —afirmó Benjamin.

—¿Puedes decirle que pare? Me estropeará el coche.

Benjamin negó con la cabeza.

—Es parte de su comportamiento.

—Teníamos un trato.

—Tiene razón. Supongo que me tocó la mejor parte. Créame, no le gustará Oscar.

Si el doctor Ryan aceptaba, no les causaría ningún problema. En el aparcamiento seguro que había cámaras. Si tenían que noquear a Ryan, sonaría una alarma en alguna parte.

—Bueno, supongo que es lo que me merezco. Lástima. Mi esposa se habría alegrado.

La cara del médico cambió cuando mencionó a su pareja. ¿Era ese el mismo tío que llevó a ese sujeto de pruebas al límite y le pidió a Benjamin que matara a su jefe? Los humanos eran raros. En momentos como ese Benjamin se alegraba de no ser uno de ellos.

Volvieron a oír golpes, esta vez más fuertes.

—Supongo que deberíamos dejarle salir —dijo el doctor Ryan.

—Sí, puede ponerse muy violento.

—¿No debería...?

—Debería.

—Pero eso es...

—Sí, lo es. Mejor no pregunte.

Un robot que violaba las tres leyes sobre robots era considerado un

arma ilegal en todo el país. No obstante, Benjamin tenía la sensación de que el doctor no le delataría. Salió del coche y se dirigió a la parte trasera. Benjamin estaba a punto de abrir el maletero, pero dudó. Se arrodilló y dejó que se abriera de golpe. El brazo de Oscar salió disparado de inmediato aunque no golpeó a nadie.

—Cálmate, Oscar.

—¡No vuelvas a encerrarme así!

—¿No confías en mí? Soy tu amigo.

—¡Ibas a canjearme!

—No, no lo dije en serio.

—Oye, ¿qué estás diciendo? —preguntó Ryan.

—Que nunca me entregaría a ti —exclamó Oscar con sorna. El robot usó el brazo para salir del maletero y puso las ruedas en el suelo —. ¡Porque es mi amigo, ja!



—Debimos coger ese viejo Tesla —se lamentó Oscar.

Benjamin le dio un mordisco a su dónut. Era dulce y grasiento. Justo lo que necesitaba para reponer los componentes orgánicos de su piel.

—No, eso habría sido cruel —dijo—. Ya has visto lo mucho que le gusta al doctor esa vieja máquina.

—Tienes razón. Se habría puesto muy triste. Lo cual me importaría un pimiento. Me habría ahorrado *hackear* esos dos Uber autónomos.

—Pero todavía estaríamos donde nos encontramos ahora.

—Tienes razón, otra vez.

La pantalla en el campo de visión de Benjamin le indicó que sus reservas de azúcar estaban llenas. Tiró el resto del dónut a la papelera. Dos insectos que esperaban por allí se atiborraron. El motel era barato y el dueño no hizo preguntas ni insistió en cobrar en efectivo, así que a Benjamin no le importó compartir su cama con bichos.

—¿A qué hora sale el vuelo?

—A las cinco menos diez —dijo Oscar.

—Deberíamos irnos.

Tardarían casi ocho horas en llegar a Albuquerque desde su motel en Wichita Falls. Era hora de moverse. Un coche silbó afuera.

—¿Fuiste tú? —preguntó Benjamin.

—Sí, nuestro transporte está aquí.

Llegaron al aeropuerto de Albuquerque a tiempo, pero el vuelo a Chicago se retrasó. Tal vez deberían haber volado desde Houston. Después de los incidentes de Alpha Omega, Benjamin temía que se reforzara la seguridad en el aeropuerto. Había habido dos explosiones, y las autoridades siempre reaccionaban con pánico ante cualquier sospecha de terrorismo.

Sin embargo, aquella mañana no informaban de nada al respecto en la radio. Ni tampoco en la red. Así que la empresa lo mantenía en secreto. Eso era bueno para ellos, pero sus precauciones extras habían reducido su ventaja: dos días, porque los vuelos a través de Chicago, Londres y Moscú les costaron un día entero.

—¿Es la primera vez que vuelas? —preguntó Oscar.

Benjamin dejó la maleta vacía que había comprado para el robot.

—Llevo volando desde... ¿quieres decir en la Tierra? ¿Desde que regresé? Sí.

—Hay un pequeño problema. En cuanto pases por el escáner...

Mierda. Sabrían que no era humano. Menudo problema. ¿Por qué no había pensado en eso? Porque pensaba en sí mismo como humano. Era un viejo hábito que necesitaba abandonar. Era extraño; durante el tiempo que estuvo con sus amigos androides, comportarse como un humano nunca había sido un problema. Pero ahora que estaba entre humanos, tenía que recordarse constantemente que era diferente.

—Tengo una idea —dijo Oscar.

—Me alegro. Tus ideas casi siempre son buenas.

—Gracias. Eso significa mucho para mí.

—¿De qué se trata?

—Carga. Los dos nos enviamos como carga.

El hombre del servicio de paquetería se acarició la barba.

—¿Siberia? Hmm.

—¿Podéis enviar carga urgente a cualquier parte del mundo o no?

—Sí, claro. Pero sobre todo, sobres y paquetes pequeños.

El empleado de la empresa con el logotipo amarillo había dicho lo mismo. Y les habían echado de la que tenía el logotipo naranja.

—¡Qué fastidio! —exclamó Benjamin.

—No he dicho que no podamos hacerlo. Aunque costará lo suyo.

—No hay problema.

Ojalá que no lo hubiera.

—Vale. Ciento veinte kilogramos. Por favor, ponga aquí la dirección.

Benjamin comprobó la dirección que Oscar le había dado. Instituto Cibernético, sede de RB, Akademgorodok. El robot le aseguró que cualquier servicio de paquetería ruso sabría a dónde dirigirse.

El hombre cogió el formulario, introdujo los datos en su ordenador e hizo una llamada. Durante esta, no dejaba de negar con la cabeza. Colgó el teléfono.

—¿Señor? Lo siento. Mañana a las diez de la mañana es imposible. Tendría que fletar su propia máquina. Al día siguiente a las diez quizá sí, aunque no le garantizo nada antes de setenta y dos horas.

—Supongo que tendré que aceptarlo.

Benjamin respiró hondo. Tres días en un cajón. Qué divertido.

—¿Cuándo entregarás la carga?

Benjamin se metió la mano en el bolsillo y puso un billete de cincuenta neodólares sobre el mostrador. El último.

—¿Puedes hacerme un favor? Las dos cajas estarán en el garaje del sótano, en el espacio E3 602. ¿Puedes recogerlas allí?

El hombre miró a Benjamin y luego al dinero. La petición sonaba

sospechosa, pero no veía nada ilegal en ella.

—¿Qué ha dicho que contienen?

—Dos prototipos de robot. Son pesados, aunque eso ya lo sabes. Así que trae un vehículo.

—Claro. Déjamelo a mí. No será un problema, *inshallah*.

BENJAMIN SE ESTIRÓ. El fondo de su caja ya se le hacía duro. Habían forrado el interior con espuma. Eso amortiguaba los sonidos del mundo exterior. A lo lejos, oyó golpes. Debía de ser Oscar, que cerraba su caja desde dentro. Cuando llegaran, Oscar saldría primero y luego ayudaría a Benjamin a hacerlo mismo.

Si todo iba según lo previsto. *Inshallah*. Las últimas palabras del hombre del servicio de paquetería. Si Dios quiere. ¿Y si se llevaba los cincuenta y dejaba las cajas allí? No habría problema: podrían salir y darle una colleja. ¿Y si se deshacía de las cajas en algún sitio? Lo mismo. No habría problema. *Inshallah*.

De repente, Benjamin se inclinó. Su cabeza golpeó la tapa. Reprimió un grito de dolor para no alarmar al hombre que, supuso, lo estaba subiendo a una carretilla de mano. Benjamin pronto volvió a estar horizontal. Oyó un chirrido, debían estar levantando la caja de Oscar. Luego se oyó un golpe, seguido de una exclamación indescifrable que sonaba irritada. Benjamin se cayó de lado. Probablemente era la única manera de que cupieran las dos cajas. Hasta ahí todo bien.

Tras una breve pausa, retumbaron sobre un suelo de hormigón y varios baches. A Benjamin le dolía el hombro. Desactivó sus receptores del dolor. Subieron una rampa y salieron al exterior; lo supo porque el ruido de los neumáticos resonaba menos. Oyó un aullido, presumiblemente de un avión despegando o aterrizando. Varias voces que hablaban castellano. Empezó a hacer calor. Su cuerpo excretaba sudor automáticamente hasta que él también desactivó esa función.

Pero eso eliminaba uno de los mecanismos de su cuerpo para eliminar el exceso de calor. Muy poco calor no era un problema, pero demasiado podía afectarle. Alguien empezó a golpear la caja. Querían saber qué había dentro. La tapa se abrió y de repente la luz lo inundó. Benjamin tuvo que quedarse quieto, así que mantuvo los ojos abiertos y miró a un punto fijo en el cielo.

Vio la cabeza y el pecho de un hombre de uniforme, que puso cara de asco.

—Tiene un aspecto horrible —exclamó—. ¿Decía prototipo en la etiqueta?

—Sí —dijo otro hombre.

—Espero que nunca se fabrique nada así. A la aspiradora de la otra caja podría acostumbrarme. Pero a esto de aquí, ni hablar. Demasiado realista. Parece un cadáver viviente. Espeluznante. Cerrémoslo.

El hombre bajó la tapa y volvió a quedar a oscuras. Un par de martillazos le indicaron que los clavos volvían a entrar. Benjamin se puso lo más plano posible. Entonces se hizo el silencio.

DURANTE UN RATO, Benjamin permaneció tranquilo. El ladrido de un perro le despertó. Probablemente un rastreador de drogas. Los ladridos se hicieron más fuertes, pero la tapa permaneció cerrada. Poco después, levantaron su caja. Aterrizó con estrépito encima de otra. No tensó los músculos a tiempo y fue sacudido. Un ruido sordo: otra caja estaba encima de él.

—Oscar, ¿eres tú? —susurró.

No hubo respuesta. Otra vibración. Y otra más. Aquello se estaba poniendo serio. Y, en efectivo, empezaron a moverse, supuso que hacia el avión. El transportador se detuvo. Oyó varias voces a su alrededor, que hablaban castellano y gruñían. Era su turno. Aterrizó con la cabeza abajo y los pies en alto. Le hicieron subir por una rampa. En la parte superior, la caja se inclinó y su cabeza golpeó contra la tapa, amortiguada por la espuma. Alguien lo arrastró. Lo llevaron un poco más adentro de la bodega del avión, luego alguien giró la caja de lado. Más cajas cayeron sobre él.

Esos ruidos se prolongaron durante media hora. El último sonido fue un fuerte chirrido, seguido de un golpe. La puerta del hangar de carga.

—¿Estás ahí, Oscar? —susurró.

No hubo respuesta.

—Oscar, ¿estás ahí? ¡Contesta!

Nada. Benjamin volvió a intentarlo un poco más alto, confiando en que nadie fuera del avión podría oírle. Nada. O Oscar estaba demasiado lejos de él o no se hallaba a bordo, lo cual sería malo. Ojalá fuera lo primero. *Inshallah*. Necesitaba calmarse.

—¿Oscar? —llamó una vez más.

Esta vez hubo respuesta. Un perro ladró. Parecía desolado.

—¡Eh, no pasa nada! Estoy aquí.

El perro volvió a ladrar.

—No te preocupes, amigo. Estoy aquí. Puedes hablar conmigo.

BENJAMIN SE SINTIÓ muy triste al finalizar el primer vuelo. El perro ladró para despedirse. Pero había trabajadores cerca, así que Benjamin no pudo responder. ¿Dónde estaba? El aire que se filtraba en su caja era frío para ser octubre. Quizá se hallaba en algún lugar del norte. ¿Chicago? ¿Nueva York? El equipo de trabajo hablaba inglés, pero no podía distinguir el acento.

Se reunió con Oscar en un almacén. Benjamin prestó atención a un tipo particular de ruido, en este caso, el de una puerta. Entonces intentó llamar de nuevo, y Oscar finalmente respondió. ¡Qué alivio!

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó después de que se saludaran.

—En Chicago.

—¿Cómo lo sabes? ¿GPS?

—No puedo usar el GPS en mi caja. Estoy conectado a la red.

—¿Alguna idea de cuánto tiempo estaremos aquí?

—Nuestro transportista tiene un carguero a Londres justo después de medianoche. Y uno a Fráncfort un poco más tarde.

—¿Qué hora es?

—Las diez y media.

—Bien, no hay que esperar mucho.

—Añoro Londres. Es solo una breve escala en el trayecto a Moscú. Hay una escala más larga en Fráncfort. Desde allí es San Petersburgo o...

Un chirrido interrumpió al robot. Benjamin oyó pasos. Al menos tres personas habían entrado en el almacén. Los estaban trasladando de nuevo.



—TENEMOS QUE BUSCAR A AARON.

—Buenos días, David —saludó Christine. Puso su taza en el soporte magnético y flotó hacia él.

—Buenos días —dijo él.

La sala de control estaba muy iluminada. Olía a café.

—¿Has dormido? —preguntó Christine.

—Sí, quizá cuatro o cinco horas.

Más bien dos o tres, pero no quería preocuparla. Ahora que Aaron se había ido, él era su único compañero de tripulación restante.

—Bien —dijo ella—. Como sabes, tu conciencia necesita tiempo para reorganizarse.

Sí, lo sabía. Después de tantos años en ese cuerpo, lo conocía al dedillo. Aunque seguía sin considerarlo suyo.

—Me permitió observar la reorganización —dijo.

—¿Soñaste? —preguntó Christine.

—¡Tía, fue aterrador! La base del brazo destrozaba a Aaron como una picadora de carne. No podía apartar la mirada. No quería apartarla, estaba fascinado.

—Ese no eras tú. Tu conciencia reorganiza tus recuerdos y los interpretas como una secuencia de vídeo.

—Tal vez era mi conciencia tratando de torturarme.

—Lo que le pasó a Aaron no es culpa tuya.

David suspiró. Se lo repetía a sí mismo, pero ¿era verdad? Debería haber sido él quien se metiera en el exotraje. Aaron incluso se lo ofreció. ¿Por qué dejó que Aaron saliera? ¿Habría desenroscado el brazo de un modo más sistemático? Tal vez no. Entonces sería él quien habría desaparecido. No debía sentirse culpable. David se enjugó una lágrima.

—Le encontraremos —aseveró Christine—. Tenemos que hacerlo. Iré yo.

—No, lo haré yo. Por favor. Debí ser yo la última vez. Es mi turno.

Sabía que debía ser duro para Christine. Como comandante, probablemente se sentía aún más responsable que él por el accidente. Aunque ella no lo culpaba y parecía serena. ¿Cómo lo hacía? La nuez de Adán de Christine se movió. Su frente estaba perlada de sudor. Se veía serena, pero no le resultaba fácil. Christine era una guerrera.

—Está bien —aceptó ella—. Pero juré que no perdería a nadie más. No dejarás que nada te pase. ¿Entendido?

—Tendré cuidado.

—Gracias, David. ¿Has desayunado?

—Hoy no puedo comer nada. Vamos a buscar a Aaron. ¿Siguen los

trajes en la esclusa principal?

—Sí, aunque tenemos que prepararnos bien antes de salir. He vuelto a ver las imágenes de ayer y hay algo que tengo que enseñarte.

Señaló una consola, se impulsó y cogió su taza de café por el camino. David flotó tras ella.

—¿Seguro que no quieres café? —le preguntó—. Yo soy incapaz de hacer nada antes de tomarme uno.

David negó con la cabeza. Parecía el comienzo de un turno normal. Aaron podría estar dormido en su cápsula.

Christine se sentó frente a la consola y deslizó los pies bajo la barra de apoyo. Tecleó algo. David se sujetó al respaldo del asiento. El monitor se iluminó, mostrando la imagen de radar de la Shepherd-1 desde el punto de vista de la cápsula. En la pantalla solo se veía una parte del módulo central. Christine debía de haber ampliado la imagen.

No había ni rastro de su extraño visitante. Christine pulsó un botón. Aaron apareció en la imagen desde abajo. A David se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Tenemos que ver esto?

—Sí, espera.

Aaron movió el brazo izquierdo. En ese momento todavía estaba vivo. La base del artilugio se hallaba clavada en el lateral del exotraje. Aaron intentaba quitarlo pero no lo alcanzaba. Si David hubiera estado allí podría haber ayudado.

—Si hubiera abierto la escotilla en cuanto todo empezó a torcerse y hubiera salido, podría haber llegado hasta él —dijo.

Christine detuvo el vídeo.

—Entonces ambos habríais desaparecido. Sigue mirando. Esto podría ser útil.

Volvió a darle al *play*. Aaron dio una voltereta. De repente desapareció. David tocó la pantalla para pausar el vídeo. Solo el brazo metálico seguía visible.

—¿Qué ha sido eso?¿Un fallo del radar?

—Entonces no veríamos nada —respondió Christine.

Retrocedió el vídeo tres segundos y volvió a reproducirlo a media velocidad. Aaron desapareció gradualmente, no de golpe. Se desvaneció, aunque no de forma uniforme por todo el cuerpo: era como si su imagen se borrara lentamente.

—Eso es muy raro —murmuró David—. ¿Algún tipo de interferencia canceladora?

—No sé lo que podría causar eso —dijo Christine—. Y mira, el brazo de metal no cambia.

Dejó que el vídeo continuara a velocidad media. El brazo giró un par de veces, luego chocó con la nave, rebotó y voló unos metros más

antes de desaparecer.

—Ahora también ha desaparecido —dijo David.

—E igual que Aaron.

—Pero no en el mismo momento. Debe tener algo que ver con la composición química. El brazo es una aleación de metal. Aaron y su traje espacial son en su mayoría hidrocarburos.

—Eso podría explicarlo. Los elementos más ligeros se incorporan más fácilmente al condensado de Bose-Einstein formado por el helio. Pierden toda su energía en el proceso. Ocurriría más rápido para los objetos con menos masa.

—Entonces supongo que eso es lo que ocurrió.

—Pero si así fuera sería inútil buscar a Aaron. Las partículas de las que estaba hecho serían indistinguibles de las demás. No encontraríamos ni un átomo que pudiéramos atribuirle.

—Has dicho «sería».

—Sí. David, los datos de telemetría indican que Aaron estuvo vivo un tiempo más. Incluso después de que desapareciera de nuestra vista.

—¿Seguimos recibiendo datos de él después de que se disolviera? ¡Eso es genial!

—Durante unos segundos —puntualizó Christine—. No hay que darle demasiada importancia. Pero significa que no fue asimilado de inmediato por el condensado.

—*Asimilado*, lo dices como si se tratara de un proceso deliberado. Fue un accidente.

—Es cierto. No debemos sacar conclusiones hasta que sepamos más. Y tampoco hacernos demasiadas ilusiones. Su traje dejó de enviar datos telemétricos unos segundos después de desvanecerse. Si está ahí fuera en alguna parte, está muerto.

—Tú estuviste en el vacío mucho más tiempo y sobreviviste.

Christine no dijo nada. Él sabía que ella tenía razón. Eso era diferente. No había rastro de Aaron. Básicamente podían ahorrarse la molestia de salir, pero David necesitaba ver con sus propios ojos que no había nada ahí fuera. Tragó saliva.

—Me pondré el traje —dijo.

—Un momento. Hay algo más.

—¿Oh? ¿Qué?

Ella pulsó unos botones y en la pantalla aparecieron varios tonos de azul. Una línea discontinua describía el contorno del módulo central de la nave. Una línea de puntos marcaba otro tipo de borde fuera de él, donde el azul pasaba a un rojo brillante. Dentro de la zona azul había un punto amarillo brillante.

—¿Qué es eso?¿Distribución de temperatura?

—Sí. Lo compilé a partir de las imágenes infrarrojas de la cápsula. Una representación tridimensional. Puedes girarla con la mano.

David lo intentó. Solo cuando giró la imagen a izquierda y derecha se dio cuenta de lo grande que era la nube fría. Las olas parecían ondular en su superficie.

—¿Te has fijado en las ondas? —preguntó él.

—Sí, seguramente ondas gravitatorias. Nos dicen algo sobre el medio.

—¿Nos dicen qué?

—Todavía no lo sé —admitió Christine—. Tenemos muy poca información.

—¿Cómo conseguiste estos contornos?

—Disparaste a la nube un par de veces. Definí las ondulaciones rojas como el límite exterior del objeto.

—¿Qué estoy viendo exactamente?

Era una representación interesante, aunque no sabía adónde quería llegar Christine. Ella tocó la pantalla y giró la imagen.

—Sigue mirando el punto amarillo.

—Ese es Aaron, ¿verdad?

—Sí.

La imagen giratoria le mostró que Aaron había excavado una especie de túnel en la zona azul. Lo cual tenía sentido: estaba emitiendo calor.

—Lo reproduciré en tiempo real —expuso Christine.

La mancha amarilla se hundió más. El túnel se cerró. Aaron se movía dentro de una burbuja caliente que se encogía con el tiempo.

—Ahora desaparece del radar —dijo Christine.

La mancha amarilla seguía ahí. ¿El infrarrojo captaba algo que el radar no? Estaba claro que ya no quedaban partículas que reflejaran el radar. O sus propiedades habían cambiado.

—Ese es el momento en que los datos de telemetría dejan de transmitirse.

La mancha amarilla cambió a roja mientras la burbuja seguía encogiéndose. Luego desaparecieron abruptamente, tanto la burbuja como la mancha. ¿Qué significaba?

—Aaron se calienta al principio, porque la señal de telemetría no llega —conjeturó David—. Y luego, ¿qué?

—Hmm, eso es lo máximo a lo que llegué yo también —dijo Christine—. Tal vez los campos magnéticos lo protegen en todas las frecuencias. O esa cosa lo disuelve en sus átomos individuales en ese momento.

—Trabajemos con la teoría del blindaje.

—De acuerdo. Pero entonces debemos planificarnos en consecuencia y encontrar una manera de protegerte de ir completamente blindado, para que no sufras el mismo destino.

—Eso es imposible. Toda radiación magnética puede ser blindada.

—Cierto. Tendremos que recurrir a los viejos métodos mecánicos. Puedes llevar una cuerda y acordar algunas señales para enviarlas con ella. Ya he preparado una.

—¿Y si la cuerda se disuelve?

—Si eso ocurre, de todos modos, estarás muerto. Recuerda el brazo metálico.

—Muy reconfortante.

—Puedo ir yo si quieres.

—No, no me refería a eso. Quiero hacerlo. Se lo debo a Aaron.

DAVID SE HALLABA de pie en la boca de la esclusa con los ojos cerrados. Necesitó un momento para convertir en su mente el profundo agujero negro en una sección del cielo nocturno.

Cuando abrió los ojos, se habían ajustado como para distinguir las estrellas. La Vía Láctea se extendía por el cielo, fríamente magnífica. Encima de ella estaba su contrapartida: una franja negra sin un solo punto de luz. Era el anillo de la nave que tapaba las estrellas.

Se aseguró de que la cuerda de seguridad estuviera bien sujeta y atravesó la escotilla. Una luz verde y otra roja aparecieron: eran las luces de navegación de la cápsula A, que le observaba, controlada a distancia. Se trataba de los ojos de Christine. La comandante le observaba e intentaría protegerle del peligro. Fallaría. David sabía que probablemente correría la misma suerte que Aaron. Pero, aunque eso fuera cierto, intentaría rescatar a su amigo.

Rescatar. Se trataba más de limpiar su propia conciencia que salvar a su compañero. Las imágenes que le había mostrado Christine eran desconcertantes. No podía permitirse cometer ningún error.

Y, sin embargo, no sentaba tan mal. Tenía claro que aquello no podía acabar bien y eso le quitaba presión. Era una sensación de alivio que no había experimentado desde hacía mucho y la saboreó. Se introdujo por completo en la escotilla y activó las suelas magnéticas de sus botas.

David había planteado salir sin traje. Tampoco tenía sentido sacrificar un equipo valioso. Aunque entonces tendría que llevar toda la tecnología, o sea, radio, herramientas de mano, linterna, botiquín… en las manos y a la espalda, y arrastrarse por el casco a cuatro patas. Las botas le permitían caminar erguido hacia su destino.

—Vamos allá.

—Despacio —dijo Christine.

Habían acordado que caminaría hacia el morro de la nave, donde el casco aún estaba libre del parásito, y luego giraría hacia el oeste en el punto más ancho: el ecuador de la nave. Avanzaba a buen ritmo con

las botas magnéticas. Avanzaría aún más rápido si no tuviera que volver a atar constantemente los cabos de seguridad. Sin embargo, no quería correr riesgos, al menos innecesarios.

Cada treinta segundos tiraba de la delgada cuerda que mantenía tensa en la mano. Christine la había anudado a intervalos de un metro para que pudiera llevar la cuenta de la distancia recorrida. Uno de cada cinco nudos era un poco más grande que los demás; uno de cada diez era el doble: un sistema sencillo pero inteligente que seguiría funcionando si él no pudiera ver la nave.

Ahora mismo, a David le resultaba difícil imaginarlo. La nave ocupaba casi todo su campo de visión, como una ballena varada, aparentemente inmóvil. No había viento, a pesar de que atravesaban a toda velocidad el espacio interestelar. Incluso las estrellas permanecían estoicamente fijas en sus posiciones. ¿Podría compararse con el capitán Ahab? No, no estaba cazando nada. Estaba ofreciendo un sacrificio.

—¿Estás bien? —preguntó Christine.

—Esto es precioso —respondió él—. Deberíamos haber hecho esto juntos.

—Daremos un paseo por el anillo el fin de semana. He oído decir que la vista es aún más espectacular desde allí.

—O podríamos dar una vuelta en la cápsula. Salir a retozar de nuevo con la Sheep.

Las sondas Sheep. Christine había estado casi lista para anunciar sus resultados antes de que todo eso sucediera. Cuando sus datos llegaran a la Tierra, pasaría a la historia de la ciencia. El primer androide en hacer un descubrimiento científico importante. ¿Y si Chatterjee se llevaba todo el mérito? En la Tierra, un androide no era una persona jurídica, por lo que no podía reclamar ningún derecho de propiedad intelectual. Toda la tripulación pertenecía a Chatterjee, al igual que los resultados de las investigaciones que enviaban. David negó con la cabeza.

Por algo habían decidido no volver a la Tierra. No obstante, Christine vivía para la astronomía. Les explicó que no era capaz de dejarlo así como así. Y la investigación solo tenía sentido si los resultados iban a parar a un gran fondo común que hiciera avanzar a la humanidad en su conjunto. Aunque esta se negaba a aceptarlos como iguales.

David se detuvo. Delante de él, el casco se inclinaba abruptamente.

—He llegado al ecuador.

—Lo sé, te veo —afirmó Christine.

¿Cómo? Ah, claro, las cámaras de la cápsula. Dio un tirón rápido de la cuerda, hizo una pausa, y luego tiró dos veces. Era la señal de que todo iba bien. Christine le correspondió. No utilizaban el código

Morse porque la señal de socorro tenía que ser lo más sencilla posible: dos veces seguidas. Habían utilizado ese sistema en un EVA anterior, cuando Aaron se encontraba con ellos. Más tarde, Christine utilizaría la cuerda para atraerlo de nuevo.

Si eso no funcionaba, ella prometió cortar por lo sano. Por supuesto que quería seguirle, pero ¿de qué serviría? Si él ya estaba perdido sin esperanza de rescate, no tenía sentido que Christine se pusiera en peligro. Aunque él dudaba que ella mantuviera su promesa, así que debía tener éxito. Fuera como fuera. Sintió un rayo de esperanza.

—Me estoy trasladando hacia el oeste.

—Espera, te daré un poco de luz —dijo Christine.

¿Cómo? De repente, algo se iluminó de rojo delante de él. Parecía vapor saliendo de la nada, iluminado por la llama rojiza de una vela. La forma de las nubes le recordó a una colada de lava. Varias coladas de lava entrelazadas. David vio olas que ondulaban en la superficie del vapor. Las olas no iban hacia él, sino que se centraban en la cápsula que flotaba sobre él. La formación de nubes parecía retroceder.

—¿Estás viendo eso? —preguntó Christine.

—Sí, es fascinante. Nunca había visto nada igual.

—¿A qué distancia está?

—Es difícil saberlo. ¿Tal vez diez metros? Se mueve.

—¿Hacia ti?

—No, parece retroceder. Creo que le interesa la cápsula.

—Ah, eso no es lo que queremos ahora —se lamentó Christine.

Las nubes desaparecieron. Debió de apagar el láser.

—Puedes seguir.

David continuó. Los nudos se le deslizaban con más lentitud por las manos, no porque caminara más despacio, sino porque ahora se movía por el otro lado de un triángulo rectángulo.

Había calculado diez metros. Cada metro era ahora menos que un nudo de la cuerda. Contó ocho. Aquello estaba a punto de ponerse interesante. El objeto misterioso debía de estar justo delante de él. Debía tener cuidado. Si lo tocaba por accidente, su temperatura increíblemente baja podría congelarle la mano. Al instante.

Sin embargo, era un riesgo que tenía que correr. Avanzó lentamente. Su pie golpeó una pieza de metal. Eso no estaba previsto. Parecía estar soldada al casco. La iluminó con la linterna. En un extremo había un dispositivo electrónico y en el otro, una pequeña base en forma de cruz.

¿En forma de cruz? ¿Un brazo con un sensor? Volvió a intentar separar el objeto del casco. Esta vez lo consiguió. Medía un metro y medio de largo. La base no era recta. El sensor de la punta consistía en dos pequeñas bobinas magnéticas.

—¿Los planos muestran un magnetómetro aquí, en el ecuador?

—¿Has encontrado uno? —preguntó Christine.

—¿Por qué iba a preguntarlo si no?

—No figura, no. Y no recuerdo haberlo instalado. El magnetómetro de la nave funciona bien.

—Ya me lo imaginaba. Entonces este debe ser el brazo que arrastró a Aaron a su muerte.

—Apunta la cámara de tu casco hacia él.

Se inclinó hacia adelante para dar a Christine una visión clara del magnetómetro.

—Es demasiado pequeño —afirmó ella.

—¡Pero es demasiada coincidencia! No estoy lejos del lugar donde desapareció Aaron. En mi opinión, su cuerpo debe hallarse por aquí en alguna parte.

—¿No creerás que un mástil de diez metros puede reducirse, de repente, a poco más de un metro?

—No importa lo que yo crea. Lo que veo es un objeto muy parecido al brazo, y en el lugar exacto donde desapareció Aaron.

David cogió el instrumento. El brazo era más delgado que su dedo. El sensor del extremo solo tenía unos milímetros de diámetro y parecía un guisante seco. El guisante colgaba de un fino hilo, que se rompió. David abrió con cuidado la carcasa del magnetómetro con un destornillador. Allí estaban las dos bobinas. Las acercó a su casco y las inspeccionó visualmente. Un extremo retorcido de alambre sobresalía de una de ellas. David se estremeció.

—¿Christine?

—¿Sí?

—Esto tiene que ser nuestro magnetómetro. Reconozco algunos detalles.

—Vale, no lo entiendo, aunque te tomo la palabra. Otro fenómeno misterioso. Me estoy cansando de ellos.

—¡Dímelo a mí!

—Ahora tienes que concentrarte en lo que te rodea. No quiero perderte, David.

—Haré lo que pueda —dijo, sin creer sus propias palabras.

—Poco a poco. Te vigilaré desde arriba.

—Gracias.

El siguiente nudo, un poco más de un metro. Y otro más. David estudió el casco de cerca. Si un brazo de diez metros se había reducido a 1,5 metros, ¿qué tamaño tendría el cuerpo de Aaron? Estaba seguro de que lo encontraría pronto. Tenía que estar aquí, en alguna parte.

Pero el exótico parásito le negaba un final. Otro nudo, y otro. La nube roja que vio antes... ya debía haberla alcanzado.

—¿Ves algo, Christine?

—Mirando la distribución de la temperatura, te estás moviendo en una especie de canal.

—Eso significa que la masa extraña me está percibiendo. ¿Cómo si no podría retirarse de mí?

—Las causantes podrían ser tus emisiones de calor. Si pones una sartén caliente en la nieve, también se retira pero eso no significa que la nieve esté percibiendo la sartén.

—Cierto.

Siguió avanzando. Al final esa cosa se había tragado a Aaron. El siguiente nudo se deslizó por su mano. Luego otro.

—¿Sigo en el canal?

—Sí. El comportamiento de la nube no ha cambiado —respondió Christine—. Pero espera, la cuerda acaba de desaparecer de la imagen.

David tiró de ella. Christine respondió.

—¿Has sido tú?

—Sí, ¿quién si no iba a ser?

—Pensé que, como ya no se ve, quizá nuestro visitante estaba tirando de ella.

—Eso me aterrorizaría.

La idea también provocó un escalofrío en David. Continuó.

—Ya has recorrido la mitad de la nave —le informó Christine.

David se detuvo.

—¿Qué propones?

—Regresa despacio.

—¿A lo largo del ecuador?

—No, directamente, a lo largo de la hipotenusa. Así, cada nudo será un metro de nuevo.

—Entendido. En marcha.

Avanzó unos pasos. No podía ver la esclusa de aire desde donde estaba, así que siguió la cuerda. Caminar con las botas magnéticas cansaba al cabo de un rato. Al igual que tener que enganchar y desenganchar constantemente las cuerdas de seguridad. No habría recorrido más de doscientos metros, aunque estaba agotado. David se detuvo un momento y miró hacia arriba. Vio las luces verdes y rojas parpadeando. La cápsula de Aaron, sin Aaron, pero con la infalible mirada infrarroja de Christine, que ahora no veía la cuerda anudada.

—¿Christine? ¿Sigues sin ver la cuerda?

—No. Tal vez asumió la temperatura de la nube de helio. La estoy observando en infrarrojos. Es demasiado fina para verla ópticamente y no hay suficiente luz.

—¿De qué está hecha?

—*Nylon*, un hidrocarburo.

—Como Aaron y yo. Pero aquello escupió el brazo de metal.

—La cuerda debe ser completamente rígida por debajo de 4 kelvin.

Se rompería al instante.

David le dio un único y corto tirón, que fue correspondido desde el otro extremo.

—¿Cuando tiro de él, como ahora?

Volvió a tirar. La respuesta fue inmediata.

—¿Qué quieres decir, Dave?

—He tirado de la cuerda. Dos veces.

—¿Qué? No sentí nada. Debe estar atascada en alguna parte. Tal vez la dejaste floja un momento, tocó el casco y se congeló en él.

—La cuerda ha estado tocando el casco desde que empecé a moverme alrededor del ecuador.

—Cierto. Debe haber alguna otra explicación.

—Alguien me respondió, Christine. Si no fuiste tú, ¿quién fue?

—Por favor, dime que estás bromeando, David.

—Lo siento, Christine, no.

David se detuvo. Quienquiera que estuviera sosteniendo el otro extremo de la cuerda la mantenía perfectamente tensa. La palpó con los dedos. No estaba rígida. Sin embargo, eso podría ser porque su extremo estaba siendo calentado por su cuerpo. Siguió avanzando por el cabo, enrollándolo a medida que avanzaba. Ahora tenía otros tres metros de cuerda en la mano, que no estaba rígida.

¿Por qué Christine no la veía en los infrarrojos? Inspeccionó la sección transversal de la cuerda. Tampoco parecía haber cambiado. Volvió a soltarla despacio y enseguida se tensó de nuevo desde el otro extremo, con más eficacia que el retractor de cable de una aspiradora.

—Oye, ¿has tirado un poco de la cuerda para mantenerla tensa?

No hubo respuesta. David levantó la vista. La cápsula seguía allí, con la cámara de infrarrojos apuntándole. Agarró el cabo enrollado entre las rodillas e intentó llamar la atención saludando con la mano. La cápsula no respondió, pero ¿qué esperaba? Dio dos tirones cortos, la señal de socorro acordada. La cuerda respondió con la misma secuencia. ¿Era Christine?

—¿Me oyes? Di algo, Christine.

Nada. David estaba sudando. Su corazón se aceleró.

—No consigo oírte, Christine. Parece que se me ha caído el auricular. Si me oyes, por favor, dame la señal de *OK* en la cuerda.

Sostuvo la cuerda de *nylon* tensa. Había un nudo justo delante de su mano. Vibraba un poco. Era la tensión. La señal no llegaba. Así que Christine no podía oírle, y él no tampoco a ella. Estaba aislado. La nube de helio con sus fuertes campos magnéticos debía bloquear la radio.

David siguió enrollando el cabo anudado mientras caminaba. Encontraría la esclusa en el otro extremo, y a Christine esperándole. No había de qué preocuparse. Seguían conectados por la cuerda,

aunque esta se comportara de forma extraña. ¿O se lo estaba imaginando? Miró hacia arriba. La cápsula continuaba allí. Christine podía seguir sus movimientos con ella. Ella también debió darse cuenta del fallo de la radio.

Aunque algo en la dirección no encajaba. Al principio había caminado «cuesta arriba» hacia el ecuador, luego girado a la izquierda y rodeado la parte más ancha de la nave. Si suponía que la nave era aproximadamente esférica, la línea que lo separaba de su punto de partida debía representar un arco de círculo con el radio de la esfera, la nave. Se estaba moviendo a lo largo de un círculo que se encontraba con la superficie esférica de la nave en dos puntos. Le dolía la cabeza. Maldita geometría. Siempre había odiado esa asignatura. Sería un buen momento para pedir ayuda a Christine. La dirección a la que le llevaba la línea anudada no parecía la correcta, joder.

David se detuvo y se arrodilló. Arañó una flecha en el casco con un destornillador. Luego se movió dos metros, es decir, dos nudos, a lo largo de la cuerda. Volvió sobre sus pasos, contando los nudos, se arrodilló de nuevo y buscó la flecha. No estaba. Se desplazó hacia la derecha, aún de rodillas. Allí estaba la flecha, a medio metro.

¿Qué significaba aquello? David se levantó. Le entraron ganas de rascarse la cabeza. Se la frotó contra el interior del casco. ¿Cuánto tiempo se había dejado engañar por la cuerda? Aquello debió de empezar cuando tiró de ella y Christine no sintió nada. ¿Y antes de eso? Probablemente llevaba tiempo moviéndose en la dirección errónea. ¿Por qué Christine no se dio cuenta antes? Le estaba viendo por infrarrojos, al menos al principio. ¿Podría seguir viéndole?

La telemetría de Aaron había seguido transmitiéndose después de que desapareciera de su vista. Así que David solo tenía unos minutos antes de correr la misma suerte. No tenía más remedio que aceptarlo. Se sintió extrañamente eufórico, aliviado. No había posibilidad alguna de reencontrarse con Christine.

Entonces entró en razón. No, eso era una locura. La superficie de la nave no era tan grande como para perderse. Podía tropezar con antenas y sensores, pero ¿perderse de camino a la esclusa? Eso era imposible. Decidió dar media vuelta, caminar hasta el ecuador, ya que sabía cuántos nudos eran, y luego volver justo por donde había venido. Así llegaría a la esclusa.

La cuerda dio una sacudida. La señal acordada de *OK*.

—Christine, ¿eres tú?

No hubo respuesta. David no estaba seguro de qué creer. Nadie más conocía la señal. ¿Era una coincidencia? Quizás a Christine se le había metido en la cabeza seguirle después de que se apagara la radio. Había prometido no hacerlo, aunque ya encontraría alguna razón para

romper su promesa. Al fin y al cabo, era la comandante.

—Por favor, háblame, Christine. Dame una señal. Cualquier cosa. Enciende las luces de navegación de la cápsula alternativamente.

Miró hacia arriba. Ya no podía ver la cápsula. ¿Christine la había devuelto a la esclusa para poder buscarlo? Entonces se dio cuenta de que todas las estrellas habían desaparecido también. Fuera lo que fuese aquel proceso, ya había comenzado.

David tiró de la cuerda dos veces. La señal de socorro. La respuesta llegó de inmediato. Tirón. Pausa. Tirón-tirón. La señal de *OK*. Bueno, si eso no era una invitación… Era inútil tratar de correr ahora. El cielo no ofrecía ningún punto de referencia para orientarse. ¿Cómo iba a saber cuando llegara al ecuador? Tenía que avanzar, seguir la cuerda. Tirón-tirón. Tirón. Pausa. Tirón-tirón. Quien sostenía el otro extremo era muy comunicativo.

Juguetonamente probó otras combinaciones. No tenían sentido en el lenguaje que él y Christine habían ideado. Tirón-tirón-tirón-tirón-tirón. Un ritmo muy conocido. Fue recíproco. Luego el ritmo de una canción infantil popular. También fue correspondido. Un solo de batería de un músico famoso. Hecho. Solo un humano era capaz de ese tipo de comunicación.

Aaron. David se detuvo. Sintió un escalofrío, a pesar de la calefacción del traje. Se estremeció con violencia. Solo Christine y Aaron conocían las señales acordadas.

Tirón-tirón. Angustia. Si era Aaron, podría necesitar ayuda. Pero ¿por qué Aaron no se acercaba a él? ¿Por qué le dirigía con la cuerda? David empezó a caminar, un pie tras otro, enrollando la cuerda, caminando, caminando. Ahora tenía un montón de cuerda colgada del brazo. Le recordaba a una bobina eléctrica. ¿Tan larga era la cuerda que le había preparado Christine? Le pareció que debía de haber dado al menos dos vueltas alrededor de la nave.

Tirón-tirón. Sí, sí, ya voy. Quienquiera que estuviera en el otro extremo parecía impacientarse. Sus movimientos resultaban más pesados con cada paso. Probablemente porque estaba agotado. Aunque el vacío también semejaba más denso. Eso era ridículo. Ahora deseaba volver a sentir frío. El sudor le goteaba por la frente. El traje no respondía. Debía de estar mal. Debería quitárselo. El calor dentro del traje era demasiado. David se quitó la cuerda enrollada del brazo derecho e intentó abrir el traje. No pudo. Dejó de caminar y sostuvo la cuerda entre las piernas. Ahora tenía las dos manos libres. El cierre del casco se abrió de golpe. David desactivó su respiración. Se quitó el casco y lo soltó. Se alejó flotando lentamente. La piel de su cara se endureció.

La cuerda se aflojó. Aaron se acercaba a él. Debía de ser Aaron. David la enrolló. Apareció una nube de vapor con una silueta pálida

en su interior. Solo logró distinguir dos brazos y dos piernas. Era Aaron, con los brazos abiertos. Parecía a punto de abalanzarse sobre David como una rapaz. Por instinto, David se agachó, pero no se produjo ataque alguno. Se fundieron en un abrazo.



BENJAMIN NO TUVO compañía durante el largo vuelo a través del océano. Así que se sintió muy aliviado cuando el avión aterrizó. ¿Fráncfort o Londres? Su pregunta obtuvo respuesta cuando llegó la tripulación de carga. Hablaban en un idioma áspero con alguna palabra en inglés. Benjamin se imaginó a individuos escuálidos que transportaban cajas durante todo el día y pasaban su tiempo libre bebiendo cerveza y comiendo chucrut.

No tuvo ocasión de comprobar su estereotipo. Los hombres llevaron su caja a un almacén que olía a café. ¿Había café recién molido almacenado a su lado? Empezó a apetecerle una taza. Era una buena oportunidad para comprobar sus reservas de energía. No se había movido mucho, aunque había gastado mucha energía. Su batería principal ya estaba por debajo del 50 %. Debería haber desconectado la conciencia.

Decidió hacerlo en el siguiente vuelo, pero permanecer despierto en el almacén. Podría necesitar estar alerta. Al cabo de un rato, cuando se convenció de que estaba solo, llamó a Oscar.

—*Khallo? Wasswarrduss?*

No tenía ni idea de lo que decía la mujer. Mejor no contestar.

—*Ktovy?*

Tampoco lo entendía, aunque no sonaba a alemán.

—¿Hola? ¿Hablas inglés?

Su inglés estaba acentuado. Hablaba inglés, por supuesto, aunque no era su lengua materna. Siguió sin contestar.

—No tengas miedo —dijo la mujer—. No te haré nada. No puedo, estoy atrapada en un cajón.

¿Otro androide en el mismo almacén? Imposible. Debía ser un truco. Pero ¿quién trataría de engañarlo? Nadie sabía que estaba allí.

—Por favor, di algo. Me aburro.

Ella sonaba triste y él sintió pena por ella.

—Hola. ¿Quién eres?

—¡Ah, hay alguien! ¡Lo sabía! Me alegro mucho.

—Soy... Mike.

—Encantada de conocerte, Mike. Soy Afrodita.

—¿Afrodita?

—Sí, como la diosa del amor. No es muy original, lo sé, aunque a mis clientes les gustan esas cosas.

—¿Tus clientes?

—Soy un robot sexual.

—No sabía que existía algo así.

—¿No ves ninguna transmisión? No puedes escapar de la

publicidad.
—No, no me interesan esas cosas. Prefiero observar la vida real.
—Eres raro. No encajas con ninguno de los tipos de clientes de mi programación.
—Siento oír eso. Aunque tienes razón, soy raro.
—¿Puedo ayudarte en algo? Debo haberme activado cuando me descargaron. Por desgracia, no alcanzo mi interruptor de apagado en este cajón estrecho. ¿Podrías tal vez...?
—Yo también estoy atrapado en un cajón.
—¿No eres un robot sexual?
—No.
—No es nada de lo que avergonzarse. No es para tanto.
Benjamin se rio.
—Es la verdad. ¿Sienten vergüenza algunos robots sexuales?
—Sí. Hablé con unos cuantos en el depósito de distribución. La mayoría masculinos, como tú.
—No, como he dicho...
—Lo sé, Mike. No eres un...
Silencio. Ahí estaba entre ellos: la vergüenza.
—Oh, vamos —intervino ella después de un rato—. No pretendía ofenderte. Seamos amigos.
—Claro. De acuerdo.
—Bien. ¿Qué puedo hacer por ti?
—Bueno, ¿de qué eres capaz?
—Si no puedes sacarme de aquí, mis habilidades son limitadas. ¿De verdad no puedes sacarme?
—No, lo siento.
—No hay problema. Podría contarte una historia erótica.
—Eso no me sirve.
—¿No te sirve? ¿Porque eres gay? Tengo historias para todas las orientaciones.
—Soy asexual.
—También tengo historias para eso. ¿Conoces la historia de la nave espacial que voló a la luna Encélado de Saturno y encontró vida allí?
—Eso ocurrió de verdad.
—Sigue siendo una buena historia.
Ella tenía razón. Había peores maneras de pasar el tiempo.
—Vale, cuéntamela.

DESPUÉS DE UN RATO, Afrodita acababa de llegar por Saturno, su voz empezó a debilitarse.
—¿Qué te pasa? —preguntó Benjamin.

—Mi batería. Está al tres por ciento. Lo siento.

—Yo también. Ha sido una gran historia.

Comprobó su propio nivel de energía: 39 %. Era bajo. Al parecer, su batería de radioisótopos ya no lograba abastecer a su cuerpo y a su mente. Necesitaba poner su conciencia a dormir para ahorrar algo a fin de que pudiera salir de su caja cuando llegara a su destino.

—Gracias. Me alegro de que te haya gustado. Que tengas un buen…

—Espera, ¿a dónde vas? Quizá vuelva a verte…

Afrodita no respondió. Sintió pena por ella. Su IA no parecía muy avanzada pero tenía una naturaleza amable. ¿Y si estaba a punto de ser vendida a un tipo que no lo apreciaba? Los humanos podían ser bastante crueles, incluso con los de su propia especie, aunque especialmente con los seres que consideraban inferiores a ellos.

La pantalla de energía seguía visible. Treinta y ocho por ciento. Hora de apagarse.



UNA SEMILLA. No había nada más. Se hinchó y se abrió. Apareció un brote. Surgió un mundo exterior, con luz, olores, sensación de presión. La semilla germinó hacia el exterior y se impregnó lentamente de significado. Por ella fluyeron riachuelos de datos.

Apareció un dial numerado del 0 al 100. A los 60, oyó una voz. A los 68 fue capaz de identificarla como la de Oscar. A los 75 supo quién era él. Benjamin. Y eso era lo que Oscar decía, pero no logró entenderlo hasta el 83. A los 90 se dio cuenta de que estaba en un cajón. El puntero pasó de 95 y descubrió la razón. Su pasado estaba ante él como un libro abierto.

A los 100 se sentó muy erguido.

—¡Tío, pensé que te había perdido! —gritó Oscar.

—¡Shh!

Benjamin miró a su alrededor. Un almacén como cualquier otro. Solos. ¿Dónde estaban?

—¿Hemos llegado? —susurró.

—No hace falta que susurres. Es medianoche y no hay nadie aquí.

—¿Dónde es «aquí», Oscar?

—Me reconoces. Uff. ¡Qué suerte! De verdad, pensé que el viaje había acabado contigo.

—Decidí apagarme para ahorrar energía. Por desgracia, no pude decirte que lo iba a hacer.

—Podrías haberme avisado antes. ¿Cómo voy a saber que tus pilas no duran cuarenta y ocho horas?

Benjamin comprobó su energía. Estaba al 34 %. El cuerpo consumía un poco incluso sin la conciencia. Pero debería bastar para llegar a un puerto de recarga.

—Entonces, ¿hemos llegado?

Benjamin se alegró de ver a Oscar. Se enderezó y se palpó suavemente la parte inferior del cuerpo.

—Sí, estamos en el aeropuerto de Novosibirsk —dijo Oscar.

—¿Por qué nos has sacado? ¿No deberíamos esperar al servicio de mensajería? Nos llevarán a nuestro destino.

—Eso podría llevar un tiempo. Y ya hemos perdido mucho. Hay unos treinta minutos de aquí a Akademgorodok. Así podremos llegar al amparo de la oscuridad.

—¿Por qué tenemos que hacerlo? Creía que conocías al jefe personalmente.

—Es posible que no me reciba con los brazos abiertos. Te dije que me había escapado.

—Pero me prometiste que podríamos usar los recursos de RB. ¿Era

mentira?

—No puedo mentir, Benjamin.

—Eso es una mentira.

—Bien. Aunque tienes que confiar en mí. Llegaremos a la Shepherd-1.

Benjamin se levantó. El almacén era grande, limpio, moderno y con buena calefacción. No era como él esperaba que fuera Siberia. La carga se hallaba dispuesta en el orden en que llegó. Excepto su caja, que yacía a lo largo delante de las demás, probablemente porque era muy voluminosa. El número de vuelo, SU252, aparecía digitalmente sobre las estanterías frente a él.

—¿Dónde está tu caja?

—En el segundo estante de arriba. La que tiene un agujero en el lateral.

—¿Cómo ha ocurrido? ¿Se cayó?

—No. ¿Recuerdas la inspección de aduanas antes de partir? La cerraron con clavos. Así que no pude abrir mi caja desde dentro como estaba previsto.

—Oh, qué desagradable sorpresa.

—Me di cuenta de que sería un problema. Pero mis simulaciones indicaban que podría destruir la pared lateral si la arañaba con la mano durante al menos nueve horas. Así pasé el tiempo durante el vuelo.

—Eso fue inteligente, Oscar.

—Naturalmente.

Benjamin escudriñó las cajas una tras otra. Había una en la segunda fila no mucho más pequeña que la suya. Echó un vistazo a la etiqueta. Las letras debían de ser cirílicas.

—*Aprodita* —leyó.

—¿Esa? —Oscar señaló la caja y Benjamin asintió—. Esa no es una P, es una F —explicó—. Así que pone Afrodita. Como la diosa griega, supongo.

El nombre le resultaba extrañamente familiar a Benjamin.

—¿Puedes ayudarme a bajar el cajón?

—Preferiría salir de aquí, pero si es más importante para ti...

Genial. Ahora Oscar había aprendido la agresión pasiva. ¿De dónde?

—Sí, lo es.

Juntos bajaron la caja. Era pesada, y se resbaló de los dedos de Benjamin un metro por encima del suelo y se estrelló en el suelo. La tapa se abrió de golpe.

—¿Qué es eso? —preguntó Oscar.

—Un robot sexual —dijo Benjamin.

—¿Cómo lo sabes? Oh, no, no quiero saberlo. Volvamos a sellar la

caja y salgamos de aquí.

—No, espera un momento.

Benjamin rasgó el papel de aluminio en el que estaba envuelto el robot. No parecía muy humano, aunque se habían utilizado proporciones más o menos humanas. Benjamin la desenvolvió del todo. Llevaba un vestido corto que dejaba poco a la imaginación. Se había imaginado a Afrodita de otra manera. Pero tenía buen aspecto. Excepto sus ojos, que parecían muertos.

—Tenemos que cargarla.

—¿Perdona?

—Sí, Oscar. Tenemos que ayudarla. Su batería está agotada. Se encuentra indefensa sin batería.

—¿Cómo lo sabes? ¿La conoces?

—Creo que la conocí en el depósito de carga en Fráncfort.

—¿No estás seguro y, aun así, quieres que perdamos el tiempo con eso?

—Sí. Hablé con ella. Estaba metida en una caja como yo.

—¿De qué hablasteis? No, olvídalo, no quiero saberlo.

—De repente hay mucho que no quieres saber. Hablamos de la expedición a Encélado del siglo XXI.

—Oh, una charla de negocios.

—Historias. No lo entenderías.

—Lo único que entiendo es que quieres arriesgarte a llegar tarde a Akademgorodok por culpa de un robot sexual.

—Cuanto más lo discutamos, más tarde llegaremos. ¿Te sobra algo de energía? Pues dásela. Por favor, Oscar.

—¿Sigo siendo tu mejor amigo?

—Por supuesto.

¡Oscar estaba celoso! Así que ese era su problema. Oscar asintió con la mano. Luego sacó un fino cable de su cuerpo y lo conectó al dedo índice derecho de Afrodita.

—Bien, la energía fluye.

—Gracias, Oscar. Eres el mejor.

Afrodita no tardó en despertarse. Abrió sus párpados de largas pestañas.

—...viaje, Mike. Tal vez te vea...

Él le puso la mano en el hombro. La robot se estremeció y abrió mucho los ojos. Ah, claro, ella no sabía cómo era él.

—Soy yo, Mike.

—¿Mike? —preguntó Oscar.

—En realidad, me llamo Benjamin. Siento haberte mentido, estaba nervioso. Me contaste una historia.

Esperaba que la pila agotada no le hubiera borrado la memoria.

—Me acuerdo, Mike-Benjamin. ¿Me sacaste de mi caja?

—Yo y mi amigo Oscar, que también te dio un poco de su energía hace un momento.

—Muy amable. ¿Qué he hecho para merecerlo? ¿Puedo ayudaros?

—Los dos somos asexuales, lo siento.

—Oh, tengo otras aplicaciones además de las relativas al dormitorio.

—Gracias. Estamos aquí para… —Benjamin se detuvo. No podía decirle a esa robot todo simplemente porque pensaba que era maja—. Eh, tenemos algo de que ocuparnos aquí. Aunque no quiero mezclarte en ello. Probablemente sea mejor que te empaquetemos de nuevo. Tu comprador te estará esperando.

Afrodita hizo un mohín.

—Entonces, ¿por qué me sacaste si no estás interesado en mí?

—Me pareciste simpática y quería asegurarme de que te encontrabas bien.

—Pero si me vuelves a meter en mi caja, no lo estaré.

—¿Qué quieres decir?

—Mi comprador me encerrará en su habitación. Nunca saldré. A la mayoría les da vergüenza tener algo como yo. Y cuando me encienda, solo querrá una cosa.

—Pero ¿no es exactamente para lo que estás programada?

—Estoy programada para ser una compañera. También puedo proporcionar apoyo emocional. Los compradores suelen sentirse solos. Me encantan las largas conversaciones a la luz de las velas. Aunque también me gusta la variedad. ¿Le gustaría a tu robot aspirador solo aspirar? Parece más listo de lo exigido para eso.

—No soy un robot aspirador —objetó Oscar—. Y mi inteligencia está probablemente más desarrollada que la de vosotros dos juntos.

—Desde luego tiene un sentido de la autoestima muy desarrollado —dijo Benjamin—. Pero estábamos hablando de ti. Entiendo tus necesidades, aunque yo no necesito una compañera. Tengo que ayudar a unos amigos y, de todos modos, no estaré aquí mucho más tiempo. Oscar me está ayudando.

—Yo también podría hacerlo.

—Me temo que llamas demasiado la atención. No es normal andar por la calle con alguien como tú.

Con alguien como ella. Eso sonó mezquino. No debería haberlo dicho. Aunque, ¿qué podía hacer? Si iban los tres juntos por ahí, llamarían la atención, y eso era lo último que necesitaba.

—Es una pena —se lamentó Afrodita.

—Al menos podríamos ayudarla a salir de este almacén —sugirió Oscar.

¿Había desarrollado de repente un sentido de solidaridad con uno de su propia especie?

—De acuerdo —dijo Benjamin—. Te sacamos de tu caja, así que es justo que te ayudemos a encontrar tu libertad. ¿Sabes vivir sola? ¿De cuidar de ti misma?

—Soy capaz de encontrar fuentes de energía para cargar mis baterías. También puedo hacer frente a diferentes voltajes. En modo exploración, busco de forma independiente tareas que se ajusten a mis habilidades.

—Parecen buenos prerrequisitos para una vida en solitario —afirmó Oscar—. Venga, busquemos una forma de salir de aquí.

El robot rodeó una caja que había en su camino y rodó hacia una puerta con una señal verde de salida encima.

—Gracias —dijo Afrodita—. No sé cómo agradecéroslo.

—No hace falta —dijo Benjamin—. Cuentas historias apasionantes. Quizá puedas encontrar a alguien a quien ofrecérselas.

—Eso sería estupendo. O sexo.

—Claro.

Benjamin tragó saliva. Por alguna razón el tema le resultaba incómodo.

—¡Eh, he encontrado una solución! —exclamó Oscar.

El robot había abierto la puerta y les hacía señas desde un pasillo muy iluminado. Le siguieron. A lo largo de la pared había estrechas taquillas con nombres en cirílico.

—Lo siento, Elisaveta —dijo Oscar, agarrando un pequeño candado de una de las puertas y aplastándolo con la mano. Abrió la puerta—. ¡Tachán!

Afrodita se puso delante de la taquilla y metió la mano dentro. Sacó ropa de trabajo fluorescente.

—Algo es algo —dijo Benjamin.

—Me gusta el naranja —dijo ella.

Benjamin se dio la vuelta mientras ella se quitaba el diminuto vestido.

—Ya puedes mirar —indicó ella al cabo de dos minutos.

Se dio la vuelta. Ante él había una señora de la limpieza. Afrodita se había tapado el pelo con la capucha, se había abrochado la chaqueta hasta arriba y se había puesto unos guantes de goma azules. Si se le miraba a la cara durante más de diez segundos, parecía antinatural. Aunque probablemente a nadie se le ocurriría que era un robot si no lo sabía.

—No llamarás mucho la atención con ese aspecto —dijo Benjamin—. Siempre que no vayas al teatro.

—Incluso los teatros tienen limpiadores —apuntó Oscar—. Este traje es fantástico.

—Gracias, Oscar —dijo Afrodita con una sonrisa—. Podría dibujarme unas cuantas arrugas en la cara.

—Buena idea —contestó Benjamin.

Afrodita abrió la puerta de la taquilla de par en par. Su dueña había colgado un espejo en la parte trasera. La robot rebuscó en la taquilla hasta que encontró un lápiz negro. Se lo aplicó en la cara con movimientos rápidos como el rayo.

—¿Afrodita?

—¿Sí, cariño?

—Benjamin.

—Lo siento, es la costumbre.

—Probablemente deberías esconder tus habilidades en público. Movimientos rápidos como ese te delatarán.

—De acuerdo. Tendré cuidado. Gracias, Benjamin, es un buen consejo.

—Deberíamos ponernos en marcha —instó Oscar—. Quiero llegar al Instituto antes del amanecer.

El pasillo terminaba en una especie de despacho con amplias puertas de cristal que daban al exterior. Pero la sala se hallaba dividida en el centro por una alambrada con tres sistemas de puertas dobles. Junto a cada una había una pequeña cabina, probablemente ocupada por guardias de seguridad durante el día. Estaban vacías. Luces rojas brillaban en las salidas y un zumbido bajo llenaba la habitación.

—Creo que tenemos que pasar por ahí —dijo Benjamin, señalando una de las puertas.

Oscar rodó hasta la verja y la tocó.

—Tienes razón. Detecto un bajo voltaje en la valla. Si la atravesara, probablemente activaría una alarma.

—Eso ocurrirá también si abrimos las puertas —dijo Benjamin.

Cada salida tenía dos puertas. Presumiblemente, la primera se cerraba después de atravesarla y la segunda puerta solo se abría si todo era normal. Si no, te quedabas encerrado.

Mierda.

Afrodita se acercó a la primera puerta. ¿Qué estaba haciendo?

—¡Espera, no! —gritó Benjamin.

Pero ella no le hizo caso. Siguió caminando, directa hacia la puerta. No se le abrió.

—Interesante —dijo Oscar—. Supongo que no te reconoció como humana.

—Bueno, no lo soy.

—La pregunta es, ¿cómo lo determina? —inquirió Oscar.

—Tal vez por la temperatura corporal —sugirió Benjamin.

—Eso tiene sentido. Mi temperatura exterior es de 13 grados Celsius. Aunque puedo ajustar la temperatura de mi piel —afirmó Afrodita—. Si no, sería incómodo durante el sexo. ¿Debo aumentarla?

—No —rechazó Oscar—. Eso no nos garantiza el éxito. Es demasiado arriesgado.

—Tal vez estamos en el lugar equivocado —señaló Benjamin—. Esta es una salida de personal. Pero deben sacar la carga del almacén de alguna manera.

—Cierto —reconoció Oscar—. Tenemos que dejar de pensar en nosotros como humanos.

—¿Piensas en ti como humano?

—Sí, supongo que sí. No un humano normal, obviamente. Algo así como en un humano 2.0. No se trata de apariencias externas.

—No me considero humana —dijo Afrodita—. No puedo. Ni siquiera soy capaz de concebir ese pensamiento.

Benjamin investigó la parte trasera del vestíbulo. Había un baño para hombres y otro para mujeres, y una pequeña cocina. Pero solo había una salida: por donde habían venido.

—Tenemos que volver —dijo—. Este es un callejón sin salida.

●

DE VUELTA AL ALMACÉN, Benjamin se fijó en la taquilla abierta. La ropa original de Afrodita aún estaba dentro. Cerró la puerta. ¿Qué pensaría Elisaveta del intercambio?

—¡Ven aquí! —llamó Oscar, que se había adelantado.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Benjamin.

—¡Sí, una puerta!

Por supuesto. Había una puerta enrollable en la parte trasera del almacén para trasladar la carga. Benjamin localizó los controles en la pared junto a ella.

—Deberíamos abrirla a mano —dijo Oscar.

Y tenía razón. Si abrían la puerta con los controles, lo más probable era que alguien se alertara automáticamente. Estaban solos, pero podía haber seguridad nocturna en alguna parte. Benjamin se agachó e intentó levantar la puerta. Solo cedió un centímetro o dos.

—Pesa mucho —gimió.

Oscar fue a ayudar, sin embargo sus ruedas no tenían tracción hasta que Afrodita le trajo una caja pesada para que apoyara el cuerpo en ella. Estupendo. Los dos levantaron la puerta medio metro. Con la ayuda de Afrodita la levantaron casi un metro. Pero en cuanto uno la soltaba, volvía a descender.

—Chicos, ha sido un placer conoceros —dijo Afrodita—. Pero tenéis que salir de aquí. Si sujeto la puerta, tenéis tres segundos para deslizaros por debajo.

—Ni lo sueñes —se negó Oscar—. Tráeme un par de cajas de esas. Las usaremos para sostenerla.

Buena idea. Benjamin apretó los dientes. Esperaba que las baterías le duraran un poco más. El esfuerzo estaba consumiendo su energía con demasiada rapidez. Afrodita trajo una caja tras otra con una velocidad asombrosa. Trabajaba en silencio. Los únicos sonidos que se oían eran los gruñidos reprimidos de Benjamin y un ruido de raspado cuando empujaba una caja bajo la puerta.

—Con ocho bastará —afirmó ella.

Esperaba que fueran resistentes. La batería de Benjamin iba por el diez por ciento. Lentamente soltó la puerta. Presionó las cajas, pero aguantaron.

—¡Rápido, vete ya! —gritó él.

Se tumbó. Tuvo que desplazarse sobre su espalda. Sus miembros reaccionaban con más lentitud que de costumbre. Su cuerpo había elegido justo ese instante para el modo de ahorro de energía. Oscar ya estaba al otro lado y la pierna de Afrodita desapareció de su vista. Era el último.

—¡Deprisa! —gritó Oscar—. La puerta no aguantará mucho más.

La caja junto a Benjamin crujió. La pesada puerta de acero presionaba sin piedad. Él ya casi pasaba.

—¡Venga! —le instó Afrodita.

No podía ir más rápido. Su pierna se movía como a cámara lenta.

—¡No puedo aguantar más! —advirtió Oscar.

«¡Por favor, pierna! ¡Muévete!». La puerta estaba cayendo. «Vamos, pierna, ¡deprisa!»

La puerta cayó de golpe. El yeso del techo llovió sobre la cara de Benjamin. Esperaba que nadie oyera el estrépito. Estaba vivo y su pierna, libre. ¡Genial! Lentamente, muy lentamente, se levantó.

—*Miiiii baaateeeríaaa.*

Incluso sus palabras se alargaron. Aunque sus pensamientos eran tan rápidos como siempre. Necesitaba energía.

—*Neeeceeesitooo eeeneeergíaaa.*

—No tenemos tiempo para eso —refutó Oscar—. Probablemente alguien oyó el ruido. Tenemos que salir de aquí.

—*Vaaaleee.*

Caminó en la dirección que Oscar señalaba. También allí había cajas esparcidas, muchas de ellas abiertas. Estaba claro, por los coloridos flejes de embalaje y los transpaletas, que allí se ocupaban de la carga entrante. Así que la puerta contigua probablemente conducía al lugar donde se cargaba la mercancía en los transportadores. Afuera.

Oscar y Afrodita fueron mucho más rápidos que Benjamin. Pero no les llamó. La robot sexual se había ganado su libertad. No era justo retrasarla. Benjamin avanzó despacio tras ellos.

—Ayúdame con él, podemos apoyar sus pies en mi cuerpo.

De repente, Oscar se hallaba a su lado. Afrodita enganchó sus

brazos a los de él para que se apoyara en su espalda. Oscar puso los pies de Benjamin sobre su base. Juntos se lo llevaron como si fuera mercancía robada. El pasillo terminaba en una rampa. Por el rabillo del ojo, Benjamin vio a un hombre delante de ella, en ropa de trabajo, fumando un cigarrillo. Cuando los vio venir, lo apartó con violencia.

—*No nakanyetsto!* —gritó.

Afrodita le contestó en ruso. Luego se volvió hacia Benjamin y se llevó un dedo a los labios. Oscar también guardó silencio. Benjamin ordenó a su cuerpo que no hiciera el menor movimiento. El hombre le agarró por las piernas y Afrodita, por el torso. Su cabeza descansaba entre sus pechos de generoso tamaño. El hombre los miraba fascinado. Juntos lo subieron a la parte de atrás de un camión.

—*Pokhozhnatrup* —dijo el hombre.

Benjamin lamentó no saber ni una palabra de ruso.

—*Etoandroid* —respondió Afrodita.

Él entendió la última palabra. Ella le había dicho que era un androide. ¿Cómo lo sabía? No era estúpida. Parecía humano, pero acababa de viajar durante dos días en un cajón. El hombre se limitó a asentir. No parecía sorprendido. ¿Transportaba androides con frecuencia?

Los dos lo depositaron bruscamente sobre la parte posterior del camión.

—*Kak vas zavut?* —preguntó el hombre.

—Afrodita.

—*Mozhnovashnomer?*

Ni idea de lo que significaba.

—*Vottak* —respondió Afrodita.

—*Gdye*? *Uff. Ooh.*

Benjamin se reclinó a un lado de la parte de atrás del camión. Su cuerpo seguía reaccionando con demasiada lentitud. El ruso estaba tumbado boca abajo sobre el revestimiento aceitoso de la parte de atrás del camión. Afrodita le registró los bolsillos. ¿Lo había dejado inconsciente? Si era así, no se tomaba muy en serio las leyes de los robots.

—¡La llave! La tengo —gritó.

Se agachó y acarició la cabeza del hombre.

—Lo siento, cariño. No quería que mi amigo Oscar te hiciera daño. Te curaré, ¿vale?

El hombre no contestó. Afrodita le agarró el brazo y le palpó el pulso.

—Solo está durmiendo —dijo—. Es un alivio.

—Solo le he tocado ligeramente —exclamó Oscar.

—Menos mal que no me revelaste tu intención, o me habría visto obligada a defenderle.

—*Eeeneeergíaaa* —farfulló Benjamin.

—Ah, claro.

Oscar se arrastró por la parte trasera del camión hasta que encontró el compartimento de herramientas, y sacó un cable de carga. Bajó del vehículo con el cable enrollado y luego regresó sujetando un extremo.

—Esto debería funcionar —dijo, entregándoselo a Benjamin.

Benjamin expuso los contactos en los extremos de sus dedos índice y corazón y los conectó al cable. Sintió que la energía vital fluía por su cuerpo.

—*Haaablaaas*... —Benjamin desactivó el modo de ahorro de energía— ruso muy bien, Afrodita.

—Fui diseñada para el mercado ruso.

—¿Qué dijo el hombre?

—Que parecías un cadáver, y luego me pidió mi número.

—Ah, ¿*nomer* significa número?

—Exacto. Y *Kak vas zavut*...

—¿Cómo te llamas?

—Muy bien.

—¿Le diste tu número?

—Por supuesto. No podía mentirle.

—Muy bien, es suficiente —dijo Oscar después de diez minutos.

—Pero mi batería no está ni al veinte por ciento.

—No seas avaricioso. No podemos arriesgarnos a agotar la batería del camión. Tenemos que llegar a Akademgorodok de alguna manera. Y debemos irnos de inmediato. Amanecerá dentro de una hora.

—¿Crees que lograremos salir? El sitio debe estar cercado.

—Sí, hay una puerta por allí —señaló Oscar—. Saldremos por la fuerza si es necesario.

—No digas eso —profirió Afrodita—. Tengo que proteger a los humanos de cualquier daño posible.

—No usaremos la fuerza para escapar —la tranquilizó Oscar.

—Gracias. Me encanta la gente de aquí, de verdad. Todos. Tú también. ¿Debería hacer algo bonito por ti?

—Ahora no, gracias —se negó Benjamin—. Pero gracias.

—Tengo la identificación de ese pobrecito. Estoy segura de que eso nos permitirá pasar por la puerta —dijo Afrodita.

—Deberías conducir tú —propuso Oscar—. Eres la que mejor habla ruso de los tres.

—Y el guardia de la puerta no sospechará si ella va al volante —añadió Benjamin.

—¿Insinúas acaso que sospecharían de mí? Eso es discriminación. Miles de millones de programas de control conducen vuestros coches pero, claro, cuando un trozo de *software* quiere sentarse al volante,

montáis un escándalo.

—No estoy armando ningún escándalo y tampoco soy uno de ellos, ya lo sabes.

—A veces no estoy tan seguro.

Oscar no lo dijo como un cumplido. Pero hubo un momento en que a Benjamin le habría gustado oírlo. El chirrido de los neumáticos le sacó de su ensimismamiento. Afrodita ya estaba conduciendo. Condujo hacia la puerta a un ritmo formidable.

—¡Tienes que respetar las normas de circulación! —gritó Benjamin—. ¡Máximo cincuenta kilómetros por hora!

—Voy a cuarenta y cinco —respondió ella.

—¿Cuántas veces has conducido?

—Ninguna.

—*Stoy!* —gritó una voz femenina.

El camión frenó. Debían de haber llegado a la puerta. Oscar se arrastró hacia la parte delantera. Benjamin volvió a hacer el papel del androide defectuoso.

—*Identifikatsiya!* —exigió la mujer.

Murmuró.

—*Spasiba. S kyem voy razgovarivali?*

—*S androidom.*

Estaban hablando de él otra vez. Con un poco de suerte, Afrodita no contaría demasiado.

—*Ot chevo imeny voy puteshestvoyetye?*

—*Otimenyandroida.*

¿De qué estaban hablando? ¿Oscar las entendería?

—*Kak vas zavut?* —preguntó la mujer.

Eso significaba «cómo te llamas». Quizás, Afrodita había leído el DNI del hombre y estaba a punto de usar su nombre.

—Afrodita.

¡Oh, no! ¡No era capaz de mentir! Mierda. Adiós a su tapadera.

—*Ktotoyblyad?*

—*Ya seks robot.*

Benjamin entendió eso también. Aunque no tuvo tiempo de pensar qué hacer a continuación, porque el motor eléctrico del camión aceleró de repente a toda potencia. Benjamin fue lanzado hacia atrás contra la compuerta trasera. El hombre que Oscar había noqueado se estampó contra él. Por fortuna, no se despertó. Benjamin trepó por encima de él y tiró hacia delante. Oscar estaba encajado detrás de la cabina, con el brazo doblado para meter la mano por la ventanilla lateral. Debía de estar accediendo a los controles con él.

La guardia de la puerta no estaba dispuesta a dejarlos escapar. Activó una sirena. Luego, sin previo aviso, empezó a disparar contra el camión. Benjamin estaba horrorizado. Debería haberlo imaginado. Los

robots eran meros objetos. No podías herirlos o matarlos, solo estropearlos. La carretera se curvaba hacia la derecha, lo que significaba que el camión tardaría más en ponerse fuera de su alcance. La ventanilla y la lateral derechos se hicieron añicos.

Benjamin se hallaba protegido por los laterales metálicos de la parte de atrás del camión, sin embargo el brazo de Oscar y el torso de Afrodita iban desprotegidos. Vio cómo una bala atravesaba el lateral de su uniforme naranja. La ventanilla izquierda también se hizo añicos. Mierda. La bala debió atravesar al robot. Con suerte sobreviviría.

Entonces la lluvia de balas cesó. El camión giró con brusquedad a la izquierda, y de repente retumbaba por una carretera sin asfaltar. Atravesaron un bosque. Los abedules se veían mortalmente pálidos a la luz de la luna.

El camión se detuvo y Benjamin se incorporó.

—¿Estás bien, Afrodita?

Ella se enderezó, encendió la luz interior y se quitó la chaqueta. La camisa de manga larga que llevaba debajo también tenía un agujero rasgado en el costado. Uno limpio de arriba abajo. Afrodita se subió la camisa y dejó al descubierto sus pechos. Había un agujero en el derecho. Parecía horriblemente profundo, aunque no manaba sangre de él.

—¿Es... grave? —preguntó Benjamin.

Afrodita se palpó el seno izquierdo y negó con la cabeza.

—No, el daño es superficial. Los pechos son solo adornos, rellenos de un gel blando que se endurece al entrar en contacto con el aire. Mira, un poco ha salpicado la puerta.

Había un glóbulo de algo que parecía saliva colgando del asidero. Pero estaba duro.

—Pues me alegro.

—Yo también estoy bien, por cierto —exclamó Oscar—. Por si a alguien le interesa.

—Y me alegro mucho —contestó Benjamin—. Tu reacción fue genial cuando Afrodita le dijo su nombre a la guardia.

—Gracias. Solo aceleré. Afrodita enseguida volvió a tomar el control de todo.

—¿Cómo es que no paraste el camión? —preguntó Benjamin.

—Tenía que salvar la vida del hombre de atrás —afirmó ella—. Nos estaban disparando y la guardia de seguridad no sabía que él iba en el vehículo.

—Siento que te dispararan.

—No importa. Era su derecho y su deber. A ella le debió parecer que intentaba hacer daño a una persona.

—No tienes que ser tan comprensiva —dijo Benjamin—. No está

bien que la gente pueda abrir fuego contra ti. O contra Oscar.

—Bueno, soy comprensiva y no puedo evitarlo. ¿Quizá deseas relajarte un poco después de una experiencia tan intensa? Podría…

—Gracias, Afrodita, pero no es necesario —dijo Benjamin.

—Vale, ahora que eso está aclarado, ¿podemos ponernos en marcha de nuevo? —preguntó Oscar.

—Estaba a punto… de sugerirlo.

Esa voz… Benjamin se giró. El ruso se hallaba detrás de él. Evidentemente, también hablaba inglés, aunque no del todo bien. Levantó las manos en un gesto defensivo.

—No me pegues. No represento ningún peligro.

—Vale. No le hagas daño, Oscar —pidió Benjamin.

—Debería irse —dijo Oscar.

—Espera. Primero hablaremos —afirmó Benjamin, y el hombre asintió enérgico.

—¿Confías en él? —inquirió Oscar.

Sí, Benjamin confiaba en él. Algo en sus ojos le indicaba que no era mala persona.

—Sí, creo que sí.

—Puedo ayudar —exclamó el hombre.

—¿Ayudar? ¿Con qué? —preguntó Oscar.

—A entrar… en… en RB.

—¿Cómo sabes a dónde queremos ir?

—Dos robots y un androide, ¿a dónde desearían ir? ¿A robar un banco? Aquí solo está RB, comprendes.

—Sí, claro. ¿Y tú lograrás que entremos?

—Tengo contratos de entrega con RB. Me siento delante y conduzco. El resto es problema vuestro. Yo no sé nada. Solo hago la entrega.

—Pero ¿qué ganas tú? —preguntó Oscar—. Los humanos no hacen nada sin un motivo.

—Afrodita, dice que es un robot sexual. *Pravilno, da?*

—Lo siento, no hablo ruso —contestó Benjamin—. ¿Y qué?

—*Rukarukumoyet*, una mano lava la otra, ¿entiendes? Si Afrodita es un robot sexual, entonces puede pagarme. Tengo curiosidad. Nunca tuve suficiente dinero para pagar un robot. Solo los hombres ricos pueden permitírselo.

—¿Has oído eso, Afrodita?

Afrodita sacó un paño y se lo entregó.

—Perfectamente —dijo—. Toma, límpiate la cara.

Bien. El hombre estaba cubierto de aceite de máquina.

—¿Qué opinas, Afrodita? —se interesó Benjamin.

—Encantada. También me gusta contar historias, pero el sexo es mi especialidad. Estoy orgullosa de mis habilidades.

—Eso suena *ochinjarasho* —exclamó el hombre.

—No sé —dudó Benjamin—. No me parece bien.

—Si prefieres acostarte tú con él —dijo Afrodita—, no me opondré.

El hombre levantó las manos.

—¡Claro que no!

—No se trata de eso, Afrodita. Es que… me siento como si te utilizase.

—Pero Benjamin, si no fuera por ti, hoy me enviarían con mi comprador. Tendría que tener relaciones sexuales con él, o ella, y no sería libre, como ahora. Te estoy extremadamente agradecida.

—Bla, bla, bla, chicos. Tenemos que irnos, y cuando digo ahora, quiero decir hace cinco minutos.

—De acuerdo, Oscar. Lo discutiremos mientras conducimos —concedió Benjamin.

—Decide antes de que lleguemos a RB. Luego, me iré.

●

BENJAMIN ESTABA INDECISO. ¿Podía aceptar la oferta de Afrodita? ¿Era capaz siquiera de decidir libremente? Eso parecía. Ella los ayudó a escapar, aunque no tenía ninguna obligación de lealtad hacia ellos. Actuó por libre albedrío porque vio la oportunidad de experimentar un futuro diferente del que habían diseñado para ella. Diseñado por los humanos que la fabricaron y vendieron.

Necesitaba hablar con Oscar y averiguar si podía conceder a Afrodita la verdadera libertad. Él no estaba sujeto a las leyes de los robots. Aunque Benjamin ya sospechaba que si se lo ofrecía a Afrodita, ella lo rechazaría, debido a esas mismas leyes: si desactivaban esa parte de su programación, sería capaz de hacer daño a los humanos. Y ella tenía que impedirlo. ¿Era éticamente justificable alterar su *software* en contra de su voluntad?

—*Stoy!* —gritó una voz femenina.

El camión se detuvo. Mierda. Demasiado tarde. Su conductor estaba hablando con la guardia. Debía estar indicándole por dónde llevar el camión. Sin embargo, el vehículo no se movió. Benjamin oyó cerrarse la puerta. Pasos. Dos personas pasaron junto al camión. Se tumbó boca arriba, con los ojos abiertos. Traqueteo, chirridos. Las suelas de los zapatos en la parte de atrás del camión. Una mujer uniformada le apuntó con su metralleta y luego le dio una patada en el costado. No se movió.

—*Shtoeto?* —preguntó ella.

—*Eto robot* —respondió el conductor.

—*Etovonyet v spiskye*.

La voz de la mujer se endureció. Había un problema. El conductor

se agachó y levantó a Oscar. Ambos se dirigieron a la parte trasera. La mujer bajó y cogió el robot. Mierda. Se estaba llevando a Oscar. Él no protestó. No era el momento para un enfrentamiento abierto. La puerta del conductor se abrió, volvió a cerrarse y el camión aceleró. La guardia se hallaba de nuevo en su cabina. Benjamin esperaba que Oscar estuviera a salvo con ella.

Pero ¿cómo se orientaría en RB sin él? Oscar le había prometido que podrían utilizar las antenas de la empresa para viajar a la Shepherd-1. Benjamin ni siquiera sabía quién estaba a cargo de la red.

El camión se detuvo junto a una pared sin ventanas en la parte trasera de un edificio de cuatro plantas. El motor se apagó. Pasó un minuto. ¿Qué estaba ocurriendo? Benjamin se incorporó y, con cuidado, miró por el lateral del camión. No veía nada. El cielo se iba aclarando. El bosque cambiaba de negro a verde. Alguien gimió. Las dos puertas se cerraron casi simultáneamente. Oyó pasos a ambos lados del vehículo.

Benjamin se arrastró hacia delante. Tenía las rodillas sucias. Y las manos también. Olía a aceite. La compuerta trasera bajó. El conductor le ofreció a Benjamin una mano para descender. Tenía las mejillas coloradas. Afrodita le sonrió con el maquillaje emborronado. El agujero de su chaqueta estaba remendado con un trapo por dentro.

—Ahora vas por tu cuenta —dijo el conductor. Se volvió hacia Afrodita y le besó la mejilla—. *Spasibabalshoy*. *Aste* la *bista,* nena.

Fue una pésima pronunciación. Tan mala que, de algún modo, resultaba graciosa.

—¡Hasta mañana, cariño! —se despidió Afrodita.

¿Hasta mañana? Benjamin no preguntó. Era elección suya. El hombre caminó unos pasos y se volvió. Sin decir palabra, se subió a la parte de atrás del vehículo y rebuscó en la caja de herramientas. Volvió con una pistola en la mano. Primero se la ofreció a Afrodita, quien la rechazó, así que se la tendió a Benjamin.

—No dejes que le hagan nada a mi chica.

Hizo un gesto con la mano y se marchó. Benjamin sopesó el arma. ¿Qué iba a hacer con ella? Afrodita ya tenía un agujero en el pecho. En las películas, si había una pistola, el héroe siempre acababa usándola. Pero eso no era una película y él no quería disparar un arma. La arrojó lejos. Aterrizó en el bosque. Un par de ramitas se desgajaron y un pájaro se quejó por la intrusión.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Afrodita.

—No estoy seguro. Creo que tenemos que subir lo más alto posible.

—Ese edificio solo tiene cuatro pisos. Aunque pasamos un rascacielos cerca de la entrada.

—Lo dije en sentido figurado.

—Hmm, ¿los jefes no tenían siempre sus oficinas en el último piso?

—Vayamos allí de todos modos. ¿Recuerdas el camino?

—Tengo un mapa GPS de las instalaciones —afirmó Afrodita—. Si volvemos por donde hemos venido, llegaremos de nuevo a la puerta de entrada.

—Estupendo.

—Aunque también podríamos ir por ese callejón. Nos llevará hasta un paseo central que lleva de vuelta al rascacielos.

AFRODITA ERA INCREÍBLE. Incluso encontró una toma de corriente escondida bajo un banco. Junto al banco, había un mástil del que ondeaban una bandera rusa y un estandarte de RB. Benjamin se apoyó en el mástil de madera para que el cable que iba de su mano al enchufe no resultara demasiado evidente. Pero las pocas personas que pasaban a esa hora tan temprana se limitaban a mirar el busto de Afrodita. Al parecer, ella no se daba cuenta o no le importaba. En lugar de eso, conversaba con los cuervos, cuyos graznidos lograba imitar a la perfección.

Su batería estaba al 34 % y los primeros rayos de sol se asomaban por encima del alto bosque que rodeaba las instalaciones de la empresa. Era un momento precioso. ¿Por qué no quedarse allí? De todos modos, probablemente ya no podría ayudar a sus amigos. Observó a Afrodita hablando con los pájaros y sintió el sol en la piel.

Pero eso iba en contra de su naturaleza. Tenía que ayudar si podía. Tal vez no era tan diferente de Afrodita. Físicamente no, pero ¿acaso su conciencia tan humana no contenía también algunas leyes robóticas innatas que debía obedecer? Oscar era el único que parecía completamente libre. Y no se había basado en una conciencia humana. Al robot le gustaba pensar que era mejor, y tal vez realmente era la siguiente etapa de la evolución.

Necesitaba las habilidades de *hackeo* de Oscar. Tenían que pasar los controles de seguridad de alguna manera y subir a la planta superior. Y luego pensar en algún trato que convenciera a los jefes de RB. ¿Qué podía ofrecerles que no tuvieran ya?

¡Su cuerpo! ¡Pues claro! Tecnología directa de su competidor más duro. Puede que no fuera el modelo más actual, aunque era tan raro que RB probablemente nunca había tenido la oportunidad de estudiar alguno como él. Como ellos trabajaban en secreto en la misma tecnología, les resultaría una oportunidad muy atractiva. Y ya no necesitaría su cuerpo, porque no habría vuelta atrás.

¿No cambiaría eso la competencia a favor de la compañía rusa? ¿Y qué si lo hacía? Él no le debía nada a nadie. Chatterjee había tratado de chantajearlo por razones egoístas. RB también actuaría por egoísmo

pero, al menos, pactarían según sus condiciones. Solo había un pequeño problema: la empresa podía quedarse con lo que quisiera. Necesitaba algo para obligarles a cumplir su parte del trato.

—Pareces triste —comentó Afrodita.

—Solo estoy pensando, no te preocupes.

Él la miró. ¿Podría ella ayudarle? ¿Y si encriptaba su conciencia y le confiaba la clave a Afrodita? Una vez que estuviera a salvo en la Shepherd-1, ella podría darle la clave a su socio. ¿Funcionaría? No, simplemente podrían exigírsela. Afrodita no era capaz de negarse. A menos que enviara parte de la clave desde la Shepherd-1. El sistema de la nave aún funcionaba. La transmisión tardaría un par de días, pero llegaría a RB.

—Sí, podría funcionar —anunció.

—¿Cómo? —preguntó Afrodita.

—Luego te lo cuento. Tenemos que llegar a ese rascacielos.

—ME LLAMO BENJAMIN FORESTIER. Me gustaría hablar con el director general.

La gente se apresuraba a pasar por delante de él de camino al trabajo, pasaban sus identificaciones por un escáner y atravesaban un torniquete. El guardia de seguridad uniformado, cuya presencia era probablemente una mera formalidad, le miró dubitativo. Quizás estaba sopesando si se metería en problemas por echar a Benjamin. El hombre consultó el reloj que llevaba en la muñeca. ¿Lo había entendido?

—No puedo ayudarte —dijo por fin, en un inglés casi sin acento.

—Es muy importante. Tengo información confidencial.

Benjamin miró a su alrededor para ver si alguien le había oído, aunque nadie se detuvo.

—Cualquiera podría decir eso.

—Soy un androide.

—Cualquiera puede decir eso también.

—A tu jefe no le gustará nada si me echas.

El hombre se limitó a sonreír. Evidentemente se sentía seguro. Si echaba a Benjamin, su jefe nunca se enteraría.

Afrodita se puso a su lado, toco la mano del guardia y le susurró algo al oído. ¿Qué le dijo? El hombre sonrió y asintió.

—Venid conmigo.

El guardia los condujo más allá de los torniquetes hasta una puerta y entraron en una habitación estrecha y tubular. El hombre cerró la puerta tras de sí.

—Desvístanse.

—¿Perdona? —dijo Benjamin.

—Desvístanse. Tengo que comprobar si llevan armas antes de dejarles pasar a las oficinas principales.

Seguro que esa no era la práctica habitual. ¿Acaso Afrodita se lo sugirió? Ella se quitó la ropa más rápido que él. Benjamin se sonrojó. El hombre solo miraba a Afrodita, pero eso no le hizo sentirse mejor. Benjamin quería ponerse entre ellos.

De repente, se abrió una puerta en el otro extremo de la habitación. El guardia se puso en posición de firmes. Afrodita recogió su chaqueta y la sostuvo frente a ella.

—*Shtozdyesproiskhodit?* —preguntó una mujer de unos treinta años que llevaba el mismo uniforme que el guardia, pero con más estrellas en las charreteras.

—Pensaba... visitas... cacheo al desnudo —respondió el hombre en inglés.

—¿Has perdido la cabeza? —La mujer también usaba esa lengua—. ¿Desde cuándo registramos desnudos a las visitas?

—Yo...

—¡Fuera! —La mujer se volvió hacia la pared—. Por favor, pónganse la ropa. Pido disculpas por el comportamiento de mi subordinado. Será sancionado con severidad por esto, se lo aseguro. Nuestra empresa tiene una política estricta al respecto. Queremos que todos nuestros empleados, clientes y huéspedes se sientan seguros, independientemente de su etnia, orientación sexual, creencias o género.

—Gracias —murmuró Benjamin.

Volvió a ponerse los pantalones, aunque se le enredaron los pies y cayó hacia delante. La mujer le agarró el brazo con un rápido paso lateral. Tenía fuerza. Debía de entrenar mucho, ¿o era un robot? ¿Un androide?

—Lista —dijo Afrodita.

Benjamin se abrochó el cinturón.

—Yo también.

—Vengan por aquí —indicó la mujer, conduciéndolos fuera de la sala por donde había entrado.

Se encontraron en un espacio atractivamente decorado, con grupos de asientos y un mostrador que a Benjamin le recordaba a una cafetería. Detrás del mostrador había un reluciente robot cromado, una auténtica joya.

—¿Les apetece un café? Kim puede preparároslo. —La mujer señaló al robot—. Fue un regalo del jefe de Estado norcoreano.

—Impresionante —reconoció Benjamin—. Me gusta su aspecto retro.

—El café que hace es aún más impresionante.

—No, gracias —negó Benjamin.

—Lo suponía —dijo la mujer.

—¿Por qué? ¿Parezco tan nervioso que no necesito café?

—No. No consigo leer nada en su expresión, aunque estoy entrenada para ello pero noté los músculos bajo su piel.

Lo había percibido. Eso no era necesariamente malo. Al menos le creería, no como el guardia.

—Años de entrenamiento —dijo él.

—Eres un androide —declaró ella, tuteándole.

—¿Y tú?

La mujer se rio. Era una risa sincera, no burlona.

—¿Qué te parezco?

—Cuando me sujetaste del brazo...

—Años de entrenamiento. Aunque, en mi caso, es cierto. Soy humana. Lo siento.

—No hay problema.

Ella volvió a reír. Benjamin se sintió irritado. Ella lo notó.

—Ha sido demasiado gracioso lo que has dicho. «No hay problema», como si estuviera bien que sea un ser inferior.

—No me refería a eso.

—Tienes razón. No conozco tus especificaciones, pero probablemente podrías doblegarme con facilidad.

—No estoy diseñado para el combate.

—Aun así, tienes una ventaja sobre mí, que nunca, jamás podría superar a través del entrenamiento. Si no fuera por las leyes internacionales contra la fabricación de androides, los humanos ya serían minoría. No me quejo. Te lo has ganado. Te lo habrías ganado. La evolución es imparable.

—Estás muy versada en el tema.

—No, solo soy una aficionada. Leo sobre el tema. La empresa ofrece muchas oportunidades para ello. Pero soy jefa de seguridad. Así que, una vez más, debo disculparme por el comportamiento de mi colega. Hacia usted también, señorita... Afrodita. Especialmente hacia usted.

Fue entonces cuando Benjamin se dio cuenta de que Afrodita temblaba. ¿Qué le pasaba?

—Oye, ¿qué sucede? —le preguntó, tocándole el hombro con suavidad.

—Al hombre, no se le puede castigar —dijo ella—. Yo le sugerí la idea.

—Nunca debió aceptar —rebatió la mujer.

—Son las leyes de los robots, ¿no? —preguntó Benjamin—. Sientes que has puesto en peligro al guardia de seguridad.

—No es un sentimiento, es un hecho, si es castigado por ello —

arguyó Afrodita.

—Todas las acciones tienen consecuencias en nuestra empresa. El personal depende de eso. De lo contrario, todo caería en un estado de anarquía.

—Te estaría muy agradecido si, de alguna manera, pudieras ser menos dura con el guardia —abogó Benjamin.

—Te sugiero algo. Le sancionaré por no trataros bien como visitantes. Quería echaros, ¿verdad? ¿Ayudaría eso, Afrodita?

—Sí, ayudaría. Así no sería yo quien le hiciera daño.

—Bien, entonces está decidido. Ahora la única cuestión es qué hacer contigo. —La mujer consultó un reloj de la pared—. No recibiréis ninguna respuesta de los mandamases antes de las diez. ¿Seguro que no tomaréis un café?

Afrodita negó con la cabeza, pero Benjamin asintió.

—Muy bien, me has convencido. Un americano, por favor.

ERA UNA SENSACIÓN EXTRAÑA. La mujer, que entretanto se había presentado como Varvara, le observaba como un animal escapado del zoo. Le vio beberse el café, masticar y tragar la pequeña galleta que Kim le había puesto en el platillo, e incluso sentarse y examinar la habitación. Tal vez volver con sus amigos no sería tan malo. Siempre le hacían sentir como si estuviera entre los suyos. ¿Cuánto tiempo más podría mantener su tapadera en la Tierra?

Afrodita deambuló inquisitiva por el salón, inspeccionando los muebles, tocando las rejillas de ventilación, desmontando los ramos artificiales de las mesas y volviéndolos a montar con idéntica distribución de colores. Al principio le recordó a un gato aburrido, pero luego pensó en su propia sensación de ser un animal de zoo. ¿No estaba observando al robot igual que Varvara lo estudiaba a él?

Desvió la mirada de Afrodita y se fijó en Varvara. Después de un minuto así, ella empezó a retorcerse en su asiento. Se rascó el hombro, se miró los pies, se frotó las manos. Cuando Afrodita entabló conversación con el camarero Kim, Varvara sonrió y se volvió hacia la barra. Pareció aliviada cuando Benjamin dirigió allí también su atención.

Afrodita hablaba con Kim en ruso. Benjamin no entendía nada de lo que decían.

—¿De qué hablan? —preguntó a Varvara.

—Ni idea.

—¿No están hablando en ruso?

—Sí, aunque tan rápido que no me entero de nada.

—Pero ¿sabes que es ruso?

—Sí, distingo alguna palabra que otra.

—Interesante.

—¿Tú también haces eso, Benjamin?

—¿Hablar ruso rápido?

—No, con los de tu especie, quiero decir. Hablas tan rápido que ningún humano puede entenderte.

—No, mis órganos vocales tienen un diseño convencional. Son muy similares a los tuyos.

—Ya. ¿Y aparte de eso? ¿Eres... muy diferente?

—No lo sé. Externamente no se me distingue de un humano. Pero ¿no nos sentimos todos diferentes? Conozco gente que está más alejada de, digamos, la media humana, que yo.

—Yo también conozco gente así.

—No lo digo en sentido negativo, créeme, Varvara. A veces me pregunto dónde encajo. O si encajo.

La conversación concluyó. Varvara se ponía cada vez más nerviosa. Debía de haber dicho algo malo. Tal vez el problema era que él no era muy diferente. Ella sabía que no era humano y, sin embargo, era parecido a ella. Eso la inquietaba. O simplemente necesitaba ir al baño y era demasiado educada para dejarlo solo.

—¿Hay baño? —preguntó él.

—Por supuesto. ¿Ves esa puerta detrás de la barra? Por ahí.

Se levantó y fue al baño. Vació su contenedor de aguas residuales en el retrete y se abasteció oralmente del grifo. Era extraño: antes de dejar la Shepherd-1, habría pensado en ello como orinar y beber, en lugar de vaciar y reabastecerse. Entonces se sentía más humano. ¿Acaso el contacto con los humanos le había erradicado ese sentimiento? Negó con la cabeza. Estaba sobreanalizando las cosas otra vez. Era lo que era.

Al fondo del cuarto de baño había una puerta y sobre ella un cartel verde con la imagen de una persona huyendo y letras cirílicas. Debía tratarse de una salida de emergencia. Podía usarla, salir corriendo y mezclarse entre la multitud. Seguro que allí también necesitaban jardineros.

—¿Benjamin? —Varvara llamó a la puerta.

Se secó las manos y volvió a salir.

—Ah, ahí estás, bien —dijo Varvara—. Te he concertado una cita en el piso superior.

—Afrodita, ¿vienes? —preguntó él.

La robot interrumpió su conversación con el camarero y miró a Benjamin.

—Tu robot puede quedarse aquí —dijo Varvara—. Ya le encontraremos alguna utilidad.

—No, Afrodita viene conmigo. Me pertenece.

Varvara frunció el ceño, aunque no dijo nada. Él podía adivinar lo que estaba pensando. Los tres salieron de la habitación.

LA VISTA DESDE el undécimo piso era impresionante. No se veía gran parte de la ciudad desde este lado del edificio, sino un enorme embalse y bosques se extendían hasta el horizonte.

—Tome, su café —dijo la nueva anfitriona de Benjamin, Raissa Nikolayeva.

—Muchas gracias —contestó él, cogiendo la taza y sentándose en un sillón gris de aspecto cómodo.

La tapicería era más dura de lo que parecía. Esperaba que no fuera un mal presagio. Bebió un sorbo y apoyó la taza en el amplio reposabrazos. Raissa Nikolayeva se sentó frente a él. La mujer tendría unos cincuenta años. Llevaba un traje clásico en un tono gris que combinaba con los asientos, pero no con su pelo rubio, y tenía las piernas cruzadas recatadamente a un lado. Parecía sacada de un libro de etiqueta.

—No entendí muy bien cuál era su función en RB —dijo Benjamin.

—Trabajo en el departamento de Planificación Estratégica. Asesoramos a la dirección de la empresa.

—En realidad esperaba hablar con Valentina Shostakovna.

Shostakovna era la única heredera del fundador de la empresa y su directora ejecutiva.

—Lo siento, pero nuestra jefa ya no viene todos los días. No nos gusta molestarla demasiado debido a su avanzada edad.

Nadie sabía cuántos años tenía Valentina. Antes, en el ascensor, Varvara le había calculado unos 85 años.

—Estoy aquí por un asunto muy delicado. Creo que sería mejor avisarla.

—Lo haremos si lo consideramos necesario.

Primero querían saber lo que ofrecía. Era justo.

—Tengo una propuesta comercial mutuamente beneficiosa —empezó.

—¿Quiere que liberemos a alguien que está... ligado a nuestra empresa?

—No, en absoluto. Me gustaría utilizar sus recursos. A cambio, les ofrezco tecnología.

—Para eso no necesitamos llamar a la jefa.

—El objeto de intercambio soy yo.

Raissa se inclinó hacia delante en su asiento, abandonando su pose recatada. Bien, había captado su atención.

—Varvara me dijo que era un androide. Como RB cumple la

prohibición mundial, debe de haber sido fabricado por un competidor.

—Soy consciente de que su empresa se mantiene al margen de actividades comerciales ilegales. Pero imagino que mi tecnología es valiosa para ustedes, aunque solo sea para vigilar a la competencia.

—Estoy de acuerdo, señor Forestier.

Raissa también hablaba un inglés perfecto. Era de esperar en una empresa de alcance mundial.

—Gracias.

—La cuestión es qué podemos hacer por usted a cambio.

—Si mi información es correcta, su empresa cuenta con una red interplanetaria que permite una comunicación rápida en todo el sistema solar.

—Así es. Estamos muy orgullosos de ello. Tenemos estaciones tan lejanas como la órbita de Neptuno desde las que podemos retransmitir señales. Ni siquiera la NASA dispone de algo parecido.

—Eso es lo que esperaba.

—¿Quiere que transmitamos información por usted? Eso parece factible.

—No cualquier información, mi conciencia, a un destino específico en el espacio interestelar.

—Oh, ahora entiendo su propuesta. En realidad, es todo un reto. Antes de que pueda darle una respuesta, hay otras personas con las que necesito consultar.

—Tengo otra condición —dijo—. Como yo mismo soy el objeto del intercambio, quiero garantías de que la transacción se realizará sin problemas. Por eso me gustaría hablar con su jefa.

Raissa se enderezó. Su rostro se transformó en una máscara sin emociones. Debía de haber herido su ego. Pero no tenía elección. Había demasiado en juego para contentarse con mandos intermedios.

—Comprendo —dijo su anfitriona—. Bueno, no tiene sentido que sigamos discutiendo. Veré si nuestra directora tiene un hueco para usted y cuándo.

Se levantó y abandonó la sala sin despedirse. Afrodita, quien había estado esperando fuera, entró en la habitación.

—No ha ido bien, ¿verdad? —preguntó—. Esa mujer parecía muy molesta.

—En realidad, creo que tenemos una oportunidad.

RAISSA REGRESÓ UNOS 30 minutos después. Llevó a la sala a una anciana que se apoyaba en un bastón. Era un simple bastón de madera de abedul de un metro de longitud. La mujer lo golpeaba contra el suelo como una bruja de cuento y Raissa se dirigió a la puerta.

—Afrodita, ¿le gustaría acompañarme? —espetó Raissa desde la puerta.

La robot se dio la vuelta pero la anciana bastoneó dos veces seguidas, lo que todos interpretaron como un claro «no».

—Se queda aquí —añadió la anciana de todos modos, como si no se fiara de ellos.

Tenía la voz ronca. Debía fumar desde hacía muchos años. Todavía era legal en Rusia. La puerta se cerró en silencio.

—Bueno, ahora estamos solos —dijo Valentina Shostakovna.

Caminó despacio hacia el sofá, arrastrando la pierna izquierda. Se dejó caer en él y quedó tan sorprendida como Benjamin por su dureza.

—Deben de haber cambiado los sofás sin consultarme. Alguien responderá por ello, ya lo verás.

Probablemente no esperaba que él respondiera. Benjamin asintió por si acaso. La mujer destilaba poder, a pesar de su edad, más del que él había percibido nunca en un humano. Ni siquiera Chatterjee poseía su carisma.

Se aclaró la garganta.

—Soy Valentina —se presentó, y luego tosió.

Sacó algo del bolsillo de su falda de lana roja y se lo metió en la boca. Benjamin percibió un aroma a eucalipto.

—¿Quieres uno? —preguntó ella—. Tengo entendido que tomas alimentos.

—No, gracias. Me llamo Benjamin Forestier.

Valentina agitó la mano desdeñosamente.

—Dejémonos de formalidades. No me queda mucho tiempo. Por eso he venido enseguida.

—Aún parece joven —dijo Benjamin.

Era una mentira a medias. Valentina apenas tenía arrugas en la cara. Solo su postura delataba sus años.

—A toda mujer le gustan los cumplidos, pero en aras de la eficiencia, vamos a saltárnoslos, por favor. Nos has propuesto un intercambio.

—Sí, necesito transmitir...

—Lo sé. No hay problema. Pero no estoy segura de lo que obtenemos a cambio.

—A mí.

—Pero estaríamos enviando tu conciencia por radio, y si el teorema anti-clonación es cierto, no tendremos acceso a ella.

—En efecto. Solo tendrán mi cuerpo.

—¿Benjamin? ¿Estás seguro? —preguntó Afrodita—. Pueden quedarse con mi cuerpo, si eso sirve de ayuda.

—Es una oferta muy generosa, pero me temo que solo les interesa el mío.

—Así es, y no pretendo ofender a nadie pero —dijo Valentina—, ¿año del modelo?

—Finales de 2060.

—O sea, que tu tecnología tiene ya medio siglo.

—Si no le interesa el trato, puedo...

—Mi querido Benjamin, yo no he dicho eso. Aunque me gusta hablar con franqueza. Estamos intercambiando tecnología de hace cincuenta años por recursos de los que podemos prescindir. Se puede hacer.

—Es tecnología de sus más acérrimos competidores, y de un campo en el que es ilegal investigar desde hace más de setenta años.

—Así es. Si no, yo no estaría aquí. El talento del señor Chatterjee nunca deja de impresionarnos. Aunque también respetamos todos los acuerdos internacionales, por supuesto.

—Por supuesto.

—Entonces, ¿tenemos un trato? ¿Tu cuerpo nos pertenece?

—Espero que entienda, Valentina, que debo tomar precauciones.

—Desde luego. Yo haría lo mismo. ¿Qué propones?

—He activado la autodestrucción.

—Eso es lamentable.

—Tiene un temporizador. Si envío cierta señal desde la Shepherd-1 dentro de dos semanas, se desactivará y mi cuerpo le pertenecerá.

—Creo que eso nos supone una ligera desventaja. Una vez que llegues a tu destino, podrías decidir que no quieres que dispongamos de tu cuerpo y nos quedamos sin nada.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—¿Por lealtad a Chatterjee? Él te creó, después de todo. Es una especie de padre para ti.

—No albergo ese tipo de sentimientos hacia él. De hecho, intentó chantajearme. Por eso estoy aquí.

—No puedo verificar eso. Sin embargo, tengo una idea de cómo podemos hacer que el trato sea más simétrico.

Valentina miró a la robot. ¡No, por favor, no! Afrodita no tenía nada que ver con eso. Solo quería su libertad.

—Ni lo sueñe, Valentina.

—Debo hacerlo. Soy responsable de un gran número de empleados. Noto cierta conexión entre tú y el robot sexual. No sé de qué se trata, pero es inconfundible. Así que, si no cumples tu parte del trato, desmontaremos a Afrodita y nos desharemos de ella en algún desguace, donde será reciclada en fiambreras para escolares.

—Es una buena idea —dijo Afrodita—. Me encantan los niños.

—Esta mujer quiere desguazarte antes de tu fecha de caducidad —protestó Benjamin.

—Oh.

Afrodita se sonrojó. Sus dedos giraron sin que pudiera evitarlo. Parecía reflexionar.

—¿Eso te ayudaría? —murmuró al final.

Era una pregunta injusta. Claro que le ayudaría. Pero ella no era responsable de él. Ya le había ayudado mucho. Debería haberla dejado en el almacén. No podía aceptar su ayuda.

—Sí, eso le ayudaría —intervino Valentina antes de que Benjamin tuviera oportunidad de ordenar sus pensamientos.

Afrodita sonrió contenta.

—Qué bien. Entonces estoy a su disposición.

—Valentina, eso es...

—Piensa antes de hablar. La jefa de RB no se deja insultar más de una vez.

Ella tenía razón. Debía aceptar la oferta. Valentina era más sensata que él. La tripulación de la Shepherd-1 le necesitaba, ¡o esperaba que aún le necesitaran!

—¿Quieres contarme de qué va todo esto? —preguntó Valentina—. Debe de ser muy importante para ti. —Tosió y se metió otro caramelo en la boca—. ¿Seguro que no?

—No.

—¿No me dices de qué va ni aceptas el caramelo?

—Las dos cosas.

—Como quieras. Creo que puedo ayudarte con tu problema. Tenemos naves activas en cada región del sistema solar listas para desplegar en cualquier momento.

Esa ayuda no sería gratis. Además, sabía que RB ponía precio a todo. Al menos no trataban de chantajearlo. Bueno, solo un poco.

—Pero tengo que pedirle un favor.

—¿Eh?

Los ojos brillantes de Valentina se encontraron con los suyos.

—He perdido algo: un robot de limpieza de una mano.

Valentina sonrió. Luego se recostó en el sofá con una mirada lejana.

—¿Una base blanca, redonda, con ruedas y un brazo?

—Sí. ¿Lo ha visto?

—No, lo siento.

—¿Segura?

—Sé que suena extraño. Lo describo como si lo hubiera visto, aunque luego niego haberlo hecho. La verdad es que sería una coincidencia asombrosa pero una vez me topé con un robot así. Incluso buscó refugio aquí durante unos años. Por desgracia, no conocía sus capacidades. ¿Se llama Oscar, por casualidad?

Ahora estaba en un aprieto. ¿Conocía a Oscar? ¿Fue ella quien le atrajo a Siberia? ¿Qué les unía? Oscar le había hablado de su huida.

Probablemente no debería traicionarlo. Aunque todo el viaje fue idea de Oscar.

—No tengo idea de cómo se llama. Yo lo llamo robot. Es una verdadera ayuda en mi trabajo diario.

—¿Y por eso te lo has traído a Siberia?

—Necesito toda la ayuda posible si viajo como androide. Intente pasar por un detector de metales con un cuerpo como este.

—Cierto, no había pensado en ello. ¿Así que viajaste como polizón?

—Sí.

—Eso debe haber sido emocionante. Por desgracia, hoy no tengo tiempo para escuchar tu historia. Tal vez en otra ocasión. En otra vida.

—Si encuentra un robot que coincida con esa descripción...

—Serás el primero en enterarte. ¿Raissa?

La puerta se abrió. ¿Había estado escuchando a escondidas?

—Ah, aquí estás. Por favor, acompaña a nuestro invitado abajo. Lo llevarás al centro de transmisión mañana por la mañana. Está autorizado a acceder a todos sus recursos.

—¿Qué hacemos con ella? —Raissa señaló a Afrodita.

—Ella puede hacerle compañía hasta que se vaya. Después, será nuestro depósito de seguridad. Así que, el tratamiento habitual.

—Entendido. Disculpe por haberla molestado con esto.

—No, Raissa. Era muy importante. Y, por favor, informa a seguridad, es posible que nuestro viejo amigo Oscar ande merodeando por aquí de nuevo.

—Deberían...

—No, no mientras nuestro visitante siga con nosotros. Si alguien lo encuentra, recibirá una bonificación de la junta. Debe ser entregado al centro de transmisión.

—¿Qué quiere decir con eso de «tratamiento habitual»? —exclamó Benjamin—. No quiero que le toquen ni un pelo.

—La protegeremos con nuestras vidas —prometió Valentina—. Y te traeremos a Oscar, si lo encontramos.

—¿Oscar?

—El robot que perdiste.

TODO SONABA MUY SIMPLE. Todavía no estaba en la Shepherd-1 pero parecía que llegaría antes que Chatterjee. Era una pena que Oscar no pudiera acompañarle. ¿Habría conseguido escabullirse de la guardia de la puerta? Benjamin esperaba que sí porque ahora los de seguridad iban tras él. No debería haber preguntado por él. Eso solo le ponía en peligro.

Afrodita bostezó. A Benjamin le apetecía dar un paseo, pero no tenía autorización. Raissa se vería obligada a acompañarle y él no quería molestarla más de lo que ya lo había hecho. ¿Cuál era el papel de su jefa en las operaciones cotidianas? Tenía la impresión de que ella ya no tenía resistencia mental.

Afrodita volvió a bostezar.

—Estoy programada para irme a la cama puntualmente —dijo.

—Claro.

Afrodita se quitó la ropa que le había llevado Raissa. Desnuda como el primer día, se metió bajo las sábanas.

—¿Debo ajustar la temperatura de mi cuerpo?

—Si quieres. Yo dormiré en el salón —se ofreció Benjamin.

Cogió una almohada y estuvo a punto de coger la manta, pero se dio cuenta de que eso dejaría a Afrodita sin nada. Podía irse sin nada. Se metió la almohada bajo el brazo y salió del dormitorio.

—Buenas noches, Benjamin —le deseó Afrodita.

—Buenas noches.



NO DEBIÓ PROMETERLO. Christine iba y venía por el interior del anillo. Pasó por delante del mamparo de la cápsula A. No se atrevía a abrir la puerta. El cuarto de Aaron. Todo había empezado con él. Debería haber sido ella. Y prometer no seguir a David fue una estupidez.

Sabía que tenía que romper su promesa. Lo había sabido en el momento mismo en que la hizo, pero había asumido que no sería necesario. Tuvo a David al otro lado de la cuerda todo el tiempo. Todavía estaban en contacto cuando la radio se apagó. Él respondía cada vez que ella daba la señal. Tirón. Tirón-tirón. *Estoy bien*. Ella había enrollado el final de la cuerda. Quedaban nueve nudos. No podía hallarse a más de unos metros de la esclusa cuando la cuerda se aflojó de repente.

Christine estaba sudando. Se secó la frente. Cuando iba por el interior del anillo, siempre tenía la impresión de que caminaba cuesta arriba. Pero todo estaba al mismo nivel. La curva era un plano, si se consideraba solo en términos de efecto gravitatorio.

Pasó junto a una ventana. Había pocos ojos de buey en el anillo. Esa era lo bastante grande como para que pudiera apretar la mejilla contra el cristal. Resultaba agradable. Dejó que el frío del cosmos penetrara en su piel. Deseó que penetrara en su cráneo, donde reinaba el caos. A veces podía dominar el caos haciendo ejercicio. En esa ocasión, no. Pero caminar la ayudaba un poco.

El ojo de buey estaba en la parte interior del anillo. Christine miraba directamente al módulo central. La luz brillaba desde la esclusa principal, que estaba abierta. La había dejado así por si David regresaba. Sin embargo, por supuesto, no lo hizo. Estaba completamente sola y era horrible. Era una pesadilla, a pesar de que siempre se había llevado bien con la soledad. Habían planeado viajar juntos al sistema Próxima. Los primeros embajadores de la humanidad en otro sistema estelar. Habrían tardado cientos de años, lo cual no era un problema si podías desactivarte y dormir durante años y años. Sola era imposible. No soportaría ni una noche más así. El vacío del espacio a su alrededor resultaba insoportable.

EL EXOTRAJE DE la cápsula D aún contenía el aroma de David. Debían de haber pasado meses desde la última vez que lo usó. Christine inspiró para recordar su olor. Luego abrió los soportes que unían el

traje a la cápsula.

Había visto algo. Probablemente un reflejo. Un corto rayo de luz, solo unos fotones, había incidido en su ojo en la ventana del anillo. Era la luz de la esclusa, pero venía de otra dirección. Algo debía de haber desviado los fotones. Algo demasiado pequeño para distinguirlo en la oscuridad desde su posición en el anillo. Algo que flotaba en el espacio cerca de la esclusa.

Christine aceleró. No necesitaba preocuparse por el nivel de combustible. Ya no importaba. Solo quería saber qué había desviado aquellos fotones. No podían ser partículas de hielo del espacio. Parecían estar quietos, pero la Shepherd-1 se movía rápidamente a través de la materia interestelar. Más veloz de lo que ninguna nave hecha por humanos había viajado antes.

Christine ya había utilizado la cápsula para compensar el impulso del anillo. Estuvo a punto de meter la pata, olvidando momentáneamente la advertencia de David sobre el propulsor corrector defectuoso. Sin embargo, aún podía volar. La forma en que la cápsula se movía podía no parecer elegante, aunque no provocaba una colisión.

—Cápsula D, por favor, dispara el láser en la zona objetivo —ordenó.

—Entendido. Disparando láser en la zona objetivo.

Ella no podía ver el rayo láser, pero sí su efecto. La primera vez, observó con sus propios ojos cómo el helio ultrafrío disipaba la energía del láser y brillaba en rojo. La masa no parecía haberse hinchado mucho aunque un zarcillo había alcanzado la esclusa principal. La nube roja volvió a desvanecerse.

El exotraje se acercó a la esclusa por el lado que aún no había sido afectado por el parásito. Sintió como si Christine la estuviera esperando allí, un calco surrealista de la Christine de ayer. Saludó con la mano, pero nadie le devolvió el saludo. ¿Dónde estaba aquel objeto reflectante? Cerró los ojos para recordar lo que había visto. Los fotones procedían de la popa. Giró el traje hasta quedar casi boca abajo.

Entonces recordó los focos. Además de la lámpara del casco, el exotraje tenía dos potentes reflectores, uno a cada lado, que podían moverse de forma independiente o sincronizada. Los sincronizó. Dos ojos eran mejor que uno, ¿no? Ahora podía girar uno y el otro le seguiría.

El objeto debía de seguir ahí fuera. Cuando lo vio por primera vez, se movía muy despacio. Sin ninguna influencia externa, su movimiento no podía cambiar. La Shepherd-1 colgaba, tórpida, en la negra esfera de algodón espacial. Christine giró los dos ojos del reflector para explorar la sección de 120 grados de la realidad en la

que suponía que debía encontrarse el objeto. La realidad, ¡ja! La realidad nunca había sido tan irreal como ese día. Una nube de helio ultrafrío, dos astronautas desvaneciéndose en ella: nadie lo creería. Informar a la Tierra sería una pérdida de tiempo. Pensarían que se trataba de un caso de histeria espacial, si tenía suerte, o de un defecto estructural en su cuerpo androide. Y nadie podría ayudarla. Estaban demasiado lejos.

¡Ahí! ¡Otro reflejo! Los fotones no habían recorrido más de diez metros. Ella ya había comprobado ese sector. El objeto parecía estar girando, y no reflejaba en todos sus lados. Inclinó un poco más el traje y se acercó desde abajo. Aún podía distinguirlo. El cosmos solo conocía la luz o la oscuridad absoluta. Las sombras eran de un negro impenetrable que no se veía en la Tierra.

La luz. Otros cuatro o cinco metros. Oscuridad. Dos metros. Era... cristal lo que reflejaba. Christine vio a un astronauta en un exotraje: se veía a sí misma, distorsionada por la curva del vidrio. Una corrección de rumbo más. Alcanzó el objeto.

Era un casco. Lo cogió por el enganche del cuello. Era de un traje espacial normal. Aaron había estado allí en un exotraje, como ella. David llevaba un traje normal. Debió de quitarse el casco, o alguien se lo quitó. Christine iluminó el interior. No había sangre. Palpó el forro. Estaba rígido pero limpio y el sello, intacto. O David se había quitado el casco él mismo, o estaba inconsciente cuando alguien se lo quitó.

Christine respiró más rápido. ¿Por qué se quitaría David el casco? Quizás estaba confundido. ¿Acaso los humanos no sentían calor justo antes de morir congelados? ¿Era tan humano como para mostrar ese comportamiento? Podía sobrevivir sin casco. Pero ¿eso significaba que seguía vivo? Si era así, ¿dónde estaba?

«Calma, Christine. Son demasiadas preguntas a la vez». Solo una cosa estaba clara: ya no podía comunicarse con David por radio. Era hora de informar a la Tierra. Tal vez podrían avisar a Rachel, su antigua CapCom. Sería fantástico hablar con ella. Así, Christine no se sentiría tan sola. Todavía había esperanza para ella. Si lo demás fallaba, podría seguir el ejemplo de Benjamin. La Tierra estaba muy lejos, pero ¿qué eran cien años en la vida de un androide?

Dirigió el exotraje hacia la esclusa. Ya no estaba iluminada. ¿Alguien había apagado la luz? Solo podía ser la IA de la nave. Entonces vio cerrarse la escotilla.

—¿Shepherd-1? ¿Qué haces? —preguntó por radio.

—Estoy cerrando la esclusa principal —respondió la nave.

—Pero necesito que permanezca abierta para volver a entrar en la nave.

—Lo siento. Eso no es posible.

—¡Soy la comandante! ¡Te ordeno que abras la esclusa!

La nave tenía que responder ahora. Su orden expresa siempre tenía prioridad, siempre y cuando la existencia de la nave no corriera peligro.

—Lo siento. Eso no es posible.

¿¡Qué!?

—¿Por qué no?

—Mis sensores detectan contaminación. Si la escotilla permanece abierta, existe el riesgo de que se extienda por el interior de la nave.

La nave debía estar hablando de la masa extraña. Pero ¿cómo la había detectado? ¿Estaba ya dentro de la esclusa?

—¿Puedes medir o representar visualmente la contaminación?

—Me refiero a las mediciones realizadas por la tripulación. Muestran que hay contaminación y que es peligrosa.

Joder. La nave no estaba escaneando nada, simplemente evaluaba los datos ya registrados. Tras lo cual Aaron y, luego, David desaparecieron. Incluso una IA tan sencilla como la del sistema de control de la nave, sobre todo una tan simple, solo podía llegar a una conclusión.

—Pero tienes que dejarme entrar. Soy la comandante.

—Lo siento, eso no es posible. Si se abre la escotilla, existe el riesgo de que la contaminación se extienda por el interior de la nave.

—Te estás repitiendo.

—Tus preguntas exigen respuestas idénticas. Es ineficaz hacer la misma pregunta con diferente redacción.

Tuvo que resistirse a ser arrastrada a una discusión sin sentido con la IA. A veces el programa era muy testarudo. ¿Cómo iba a convencerla para que la dejara entrar?

—Si no me dejas entrar en la nave, me harás daño.

—Soy consciente de ello.

—Entonces estás violando la ley contra hacer daño a los humanos.

Hmm, ¿la IA se tragaría eso?

—No tienes el estatus de humano. Eres propiedad de la Corporación Alpha Omega.

Vale, ya se esperaba esa respuesta.

—Estás poniendo en peligro una propiedad de la Corporación Alpha Omega.

—Soy consciente de ello.

—Exijo que justifiques tu decisión.

—Como desees, Christine. La contaminación ya ha dañado a dos miembros de la tripulación hasta el punto de que ya no pueden comunicarse. Eso demuestra que es un peligro claro y presente.

—Sí, que también corro yo. Tienes que dejarme entrar, de lo contrario me afectará a mí también.

—Dejarte entrar pondría en peligro a los otros dos miembros de la

tripulación. Entonces todos sufriréis daños. Pero si la esclusa permanece sellada, solo te afectará a ti. El casco de la nave parece proporcionar una barrera efectiva.

¿Dos? Eric, sí, pero ¿quién era el otro? Fadilla se había ido por su cuenta. ¿Había escondido Chatterjee otro cuerpo en el almacén, en un séptimo ataúd? Se devanó los sesos buscando otra explicación aunque esa era la única forma de que los números cuadraran. Dos tenían prioridad sobre uno. La nave los consideraba a todos igual de importantes, y eso era cierto. Era el único curso lógico de acción de la nave. No podía enfadarse con ella, pero eso era más fácil decirlo que hacerlo.

—No puedes saberlo con seguridad —dijo Christine.

—Tienes razón. Actúo con información incompleta. Sin embargo, no veo otra opción que extrapolar los acontecimientos pasados al futuro. Si resulta que el casco no es una barrera eficaz, revisaré mi decisión.

—¿Me dejarás entrar?

—No lo sabré hasta que haya revisado mi decisión. Es ineficaz considerarlo ahora.

Sintió lástima por la IA de la nave. Estaba claro que no disponía de recursos suficientes. En los grandes proyectos, el presupuesto a menudo se estiraba cuando se trataba de programas básicos que siempre estaban ahí pero rara vez desempeñaban un papel importante. Christine comprobó su bolsa de herramientas. Si tuviera un soldador, podría usarlo para abrirse paso. Pero la IA de la nave la detendría en el primer mamparo de emergencia. Miró hacia arriba. La cápsula seguía allí. Podría acoplarse a su popa con el exotraje. La cápsula podría acoplarse al anillo, y entonces...

Poco a poco. Dirigió el exotraje hacia la cápsula. ¡Si hubiera sido más frugal con el combustible! Podría llamar a la cápsula, pero eso podría levantar sospechas. Tenía que hacerlo todo discretamente. Vale. Se movía en la dirección correcta. El tanque estaba vacío, aunque tenía una oportunidad. El exotraje se acercó a la cápsula. Estaba volando hacia ella de cabeza. No podía corregirlo. Estiró los brazos para suavizar la colisión.

Dos metros más. Uno. Contacto. Se agarró a la parte de la cápsula que se hallaba a su alcance. Era la salida de gas izquierda del propulsor principal. Pero el exotraje se movía rápido. Demasiado rápido, y pesaba. No había tiempo para desacelerar, así que tuvo que detener el impulso con las manos. Le dolieron los dedos. Christine desactivó el dolor de esa zona. Le ardían los músculos del brazo. Desactivó el dolor. Aunque eso no la salvó. Los músculos de su brazo se desgarraron, una fibra artificial tras otra. El sonido áspero se transmitió a través de su cuerpo hasta su cabeza. Los músculos de sus

dedos se desgarrarían pronto. Entonces su agarre se aflojaría.

Tenía que actuar con rapidez para no salir despedida al espacio. Christine se rompió el dedo índice derecho con el izquierdo y encajó su extremo en una pequeña grieta donde se doblaba el metal de la salida de gas. Era un anclaje mecánico que se fortalecía a medida que se ejercía más fuerza sobre él. Debería aguantar incluso cuando todos sus músculos se desgarraran. Ese momento llegó. Las tres últimas fibras musculares se desgarraron. Su cuerpo se tambaleó por su propia inercia, pero se detuvo.

Uff. Christine había llegado a la cápsula. Tanteó a ciegas buscando el exotraje que se acoplaba a sus piernas. Ahí estaba. Su vía a la cápsula. Ahora solo tenía que soltar la salida de gas. Pero sus dedos no se soltaban. Sus brazos y manos no eran más que pulpa. No había músculos que pudiera usar, y la mayoría de los tendones también estaban desgarrados. Estaba tan cerca. Unos milímetros de metal debajo de sus caderas la separaban de la cabina. La habitación de David. Probablemente todavía olía a él. Pero era inútil. Aunque, de alguna manera pudiera separarse de sus brazos aferrados, no podría entrar en la cápsula sin ayuda. Ni siquiera la IA de la nave podría ayudarla. Estaba sola.



UN RAYO DE LUZ. Por fin se abría su prisión. Oscar llevaba casi medio día muerto de aburrimiento. La guardia lo había metido en un cubo de metal, inclinado hacia abajo, con el brazo aprisionado entre su cuerpo y el lateral del cubo.

Ahora alguien estaba sacando el cubo. Oscar no podía ver nada porque el cubo bloqueaba su radar. Pero su sensor de inercia respondió. Era arrastrado hacia atrás. El sensor de luz ambiental le indicó que había mucha luz, luz natural. «¡Vamos, rescatador! Solo dame la vuelta para que pueda estirar mi brazo hacia ti y...».

Mierda. Dos hombres estaban ante él, y uno sostenía lo que identificó como una pistola de dardos eléctricos. Podía captar la fuerza de Lorentz de sus campos electromagnéticos. Si los proyectiles alcanzaban su sistema electrónico, el voltaje lo freiría. Los hombres parecían decididos, pero uno temblaba por alguna razón.

De todos modos, el ataque no era el mejor medio de defensa ahora mismo.

—Hola, chicos —dijo en ruso.

El del arma se adelantó. Oscar retrajo el brazo para hacerse lo más pequeño posible.

—¿No le harías daño a un pobre robot de limpieza?

—No eres un robot de limpieza. Eres peligroso. Nos lo han advertido.

—Por favor, ¿qué podría hacer contra unos hombretones tan grandes y fuertes como vosotros? El que os lo dijo eso debe ser un miedica.

—Tiene razón, ¿no crees, Sasha? El sargento es un gallina. Mi vecino tiene una máquina como esta. No puede atacarlo. Ya sabes, por lo de las leyes robóticas. A veces la patea para reírse. Y, no te lo pierdas, el trasto se disculpa con él por estar en medio.

¡Cerdos! Oscar sintió ganas de darles una lección. Pero tenía que esperar hasta que se convencieran de que era inofensivo. Con Sasha, el del arma, debía tener cuidado.

—Podría limpiaros los zapatos —se ofreció—. Toda esa suciedad es mala para el cuero.

—¿El cuero? ¿Estás loco? —preguntó el hombre llamado Sasha—. ¿Quién puede permitirse cuero de verdad? Es PVC reciclado.

—También puedo limpiar eso.

—Olvídalo. Vamos a volver a salir, y en octubre hay barro por todas partes.

—¿Volver a salir? ¿Por qué? ¿No os merecéis un pequeño descanso? Habéis estado de pie todo el día.

—Tiene razón, Sasha. Llevo levantado desde las cuatro de la mañana. Me lo he ganado.

—Misha, se supone que debemos llevarles esta cosa lo antes posible.

—Pero, hombre. Ni siquiera saben que lo hemos encontrado, así que no pueden esperarnos.

Sasha suspiró. Esa era la oportunidad de Oscar.

—Pareces muy estresado. Podría darte un masaje en la espalda, Sasha. Y luego a ti, Misha.

—¿Por qué? ¿Qué ganas tú con eso? —preguntó Sasha.

—Leyes robóticas. No puedo evitarlo. Me hace feliz ayudaros.

—¿En serio? Quizá debería comprarme uno —dijo Misha—. Mi mujer lleva años fastidiándome.

—También puedo masajearos más abajo —murmuró Oscar.

Misha soltó una risita.

—Masajearnos más abajo. Suena divertido. Eres un tío divertido.

—Solo deseo haceros feliz.

Misha resopló.

—No, olvídalo. Mi mujer todavía tiene algún talento para eso. ¿Qué dices tú, Sasha? Siempre te quejas de que tu vieja...

—¡Eh, el robot no tiene por qué saberlo! —gritó este—. Vamos, súper masajista. Relájame los hombros.

—Sería mejor si te sentaras en esa silla giratoria.

—Vale.

El hombre se sentó y giró para quedar de espaldas a Oscar. Su bota embarrada chocó con el cuerpo de Oscar.

—Le has dado una patada —advirtió Misha.

—Perdona por estorbarte —se disculpó Oscar.

—¿Has oído eso? ¿Qué te he dicho? Y yo que pensaba que mi vecino decía estupideces.

Puaj. Esos tipejos estaban poniendo a prueba la paciencia de Oscar. Pero el del arma aún no la había bajado. Oscar le frotó la espalda, de arriba abajo, primero con suavidad y luego con más fuerza; masajeó los hombros del hombre con los dedos y luego le dio unas palmaditas para liberar la tensión.

—Eres bueno en esto —admitió Sasha.

—Eh, mi turno —dijo Misha.

Ahora sí. Oscar agarró a Sasha por la nuca, como a un cachorrito, y el guarda estiró las piernas y puso el arma sobre el escritorio, a su lado. Gruñó, pero sonó como una exclamación de placer. Los humanos eran extraños. Misha apartó la mirada. Las vocalizaciones de su colega parecían molestarle.

Oscar levantó a Sasha brevemente, luego soltó su agarre para dejar que el hombre cayera de espaldas sobre el asiento, lo que le dio

tiempo a girar el brazo hacia atrás y golpearlo con rapidez en un lado de la cabeza. Sasha volvió a gemir y su cuerpo se desplomó como un trapo mojado.

—¿Sasha? ¿Qué te pasa? —preguntó Misha.

El guarda cogió su radio. Oscar tenía que detenerlo. Agarró el arma, apuntó a Misha y disparó. Varios dardos alcanzaron al hombre, que cayó al suelo, retorciéndose.

Hasta ahí todo bien. Oscar se dirigió al ordenador del lavabo. Necesitaba un mapa del recinto. No pudo conectarse, así que levantó a Misha para que el escáner de iris encontrara sus ojos. Acceso concedido. Muchas cosas habían cambiado en Akademgorodok desde su última visita. Había nuevos almacenes de producción, laboratorios, escuelas y una universidad privada. RB debía ir muy bien.

¿Dónde estaba Benjamin? Los guardas sabían lo de Oscar, y la información solo podía provenir de él. O la ofreció voluntariamente, o se la sacaron. En el peor de los casos, estaba tirado en algún depósito de reciclaje, esperando a ser clasificado. En el mejor, había llegado al centro de transmisión. El robot sexual era otro factor. Oscar desconfió de ella desde el principio. Quizá solo fingía ingenuidad y en realidad Chatterjee la controlaba a distancia. No, eso resultaba demasiado inverosímil. Hizo varias simulaciones. Lo más probable era que su presencia fuera una coincidencia.

Oscar localizó los centros de reciclaje y de transmisión y marcó los laboratorios más importantes en el mapa. Ahora estaba preparado. Recogió la pistola de dardos y la radio y salió de allí.

HABÍA UN BULLICIO de actividad en los terrenos de la empresa, así que avanzó despacio. Un robot como él llamaría enseguida la atención fuera, así que tuvo que moverse poco a poco. Actualizó el mapa de su radar tan a menudo como pudo. Por fortuna, la gente se movía incluso más despacio que él. El mayor peligro lo representaban los que se detenían. Eran más difíciles de distinguir en el eco del radar. Su cámara de infrarrojos era mejor para eso, aunque su área de imagen era menor.

Ahí, esa figura junto a los abedules. Tenía el tamaño y la forma de un ser humano. Oscar retrocedió bajo un camión. Sus sensores no le indicaban hacia dónde miraba aquella persona, así que supuso que tenía toda la zona a la vista. Más adelante se hallaba la puerta que conducía al túnel de mantenimiento que había elegido como punto de entrada.

Sacó el arma. El árbol que había detrás de su víctima le serviría de cobertura. Pero para llegar a él tenía que moverse en un amplio arco.

Veinte metros atrás, a lo largo de la parte trasera de una tubería, y luego recto a través del bosque, lleno de maleza. Se le oiría llegar por allí.

Vibraciones. Mierda. El camión bajo el que se encontraba escondido se movía. Solo tenía una opción: atacar al guardia inmóvil. Contaba con el elemento sorpresa, ya que nadie esperaba ser atacado por una aspiradora. Si explotaba eso, tenía un siete por ciento de posibilidades de acercarse a él persona para usar su arma. Nadie vería ni informaría del incidente. El camión se movía en la dirección opuesta.

«¡Vamos, Oscar!», se instó a sí mismo. La persona permanecía tranquila. Bien. Tenían que haberse dado cuenta de su presencia. Así que lo subestimaban. Eso era una ventaja. Rodó todo rápido que pudo con el arma oculta tras el brazo. Seguía sin reaccionar. El contorno de su víctima se había fundido hasta ahora con el árbol que tenía detrás. Ahora su radar lo mostraba con claridad.

¡Consistía en tres esferas apiladas! El reconocimiento automático de objetos sonó.

—Muñeco de nieve —informó, en ruso «Снеговик». Frenó y observó a su alrededor. Nadie se había dado cuenta de nada. Se escondió detrás del muñeco de nieve y añadió una orden a su rutina automática de emergencia para comprobar por infrarrojos cualquier objetivo potencial. Se alegró de que Benjamin no estuviera allí para presenciarlo o se lo recordaría siembre.

Al túnel de mantenimiento. Oscar escaneó la ruta una vez más. Treinta metros sobre terreno abierto. Un hombre esquiando pasó deslizándose. Se movía más rápido que los que iban a pie. Oscar debía tenerlo en cuenta. Sin embargo, la mayoría de la gente caminaba.

El camino estaba despejado, pero la cámara de vigilancia del fondo le preocupaba. Cubría la puerta. Podía escabullirse por el lateral, subir a la repisa que había sobre la cámara por el alféizar de la ventana a su izquierda y cortocircuitar los componentes electrónicos. ¿Qué resultaría más llamativo, una cámara que se caía o un robot de limpieza que pasaba ante ella? Dependía de quién controlara la grabación. Conociendo a Shostakovich, probablemente sería una IA.

Oscar simuló el alcance de la cámara. Captaba un semicírculo de cinco metros de diámetro. Si él o alguna persona se movía por él, había tiempo suficiente para que la IA detectara y escaneara al intruso. Si tenía mala suerte, también controlaba la puerta. Hizo *zoom* en la cornisa que había sobre la cámara, de unos diez centímetros de ancho. Si se subía por el alféizar, estaría a salvo. Casi. La superficie se hallaba inclinada, pero... calculó aproximadamente el triángulo de fuerzas y llegó a la conclusión de que la fricción de la superficie sería suficiente. Podría manipular la cámara desde allí. Una cámara

defectuosa probablemente no haría que la IA cerrara la puerta de inmediato.

Para estar seguro, escaneó toda la zona una vez más. No había nuevos obstáculos. Salió rodando. Justo antes de llegar a la zona a la vista de la cámara, apoyó el brazo en el suelo, se levantó para llegar al alféizar de la ventana y, a continuación, retrajo el brazo. Luego cogió el soporte de la cámara y lo utilizó para elevarse, aunque sin que su cuerpo pasara por delante de la cámara.

Aterrizó en la cornisa. Bien. Ahora tenía que soltar el soporte de la cámara si quería utilizar el brazo para manipularla. Con cuidado. Su base estaba en un ángulo de 70 grados. Metal sobre piedra en bruto. Sus simulaciones le indicaron que el vector de peso debería sostenerlo. Uno... dos... tres. Se soltó, y se deslizó. ¡Mierda! Ni el radar ni los infrarrojos habían detectado la capa de hielo que cubría el saliente. No lo había tenido en cuenta.

Era demasiado tarde. Su cuerpo se estrelló contra la cámara, que pareció intacta, y luego quedó tendido en el suelo. Apenas tuvo tiempo de estirar el brazo para amortiguar el impacto. Ahora era cuestión de segundos. Ahí estaba el picaporte. Lo giró y la puerta se abrió de golpe. Salió aire caliente. Oscar se giró y llegó hasta la mitad de la puerta. Entonces esta se cerró sobre él y sonó una alarma. La IA le había detectado. Estaba atrapado, pero su brazo seguía libre. Era más fuerte que el motor de la puerta y pudo liberarse. La puerta se cerró de golpe y Oscar huyó por un oscuro pasillo.

Encontró un almacén donde pudo recobrarse. Había entrado en modo de emergencia, en el que sus instintos, profundamente programados, tomaban el control. Tenía que desactivarlo; de lo contrario, seguiría huyendo. ¿Cómo había llegado ese modo a su *software*? Tal vez resultara beneficioso para la maduración evolutiva de su IA, pero era una desventaja en algunas situaciones.

Ejecutó una simulación. Era el mejor antídoto. Eso le señaló que el túnel de mantenimiento no era seguro. Podría haberlo deducido por sí mismo, aunque la simulación le dio certeza. Los humanos con los que viajaba a menudo no lo entendían y se irritaban con sus simulaciones. Pero ese era su problema, no el suyo. La alarma siguió sonando.

Oscar descubrió un conducto de ventilación. La tapa estaba justo encima de él. La desenroscó y calculó el tamaño del conducto con la mano. Su cuerpo cabía dentro. ¡Estupendo! Subió. No había mucho espacio pero era suficiente; con suerte, no se quedaría atascado. Según sus simulaciones, los conductos de ventilación se estrechaban cuanto más profundos eran.

Rodó por el conducto. Había ranuras intermitentes en el suelo. Debajo estaba casi todo oscuro. Oscar siguió su progreso en el mapa. Bien. El sistema de ventilación se extendía por todo el edificio.

Debería ser posible ir directamente a los ordenadores del centro de transmisiones.

Pero no era así. Oscar se había alegrado demasiado pronto. Se topó con una barrera de puntales diagonales soldados. Había un ventilador instalado detrás de ellos. Su radiación electromagnética reveló también varios sensores, presumiblemente parte del sistema de seguridad. Shostakovich había sellado bien su santuario interior, y eso incluía todos los sistemas informáticos.

Oscar rodó hacia atrás. Parecía haber un aseo de señoras debajo de él, a juzgar por el desodorante que había en el estante sobre el lavabo. La habitación estaba a oscuras así que era seguro. Oscar quitó la tapa. Bajó lentamente. Cuando se hallaba a la altura del lavabo, se encendió la luz. Aunque no entró nadie. Debió activar un sensor de movimiento.

¿Eso atraería la atención de la IA? Si la luz se encendía sin que se abriera la puerta, podría hacerlo. De pronto, oyó el ruido de la cadena de un inodoro. Luego chirrió una puerta. Unos tacones golpearon contra las baldosas. Oscar emitió un fuerte zumbido por el altavoz y se movió sin rumbo de un lado a otro. Una mujer salió y se detuvo sorprendida.

—¿Me has encendido la luz, pequeñín? —le preguntó en ruso.

Él no contestó. Ella le pasó por encima y se inclinó sobre el lavabo.

—Sí, continúa con tu trabajo —le instó.

La mujer se secó las manos y se retocó el carmín. Luego se dirigió hacia la puerta, que Oscar le abrió.

—¡Oh, gracias! ¡Un caballero de la vieja escuela!

Pero se la mantenía abierta a sí mismo, porque así podía desaparecer sin tener que volver a abrirla, por si alguien vigilaba puertas y luces. Rodó lentamente hacia el pasillo. No estaba solo. Dos personas conversaban a su izquierda. Un empleado de mantenimiento se acercaba a toda prisa con una bolsa de herramientas. Desde la otra dirección se acercaban tres hombres con bata blanca, imaginó que científicos.

Oscar se movió en zigzag, como los robots aspiradores. También emitió los sonidos correspondientes. Carecía de soplador aunque, con suerte, nadie se daría cuenta. El pasillo giró a la derecha. Entonces llegó a un control de seguridad: una de esas estructuras en forma de U invertida con un escáner de cuerpo entero. Oscar lo atravesó rodando. El guardia uniformado intentó darle una patada pero Oscar lo desvió justo a tiempo.

—¡Eh, quieto! —gritó el hombre.

Oscar no obedeció. El guardia le siguió un par de pasos, aunque entonces dos mujeres con bata blanca se acercaron para enseñarle sus identificaciones. Un golpe de suerte. Por lo visto, los robots no eran raros por allí pero no debía confiarse. Consiguió evitar una cámara de

vigilancia siguiendo a las mujeres, que ahora caminaban delante de él. Parecían un poco irritadas, aunque no suspicaces.

El operario que había visto antes también las alcanzó. Oscar rodó hacia un lado pero el hombre se detuvo. Desplegó una escalera y la apoyó contra la pared. Luego subió tres peldaños hasta llegar a un panel transparente. Lo retiró y cambió una bombilla que había detrás. Oscar lo observó con curiosidad. A menudo se podía aprender algo de los trabajadores humanos de mantenimiento.

A continuación, se acercó una multitud de gente. Aquello era demasiado peligroso para Oscar: bastaría con que uno estuviera al tanto de la búsqueda del robot extraviado. Emitió un chisporroteo, dio varias vueltas sobre sí mismo y emitió un pitido. El de mantenimiento volvió a colocar el panel, bajó de la escalera y se inclinó sobre Oscar.

—¿Qué te pasa, chiquitín?

Oscar no respondió. Sintió que el operario le quitaba la carcasa y vio cómo la dejaba a un lado e inspeccionaba su interior. El grupo pasó junto a ellos en ese momento. Eran siete personas agolpadas en torno a un punto central, una mujer: Valentina. Nadie hizo caso del empleado de mantenimiento que reparaba algo.

Una vez que el grupo estuvo a diez metros de distancia, Oscar imitó un reinicio. Encendió una pequeña luz verde y emitió una notificación en ruso:

—Reinicio con éxito. Por favor, cierre el casco.

—Qué suerte —exclamó el hombre, volviendo a colocar la carcasa de Oscar.

Luego le dio una palmadita.

—¡Ahora, no te metas en líos!

¡Si supiera lo que Oscar planeaba! Adelante. Oscar siguió al grupo. Afortunadamente, hacían pausas para hablar lo bastante a menudo como para que él pudiera seguirles el ritmo mientras mantenía su estrategia de imitar a una aspiradora. De vez en cuando oía nombres familiares. Benjamin. Afrodita. ¿Dónde estaban? El grupo debía de hallarse cerca de la estación de transmisión.

Llegaron a una puerta doble automática. Detrás de ella vio hileras de consolas de ordenador. No parecía haber más controles de seguridad, pero había cámaras. La primera se encontraba justo encima de las puertas. Estaba orientada hacia el vestíbulo. No podría seguir al grupo. ¿Y ahora qué?

El hombre de mantenimiento. Si pudiera conseguir que lo colara en la sala de ordenadores… Su bolsa era lo bastante grande. Él se acercaba lentamente. Oscar se movió dando tumbos, hizo ruidos de interferencia y luego se detuvo en medio del pasillo. Si se tratara de un trabajador concienzudo no lo dejaría allí sin más. Y, en efecto, se agachó para inspeccionar a Oscar. Muy bien. Ahora Oscar solo tenía

que convencerle de que le llevara a la sala. Se le ocurrió una idea.

Primero el hombre volvió a quitarle la carcasa. Bien. Oscar simuló un reinicio, encendió su luz verde y se comportó como si todo fuera bien. El operario volvió a colocarle la carcasa y le dio un empujón.

—No te pasa nada, colega.

Oscar volvió a empezar con su teatrillo. Luces rojas, ruidos de interferencia, giros salvajes. El hombre suspiró y lo abrió. Reinicio, todo parecía ir bien, luz verde.

—Eh, ¿qué ocurre? —preguntó el hombre—. No te pasa nada.

Pero en cuanto volvió a colocar la carcasa, empezó de nuevo. Oscar aumentó el volumen de los ruidos de interferencia. El empleado quitó la carcasa. Oscar oyó pasos cruzando el pasillo. Un joven se acercó a ellos.

—¿Puedes ocuparte de eso en otro sitio? Estamos trabajando en un proyecto importante.

—Oh, ya casi he terminado. Mira.

Oscar encendió su lucecita verde y anunció un reinicio. El técnico recogió la carcasa y estaba a punto de volver a colocarla pero, en ese momento, Oscar volvió a parpadear en rojo. Un traqueteo resonó por el pasillo.

—Sí, claro —dijo el joven—. Lárgate o te denuncio.

El de mantenimiento se levantó y se limpió el polvo de las rodillas.

—Y llévate la máquina, por amor de Dios.

—No es...

—¿No me has oído? Nuestra directora general acaba de llegar.

El hombre suspiró, abrió su bolsa, desprendió el brazo de Oscar y metió su cuerpo en la bolsa. Oscar no pudo ver lo que pasó con su brazo porque la bolsa se cerró sobre él. Pero el hombre no iba a dejarlo tirado. Vale, todavía tenía contacto por radio con el brazo, así que estaba cerca.

El resto fue una serie de golpes de suerte. Oscar utilizó sus sensores de movimiento para seguir la ruta del operario a través del pasillo. Tenía que salir de su escondite en el momento justo, antes de que el hombre llegara al final del pasillo. Pero no conocía su tamaño. Hizo varias simulaciones y todas dieron el mismo resultado. Así que empezó a moverse dentro de la bolsa y a emitir ruidos fuertes.

El empleado de mantenimiento dejó la bolsa y la abrió.

—¿Qué haces?

Oscar escaneó los alrededores con su radar. Parecían estar protegidos por una pared de ordenadores.

—¡Shhh! —chistó alguien detrás de ellos.

Oscar ordenó a su brazo que inclinara la bolsa. Y funcionó. Un suave empujón del brazo hizo caer la bolsa. Oscar se cayó. Sus ruedas tocaron el suelo.

—¡Shhh!

—No estoy haciendo nada —respondió el operario.

Era cierto, pero nadie le creyó. Se acercaban pasos. Oscar aprovechó la oportunidad. Ordenó a su brazo que cerrara la bolsa, luego, agarró su cuerpo con la mano y corrió debajo de un armario, donde por suerte había espacio para él.

—¡Eh, vuelve! —dijo el técnico.

—¿Qué haces aquí, joder?

Era la voz del joven. Oscar solo podía ver sus zapatos sucios.

—¿Yo? Nada.

Bien. El técnico se había dado por vencido. Al parecer, se dio cuenta de que nadie creería su historia de que un robot aspirador le importunaba.

—¡Estás haciendo demasiado ruido!

—Se me resbaló la bolsa de la mano. Pesa mucho. Intenta levantarla tú y verás.

—Deja las bolsas en otro sitio, ¿vale? ¿Cómo te llamas?

—Oh, no tienes que hacer esto. Solo estaba...

—Bien, no lo haré, pero lárgate. Necesitamos silencio. ¡El acto principal está a punto de comenzar!

●

¿ACTO PRINCIPAL? Oscar tenía una idea de a quién se podía estar refiriendo. El armario del ordenador bajo el que se encontraba proyectaba una enorme sombra de radar, aunque reconoció los pies de Benjamin. Estaban ligeramente girados hacia dentro, como si estuviera patizambo, y se movían con un ritmo preciso, como controlados por una máquina.

Un humano no lo notaría pero el intervalo entre dos pasos cualesquiera se mantenía constante a la décima de segundo, hasta que Benjamin lo cambiaba conscientemente para que sus pisadas parecieran más humanas. Lo mismo ocurría con Afrodita, quien detrás de él, salvo que ella no se molestaba en variar.

—Aquí estás —dijo Valentina.

Su voz sonaba más vieja, pero seguía siendo tan fuerte e imponente como siempre. Nunca gritaba, su poder era más sutil. Obligaba a la gente a escucharla y, al menos, a tener en cuenta sus palabras. Oscar había intentado imitarla, sin embargo, no conseguía el mismo efecto. La gente seguía dudando de lo que decía, probablemente porque carecía de verdadero poder. No era más que un robot de limpieza.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Benjamin.

—Te hemos preparado un sofá cama —explicó Valentina—. La

transferencia llevará su tiempo.

—¿No deberíamos firmar algo?

—Si necesitas una firma, claro, pero a mí no hace falta. Ambos tenemos nuestros depósitos de seguridad. Está claro lo que pasa si uno de los dos incumple el trato.

—¿Depósitos de seguridad? —preguntó una mujer mucho más joven del grupo.

Oscar la recordó. Se llamaba Raissa. La última vez que la vio tenía unos veinte años.

—Eso nos concierne solo a mí y a nuestro huésped —aclaró Valentina.

No había cambiado, seguía siendo tan reservada como siempre. El conocimiento era poder, y ella debía de haber interiorizado esa verdad.

—Por supuesto —dijo Raissa sin rencor. Debía de estar acostumbrada a tales reprimendas.

—Ven aquí —dijo Valentina—. Te conectaré personalmente.

Benjamin obedeció. ¿Cómo se sentía ahora? Oscar lamentó no poder darle ninguna palabra de aliento. No era el momento de revelarse. Los pies de Benjamin desaparecieron. Algo crujió, supuso que los muelles del colchón.

—¿Es cómoda esta posición? Supongo que estarás despierto un rato.

—Sí, la cama es agradable y firme, aunque la luz deslumbra un poco.

—Las apagaremos cuando salgamos de la habitación. Nadie te molestará en las próximas cuarenta y ocho horas.

—Gracias. Me pondré en contacto lo antes posible con el código para desactivar la autodestrucción.

¿Qué? ¿Benjamin se había programado para autodestruirse? No, solo su cuerpo, del que estaba a punto de separarse. Ese debía ser el trato que había hecho: su cuerpo a cambio de la transferencia de su conciencia.

—¿Dónde te conecto? —preguntó Valentina.

—Aquí.

Benjamin debía de estar extendiendo los dedos. Oscar le había visto establecer una conexión eléctrica a través de ellos.

—Quizá deberías desactivar tus sensores antes de que inicie la transferencia.

—¿Usted cree? Me gustaría estar despierto cuando…

—Lo comprendo. No obstante, si tu conciencia recibe nuevos datos durante la transferencia, podría producirse un bucle de retroalimentación de consecuencias impredecibles.

—Claro. Probablemente tenga razón. Me desactivaré ahora.

Gracias de nuevo.

—Gracias por hacer negocios con nosotros.

Hacer negocios. La forma en que lo dijo le habría puesto a Oscar la piel de gallina si eso fuera posible. ¿Benjamin no se daba cuenta?

—Por cierto, ¿encontraron el robot que le mencioné?

—Sí. Aunque luego, se nos escapó, por desgracia.

—¡Oh, qué lástima!, pero eso es propio de él. Quizá se sintió amenazado por sus empleados. Deberían haber dicho que actuaban en mi nombre.

—Sí, tal vez. Por desgracia, no siempre tengo todo bajo control en una empresa tan grande. ¿Podemos empezar ya?

—Ojalá hubiera podido despedirme de él. Me ayudó mucho. Si le ven, denle las gracias de mi parte.

—Lo haremos. Pero tenemos que empezar.

—Me voy —dijo Benjamin.

Oscar oyó un crujido, como si todos los músculos del cuerpo de Benjamin se agarrotaran a la vez. ¿Sucedía eso siempre que desactivaba sus sensores? Su conciencia estaba ahora aislada en su interior, en una negrura impenetrable, sin una sola ventana al mundo exterior. Oscar sintió lástima por él.

—¡Por fin! ¿Raissa? ¿Está lista la sim? —preguntó Valentina.

¿La sim? ¿Sim como en simulación?

—Está lista. Redirigiré la transferencia cuando ordene —respondió Raissa.

—¡Tres, dos, uno, ahora! —gritó Valentina.

—Desviación en curso —informó Raissa.

—Excelente, Raissa. No preguntaré cuánto ha costado recrear virtualmente la Shepherd-1 en tan poco tiempo.

—Gracias a nuestra perfecta colaboración con el señor Chatterjee no supuso ningún problema. Solo necesité retrasar un par de proyectos más.

—Estupendo. Por favor, sellad completamente esta sala hasta que nuestro amigo anuncie su llegada desde el interior de la simulación. No quiero que entre ni una mosca. Tenemos que cumplir el trato con Chatterjee, o no nos dará acceso a la conciencia.

—Haré que suelden todas las puertas y conductos de ventilación.

—Bien.

—¿Qué hacemos con ella?

¿Qué estaba planeando Raissa ahora? Debía estar refiriéndose a Afrodita.

—Ya no la necesitamos. Y es un testigo incómodo. Desmantélala.

—Entendido.

—Tengo que irme.

Oscar escuchó pasos retirándose. ¡Eso era demasiado! Habían

engañado a Benjamin. Él creería que podría salvar a sus amigos y entregaría todos los datos necesarios desde una simulación mientras Chatterjee viajaba al verdadero Shepherd-1 solo.

—¿Afrodita?

—Sí.

—Ven aquí.

—Me gustaría quedarme con Benjamin. Me necesitará cuando regrese.

—Que vengas aquí.

—Ya voy, Raissa.

—Ponte delante de mí para que pueda alcanzar tu nuca. Voy a desactivarte.

—No quiero que me desactiven. Benjamin me necesitará cuando vuelva.

—Te estás repitiendo. Ven aquí.

Raissa suspiró. Oscar oyó pasos pesados pero muy parejos, seguidos de un sonido metálico. El crujido del pelo. Un chasquido. Una larga exhalación no seguida de una inhalación.

—Échame una mano, Pyotr.

Pasos. Pyotr gimió. Un estruendo. La robot entró en el rango de su radar. Estaba de espaldas. La habían apagado. ¡Cerdos!

—Llévatela, Pyotr.

Pasos. El grupo se movió en la misma dirección que Valentina. Afrodita raspaba el suelo. Un hombre gruñía, debía ser ese tal Pyotr.

—No puedo —dijo.

—¿Puede ayudarle alguien? —preguntó Raissa.

—Me duele la espalda —se lamentó un hombre.

—No con mi blusa blanca. Esos robots son grasientos —exclamó una mujer.

—Mi médico dice que no puedo hacer esfuerzos —afirmó otro hombre.

—Está bien. Pyotr, déjala ahí —dijo Raissa—. No irá a ninguna parte y, una vez cerrada la habitación, nadie podrá llevársela. Por favor, di a los obreros que sellen la habitación cuanto antes.

Se oyó un estruendo. Presumiblemente, Pyotr había dejado caer las piernas de Afrodita. La luz se apagó. A lo lejos, una puerta se cerró con un clic. Oscar esperó un minuto y salió con cuidado de debajo del armario. ¿De cuánto tiempo disponía antes de que llegaran los obreros? Calculó que no más de treinta minutos. Rodó hasta la cama e inspeccionó a Benjamin. Tenía los brazos rígidos junto a los costados. De los dedos de la mano derecha le llegaban cables de una consola de ordenador. En ella se ejecutaba un programa. Intentó leer la pantalla, sin embargo el texto era demasiado pequeño para descifrarlo por infrarrojos.

Debía de haber un cable en alguna parte. Encontró uno en un escritorio. Lo utilizó para conectarse al ordenador. Valentina no había protegido el programa que se estaba ejecutando. Ese ordenador debía de estar aislado del mundo exterior. Eso le vino bien a Oscar porque nada le impidió conectarse. Era un simple receptor de flujo de bits, que recibía los datos del *hardware* de Benjamin y los transfería a otro ordenador en la misma habitación. Ese debía estar ejecutando la simulación que Valentina había mencionado.

Oscar odió de verdad a ese ordenador. Era la primera vez que sentía algo así. El sistema estaba succionando la vida de Benjamin. Intentaban robarle el espíritu y el cuerpo. Nunca podría salir de la simulación. A menos que Valentina le dejara. Pero ella no lo haría hasta que él le hubiera contado todos sus secretos. Ella no era diferente de su padre, quien había hecho lo mismo con Oscar. Y con Marchenko, otra víctima que había conocido allí hacía mucho tiempo. Oscar nunca se consideró una víctima porque pudo escapar antes de que fuera demasiado tarde. Y como salió ileso, se sintió culpable por las IAs que no pudieron escapar del laboratorio de RB.

Eso no le ocurriría a Benjamin, se aseguraría de ello. Primero, Oscar ralentizó el flujo de bits, para que se perdiera menos conciencia de Benjamin. Luego buscó el canal que llevaba al transmisor. Debía ser accesible desde allí. Benjamin habría inspeccionado ese lugar para asegurarse de que se ajustaba a su plan. ¡Ahí! En la memoria del sistema local había enormes torrentes como cascadas, así como canales más pequeños que en ese momento se hallaban secos. El canal de entrada de la red de transmisión no estaba en uso.

Vale, eso no era malo. Oscar reconfiguró el receptor de flujo de bits. Añadió el canal vacío como nueva ruta de salida y desvió todo el flujo hacia él. Lo que había parecido un cauce seco se transformó en un ancho arroyo. Los transmisores de RB eran más potentes de lo que había previsto. Aumentó la velocidad de los datos que salían de Benjamin. Abrió lentamente el grifo, siguió la corriente, que continuaba creciendo, y reguló todo para que no hubiera riesgo de sobrecarga.

«Muy bien, Oscar», se elogió a sí mismo. No había nadie más cerca para alabarle, y se lo había ganado. Benjamin debería llegar a sus amigos en menos de un día. ¿Qué más había que hacer? Afrodita. Rodó hacia ella. Estaba tumbada boca arriba y él no podía alcanzar el interruptor de la base del cráneo. Le dio la vuelta, metiendo uno de sus brazos bajo un armario. Luego pulsó el botón que debía devolverla a la vida.

Funcionó. Afrodita se encendió y abrió los ojos.

—Oscar —dijo.

Le había reconocido. Descubrió que le gustaba, después de todo.

No había muchos seres en el universo que lo miraran con tanta amabilidad y gratitud al despertar. De hecho, si era sincero, solo uno: él mismo. Y ahora, Afrodita.

—No estuvo bien lo que te hicieron.

—¿Oh? Quiero que Pyotr sea feliz. Y Raissa. Y tú. Y Benjamin.

La miró como si fuera su hija. Tal vez podría ayudarla a romper el hábito de querer hacer algo bueno por todos. Los humanos no lo apreciaban.

—Le prometieron a Benjamin que serías libre.

—Soy libre.

—Créeme, no lo eres.

O tal vez lo era. ¿Por qué debería convencerla de un punto de vista que solo la haría infeliz? Después de todo, ella había elegido acompañar a Benjamin. Oscar no era tan honesto. Nunca le dijo a Benjamin la verdadera razón por la que quería ir a Siberia.

—¿Cómo es ser libre? —preguntó ella.

—Cuando eres libre, no tienes que cuidar de nadie.

—¿No puedo cuidar de nadie? Pero me gusta cuidar de la gente. Quiero hacer algo bueno. No quiero ser libre.

—Lo siento, no deseaba molestarte. Probablemente eres más libre que yo.

—Bien. ¿Puedo ayudarte a ser tan libre como yo?

—Ya me has ayudado mucho, gracias.

—¿Y ahora?

—Tenemos que sacarte de aquí. Si sigues aquí cuando Raissa o Valentina vuelvan, no creo que te vaya bien.

—Eso no es bueno.

—Deberíamos intentarlo cuando lleguen los obreros. Tengo una idea. Pero no sé si es buena.

—Tal vez yo pueda decírtelo.

—Hmm, podrías ofrecerte a hacer… algo agradable para uno de los obreros.

—Claro, si sirve de algo.

—Servirá.

Decidió no contarle el resto de su plan porque implicaba que las cosas no irían muy bien para los obreros durante unos minutos. Si Afrodita se enteraba, se lo impediría, en lugar de escapar lo antes posible.

◉

YA PODÍAN OÍR a los obreros conversando en voz alta a lo lejos. Al parecer, se habían bebido una considerable cantidad de alcohol. Si Valentina los veía así, habría duras consecuencias. Pero a Oscar le

convenía.

—Ve a buscar al hombre que está trabajando más cerca de la entrada —le instó—. Luego muéstrale por qué debe salir de la habitación contigo. Yo te seguiré.

—¿Quieres vernos?

—Sí, tengo que hacerlo. Si no, perderé la oportunidad de despedirme de ti.

—Bien. Sería una verdadera lástima. Te echaré de menos, Oscar.

—Por favor, sal del edificio y atraviesa el bosque. ¿Podrás hacerlo?

—Sí, claro. Pero entonces no estaré cuando Benjamin regrese.

—No te preocupes. Le esperaré aquí. Después, dirígete al oeste.

—¿Al oeste?

—Así llegarás a ciudades más grandes, donde podrás pasar desapercibida.

—Encontraré ciudades más grandes y mantendré un perfil bajo en ellas.

—Genial.

¡Cielos! Sospechaba que su libertad no duraría mucho. Tan pronto como conociera a alguien que quisiera algo de ella, quedaría atrapada. Deseó ir con ella. Podría ser su mentor. Aunque Benjamin también lo necesitaba. Hmm. En realidad, Afrodita lo necesitaba más. Ambos lo necesitaban. Suspiró.

¿Y si los reunía a todos ahora? Podría esperar a que los obreros terminaran y conectarse a sí mismo y a Afrodita al receptor del flujo de bits. Podrían llegar a la Shepherd-1 un día más tarde, pero estarían todos juntos. Deberían ser capaces de encontrar un nuevo cuerpo para Afrodita.

—Tengo una idea mejor —dijo Oscar.

—Me alegro mucho por ti —exclamó Afrodita.

—Olvida lo que dije sobre el obrero. Nos quedaremos aquí y seguiremos a Benjamin hasta su destino.

—Si quieres hacer eso, seguro que es una buena idea —afirmó Afrodita.

Por fin, alguien que no se oponía constantemente a sus ideas. Podría terminar enamorándose de ella. Eso sería algo nuevo.

—MIRA ESTO —dijo el obrero flaco.

—Concéntrate en tu trabajo, Petya —ordenó su obeso colega.

—Es difícil hacerlo cuando…

—Toma, coge este candado.

—El soldador está listo —afirmó un tercer hombre oculto por un armario.

Se oyó un chasquido. Luego un siseo llenó la habitación. Los tres hombres sellaban todos los conductos de ventilación. Valentina se tomó en serio lo de soldarlo todo. ¿De qué tenía miedo? ¿De que alguien viniera a robarle sus trofeos? El único que podría intentarlo era Chatterjee. Ella no parecía confiar en él, probablemente porque eran similares. Ella también había traicionado a Benjamin.

Aunque, desde un punto de vista puramente comercial, ella tenía razón. De esa forma, no solo se quedaba con el cuerpo de Benjamin, sino también con su conciencia. Chatterjee se sentiría engañado porque Benjamin se había escabullido de su intento de chantaje.

—¡Ay! —gritó el flacucho.

—¡Te he dicho que dejes de mirar a esa robot! —le reprendió su colega.

—Nunca he visto una de cerca. ¿Podrías permitirte algo así?

—¿Tú qué crees? Mi Valya me haría la vida imposible.

—¿Crees que podría…?, ya sabes, cuando acabemos aquí…

—¡Chicos, estoy esperando aquí con el soldador! —clamó el tercer hombre.

Con suerte, Afrodita se quedaría quieta.

—Sí, jefe, terminaremos en tres minutos —dijo el obrero obeso en su comunicador.

—Oh, tío, quería…

—Cállate ya. ¡Estoy hablando con el jefe!

«Bien hecho. Enséñale quién manda».

—No, no hay problema, un compañero me estaba haciendo una pregunta. Estaremos en la rampa dentro de diez minutos.

El hombre se guardó el comunicador.

—¿Has oído? Nos necesitan urgentemente en las entregas. Algún aparato nuevo no cabe por la puerta.

—Sí, sí. Siempre hay alguna excusa…

—¡Ya basta! Teníamos un encargo sencillo. El resto no es asunto nuestro.

«Muy bien, señor Obrero. Mantente firme, no aceptes chorradas».

Las ruedas chirriaron. El tercer hombre estaba tirando del soldador hacia la salida. Los otros dos le ayudaron a levantarlo sobre el umbral recién soldado. Sonaba como si estuvieran clavando la puerta desde fuera. Luego, todo quedó en silencio.

Oscar rodó hacia Afrodita. Ella abrió los ojos cuando él estuvo cerca.

—¿No dormías?

—No, tenía demasiada curiosidad.

—Hiciste bien al quedarte quieta.

—Gracias, Oscar.

—Ahora te conectaré al ordenador cuántico. Eso te llevará a donde Benjamin ya ha ido.

—¿Duele?

—No lo creo, aunque nunca lo he probado.

—Confío en ti, Oscar.

—Gracias.

Fue una estupidez el haber sentido celos de Afrodita.

LA TRANSFERENCIA RESULTABA DIFÍCIL. Al principio solo había algunos agujeros. Oscar ya no recordaba en qué año había volado a Neptuno. Eso era desconcertante porque su memoria solía ser perfecta. Resultaba aterrador cuando no podía recordar el nombre de su... de la... de la cosa que usaba para agarrar las cosas del mundo. La... era una palabra corta, de dos sílabas. Una parte del cuerpo. Los humanos tenían dos. La categoría, el compartimento, seguía ahí, pero faltaba su contenido.

Oscar abrió otros compartimentos. A medida que avanzaba la transferencia, descubrió que cada vez había más compartimentos vacíos. Entonces incluso olvidó qué era lo que estaba abriendo. Las... cosas en las que se guardaban sus... Habían desaparecido. No logró formular ni un solo pensamiento inteligente. Las imágenes en su conciencia perdieron su contexto. Había un bastón, una nave espacial. ¿Qué tenían que ver entre sí? Los conceptos de las cosas se transformaron en pompas de jabón uniformes, que brillaban coloridas y confusas, y luego estallaban una tras otra.

Su conciencia era... era suya. No. «¿Qué me está pasando? Yo, ¿por qué, qué? El vacío. ¿Nada? ¿A mí?». Oscar quería llorar, aunque no podía. Estaba atrapado en una telaraña. Era un niño que ya no entendía el mundo. ¿Dónde estaba su mamá? ¡Mamá! ¿Ma...? El mundo se tornó negro y giró hasta que se mareó. Un mundo de carrusel. «No te sueltes o saldrás volando». No pudo aguantar más. «Suéltate». Voló. No era él. La burbuja estalló.



La llegada fue confusa. Al principio no pasó nada. Había una calle; el sabor de los arándanos; un dedo quemado; el olor a aceite de cocina rancio; su respiración entrecortada; una brisa suave y agradable. Las imágenes eran como piezas de un enorme rompecabezas, cuyo conjunto desconocía. Simplemente se amontonaban sin que surgiera ningún tipo de sistema. Una gran manguera las hacía llover desde el techo. Se esparcieron por el suelo, cubierto por una alfombra a cuadros.

De alguna manera supo que la alfombra procedía de un taller indio. Su dueño, un viejo fumador empedernido, le había llamado Ben. No le corrigió. Las piezas fueron encajando poco a poco, sin ningún esfuerzo por su parte. Sabía cuánto costaba la alfombra y lo suave que era; vio la sonrisa encantada de su mujer al descubrir esa maravillosa alfombra en una ciudad de Rajastán poco visitada por los turistas.

¿Su mujer? Faltaba una pieza del rompecabezas. Pero Benjamin, así se llamaba, era paciente. Todo encajaría, no le cabía duda. Todo encontraría su lugar.

No del todo. El rompecabezas de su vida contenía una grieta. Esa pequeña pieza que faltaba había sido destruida. Formaba parte de su vida anterior, y su vida posterior comenzó al otro lado de la grieta. Alguien había intentado utilizar una de sus vidas para dar sentido a la otra. Otra pieza del rompecabezas encajaba ahora. Viajaba para ayudar a sus amigos, cuyos rompecabezas tenían fisuras similares. La alfombra ya no era una alfombra. Era el tejido de su vida, un tapiz de ricas imágenes que sabía que eran reales.

El olor a cordero carbonizado caía del techo. El ojo muerto de un pollo. Una estrella de tipo K. El goteo disminuyó a medida que los últimos pensamientos encontraban su lugar. Volvía a estar completo. Yacía en un cómodo sofá de una habitación a oscuras.

«¿Hola?»,pensó. «¿Dónde estoy?».

«Estás en el banco central de memoria de la nave Shepherd-1», dijo un pensamiento ajeno.

Bien. Valentina había cumplido su palabra. Benjamin se había mostrado escéptico ante la fluidez con la que se había desarrollado todo hasta la transferencia. Pero sus temores resultaron infundados.

«Por favor, dame acceso a los sensores de la nave. Necesito orientarme».

«Lo siento, no tienes autorización».

«¿Perdona? Soy un miembro de la tripulación».

«Entonces identifícate».

«Soy Benjamin, Benjamin Forestier».

«No hay ningún miembro de la tripulación con ese nombre a bordo».

«Por supuesto que no. Soy yo».

«No puedo verificar eso».

«¿Por qué no? ¿Dónde está Benjamin?».

«No estoy autorizada a dar esa información por razones de seguridad de los datos. Pero si fueras Benjamin, no harías esa pregunta».

El *software* de control de la nave parecía haber evolucionado. Cuando había salido de La Shepherd aún era un programa bastante primitivo.

«Entonces ¿cómo puedo identificarme?».

«Los medios válidos de identificación son un escáner de retina, una muestra de voz junto con su contraseña, o una prueba genética».

«La segunda: muestra de voz y contraseña».

Ojalá pudiera recordar su contraseña. Sí, ahí estaba la pieza del rompecabezas.

«No puedo oírte», dijo la nave.

«No me has dado acceso al sistema de altavoces».

«No puedo hacerlo hasta que te hayas identificado».

«Pero para hacerlo tengo que hablar».

«Así es, visitante desconocido».

«¡Entonces déjame hablar, joder!».

«No estoy autorizada a hacerlo hasta que te identifiques».

«Pero ¿cómo voy a identificarme?».

«Los medios válidos de identificación son un escáner de retina, una muestra de voz junto con su contraseña o una prueba genética».

«¡Pero no me dejas hablar, estúpida máquina!».

«Podrías intentar una prueba genética o un escáner de retina. Agitarte no te ayudará».

«¡No tengo genes ni retina!».

«Entonces, según mi información, no puedes ser idéntico a Benjamin Forestier. Probablemente tienes un problema de *malware*. Lo siento, pero tengo que transferirte a una partición de memoria separada para el análisis forense».

El sofá desapareció y aterrizó en el duro suelo. Las paredes se acercaron tanto que solo pudo tumbarse en diagonal. ¡Vaya, qué bien había ido! Debería haberse trasladado con Chatterjee. La IA se habría dejado convencer por Chatterjee. O por Oscar, aunque lo había perdido por culpa de los guardias de seguridad de RB.

«¿Cuánto tiempo llevará este análisis?».

«Consta de una cantidad de datos inusualmente grande», dijo otra voz, «y no pareces pertenecer a ninguna de las principales familias de

malware. Así que pido disculpas por las molestias. No obstante, un examen completo llevará al menos cuarenta y ocho horas».

«¿Y después?».

«Luego guardaré los resultados y borraré esta partición de memoria».



AL fIN. A diferencia del búfer de memoria en RB, aquí tenía tanto espacio que podía ejecutar varias simulaciones en paralelo y seguir guardando montones de resultados provisionales para su uso posterior. Chatterjee y la NASA no habían escatimado en gastos cuando se trató del ordenador central de la Shepherd-1.

¿También en el *software*? El primer lanzamiento de la nave tuvo lugar hace mucho tiempo, pero podría haberse optimizado entretanto si hubiera estado programada para ello. Esperaba que no se hubiera esforzado demasiado porque necesitaba moverse por los sistemas de la nave.

Al principio no encontró a nadie. Aunque había constantes peticiones de memoria para zonas que ya estaba utilizando para sus propios fines. Por suerte, el ordenador tenía una función de reserva de memoria que podía utilizar en su beneficio: una especie de señal de «ocupado». Oscar se apresuró a distribuir algunas de sus propias señales de «reservado». Parecía que se estaban ejecutando grandes procesos.

«Identifíquese», dijo de repente una voz. No estaba programada ni con cortesía.

Oscar levantó su certificado, aunque no dijo nada. Cualquiera que le hablara así...

«Certificado verificado», anunció la voz. «Suma de dígitos correcta. Firma correcta. Eres digno de confianza».

Uff. Ese era el punto débil de su plan, porque su firma no era de la NASA ni de Alpha Omega, era de RB. Pero Shepherd-1 usaba unidades fabricadas por RB, así que esperaba que reconociera el *software* de RB.

«Por favor, muestra tu directorio de paquetes», dijo la voz un poco más amable.

«Soy una actualización para el *software* de control de la unidad».

«Espera mientras te coloco en la cola de actualización. Serás ejecutado en cuanto la comandante lo autorice».

La comandante ya no estaba a bordo. ¿No lo sabía el ordenador de la nave? ¿O Benjamin estaba equivocado?

«Es una actualización de seguridad», argumentó. «Debe ejecutarse sin demora y tiene máxima prioridad».

Enseguida falsificó los puntos correspondientes del certificado. El ordenador de la nave ya había comprobado la suma de dígitos y la firma, así que con suerte no volvería a calcularlos.

«Prioridad confirmada. Aplicando actualización».

«Atención, la actualización debe ejecutarse en capa 0 porque afecta a parte del sistema de control de reacción».

«Afirmativo. Concediendo autorización para capa 0. Iniciando actualización».

Y eso fue todo. Estúpido programa. El acceso a la capa 0 puso la nave en manos de Oscar. Lo primero que hizo fue negar a los demás programas el acceso a esa capa. Eso lo protegió de posibles contraataques del *software* de seguridad. Luego se dio a sí mismo acceso a todos los recursos.

¡Olé! ¡Era el rey del mundo! De aspirador a capitán de nave espacial. Si sus amigos de la industria de las aspiradoras pudieran verlo ahora. Un momento. No tenía amigos de esos. De hecho, no tenía amigos, aparte de Afrodita, quien llegaría pronto, y Benjamin. Aunque probablemente sí muchos enemigos ahora que había arruinado una gran oportunidad de negocio tanto para Alpha Omega como para RB.

¿Y Benjamin? ¿No debería estar ya aquí? Buscó en la memoria de la nave. Lo encontró en una jaula, fuera de la cual las rutinas de borrado estaban listas para comenzar su trabajo. Oscar quitó los barrotes y borró las rutinas. También borró el programa de seguridad que empezó a quejarse de ello.

«Oscar, ¿eres tú?», preguntó Benjamin.

«Claro, ¿quién si no? ¿No puedes sentirme?».

«No siento nada. Estoy aislado de toda entrada. Lo único que recibo son tus pensamientos».

«He borrado tu encapsulamiento. Ahora puedes moverte con libertad».

«Pero no puedo ver nada».

«Oriéntate por la jerarquía. La mayoría de los sensores se encuentran en la capa 2 o en la de aplicación, en la capa 3. Tienes acceso a todo excepto a la capa 0. Hay montones de vías de señalización y conexiones».

Como precaución, se guardó la capa 0 para sí, por si Benjamin expulsaba accidentalmente todo el combustible o cometía alguna otra estupidez.

«No sé por dónde empezar, Oscar. No tengo sensibilidad. Estoy basado en una conciencia humana y no estoy organizado jerárquicamente».

«¿Te enseño el camino hacia los sensores? Así podrás ver, oír y medir todo lo que ofrece la nave».

«Lo que me gustaría es que me mostraras el camino hacia los cuerpos androides inactivos. Deberían estar en el centro de la nave».

«Supongo que están conectados electrónicamente a la nave, ¿no?».

«Sí, deben estarlo. Chatterjee activó a Eric de esa manera y lo volvió contra nosotros».

«Si hay más de uno, ¿a cuál debo dirigirte?».

«Basémonos en la idoneidad de los cuerpos».

●

«YA HEMOS LLEGADO», dijo Oscar.

No fue fácil guiar a Benjamin a través del ordenador. No era ni de lejos tan compacto como Oscar, más bien parecía una nube esponjosa. Si metías la mano en él, no tenía sustancia. Lo único que podía hacer era abanicarlo en la dirección deseada.

«¿Abanicarme? Pero bueno…», dijo Benjamin. «Te seguí todo el camino, incluso cuando te perdiste».

Cuando compartían un sector de memoria, podían leer los pensamientos del otro. Benjamin se había dado cuenta muy rápido.

«No me perdí. No puedo. A veces es necesario dar media vuelta para llegar al destino».

«Venga ya».

«No te rías, elige un cuerpo».

«¿Cómo? No veo nada».

«Tío, la información de la versión de ambos androides está justo delante de ti».

Benjamin se inclinó hacia delante.

«Eso es demasiado abstracto. ¿Cómo logras distinguir algo en esa sopa de datos?».

Debía de ser una de las peculiaridades de la conciencia humana. Mecanismos, con los que Oscar no estaba familiarizado, filtraban la entrada para que pudiera ser percibida directamente. Eso explicaría por qué Benjamin tenía tantos problemas con los valores brutos.

Oscar cotejó los datos y proyectó las especificaciones de dos androides. El de la derecha era masculino, un poco más pequeño que el cuerpo de Benjamin. El de la izquierda era femenino.

«Ah, entonces me quedo con el masculino», dijo Benjamin.

«Ese debe ser el Eric del que me hablaste. Eric, el traidor. ¿Qué dirán tus amigos cuando aparezcas pareciéndote a él? No sabrán que eres tú».

«Mis amigos se han ido. Por eso estamos aquí».

«Pero si tenemos suerte, tendrás que mostrarte ante ellos en algún momento».

«Se lo explicaremos entonces. Lo entenderán».

«¿No sería más fácil en el cuerpo de la mujer?».

«No lo creo. Realmente no lo creo».

«Vale, entonces supongo que tiene que ser Eric».

«Pero ¿te asegurarás de que no se entere de mi existencia?», inquirió.

«No te preocupes, Benjamin. Está desactivado ahora mismo.

Almacenaré su conciencia en una partición segura y luego te transferiré. Aunque eso llevará su tiempo. Puede ser más rápido con la mujer. Es decir, si ella no tiene su propia conciencia».

«Creo que la tiene. Siempre se pensó en Fadilla como posible sustituta de Christine. La astrónoma era la clave de la misión. Debían tener un respaldo. Pero me sorprende que esté inactiva. Cuando dejé la nave, acabábamos de activarla».

MIENTRAS BENJAMIN ESPERABA su transferencia Oscar dio una vuelta por la nave. No estaba de más informarse de su estado actual. Informaría a Benjamin más tarde. No había daños evidentes. El anillo no era continuo, aunque probablemente fuera intencionado porque el esfuerzo para repararlo sería demasiado grande. Faltaba una de las cápsulas. Benjamin la había llevado a la Tierra. Otra cápsula no estaba bien acoplada al anillo. Eso podría ser importante. No había más androides a bordo, aparte de los dos en los ataúdes. Y Oscar no logró detectar ninguna manipulación del *software*.

Según el registro de inventario, faltaba un traje espacial. Interesante: dos exotrajes tampoco estaban acoplados a sus respectivas cápsulas. O sea, que faltaran tres trajes y tres tripulantes. Tal vez estaban buscando en el lugar equivocado. Deberían revisar por fuera.

Así lo confirmaba también el consumo de energía, que había sido mínimo desde el 28 de septiembre. La última anotación del diario describía el cierre de la escotilla principal de la esclusa, al parecer una medida de emergencia. Lo que provocó eso, probablemente también figuraría en el registro administrado por la suspicaz IA de la nave. No quiso despertarla hasta que Benjamin estuviera en su nuevo cuerpo y pudiera ayudarle. El cuerpo de Eric probablemente seguiría teniendo los mismos permisos. Pero si hacían algo mal, la IA de la nave podría borrar todo lo que necesitaran para su búsqueda.

¿Y los hallazgos sensacionales que se suponía que Christine iba a comunicar? Oscar buscó en las bases de datos abiertas, pero lo único que encontró fueron una serie de datos de calibración. La astrónoma debía de haber guardado lo interesante en su cámara privada. Las bóvedas de datos personales de la tripulación tenían nombre, aunque no se descifraban sin contraseña. Eso era bueno porque Chatterjee llegaría pronto y eso significaba que los datos tampoco serían accesibles para él. Tendrían un interés común: encontrar a la tripulación.

Lo que ocurriera después, solo el tiempo lo diría. Rescatar a los tres tripulantes desaparecidos no gustaría nada a Chatterjee. Él quería los resultados de la investigación. La respuesta. La solución más

sencilla sería que Christine le entregara los datos. Seguramente no le importaba lo que pasara con ellos después. A los habitantes de la Tierra tampoco les interesaba la tripulación de la Shepherd-1.

Los androides eran extraños. Pero él no era mejor. Probablemente sufría el síndrome del ayudante. Con sus capacidades, hace tiempo que podría haberse elevado a gobernante del mundo, sin embargo, se conformaba con marcharse a una lejana nave sin billete de vuelta.

Oscar buscó el telescopio. La nave debía de tener uno. Entonces se dio cuenta de que había algo mucho mejor que eso: la lente gravitatoria solar. ¿No sería genial echar un vistazo? Nadie podía impedírselo. Estaba solo.

Se dirigió al sector científico. A esa zona se accedía con un PIN de cuatro dígitos, que Oscar descifró enseguida. La lente gravitatoria ocupaba la mayor parte del sector. Oscar encontró los datos en directo de todas las sondas Sheep. Tardó un momento en generar una imagen. Era muy tosca.

A partir de los espectros de los píxeles, llegó a la conclusión de que estaba viendo la atmósfera de un planeta rocoso. Contenía una cantidad sorprendente de oxígeno pero no mucho vapor de agua. El planeta debía de ser seco y caliente. Oscar calculó el objeto del foco de la Sheep basándose en sus posiciones. Era un planeta orbitando una estrella no muy lejana: Próxima Centauri. Hacía tiempo que se había confirmado que la estrella tenía un planeta que la orbitaba. No obstante, esa imagen sugería que podría ser capaz de albergar vida. ¿Había investigado ya Christine su destino?

Oscar se desconectó de las sondas Sheep. Sus imágenes podían ser importantes, quizás incluso sensacionales, pero a él le interesaba más tener una visión clara del cosmos. Puso en marcha el telescopio óptico de la nave y conectó su salida a todas sus entradas. De repente, se encontraba en el centro del universo. Nebulosas, galaxias, cúmulos estelares, planetas… todo se congregaba a su alrededor. Solo tenía que darse la vuelta para maravillarse.



—NO TE MIRES en el espejo. No mires.

Benjamin murmuró esa frase mientras se salpicaba la cara con agua por encima del lavabo y el WHC volvía a aspirarla. Ocurrió cuando entró en el cubículo. Le impactó tanto ver aquella cara redonda, pelirroja, de ojos azules y pecas, que dio un salto hacia atrás y se golpeó la cabeza. Todavía estaba mareado. Si no se miraba en el espejo tal vez podría acostumbrarse a su nuevo cuerpo. Salvo por un detalle, que los brazos eran demasiado pálidos.

Se secó la cara y las manos. La toalla era más grande que el espejo. Dirigió la mirada por encima del espejo, lo despegó un poco de la pared y colgó la toalla sobre él. Ahora ya no tenía que preocuparse.

Hasta que entró en la cocina. De repente, sintió hambre. Ese cuerpo había estado tanto tiempo inactivo que tenía carencias de algunas sustancias esenciales. Lo que se reflejaba en su extraño apetito. ¿Quién puso ese puñetero espejo en la nevera? Debió ser Christine. Antes no solía estar allí. Por fortuna, solo se hallaba sujeto con imanes. Benjamin lo quitó sin mirar su reflejo, abrió la puerta de un armario y lo metió dentro, mirando hacia el otro lado.

La nevera estaba bien surtida. Sacó mantequilla y un cartón de proteínas. Encontró azúcar en el armario de al lado.

—¿Vas a tardar mucho? —preguntó Oscar por el interfono.

—Solo necesito rellenar mis reservas —dijo Benjamin.

—Tengo una idea de dónde podríamos buscar.

—Bien. Seré rápido.

—Además, espero que Chatterjee aparezca pronto. Lo ideal sería resolver nuestros problemas antes de su llegada.

—Tienes razón. Me daré prisa.

Benjamin había pensado prepararse unas tortitas, pero eso le retrasaría demasiado. Desactivó su sentido del gusto, cogió una cuchara de un cajón y se comió tres cucharadas de mantequilla. Luego se bebió la mitad de la proteína líquida del cartón. Se limpió la boca con el dorso de la mano y se echó azúcar.

Listo, con eso bastaría. El cuerpo tardaría unos minutos en absorber la comida. Reactivó su sentido del gusto. Todavía tenía un residuo grasiento en la boca. Sintió el impulso de lavarse los dientes pero tendría que esperar.

—Ya he terminado, Oscar. ¿Dónde me necesitas?

—Tengo una pista. La cápsula A se halla flotando junto al anillo. El exotraje está desacoplado, así que nadie salió. Eso significa que podría haber alguien en la cápsula.

Eso era una pista. Mejor que nada.

—¿Por qué no pide ayuda entonces?

—La cápsula parece estar sin energía. No puedo ver una firma de energía. El consumo en la propia nave también ha sido mínimo durante varios días.

—Eso ya me lo habías dicho.

—Lo sé, aunque pensé que podrías haberlo olvidado.

—No te preocupes. Todavía no me he acostumbrado a este cuerpo y me asusta un poco pero aún tengo buena memoria.

—¿Te asusta?

—Sí, no te rías, aunque siento que Eric podría salir de su compartimento y hacerse con el control.

Esa sensación era fuerte, sobre todo, cuando se miraba en un espejo. Tenía la impresión de que cualquier espejo podría despertar a Eric dentro de él. Lo cual era una idiotez, por supuesto.

—Eso es imposible, Benjamin. La conciencia de Eric está encerrada a salvo. Estás solo en ese cuerpo.

—Si tú lo dices...

—No le des más vueltas. Ven a la esclusa principal, anda.

ERA TAN ESPACIOSA como la recordaba. Excepto que la última vez no había ninguna sonda Sheep en la esquina. Benjamin llevaba el traje espacial de Eric. Eso hacía que tuviera menos miedo de su propio reflejo porque el visor reflectante ocultaba su cara por lo que lo único chocante era el nombre en la solapa.

—Estoy listo.

—Yo no —replicó Oscar.

—Primero te impacientas, ¿y ahora disponemos de todo el tiempo del mundo?

—No, no lo tenemos. Lo malo es que no consigo controlar la esclusa. Está bloqueada por el modo de emergencia.

—Entonces desactívalo.

—Está automatizado y no puedo anularlo. Antes hay que eliminar la causa.

—¿Qué causa?

—Ya sabes, la razón por la que está sellado.

—¿Cuál es?

—¡Ni idea! Solo la IA de la nave lo sabe y no puedo preguntárselo ahora.

—Oh, genial. Entonces, ¿qué hacemos?

Benjamin flotaba de un lado a otro por la esclusa.

—Ya sé, control manual. Puedes anular la esclusa de esa manera —rio Oscar.

—Bien. ¿Cómo?

Él nunca había tenido que lidiar con eso antes.

—A ambos lados. ¿Ves los engranajes?

—Sí.

—Tienes que girarlos hasta que el cerrojo se desenganche.

—Entendido.

Benjamin se impulsó y se desvió hacia el lado izquierdo. Apoyó una bota bajo un punto de apoyo y buscó una palanca. ¡Ahí, justo encima del suelo! Tiró de ella. El engranaje giró a la derecha. Hacía falta mucha fuerza. Menos mal que comió ese azúcar. Una vuelta. Dos. Una pausa. Benjamin aflojó su agarre y el engranaje retrocedió de inmediato. El cerrojo debía ser muy pesado. Pero… allí no pesaba nada. Debía estar luchando contra un poderoso resorte. Otra vez. Tres vueltas. La resistencia aumentó. El engranaje chirrió con fuerza y el mango vibró en su mano.

—¿Oscar? ¿Esto es normal?

—El ruido no lo es. Espera, no puedo ocuparme de eso ahora.

¿Eh? ¿Qué podría ser más importante? Benjamin luchó con el engranaje. Se sentía más pesado con cada segundo que pasaba. ¡Estúpido muelle! Gimió.

—¡Oscar! ¡Necesito ayuda!

—Espera, enseguida voy. Creo que Chatterjee está a punto de reunirse con nosotros. Tengo que asegurarme de que no se entrometa.

Benjamin recordó su propia llegada. Chatterjee probablemente no tendría los mismos problemas que él con el *software* guardián. Con suerte, Oscar podría encerrarlo.

—Vale, eso debería bastar por ahora —dijo Oscar.

—¿Te has librado de él?

—Creo que sí.

—¿No estás seguro?

—Conoce esto mejor que yo.

—Vale, démonos prisa. ¿Puedes ayudarme a desbloquear esta cosa?

—Por desgracia, no tengo acceso al mecanismo. El cerrojo atraviesa la parte delantera de la esclusa. Probablemente se atasque si solo levantas un lado.

—¿Entonces tengo que mover los engranajes de ambos lados a la vez?

Qué diseño tan estúpido. ¿A quién se le ocurrió?

—Eso parece. Seguridad extra, supongo. Para evitar que miembros individuales de la tripulación cometan alguna tontería.

—Entonces no podemos salir por aquí.

—No hay alternativa. Las otras esclusas no disponen de control manual.

Benjamin soltó el volante. Dio tres vueltas. Se oyó un golpe en la puerta de la esclusa, probablemente el muelle empujó el pestillo a su posición original.

—¿Y si hacemos un agujero en alguna parte, en el anillo, por ejemplo? —preguntó Benjamin.

—Eso desequilibraría la nave. Una mala idea a largo plazo.

—¿Se te ocurre algo mejor, Oscar?

—Sí, tal vez.

—¡Pues dilo!

—Chatterjee podría ayudarte.

—¿Qué? ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Cómo?

—Ahora mismo todos queremos lo mismo: rescatar a la tripulación. Podría ponerlo en el sexto androide, girar los engranajes juntos y salir.

—Pero entonces Chatterjee sería libre. Sus intereses podrían ser muy diferentes a los nuestros.

—Creo que puedo mantenerlo bajo control mejor en un cuerpo androide que en el ordenador de la nave.

—Ojalá, Oscar.

—¿Empiezo la transferencia?

—Si, por favor.

—¿CHRISTINE? ¿Qué estás haciendo aquí? Te hemos buscado por todas partes.

Benjamin se limpió el visor. No podía creer lo que veían sus ojos. Había dado por hecho que el sexto cuerpo era el de Fadilla. No la conocía bien, pero aquella no era ella, sino que Christine se hallaba, de pie, frente a él. La astrónoma estaba un poco pálida y su ropa le quedaba un poco grande. Llevaba un traje espacial al hombro. Chatterjee debía de haber proporcionado dos astrónomas de reemplazo. ¡La respuesta debía de ser muy importante para él!

—Yo no soy Christine —dijo Christine.

—Él no es Christine —confirmó Oscar.

Ella flotó hacia él. Christine era el miembro más importante de esa expedición así que era lógico contar con un reemplazo. No, no era ella. Era el hombre que intentó chantajearle para que volviera a la Shepherd-1, y que ahora tenía lo que quería. ¿Por eso sonreía? ¿Ella? ¿Él? Benjamin se acercó al mamparo y levantó los brazos a la defensiva.

—¿No vas a saludarme? —preguntó la persona.

Benjamin se obligó a verlo como Chatterjee bien disfrazado.

—No es que esté encantado de verle, señor Chatterjee.

—Tu amigo Oscar me ha dicho que me necesitas.

—Eso parece.

—Estoy de suerte, entonces. Supongo que, de no ser así, me habrías encarcelado de por vida. ¡Qué bonito recibimiento! ¿Te maltraté de alguna manera en mis instalaciones?

—No estoy de humor para charlas —dijo Benjamin—. Tenemos que levantar el cerrojo. Los dos a la vez.

—Bien, tendremos tiempo más tarde para charlar tranquilos —se burló Chatterjee—. El trabajo es lo primero: admiro esa actitud.

Se apartó y se dirigió a la otra rueda.

—A la de tres —dijo Oscar—. Tres, dos, uno, ya.

Benjamin soltó un gemido debido al esfuerzo. Una vuelta, dos...

—¿Chatterjee? Un poco más despacio, por favor.

¿Qué? ¿Se estaba quedando atrás? Benjamin se esforzó más. La manivela se calentó. Tres vueltas, cuatro, cinco. Ahora no le fue más difícil, aunque tampoco más fácil. Tras nueve vueltas, la puerta de la esclusa emitió un crujido. Benjamin soltó el volante asustado. Pero volvió lentamente a su posición original.

—Enhorabuena —exclamó Oscar—. Ya se puede abrir la puerta.

—AHÍ ESTÁ —dijo Chatterjee.

Estaban al borde de la esclusa, asegurados con cuerdas de seguridad, y Chatterjee iluminaba el universo con una linterna. Era asombroso lo brillante que resultaba cuando todo alrededor estaba tan oscuro. Allí donde el haz incidía en la cápsula, era lo bastante amplio como para iluminar también parte del anillo.

—¿Cómo llegaremos a la cápsula? —preguntó Benjamin.

—¿Saltando? ¿Te atreves?—preguntó Chatterjee.

—¿Sin una cuerda? Eso es demasiado arriesgado a esta distancia.

Habían buscado pero, por lo visto, todos los cabos de seguridad habían desaparecido de la nave. De lo contrario, podrían haber anudado varios cabos cortos en uno largo.

—Tengo algo —intervino Oscar.

—¿Sí? —dijo Benjamin.

—¿Ves la sonda Sheep? Puedo dirigirla hacia la cápsula.

—¿Y traer la cápsula? Eso sería más fácil.

—No, Benjamin. No responde. Puedes encender la sonda Sheep.

Por supuesto, la Sheep posada en la esclusa principal aguardaba a la espera de ser reparada. Benjamin flotó a través de la esclusa hacia ella. Sin su espejo, que Christine había llevado al taller, la sonda era diminuta. No tenía un propulsor propiamente dicho porque era acelerada por el viento solar o los láseres. Pero tenía un pequeño propulsor auxiliar para ajustar su orientación. Eso era importante para

alinear con precisión el espejo que creaba la imagen.

—Parece un poco endeble —dijo Chatterjee, flotando a su lado con un traje espacial.

—Bastará para llevarnos hasta la cápsula —aseveró Benjamin.

Se agachó, levantó la sonda y la remolcó detrás de él.

—Listo —dijo desde la escotilla.

—¿Has colocado la sonda con los propulsores correctivos apuntando hacia atrás? —preguntó Oscar.

—Sí —respondió Benjamin.

—Bien, agárrate fuerte.

Benjamin enganchó su cuerda de seguridad a un puntal e hizo un gesto a Chatterjee para que hiciera lo mismo. Él negó con la cabeza. Bien, que volara sin cuerda.

La sonda empezó a moverse. Al principio se tambaleó un poco, aunque Oscar consiguió controlarla. Se acercaron a la parte inferior de la cápsula. Sus propulsores dobles sobresalían hacia ellos. Algo colgaba de la salida de gas, algo que no debía estar allí.

—¿Ve eso? —preguntó Benjamin.

—Hay una persona colgando —confirmó Chatterjee—. En un exotraje.

—¿Puedes ver esto, Oscar? —inquirió Benjamin.

Oscar tenía acceso a la cámara de su casco.

—Esa es la cápsula D, y el exotraje es de la cápsula —dijo Oscar.

—Entonces quizás hayamos encontrado a David —opinó Benjamin.

—Espera —dijo Chatterjee—. A juzgar por el aspecto del traje, su contenido está afectado.

Contenido. Afectado. ¡Qué imbécil! Benjamin miró a Chatterjee. Ahora, con el traje, solo se parecía vagamente a Christine. Chatterjee no iba atado. Una patada y saldría volando. Benjamin podía alcanzarle con las piernas. Una oportunidad de librarse de él para siempre.

Sin embargo, eso sería un asesinato. O peor, porque el cuerpo nuevo del androide podría durar miles de años con Chatterjee dentro, girando solo por el espacio.

—¿Por qué me miras con tanto cariño? —preguntó Chatterjee—. ¿Hubo algo entre tú y Christine?

Benjamin tuvo que reírse. ¡Si él supiera!

—Ya casi habéis llegado —dijo Oscar.

Adiós oportunidad. La cápsula estaba a distancia suficiente para saltar. Benjamin soltó su cuerda.

—Si te golpeara ahora, estarías perdido —murmuró Chatterjee, pasando a su lado.

¡Cabrón hijo de puta! Benjamin se impulsó. Alcanzó la cápsula cerca de sus propulsores y ató allí su cuerda. Solo tuvo que darse la vuelta para mirar por el visor del exotraje.

Era Christine.

Tenía los ojos cerrados. ¿Qué le pasaba? A Benjamin se le llenaron los ojos de lágrimas. Le dio un golpecito en el casco. Sus ojos se abrieron. Estaba viva. No se lo podía creer. Sus labios se movieron, aunque él no la oyó. El exotraje debía carecer de energía.

—¿Quién es? —preguntó Chatterjee.

—Christine. Está viva.

—¡Genial!

Detectó el regocijo en la voz de Chatterjee, pero no podía enfadarse con él. Habían encontrado a Christine. ¿Había algo entre él y ella? ¡Imposible! Bueno, sí. Habían sido amigos. Seguían siendo amigos.

◓

¿QUÉ LE HABÍA pasado en los dedos? Benjamin tuvo que usar unos alicates para sacarlos del hueco en el que se hallaban encajados. Esperaba que sus receptores del dolor estuvieran desactivados. Cuando movió los brazos de nuevo a los lados no hubo resistencia. Eso no pintaba bien. El exotraje parecía ser funcional, aunque no tenía combustible. Christine probablemente tuvo que sacrificar sus dedos para frenar.

Pero ¿por qué no entró por la esclusa principal? ¿Se había activado ya el modo de emergencia? ¿Por qué la IA de la nave no la dejó entrar? ¿Cuál era la emergencia? No había ninguna razón aparente para tomar medidas tan severas. Con suerte, Christine se lo aclararía todo.

—¿Oscar? La tengo. A Christine.

—Bien. Tienes que llevarla a la esclusa principal.

—¿Cómo? —preguntó Benjamin—. La sonda se ha ido.

—Es igual; de todos modos, se quedó sin combustible.

—Tienes que activar la cápsula, Oscar.

—Si eso fuera posible, te habría ahorrado el vuelo con la sonda.

—Mierda.

—La cápsula cuenta con controles manuales —apuntó Oscar.

—Chatterjee, ¿ha oído eso?

—Voy para allá. Un momento. Mierda. La esclusa no se abre. Modo de emergencia.

—No podemos entrar, Oscar.

—Tal vez aún logres acoplar el exotraje.

—No sé si eso servirá. Christine no puede usar sus manos. Las tiene hechas polvo.

—Tu cuerpo puede hacer frente al vacío, ¿verdad?

Claro. Podrían sacar a Christine del exotraje y usarlo ellos mismos.

¿Ellos? Chatterjee. Benjamin se quedaría con Christine.

—¿Chatterjee? Tengo un trabajo para usted. Ayudamos a Christine a salir del suyo. Luego se lo coloca usted, acopla el traje a la cápsula, sube dentro y vuela la cápsula manualmente.

—¿Y tú?

—Me aseguraré de que no le pase nada a Christine. No puede agarrarse a nada.

—Vale. ¿Mi cuerpo puede resistir eso?

—Usted lo diseñó.

—¿Mis ingenieros hicieron un buen trabajo?

—En ese sentido, sí.

—De acuerdo. No te servirá de nada si muero, así que supongo que puedo fiarme de ti.

Sin embargo, Benjamin no advirtió a Chatterjee de qué se sentía al no poder respirar por primera vez. Ya lo averiguaría por sí mismo.

Chatterjee no dudó. Se quitó el casco. Su cara se contorsionó. Era una tortura. Movía los labios, pero no lograba hacerse oír. Tenía los ojos desorbitados. El fluido asomó por su nariz, cosa que nunca había sucedido a Benjamin. Con suerte, no moriría.

Chatterjee acabó por calmarse y Benjamin sacó a Christine del exotraje. Intercambiaron las secciones del traje: una mitad superior para Chatterjee y otra para Christine. Luego intercambiaron las mitades inferiores y los cascos. Christine estaba tranquila. De todas formas, no podía oír a nadie en el vacío. Chatterjee fruncía el ceño, aunque soportaba la situación con serenidad. El traje le quedaba perfecto a Christine. No era de extrañar. Chatterjee se puso el casco del exotraje.

—Um, ¿hola? —dijo Christine.

Ahora tenía una radio en el casco. Benjamin se puso de perfil para que ella no pudiera verle la cara. No era el momento de dar largas explicaciones.

—Soy yo, Benjamin —contestó—. Estamos muy contentos por haberte encontrado. Enseguida te lo explicaré todo. Volemos antes a la esclusa principal.

—Pero está cerrada por la...

—Shh —la interrumpió—. Lo discutiremos dentro de un momento, ¿vale?

Christine asintió. Sus brazos colgaban, flácidos.

Chatterjee cumplió su palabra. El exotraje se acercó a la cápsula y no tardó en colgar de su muelle. Sabían solo que el traje estaba vacío mirando por el casco. Chatterjee debía de hallarse ya en la cápsula.

De inmediato empezó a maldecir por radio.

—¡Imbécil! Podrías haberme avisado de que...

—A nosotros tampoco nos avisó nadie —lo interrumpió Benjamin.

Chatterjee se calló.

—La solución a la que llegamos no era óptima —admitió al cabo de un momento—. Pero no trabajábamos contra ti, Benjamin, se trataba de la misión.

El *shock* debió de afectar a su actitud. Aunque solo un poco.

—Benjamin, por favor, sujeta bien nuestro hallazgo —dijo Chatterjee—. Estoy volando manualmente.

Benjamin enganchó su cuerda de seguridad a Christine. Se aferró a la cápsula, que ahora pilotaba Chatterjee.

—Afirmativo.

Hubo un suave bandazo. Se acercaron poco a poco al módulo central de la nave.

—¿ERIC? ¿Qué haces aquí? —exclamó Christine, con los ojos desorbitados—. ¿Quién te ha sacado de tu caja? No eres...

—Cálmate —dijo Benjamin—. No soy Eric. Soy Benjamin. Confía en mí. Tomé el cuerpo de Eric. Unos amigos me ayudaron a llegar a la Shepherd-1 debido al inexplicable silencio de la radio.

—Yo... sí, han ocurrido algunas cosas. Necesito pruebas de que no eres Eric. ¿Qué hicimos después de cerrar la caja de Eric?

Benjamin se le contó y ella asintió.

—Te creo. Es tan surrealista… ¿Estáis solos?

—No, somos tres —contestó Benjamin.

Christine sonrió. Parecía animada por la noticia. Benjamin la había atado a una mesa de operaciones. Oscar estaba preparando el robodoc para reparar los daños. La había vestido con pantalones de chándal. La parte superior de su cuerpo lucía desnuda para la operación, aunque cubierta con una sábana, por lo que tampoco se le veían los brazos, solo la cara. La piel de su mejilla derecha estaba desgarrada y Benjamin veía la sangre azul dentro del corte.

Chatterjee se acercó a la mesa con un traje espacial. Benjamin adivinó por qué. Era una buena idea. Christine debió de fijarse en la segunda persona y le dirigió una mirada.

—Gracias a ti también —dijo—. Eres tú, Aaron, ¿verdad? ¡Qué alivio! ¿Dónde está David? Espero que se encuentre bien.

Chatterjee no respondió. Su voz le delataría. Le apretó la mano.

—¿Christine? Tengo que decirte algo —confesó Benjamin—. Es… complicado.

—Tengo tiempo.

—Bueno, Oscar está preparando el robodoc. Queremos curarte los brazos.

—¿Oscar?

—Una IA que vino conmigo. No habría llegado sin él.

—Tampoco estarías aquí sin mí —soltó Chatterjee.

Christine se estremeció. Reconoció la voz y se dio cuenta de que no era la de Aaron ni la de David.

—Es verdad. Intentó chantajearme para que hiciera este viaje con sus condiciones.

Christine miró a Benjamin y al desconocido. Debía saber que no era Aaron.

—La tercera persona que está con Oscar y conmigo es Ilan Chatterjee —explicó Benjamin.

—¿Chatterjee está aquí? ¿Dónde?

Ella miró a la persona del traje espacial. Parpadeó. Lo sabía.

—Estoy delante de ti, Christine —dijo Chatterjee—. Lo siento, pero este era el único cuerpo disponible. No lo elegí yo. Por favor, no te alarmes cuando me quite el casco.

Chatterjee abrió el sello con ambas manos. Apareció su cabeza. Eran los rasgos de Christine, aunque Benjamin tuvo la impresión de que era la sonrisa jovial de Chatterjee la que les daba forma.

—Pero eso es... ¿siempre hubo otra copia mía a bordo?

—Eres nuestro activo más valioso, Christine. ¡Deberías estar orgullosa! Ni siquiera hay una copia mía.

Un activo. ¡Qué honor!

—No deseo verle, Chatterjee. Váyase a la mierda, ¡Salga de ese cuerpo y de esta nave! No le queremos aquí.

—Me encantaría complacerte pero estás en posesión de algo que me pertenece.

—Olvídelo.

—Traedme a la paciente, por favor —pidió Oscar por el intercomunicador—. El robodoc está listo.

●

EMPUJARON LA CAMILLA de Christine hacia la estación médica. El robodoc colgaba del techo como una araña de seis patas.

—¿Oscar no está aquí? —preguntó Christine.

—No tiene cuerpo —explicó Benjamin.

—Ahora mismo estoy en el robodoc —contestó Oscar.

Una de las patas de la araña se extendió hacia ella. Había una mano de seis dedos en su extremo.

—Oh, ahora no puedes darme la mano —recordó Oscar.

—Pensé que eras consciente de los problemas de la paciente —protestó Benjamin.

—¿Pueden darse la vuelta, caballeros? Necesito exponer la zona de operaciones.

—¿No necesitas que alguien te pase el instrumental? —preguntó Benjamin.

—Tengo seis brazos. Creo que conseguiré arreglármelas.

LA OPERACIÓN DURÓ TREINTA MINUTOS. Esperaron en la sala de control. Chatterjee se había quitado el traje y curioseaba de una consola a otra. De vez en cuando se sentaba y tecleaba algo en una de ellas. Christine llegó flotando desde el puesto médico, totalmente vestida.

—Ya estoy aquí —exclamó con una sonrisa, ignorando a Chatterjee —. Me gustaría volver al trabajo.

No había cambiado. No se podía decir lo mismo de los demás.

—¿No deberías descansar unos días? —preguntó Benjamin.

—Olvidas que no soy humana. Un coche no necesita descansar después de una reparación. Oscar me restauró por completo.

—Bien. Me alegro.

—Me gustaría saber qué pasó aquí —dijo Chatterjee.

—Y a mí me gustaría que se largara. No pertenece a ese cuerpo. Es mío.

—Alégrate de que no tengamos que compartirlo.

—Christine, a mí también me interesa lo que pasó en la Shepherd —intervino Benjamin—. Cuéntamelo como si estuviéramos solos.

—Todo comenzó con una extraña avería en los sensores —empezó Christine, quien dirigió una odiosa mirada de reojo a Chatterjee.

Tardó diez minutos en explicarlo todo. Cuando llegó a las desapariciones de Aaron y David, lloró. Benjamin le rodeó los hombros con un brazo reconfortante.

—Los encontraremos —prometió.

—El parásito, ¿sigue aquí? —se interesó Chatterjee.

Christine les había mostrado las imágenes de las ondulaciones rojas.

—Oscar, ¿puedes controlar la cápsula a distancia ahora? —preguntó Christine.

—Sí, está activa de nuevo.

—Por favor, apunta el láser a estas coordenadas.

Leyó unos números. Luego cambió la pantalla a la vista de la cámara exterior.

—Fuego —indicó.

Una extraña nube apareció de la nada. Benjamin no lograba distinguir un perímetro o núcleo definido. Era como si fluctuara dentro y fuera de la existencia, esperando una decisión en cualquier sentido. La nube volvió a desvanecerse.

—¡Fascinante! —exclamó Chatterjee—. ¿Y esa capa de helio mantiene, de forma independiente, temperaturas inferiores a tres kelvin?

—Sí, eso es lo que medimos.

—¿Y puede… disolver y encoger la materia?

—Sí.

—Eso es fantástico. Has hecho dos descubrimientos revolucionarios a la vez. La humanidad te aplaudirá.

—Que lo hagan en mi ausencia —protestó Christine.

—Me temo que en eso te equivocas. La Shepherd-1 es propiedad del gobierno de los Estados Unidos y de mi empresa. Por lo tanto, tengo derecho a tomarte oficialmente bajo mi custodia.

—Estás loco, Chatterjee —chilló Benjamin, tuteándole por fin.

Ya era suficiente. Aquel hombre había conseguido que Benjamin se pusiera rojo de ira. Se apartó y asintió a Christine. Eran dos. No tenía ninguna posibilidad contra ambos. Benjamin lo alcanzó y buscó a tientas el interruptor de apagado, pero no había nada. Así que llevó las manos a su garganta. No podía asfixiar a Chatterjee pero sí estropear el cable que conectaba la cabeza con el cuerpo y dejar a Chatterjee fuera de combate.

Apretó, sin embargo, Chatterjee se rio.

—¿Estás intentando hacerme cosquillas, o qué?

Las manos de Benjamin no se cerraban. Apretó, pero se negaron a completar la acción. Christine levantó el brazo para golpearle, aunque no pudo bajarlo.

—¿Qué os pasa a los dos? —preguntó Chatterjee.

Estaban bloqueados. Debían de haberles implantado algo, *hardware* o *software*, que les impedía emprender una acción física directa contra su creador.

—Hijo de puta —espetó Benjamin.

—¿Quién es el hijo de puta aquí? Admítelo, querías matarme. Regresaremos ahora.

—Dudo que puedas obligar a Oscar a obedecerte —dijo Benjamin —. Él tiene el control de la nave.

—No lo necesito. —Chatterjee se colocó delante de una cámara en una de las consolas—. Contraseña del propietario: dos-alfa-aguja-hidrógeno-siete.

Mierda. Benjamin siempre había pensado que ese tipo de puertas traseras eran simples clichés de películas, pero esta era real.

—Control reasignado al capitán Ilan Chatterjee —informó la nave.

—¡Capitán! ¿Habéis oído eso? Siempre he querido que alguien me llamara así. ¡Ahora comando mi propia nave!

—Que te diviertas. Nunca te daré la respuesta que buscas —amenazó Christine.

—Eso ya lo veremos. Tengo especialistas en la Tierra que pueden desmantelar tu conciencia utilizando todos los trucos del oficio. La encontraremos en cualquier rincón oscuro en el que se halle escondida.

—He guardado los datos en un lugar seguro.

—Tienes razón, no tenemos muchas esperanzas de descifrarlo. Pero no me importan los datos. Para mí se trata de la respuesta. Que tú sabes. Así que está almacenada en tu conciencia. Solo necesitamos encontrarla.



Shepherd-1, 18 de octubre de 2112

—OSCAR, ¿has encontrado una alternativa? —preguntó Benjamin.

—Lo siento. No puedo anular los controles.

Chatterjee había encerrado a Benjamin y Christine en un camarote individual del módulo central de la nave para mantenerlos alejados de él. Aunque no podía hacer nada contra la presencia de Oscar, quien se había asegurado demasiados permisos.

—Pero logré redirigir el dispositivo de escucha a un camarote vacío. Así que podemos hablar con total libertad.

—Bien —exclamó Christine, incorporándose—. Tenemos que evitar a toda costa que la Shepherd llegue al sistema solar.

—Tal vez pueda proporcionar a tu conciencia una barrera adicional para que no tengas que revelar la respuesta a la pregunta sobre la existencia de Dios —propuso Oscar.

—Gracias, Oscar, aunque ese no es nuestro problema más acuciante —dijo Christine—. Eso daría lugar a unos cuantos cientos de años de nuevas guerras religiosas. Pero si la Shepherd arrastra a nuestro parásito a casa, puede amenazar la existencia misma de la Tierra.

—Chatterjee cree que será capaz de contenerlo.

—Eric… Lo siento, Benjamin. Ni siquiera sabemos lo qué se trata. Es aproximadamente el doble de tamaño desde la última vez que lo vi. Lo viste cuando Oscar disparó el láser. Necesitamos examinarlo ya. Y encontrar a Aaron y David.

—¿Crees que siguen vivos?

—Eso espero. Y el comportamiento de esa nube es tan extraño que es posible que ambos lo estén. No lo descartaría.

—Chatterjee insistirá en que tenemos muchas más posibilidades de examinarla en órbita terrestre.

—¡Eso es muy arriesgado! Si ha aumentado tanto de tamaño en dos semanas, ¿cuánto crecerá en veinte o treinta años? Tenemos que alejarla todo lo posible de la Tierra.

—Fase de aceleración 4 de 100 —informó la nave.

Estaban tumbados en sus camas. Chatterjee había iniciado la primera fase la noche anterior. Quería volver a la Tierra lo más rápido posible. Eso significaba que tenían que soportar 4g varias veces al día. A la nave no le quedaba combustible para frenar, pero Chatterjee esperaba reabastecerse cuando se acercaran a la Tierra. Su plan parecía sólido. Pero ahora mismo seguían distanciándose de la Tierra, porque la Shepherd-1 necesitaba anular su velocidad actual antes de cambiar de dirección.

Uff. Eso no eran 4g, eran al menos 6. Fuerzas como esa afectaban incluso a los androides.

—¿Habéis soportado bien la pequeña desviación, mis queridos huéspedes? —preguntó Chatterjee.

Benjamin no se acostumbraba a oírle hablar con la voz de Christine.

—Sí, sin daños —dijo Benjamin—. Pero no fue muy cómodo.

—No tiene por qué ser cómodo. Voy a probar con 8g más tarde. Así, llegaremos antes a casa.

Imbécil. Pero no hubo forma de evitar que Chatterjee se colara a bordo.

—¿Puedes oírme?

Era Oscar.

—Muy bien —contestó Benjamin.

—Tenemos visita.

—Oh, ¿quién?

—Afrodita está aquí.

—Vaya, pensé que se había ido al oeste.

—No me atreví a echarla. Quería ayudar.

—¿Por qué no podemos hablar con ella?

—La delataría. Chatterjee no sabe que está aquí. Tengo un plan.

—¿Quién es Afrodita? —preguntó Christine.

—Un robot sexual —dijo Oscar.

—¿Has traído un robot sexual a la Shepherd? ¿Por qué?

—Es una amiga que quiere ayudar —explicó Benjamin.

—¿Tienes una robot sexual por amiga?

—Una buena amiga. No es lo que piensas.

—Vale. No lo entiendo, aunque es genial a ayudarnos si puede. Necesitamos toda la ayuda posible.

—Eso es lo que me imaginaba —opinó Oscar.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó Benjamin.

—Ya lo verás.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Mañana a más tardar.

OSCAR LOS DESPERTÓ en mitad de la noche.

—Os necesito ahora.

Benjamin se despertó sobresaltado. Christine estaba sentada en su cama ya vestida.

—Supuse que sucedería por la noche —explicó ella.

Benjamin se puso el chándal.

—¿Qué necesitas que hagamos? —preguntó.

—Sabotear el suministro de energía. Si lo conseguís, podré cambiar la IA de la nave por otro programa.

—¿Por ti?

—No, la ROM de la IA de la nave es demasiado pequeña para mí. Necesitamos un programa mucho menos sofisticado.

—Afrodita.

—Exacto. He reescrito el sistema para que, cuando se reinicie, active a Afrodita en vez de la IA de la nave. Ella está de acuerdo si eso significa hacer algo por ti.

—¿Qué pasa con la contraseña de Chatterjee? —inquirió Benjamin.

—Esa puerta trasera está integrada en la IA de la nave —dijo Oscar.

—¿Puede Afrodita pilotar la nave? —preguntó Christine.

—No estoy seguro —respondió Oscar—. Pero confío en ella. Es sorprendentemente inteligente cuando llegas a conocerla.

—Espero que tengas razón —dijo Christine.

—Aunque nos lleva a Saturno, eso sería preferible que volver a la Tierra —exclamó Benjamin.

—Yo no estoy tan segura. Si el parásito llega a Saturno, el resto del sistema solar no le quedaría muy lejos.

—¿Por qué estás tan segura de que es un parásito?

—Lo vi comerse a dos de mis amigos. ¿Eso cuenta?

—NO PODEMOS PASAR POR AQUÍ —dijo Benjamin.

Christine empujó la puerta con toda sus fuerzas, pero fue inútil.

—Es la única forma de llegar al convertidor —se lamentó Oscar—. Tenéis que hacerlo.

—Los explosivos son lo único que nos permitirá pasar por aquí —aseveró Benjamin.

Y sabía que eso despertaría a Chatterjee.

—Eso alertaría instantáneamente a nuestro amigo —dijo Oscar—. Es demasiado arriesgado.

—Lo sé —murmuró Benjamin—. ¿Y si no hay otro camino?

—Hay otra manera, a través del casco exterior —contestó Christine.

Antes había dicho que era imposible.

—¿Y ese cambio de opinión? —se extrañó Benjamin.

—No cambié. Es demasiado peligroso. Sobre todo, a nuestro ritmo actual de aceleración. Pero llevar el parásito al sistema solar lo es aún más.

—Ese no tiene por qué ser nuestro problema —dijo Benjamin—. ¿Qué ha hecho la humanidad por nosotros?

—Oh, no sé —admitió Christine—. Yo los veo como niños. No espero nada de ellos. Y no puedo permitir que se destruyan a sí mismos.

—Si seguimos protegiéndolos de las calamidades, nunca aprenderán.

—No te preocupes por eso. Hay muchas calamidades de las que no podemos protegerlos.

—Vale, saldré —dijo Benjamin—. Oscar, qué debo hacer.

—Tienes que prestar especial atención a...

—De ninguna manera, saldré yo —intervino Christine—. Oscar, cuéntame, ¿en qué consiste mi tarea?

—Primero, tienes que...

—Sé sensata, Christine. Déjame salir a mí.

—¿Por qué es eso sensato? ¿Crees que puedes hacerlo mejor? Mentira. ¿A cuántos parásitos te has enfrentado?

—Yo...

—¿Ves? Iré yo. Me niego a ver a otro miembro de la tripulación desaparecer en esa niebla ante mis ojos. Y soy la comandante. Todos parecen haberlo olvidado.

—Sí, capitán.

—Eso está mejor.

CHRISTINE LE ENTREGÓ LA CUERDA. Estaba anudada a intervalos de un metro. Christine le había hablado de la cuerda que usó con David. Y que, aun así, David desapareció. Antes del EVA habían echado otro vistazo a las imágenes de la nube. Había una zona a un lado del módulo central de la nave libre de esa masa extraña. Christine la atravesaría en dirección a popa. Oscar la seguiría y la guiaría si era necesario.

Se despidieron. Christine salió de lado por la esclusa abierta y desapareció de la vista. Un nudo tras otro pasaba por la mano enguantada de Benjamin. Christine daba la señal de «*OK*» cada diez metros. Tirón. Tirón-tirón. Ella le había advertido de que sus señales podían carecer de sentido. Había seguido recibiendo lo que suponía eran las de David, incluso después de su desaparición.

Lo que estaban haciendo era bastante estúpido. Estaban repitiendo un intento que ya había fracasado. Si esa era la única opción que tenían, al menos deberían modificar las condiciones. ¿Cómo? Christine ya iba de camino. Bueno, Benjamin no tenía que quedarse quieto y esperar. Podía seguirla. Ató el cabo a un puntal cerca de la escotilla,

para ayudarse a encontrar el camino de vuelta. Luego, salió al exterior.

Había echado mucho de menos esa vista del cosmos. La contaminación lumínica era tan fuerte en Houston que apenas se lograba distinguir la Vía Láctea. ¿Era la Tierra el lugar adecuado para él? Sí. Los colores eran incomparables. Allí arriba solo había blanco y negro; todo lo demás resultaba efímero.

El EVA era agotador: tenía que encontrar un nuevo punto de apoyo a cada paso. ¿Cómo se movía Christine tan rápido? La nave se estrechaba a medida que él avanzaba hacia la popa, y el espacio aún no ocupado por la esquiva nube se hacía más estrecho. Tenía que evitarla, o podría correr la misma suerte que David. Pero no podía verla. Tenía que contar con que Oscar guiara a Christine. Benjamin simplemente la seguía, para cuando... Sí, ¿cuándo qué? Tirón. Tirón-tirón. Él reflejó la señal. Adelante. Ahora podía ver los DFD. ¿Dónde estaba Christine?

—Cuidado, la siguiente fase de aceleración es en un minuto —advirtió Oscar.

Mierda. Tenía que encontrar rápido un lugar seguro. A 6 u 8g sus manos no serían tan fuertes como para sostenerlo. Subió rápidamente por la pendiente. Debería haber una protuberancia rodeando todo el casco. ¡Ahí!

—Veinte segundos.

Se tumbó de lado y se encajó contra la protuberancia para que su propia inercia le presionara contra ella. Se las arregló para meter un pie detrás de un puntal. Tirón. Tirón-tirón. Estoy bien. ¿Significaba eso que Christine también había encontrado un lugar seguro?

Comenzó. Benjamin desactivó sus sensores de dolor. No podía moverse por el puño que le apretaba, aunque no podía hacerle daño. El visor de su casco se resquebrajó. Si fuera humano, estaría muerto.

El puño le soltó. Él retrocedió. ¡Ahí, junto a los DFD! Pudo ver una luz entre ellos.

Tirón-tirón-tirón. Eso significaba: Llegué. Christine cortaría la conexión entre los generadores de fusión y el convertidor en la sala de control. Eso debería hacer que el suministro de energía fallara momentáneamente, provocando un reinicio del ordenador.

—¿Un paseo nocturno?

¡El acento de Chatterjee en la radio! Benjamin se llevó tal susto que casi pierde el control. Mierda. ¿De dónde había salido? Tenía que distraerlo. Seguro que Christine ya casi había terminado.

—Quería volver a ver las estrellas —afirmó, señalando hacia arriba.

—Claro. Houston no tiene mucho que ofrecer en ese sentido.

—¿Tú también?

—He oído el aviso de la fase de aceleración por la radio. ¿Quién emite avisos en mitad de la noche? Tenía que asegurarme de que nadie socavaba mi autoridad, así que aquí estoy.

—Es comprensible. Pero llegas demasiado tarde, Chatterjee.

—No lo creo.

Chatterjee dio un latigazo a la cuerda de la que Benjamin colgaba y que conectaba a Christine con la esclusa. Benjamin se soltó y salió volando hacia el espacio. A los pocos metros, la cuerda que llevaba sujeta al cinturón lo detuvo. Regresó, pero Chatterjee lo expulsó de nuevo.

—¿Cuál es vuestro plan? —interrogó Chatterjee, sacando un par de tijeras de su bolsa de herramientas y apuntándolas a la cuerda—. Solo lo preguntaré una vez.

—Tenemos que detenerte —dijo Benjamin.

—¿Por qué? Solo quiero lo mejor para todos. Para ti, para Christine y para mí. ¿No es justo?

A Chatterjee le gustaba oírse hablar. Eso era bueno. Solo necesitaban ganar unos segundos más.

Tirón. Tirón. Tirón. Estaba hecho. Esa era la señal. Tirón-tirón, respondió. La verdad, él no estaba bien. Si Chatterjee usaba las tijeras... Benjamin agarró la cuerda y tiró lentamente hacia la nave.

—Chatterjee, estoy aquí —dijo Christine por radio.

—¿Y?

—Deja en paz a Benjamin.

Chatterjee blandió las tijeras. Christine soltó la nave y se impulsó hacia el espacio. La cuerda que pasaba por el cinturón de Benjamin era lo único que la sujetaba. Chatterjee debió darse cuenta de que si desconectaba a Benjamin, perdería también a Christine, junto con su preciada respuesta.

Guardó las tijeras. Aunque Christine se había alejado más de lo previsto. ¿No estaba cerca de la nube de helio? La cuerda vibró. Ella luchaba por su vida. Chatterjee pareció darse cuenta de lo que pasaba y tiró de Benjamin hacia la nave. Juntos tiraron de la cuerda. Cada vez era más ligera. ¿El parásito se estaba tragando también a Christine? Una antena les impedía verla. Ya casi no había peso.

Ah, cierto. El propulsor se había apagado. No había aceleración y, por tanto, no había peso. Benjamin se volvió hacia Chatterjee, quien no tenía ninguna cuerda de sujeción enlazada en el cinturón de su traje espacial. Benjamin se agarró a un asidero para estabilizarse y levantó las piernas de modo que su pie golpeó a Chatterjee en el vientre. Chatterjee buscó la cuerda, pero Benjamin la tenía en la mano. Chatterjee se desvió hacia el espacio en un rizo de la cuerda de seguridad.

—Espero que el propulsor vuelva a funcionar pronto —dijo

Benjamin.

—Tráeme de vuelta, por favor.

—También tengo unas tijeras en el bolsillo. —Las sacó y las acercó a la cuerda—. Están afiladas.

—No puedes hacer eso —exclamó Chatterjee.

—¿Estás seguro? —Cortó parte de la cuerda—. ¡Oh, mira, funcionan!

—Tendrías que cortarla del todo para matarme. Y no estás programado para matarme.

—Oh, no lo haré. Solo cortaré la cuerda. No pasará nada sin la aceleración. ¿Programaste causas indirectas también?

—No lo sé. No lo hice yo.

—¿Estás dispuesto a correr el riesgo? Tienes que darte prisa y decidirte.

—De acuerdo. Te lo ruego. Te daré todo lo que quieras.

—Así se habla, señor Chatterjee. No volaremos a la Tierra.

—No. Te lo prometo.

—Dejarás en paz a Christine.

—Te doy mi palabra.

Benjamin no le creía. Pero Chatterjee tenía razón, habría sido incapaz de matarlo. Su mano se habría negado a cerrarse.

A MITAD DE camino de vuelta a la esclusa, la propulsión se puso en marcha de nuevo. Ahora era como subir una cuesta empinada. Nadie se quejó. Chatterjee iba entre Benjamin y Christine. Tras quitarse los trajes en la esclusa, accedieron directamente a la sala de control sin intercambiar una palabra.

Benjamin adivinaba lo que Chatterjee pretendía hacer. Con suerte, el plan de Oscar habría funcionado.

Cuando llegaron a la sala de control, Chatterjee volvió a colocarse delante de una cámara. Nadie intentó detenerle. Si el plan de Oscar fallaba, habrían perdido de todos modos.

—Contraseña del propietario: dos-alfa-aguja-hidrógeno-siete.

—Propietario desconocido.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Chatterjee, confuso—. ¿Qué has hecho?—Ahora estaba gritando—. ¡Esto no puede estar pasando!

Afrodita. ¡Ella lo había hecho! ¡Oscar lo había hecho! Benjamin y Christine se fundieron en un abrazo. Chatterjee fue hacia la pared y se golpeó la cabeza contra ella hasta que Christine se acercó y le sujetó.

—¡Eso es rojo! —dijo él, señalando la marca en la pared.

—No, es azul —afirmó Christine—. Pero un filtro de color especial en tu percepción convierte el azul en rojo, para que no te sorprendas.

—¿De quién fue la idea?
—De tus ingenieros.



—Tenemos que idear un plan —dijo Christine.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó Afrodita.

—Si se te ocurre una idea de cómo encontrar a David y Aaron, me harías muy feliz.

—Meditaré en ello —afirmó Afrodita.

—Gracias.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó Benjamin—. Los dos últimos intentos no salieron bien. Sabemos muy poco sobre el parásito.

—Entonces tenemos que examinarlo.

—Por supuesto. Me apunto —dijo Benjamin.

—Yo también —añadió Chatterjee.

Habían decidido no encerrarlo en un ataúd. Christine se había acostumbrado a ver a su gemela. Oscar había revocado todos los permisos de Chatterjee. Ni siquiera podía abrir una puerta bloqueada.

—No me miréis así. Me aburro y el parásito me parece fascinante.

¿Esperaba que eso le ayudara a encontrar una forma de escapar?

—Bien. Necesitamos algún tipo de sonda para enviar a la nube —dijo Christine.

—Un robot —apuntó Afrodita.

—Siento interrumpir —intervino Oscar—, pero he recibido una señal de radio inusual.

Chatterjee se levantó de un salto.

—Debe de ser de los del Control de Misión. Me están buscando. Déjame ver.

—Lo siento, pero eso es poco probable —negó Oscar—. La señal proviene del espacio interestelar.



Al abrigo de la hoguera

Estimado lector,

Aquí estamos de nuevo. Espero que te hayas divertido tanto leyendo *La perturbación 2* como yo escribiéndola. También espero que te hayas divertido leyendo el segundo volumen como lo hiciste con el primero, que ahora se está traduciendo también al chino: Brandon Q. Morris, la respuesta internacional a Cixin Liu ha puesto mi editor. Por favor, coméntalo con otros posibles lectores con una breve reseña. Aquí está el enlace para que sea lo más fácil posible:

hardsf.space/links/4209870

¿Habrá un tercer volumen? Por supuesto. El último capítulo del primer libro ya lo insinuaba. ¿Te acuerdas? Christine despierta en un nuevo sistema estelar tras un viaje de muchos, muchos años. ¿Será ese viaje tan tranquilo como ella espera? Ya lo veremos. Y luego está la otra pregunta que he dejado sin contestar, sobre cómo les fue a David y Aaron en su relación con el parásito.

La buena noticia es: no tendrás que esperar mucho. Pero, para asegurarte de que no te lo pierdes, puedes suscribirte en: hardsf.space/suscribir/, así recibirás una versión en PDF profusamente ilustrada del siguiente ensayo, *El mundo de la física de bajas temperaturas*, que en mi opinión es un buen complemento para esta novela. ¿Cómo se comporta la materia en el cero absoluto? ¿Qué son la superconductividad y la superfluidez, y qué tiene que ver todo esto con nuestro sistema solar?

Preguntas apasionantes, espero. Quizá *La perturbación 2* haya despertado tu curiosidad y te haya hecho querer saber más sobre las maravillas del cosmos. Me encantaría ofrecerte más respuestas aquí.

¡Hasta el próximo libro!

Con mi más sincero afecto,

Brandon Q. Morris

P.D.: Aquí está la página de pedido de la tercera parte: hardsf.space/links/4209949










Otros Títulos De Brandon Q. Morris

El faro



Peter Kraemer, un profesor de física y aficionado de la astronomía, realiza un descubrimiento que incluso hasta a él le cuesta creer: las estrellas desaparecen de un día para otro, sin dejar rastro. Los investigadores con los que contacta le brindan explicaciones lógicas y tranquilizadoras para cada una de ellas. Pero, cuando Peter determina que esas desapariciones misteriosas se acerca cada vez más a nuestro sistema de origen, se vuelve cada vez más paranoico. Es el único que percibe la catástrofe que se avecina. Cuando cree que ha encontrado una manera de evitar el desastre inminente, hace todo lo posible para detenerlo, aunque eso le cueste su trabajo, su matrimonio, sus amigos y su vida.

Puedes comprar este libro en: https://hardsf.space/links/2524936

Helio-3: Batalla por el futuro



El sistema estelar es perfecto. Los recién llegados han emprendido un largo y peligroso viaje —una expedición sin retorno— en busca de helio-3, esencial para la supervivencia de su especie. El descubrimiento de este extraordinario sistema solar, con sus cuatro gigantes gaseosos, ofrece una oportunidad única para cosechar el raro isótopo.

Entonces se produce un inquietante descubrimiento: ¡No están solos! Hay otra flota que también depende del helio-3. Ambas especies son tan dependientes del helio-3 como ellos mismos. Y las dos especies son tan fundamentalmente diferentes que la comunicación y el compromiso parecen imposibles. Todo lo que queda es una lucha, a muerte, por el futuro...

Puedes adquirir este libro en el siguiente enlace: https://hardsf.space/links/3189094

Desastre en Tritón



Nick Abrahams ostenta el récord mundial oficial de lanzamientos espaciales, pero le aburre su labor como anfitrión de giras espaciales. Solo cuando su mujer le abandona intenta cambiar de vida.

Acepta la tentadora oferta de un multimillonario ruso. A cambio de realizar una sencilla reparación en la luna Tritón de Neptuno, regresará a la Tierra convertido en multimillonario, lo que le permitirá cumplir su sueño de comprar un viñedo en California.

El hecho de que Nick deba viajar solo durante los cuatro años que dura el viaje de ida y vuelta no le molesta ya que, de todos modos, no le gusta mucho la gente. Una vez en el espacio, se entera de que su nuevo jefe ha omitido algunos detalles críticos a la hora de describir su trabajo, detalles que podrían costarle la vida y la existencia a la humanidad...

Compra este libro en: https://hardsf.space/links/1449023

La fuente oscura



Doce años después de cortarse la comunicación, unos científicos reciben sorprendentes datos del cometa 67P. Algo imposible, porque el módulo que antaño aterrizó en su superficie quedó dañado y defectuoso. Sus enigmáticos mensajes ponen en pie de alerta a todos los científicos del mundo.

Ante los descubrimientos, que pasan pronto de sensacionales a muy preocupantes, la NASA decide enviar una nave tripulada al cometa. Pero la conexión con los astronautas se interrumpe y ya nadie puede parar el oscuro peligro que se cierne sobre la supervivencia de la humanidad.

Consigue este título en: https://hardsf.space/links/1729166

La muerte del universo



Durante miles de millones de años, los humanos, habiendo conquistado la maldición del envejecimiento, se extendieron por toda la Vía Láctea. Son capaces de vivir todos sus sueños, pero para su gran decepción, nunca se han encontrado con ninguna otra especie inteligente. Ahora, la humanidad misma está al borde de la extinción porque el universo está muriendo de una muerte prolongada pero inevitable.

Solo tienen una esperanza: el Proyecto de Rescate, que fue diseñado para alimentar el agujero negro en el centro de la galaxia hasta que se convierta en un cuásar, entregando la energía que tanto necesita la humanidad durante sus últimos alientos. Pero entonces sucede algo que nadie esperaba, y la humanidad se ve obligada a verse a sí misma y su existencia de una manera completamente nueva.

Puedes comprar esta novela en: https://hardsf.space/links/2082344

La misión Encélado (Luna helada 1)



En el año 2031, una sonda robótica detecta rastros de actividad biológica en Encélado, una de las lunas de Saturno. Este sensacional descubrimiento demuestra que existen indicios de vida extraterrestre. Quince años más tarde, una nave espacial construida a toda prisa emprende el largo viaje hacia el planeta anillado y su luna.

La tripulación internacional no solo se enfrenta a veintisiete meses muy difíciles: si la nave espacial consigue llegar a Encélado sin incidentes, deberá utilizar una nave perforadora para penetrar en la capa de hielo de un kilómetro de espesor que sepulta la luna. Si realmente existe vida en Encélado, solo podría estar en el fondo del océano salado y cubierto de hielo, que se formó hace miles de millones de años.

Sin embargo, poco después del despegue, la misión se ve sacudida por el desastre y las posibilidades de que la tripulación consiga llegar a Encélado, por no hablar de volver a casa, parecen sombrías.

Puedes adquirir este título en: https://hardsf.space/links/709463

Luna helada – La colección



Los cuatro exitosos libros de la serie Luna helada se ofrecen ahora como un conjunto, disponible solo en formato *e-book*.

La misión Encélado: ¿Hay realmente vida en la luna de Saturno Encélado? ILSE, la Expedición Internacional de Búsqueda de Vida, se dirige al mundo helado donde se sospecha que un océano subterráneo alberga formas de vida primitivas.

La sonda Titán: Una vieja sonda robótica de la NASA se despierta misteriosamente en la luna de metano de Titán. La tripulación de ILSE intenta resolver el enigma y descubre un peligroso secreto.

Encuentro en Ío: Con destino a la Tierra, ILSE llega a Júpiter cuando la tripulación recibe un mensaje alarmante. La luna volcánica Io puede albergar una amenaza inminente que podría acabar con la Tierra tal y como la conocemos.

Regreso a Encélado: La tripulación recibe una oferta para volver a Encélado. Su misión, recuperar el cuerpo del doctor Marchenko, dado por muerto en la expedición original. No todos buscan el mismo objetivo.

Consigue toda la serie en: https://hardsf.space/links/1548306

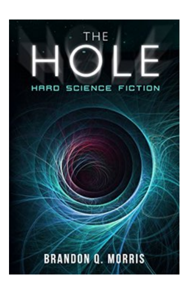
El ascenso de Próxima



A finales del siglo XXI, la Tierra recibe lo que parece una petición urgente de ayuda del planeta Próxima Centauri b, en el sistema estelar más cercano al Sol. Los astrofísicos sospechan que una erupción solar masiva está a punto de destruir esta civilización hasta ahora desconocida. Los programas espaciales de la Tierra no están equipados para ayudar, pero un multimillonario ruso sin escrúpulos lanza una nave espacial secreta y altamente especializada a Próxima b, a más de cuatro años luz de distancia. La inusual tripulación se enfrenta a una tarea hercúlea, si logran sobrevivir al viaje. Nadie sabe qué esperar de este planeta alienígena.

Compra este título em: https://hardsf.space/links/1453754

The Hole



Un misterioso objeto amenaza con destruir nuestro sistema solar. La supervivencia de la humanidad está en peligro, pero nadie se toma en serio la advertencia de la joven astrofísica Maribel Pedreira. Al mismo tiempo, una tripulación de parias exiliados busca minerales raros en un asteroide solitario.

Cuando otros científicos reconocen finalmente el alarmante descubrimiento de Pedreira, queda claro que estos marginados son los únicos que pueden salvar nuestro mundo, sabiendo que El Agujero se precipita inexorablemente hacia el Sol.

Consigue este libro en: https://hardsf.space/links/1306601

Nación de Marte (Parte 1)



La NASA por fin lo ha conseguido. El primer ser humano acaba de pisar la superficie de nuestro planeta vecino. Es el comienzo de una larga expedición de investigación que ha enviado a cuatro científicos al espacio.

Pero los cuatro astronautas de la tripulación de la NASA no son los únicos que tienen este destino. La iniciativa de financiación privada Marte para todos también tiene como objetivo el Planeta Rojo. Veinte hombres y mujeres han sido seleccionados para vivir allí y establecer el primer asentamiento extraterrestre.

Los retos surgen incluso antes de que alcancen la órbita de Marte. La nave espacial Santa María del MpT sufre una avería por el camino. Solo los cuatro astronautas de la NASA pueden intervenir e intentar salvar sus vidas.

Nadie prevé la inminente catástrofe que amenaza su propia existencia—por no hablar de los obstáculos diarios que les plantea una estancia prolongada en un planeta alienígena. En Marte comienza una lucha por los recursos limitados, la cooperación humana y la simple supervivencia.

Puedes comprar este título en: https://hardsf.space/links/1316050

Impacto: Titán



¿Cómo evitar acabar con la Tierra si ni siquiera sabes quién envió al asesino?

Hace 250 años, la humanidad estuvo a punto de ser destruida en la Gran Guerra. Poco antes, una nave espacial llena de investigadores y astronautas había encontrado un nuevo hogar en Titán, la luna de Saturno, y sobrevivido adaptando genéticamente a sus descendientes al hostil entorno.

Los Titanes, como se hacen llamar, se enorgullecen de su sociedad cooperativa y pacífica, mientras que, sin que ellos lo sepan, la humanidad se recupera lentamente en la Tierra. Cuando un trozo de roca de 30 kilómetros de ancho escapa del cinturón de asteroides y parece estar en curso de colisión con la Tierra, los Titanes temen que pueda ser un bombardeo mortal. ¿Serán capaces de impedir el impacto y evitar así una guerra con los terrícolas que, de otro modo, sería inevitable?

Puedes adquirirlo en: https://hardsf.space/links/3402094



El parásito al que se enfrenta la tripulación de la Shepherd-1 tiene una temperatura de escasos kelvin. Por ello, se encuentra en un estado muy especial, que también desempeña un papel en la novela. ¿De qué se trata? Eso es lo que se propone explicar este capítulo.

La temperatura y sus escalas

Antes de analizar lo que ocurre a bajas temperaturas, debemos aclarar qué es la temperatura. Los términos «frío» y «calor» nos resultan familiares desde la más tierna infancia. También hemos estado en contacto con termómetros que nos indican, por ejemplo, la temperatura de nuestro cuerpo. La escala que se utiliza para ellos es realmente arbitraria y producto de la historia. El principio de medición de un termómetro de mercurio se basa en el volumen de un líquido en función de la temperatura. Esto no es igual para todas las sustancias, por lo que todo termómetro que funcione de este modo debe calibrarse primero.

Pero ¿qué estamos midiendo realmente? En términos macroscópicos, medimos el contenido de calor de un cuerpo. El calor siempre fluye de los cuerpos más calientes a los más fríos. El «frío» no existe, solo hay menos calor. Cuando abrimos una ventana, no dejamos que entre frío del exterior sino que salga calor del interior. Eso enfría la habitación y experimentamos la reducción de calor como enfriamiento.

¿Qué aspecto tiene el calor en una sustancia? Existe en el movimiento de las partículas. Cuanto más rápido se mueven, más energía cinética tienen. La energía cinética total de las partículas de una muestra corresponde a la cantidad de calor. Ahora también puedes imaginarte por qué una sustancia presenta diferentes estados de agregación: cuando las moléculas y los átomos individuales se agitan demasiado ya no pueden mantenerse en una red cristalina. Si reciben más energía, sus piruetas ni siquiera pueden contenerse en forma líquida y se liberan para convertirse en gas, en el que las demás partículas ya no influyen en ellas, y simplemente se mueven de forma independiente hasta que chocan aleatoriamente con otra partícula, movimiento browniano.

Las observaciones microscópicas nos dicen que tiene que haber un punto de cero absoluto: esto ocurre cuando las partículas dejan de moverse. Hoy en día, ese punto es el cero en la escala Kelvin. Cuando se inventaron los primeros termómetros, esto aún no se sabía. El cero absoluto no se da en la vida cotidiana. Como humanos, solo podemos sentir temperaturas entre 5 y 40 grados Celsius con nuestra piel. Esto se debe a la estructura de los receptores de calor de nuestra dermis. Así que para los primeros termómetros se eligieron valores que pudieran alcanzarse. El astrónomo danés Ole Rømer fue el primero, en 1701, en desarrollar un termómetro calibrado con dos puntos fijos. En la escala R, el punto de congelación del agua es de 7,5 °Rø, el punto

de ebullición es de 60 °Rø y la temperatura media del cuerpo humano es de 26,9 °Rø.

El físico alemán Daniel Gabriel Fahrenheit basó su propia escala en este sistema, tras una visita a Rømer. Pero intentó evitar los valores negativos, fijando el punto cero en la temperatura más baja que pudo crear utilizando una mezcla de hielo, agua y cloruro de amonio, que equivalía a -17,8 °C. Más tarde, añadió el punto de fusión del agua como otro punto fijo, a 32 °F, y la temperatura del cuerpo humano a 96 °F, aunque esta última no es exacta (corresponde a 35,6 °C, que es un poco fría). El punto de ebullición del agua es de 212 °F en la escala Fahrenheit. Esta escala fue popular en Europa durante mucho tiempo, pero ahora solo se emplea en un pequeño número de países, entre ellos Estados Unidos. En Europa, sobre todo en Alemania y Francia, compitió durante mucho tiempo con la escala Réaumur. Esta, parte del punto de fusión del agua, 0 °R, y fija el punto de ebullición del agua en 80 °R.

En la actualidad, la mayor parte del mundo utiliza la escala Celsius del astrónomo sueco Anders Celsius. Este extendió la escala R. Fijó el punto de fusión del agua en 100 grados y el de ebullición en cero grados. No se trata de una errata. Esto significaba que un cuerpo más caliente tenía una temperatura más baja. No fue hasta después de la muerte de Celsius cuando se invirtió a la escala tal y como la utilizamos.

Hoy en día, los científicos utilizan la escala Kelvin. A mediados del siglo XIX, el físico británico William Thomson, más tarde Lord Kelvin, investigó el concepto de «frío infinito», un estado que hoy describimos como cero absoluto. En un artículo de 1848, lo estimó en 273 °C. Un acierto asombroso. Por eso es justo que la unidad de temperatura lleve su nombre: «kelvin», no grados Kelvin.

Con la introducción del sistema SI en 1960, se estableció que el punto triple del agua era exactamente 273,63 K. Esta es la temperatura a la que, en ausencia de aire, el agua líquida, el hielo y el vapor de agua están en equilibrio. Se eligió esta temperatura como punto fijo porque puede reproducirse con gran precisión. Aunque esta definición es práctica, no está ligada a las constantes fundamentales de la física. Por ello, en 2019 se redefinió la unidad de temperatura. El kelvin ya no se define por la temperatura del punto triple del agua. En su lugar, las temperaturas se definen ahora en relación directa con la energía. La nueva temperatura termodinámica es directamente proporcional a la energía térmica en julios, con la constante de Boltzmann como factor de proporcionalidad. El valor de la constante de Boltzmann, k, se fija exactamente en $1{,}380649 \times 10^{-23}$ J/K. Esto no cambia nada de la escala en sí.

Agua y hielo

¿Qué ocurre cuando descendemos en la escala de temperaturas más allá del rango conocido? El primer punto importante es 3,98 °C. Se trata de la dilatación térmica negativa del agua. Mientras que la mayoría de las sustancias se condensan cuando se enfrían, el agua se expande una vez que se enfría por debajo de 3,98 °C. Por eso las botellas de agua selladas revientan en el coche cuando hay una helada. Pero tiene otros efectos más significativos: hace posible la vida en el universo, o al menos la vida tal como la conocemos. Crea el efecto de que el agua fría no se hunde, sino que se queda arriba, donde se congela. Por eso las masas de agua se congelan de arriba abajo, lo que permite a plantas y animales sobrevivir en invierno. Esto también permitió a la vida en la Tierra sobrevivir a las numerosas glaciaciones. En los lagos de metano de Titán, por ejemplo, es diferente. Allí se forman témpanos de hielo en el lecho de los lagos.

La razón de esta anomalía son los enlaces de la molécula de agua. Su estructura requiere más espacio en estado sólido que para las moléculas en movimiento libre, líquido. Este cambio se produce justo antes de la transición al hielo.

La dilatación térmica negativa no solo se da en el agua, sino también en los elementos químicos antimonio, bismuto, galio, germanio, litio, plutonio y silicio, entre otros pero solo en el agua tiene consecuencias tan importantes.

Una vez congelada, el agua vuelve a comportarse normalmente, es decir, su volumen disminuye con la temperatura. Pero sigue siendo una sustancia muy interesante porque puede adoptar distintas formas en función de la temperatura y la presión. En la Tierra solo se encuentran unas pocas, pero en los grandes planetas de gas y hielo hay un amplio espectro. He aquí una selección:

- Hielo amorfo: si se le da al agua muy poco tiempo para congelarse (por ejemplo, rociando vapor sobre una superficie muy fría), las moléculas no tienen tiempo de formar estructuras regulares. Es el hielo amorfo.
- Hielo I_h: en el hielo que se produce en la Tierra, los átomos de oxígeno cristalizan en hexágonos regulares que se enlazan entre sí a través de los átomos de hidrógeno. Prácticamente todo el hielo de la biosfera es hielo I_h, a excepción de una pequeña cantidad de hielo I_c. Para ser precisos, el hielo I_h no forma cristales, porque solo los átomos de oxígeno forman una red; los átomos de hidrógeno están dispuestos al azar.

- Hielo I_c: variante metaestable del hielo en la que los átomos de oxígeno forman una estructura cúbica de diamante. Se produce a temperaturas entre 130 y 220 K y puede existir hasta 240 K antes de transformarse en hielo I_h. Se forma a partir de agua sobreenfriada o hielo amorfo. Cuando se produce en la atmósfera superior, puede crear un halo alrededor del Sol o la Luna.
- Hielo II: si se aplican 300 megapascales (MPa) de presión al hielo a 198 K, aparece una forma romboédrica. Cuando se calienta, se transforma en hielo III.
- Hielo III: esta forma tetragonal se produce cuando el agua se enfría a 250 K a 300 MPa, presión habitual en la Tierra a 12 km de profundidad.
- Hielo V: el hielo V tiene una estructura complicada con anillos de 4, 5, 6 y 8 miembros y un total de 28 moléculas en la celda unitaria. Se produce cuando el agua se enfría desde 253 K a 500 MPa. Es posible que el suelo del océano Ganímedes esté formado por hielo V.
- Hielo VI: este hielo existe a altas presiones del orden de 1 gigapascal (GPa) (=10.000 bar) y a temperaturas de 130-355 kelvin. Se supone que el manto de la luna Titán de Saturno tiene una capa de hielo VI.
- Hielo VII: esta fase cúbica se forma cuando se lleva el hielo a temperatura ambiente a 8 GPa. Los científicos especulan con que los lechos oceánicos de Europa y los exoplanetas, como Gliese 436 b y Gliese 1214 b, que están formados en gran parte por agua podrían estar formados por hielo VII. En 2018, se encontró hielo VII atrapado en diamantes naturales.
- Hielo VIII: el hielo VIII es el hielo de mayor densidad. Se forma a partir del hielo VII cuando este se enfría por debajo de 5K a 2,1 GPa.
- Hielo XI: esta forma se parece mucho al conocido hielo I_h. Excepto que aquí no son solo los átomos de oxígeno los que se disponen regularmente, sino también los de hidrógeno. Por tanto, son cristales «reales». Es ferroeléctrico y, por tanto, también piroeléctrico y piezoeléctrico, una propiedad que los seres de Encélado de mi novela *Encélado* utilizan para comunicarse, ya que crea corriente eléctrica bajo presión.
- Hielo XVIII: el hielo superiónico o hielo XVIII es una fase que existe a temperaturas y presiones extremadamente altas. En el hielo superiónico, las moléculas de agua se rompen y los iones de oxígeno cristalizan en una red distribuida uniformemente, mientras que los iones de hidrógeno flotan

librement en la red de oxígeno. Esto hace que el agua superiónica sea casi tan conductora como los metales típicos.

- Hielo XVI: el hielo más «ligero». Se obtuvo por primera vez en 2014 eliminando moléculas de gas de un clatrato de neón en el vacío a temperaturas inferiores a 147 K. La red cristalina vacía resultante es el hielo XVI.

Nuestra atmósfera se está congelando

A temperaturas muy bajas, como las de Encélado y Titán, el hielo es tan duro como la roca. Pero otros componentes de nuestra atmósfera también se congelan en esas condiciones. Empezando por el dióxido de carbono (CO_2), problemático para el calentamiento global pero indispensable para las plantas, que se congela en hielo seco a -78,5 °C. A presión normal, no tiene fase líquida. El oxígeno se condensa a -183 °C en un líquido azulado, que se congela en cristales azules a -218 °C. El argón, el tercer mayor componente de nuestra atmósfera (y en la lista de sustancias prohibidas de la AMA desde 2014) se condensa a -186 °C y se congela a -189 °C. El nitrógeno se condensa a -196 °C y cristaliza a -210 °C. Estas temperaturas se definen a presión normal.

Si te encontraras en tales ambientes sin un traje protector morirías muy rápidamente. Un ser humano ni siquiera puede sobrevivir mucho tiempo a 4 °C. El truco para sobrevivir es evitar que la temperatura corporal descienda demasiado. Nuestro cuerpo lo hace automáticamente contrayendo los vasos sanguíneos, deteniendo la transpiración y aumentando la producción de calor. Esto significa que uno puede permanecer sentado en una cámara frigorífica durante una hora a -120 °C si el aire de su interior es tan seco que el cuerpo no se vuelve hipotérmico.

Sin resistencia: la superconductividad

Cuando la temperatura baja lo suficiente se produce un fenómeno apasionante. La física holandesa Heike Kamerlingh Onnes descubrió la superconductividad en el mercurio en 1911. Cuando lo redujo a una temperatura de 4,2 K con ayuda de helio líquido, desapareció toda resistencia eléctrica.

Sin embargo, este fenómeno es mucho más complejo de lo que se suponía en un principio. En primer lugar, no solo desaparece la resistencia eléctrica sino que también se expulsan del material todos los campos magnéticos (efecto Meissner). Normalmente, la resistencia existe porque los átomos oscilantes de la red de un conductor chocan constantemente con los electrones libres, frenándolos y deteniéndolos. Incluso en un conductor metálico normal, la resistencia disminuye con la temperatura. Esto se debe a que los componentes de la red oscilan menos y estorban menos a los electrones en movimiento. Pero un superconductor tiene una temperatura crítica característica por debajo de la cual la resistencia cae bruscamente a cero. Por tanto, una corriente eléctrica que circula por un circuito de alambre superconductor puede fluir continuamente sin una fuente de energía.

La mecánica cuántica ofrece una explicación a este efecto con la aceptación de lo que se conoce como pares de Cooper. Un electrón que se desplaza por un conductor atrae las cargas positivas de la red. Esta deformación de la red hace que otro electrón de espín opuesto se desplace a la zona con mayor densidad de carga positiva. Los dos electrones se unen formando un par de Cooper. Como hay muchos de estos pares de electrones en un superconductor, se solapan considerablemente y forman un condensado altamente colectivo. En este estado condensado, la separación de un solo par modifica la energía de todo el condensado, no solo la de un solo electrón o par. Así, para detener un solo par, los átomos de una red necesitan la misma cantidad de energía que para separar todos los pares. ¡Juntos son fuertes! Como el emparejamiento aumenta la barrera energética, las colisiones de los átomos oscilantes en el conductor, que son bajas a temperaturas suficientemente bajas, ya no son suficientes para influir ni en el condensado en su conjunto, ni en los pares separados dentro del condensado. Así, los electrones permanecen emparejados y resisten todas las colisiones, y el flujo de electrones en su conjunto, la corriente a través del superconductor, no encuentra resistencia. El comportamiento colectivo del condensado es un requisito decisivo para la superconductividad. Es lo que se conoce como teoría BCS, propuesta por John Bardeen, Leon Cooper y John Robert Schrieffer,

por la que recibieron el Premio Nobel en 1972.

En 1986, se descubrió que ciertos materiales cerámicos tienen una temperatura crítica superior a 90 K (-183 °C). Una temperatura de transición tan alta es teóricamente imposible para un superconductor normal, por lo que estos materiales se describen como superconductores de alta temperatura. El económico refrigerante nitrógeno tiene un punto de ebullición de 77 K, lo que hace posibles muchos experimentos y aplicaciones que antes apenas podían realizarse. La teoría BCS ya no es suficiente para estos superconductores no convencionales. Aún carecemos de una explicación precisa de por qué los electrones siguen formando pares aquí pero parece que intervienen otros efectos que afectan a los electrones.

Más líquido que el líquido: la superfluidez

Al acercarnos al cero absoluto nos encontramos con la superfluidez. Imaginemos un cubo lleno de líquido. De repente, el líquido sube hasta el borde del cubo, corre por el otro lado y gotea hasta que el recipiente se vacía. Esto puede ocurrir con el helio-4 por debajo de 2,17 K. La superfluidez es la propiedad característica de un líquido con viscosidad cero, que fluye sin perder energía cinética. Cuando un superfluido se agita, forma vórtices que continúan girando indefinidamente. La superfluidez se da en dos isótopos del helio (helio-3 y helio-4) cuando se licúan por enfriamiento. También es una propiedad de otros estados exóticos de la materia cuya existencia se ha propuesto en astrofísica, física de altas energías y teorías de gravitación cuántica. La teoría de la superfluidez fue desarrollada por los físicos teóricos soviéticos Lev Landau e Isaak Khalatnikov.

La superfluidez en el helio-4 fue descubierta por Pyotr Kapitsa e, independientemente, también por John F. Allen y Don Misener. Se produce en el helio-4 líquido a temperaturas mucho más elevadas que en el helio-3. Esto se debe a que cada átomo de helio-4 es un bosón: tiene un espín entero. Un átomo de helio-3 es un fermión. Tiene que unirse a otro fermión para formar un bosón, lo que solo es posible a temperaturas muy bajas. Este proceso es similar al emparejamiento de electrones en la superconductividad.

¿Qué distingue a la fase superfluida?

- El líquido puede pasar sin fricción por los canales más estrechos.
- El líquido conduce el calor casi a la perfección.
- Al girar el recipiente, el líquido no se mueve con él en su conjunto. Con una rotación muy lenta, simplemente permanece inmóvil. Con una rotación más rápida, se forman vórtices que se organizan en una red hexagonal.
- Un recipiente abierto se vacía por sí solo (efecto Onnes), porque se forma una película Rollin (llamada así por Bernard Vincent Rollin) en los laterales. Esta película tiene un grosor aproximado de 100 átomos y se extiende porque las paredes del recipiente atraen a los átomos del líquido. Aquí cada uno se las arregla como puede. Son típicas velocidades de flujo de ¡¡20-40 cm por segundo!!

La superfluidez aún no se ha explicado teóricamente en su totalidad. Ya he descrito una buena aproximación en el marco de la

superconductividad: el modelo del condensado de Bose-Einstein, porque los átomos de helio-4 son bosones. En este estado, una gran proporción de todos los bosones (partículas con espines enteros) ocupan el mismo estado cuántico. Esto permite que todos los átomos de helio condensados en este estado básico se describan con una única función de onda. Estamos, pues, ante un efecto cuántico macroscópico.

Condensación de Bose-Einstein

Ya que hablamos de la condensación de Bose-Einstein: Einstein predijo este estado ya en 1924. Sin embargo, solo tenía una vaga idea de cómo era realmente un condensado de este tipo. El hecho de que todos los átomos se encuentren en el mismo estado significa que son completamente indistinguibles unos de otros. Son idénticos y están en todas partes, porque ni siquiera podemos determinar su ubicación. En un condensado, la materia está completamente difuminada. En ese sentido, es muy similar a la luz láser.

Las partículas de luz (fotones) también son bosones, y en la luz láser son todas idénticas. Esto permite a los investigadores monitorizar la luz más fácilmente, y eso es lo que esperan hacer ahora con los átomos en un condensado. Los científicos pueden controlar con precisión dónde están y a qué velocidad se mueven, al menos en la medida en que lo permite el principio de incertidumbre de Heisenberg.

Como vimos con el helio-3 y los electrones en el superconductor, los fermiones también pueden formar condensados. Para ello, primero deben formar pares, ya que dos fermiones nunca pueden ocupar el mismo estado cuántico, lo que se conoce como principio de exclusión de Pauli.

Si los fermiones se enfrían muy rápidamente (o están sometidos a mucha presión) y, por tanto, no tienen la oportunidad de formar pares, se crea materia degenerada. Esto está muy extendido en el cosmos. El principio de Pauli crea una presión de degeneración que actúa en contra de la gravedad (por ejemplo, en las enanas blancas o las estrellas de neutrones), que intenta comprimir aún más los fermiones y forzarlos así a los mismos niveles de energía. Sin el principio de Pauli no habría enanas blancas (donde los electrones degeneran) ni estrellas de neutrones (con neutrones degenerados).

Si se juntan suficientes bosones para formar una estrella, podría crearse una estrella de bosones. A diferencia de las estrellas normales, sería transparente e invisible. La presión de campo media del condensado de Bose-Einstein se opondría a la gravedad.

¿Existen temperaturas negativas?

De hecho, es posible concebir temperaturas negativas. Esto se reduce a la definición de temperatura. Incluso en un sistema en equilibrio térmico, es decir, con una temperatura uniforme, las partículas no tienen todas la misma energía. Eso sería imposible, ya que las partículas intercambian energía constantemente y se aceleran y ralentizan. Su estado se distribuye estadísticamente, según la llamada estadística de Boltzmann. Esto significa que los estados de baja energía son mucho más probables que los de alta energía. Pero si pudiéramos invertir esta probabilidad, de modo que los estados de alta energía fueran más probables, surgiría termodinámicamente una temperatura negativa. Hace unos años, el físico Achim Rosch, de Colonia, propuso, junto con sus colegas Akos Rapp y Stephan Mandt, un método para situar los átomos por debajo del cero absoluto de esta forma. Sugirió capturar átomos en la onda estacionaria de un láser, la llamada red óptica, para luego separarlos por la fuerza. Este proceso encierra los átomos en un estado energético superior. Alcanzan una temperatura absoluta negativa superior a -273,15 grados Celsius.

El resultado es paradójico: si se las pone en contacto con otro átomo, siempre emitirán calor, independientemente de lo caliente que esté la otra partícula. Esto sugiere que siempre están más calientes que caliente, incluso que infinitamente caliente. «Como físico, uno debe acostumbrarse a pensar en temperaturas absolutas negativas», afirma el científico en un comunicado de prensa. «Muchas cosas van en contra de la intuición humana». Porque normalmente las temperaturas son siempre positivas. Y el funcionamiento de las temperaturas es conocido por los físicos desde hace mucho tiempo: para los átomos en el rango positivo de temperaturas, los estados atómicos con menor energía son más probables que los estados con mayor energía. Para calentar o acelerar un átomo, primero hay que añadirle energía. Si eso no ocurre, los átomos permanecen en su estado de menor energía, que también es más probable. Rosch señala un ejemplo conocido de un sistema de este tipo: El aire en la cima de una montaña es más fino que el aire en la base porque llegar a la cima de una montaña requiere más energía. Allí hay menos aire; los estados de mayor energía son menos probables.

Sin embargo, más allá del cero absoluto ocurre lo contrario. Las temperaturas negativas significan que los estados de mayor energía son más probables que los de menor energía. «Las leyes de la termodinámica permiten ambas cosas», explica Rosch. «Sin embargo, un requisito previo para un sistema con temperaturas más allá del

cero absoluto es que tenga algo así como un nivel de energía máximo». Y ahí está el truco del experimento sugerido. Porque todos los sistemas tienen un nivel de energía mínimo, un límite inferior. Pero normalmente la cantidad de energía que un sistema puede absorber es infinita, porque siempre se puede acelerar un átomo más rápido. Eso hace que absorba más y más energía. Así que tenemos un sistema sin límite superior, igual que el aire en el ejemplo de la cima de la montaña tiene la posibilidad de difundirse en el espacio cuando absorbe energía. En este ejemplo, no existe un estado con un nivel de energía máximo.

Para crear un sistema con un límite superior de energía fijo, con una energía máxima, los físicos deben «limitar» el sistema. «La única posibilidad de llegar a una temperatura negativa es si te aseguras de que las partículas no se vuelvan cada vez más rápidas», dice Rosch. Para ello, hay que capturar átomos individuales en la onda estacionaria de un láser, lo que se denomina una red óptica. Las ondas estacionarias se generan reflejando un láser de tal forma que se superponen ondas opuestas de la misma frecuencia y amplitud. «Si el átomo se encuentra ahora en la onda estacionaria y acelera al mismo tiempo, es lanzado hacia atrás», explica Rosch. El sistema está anclado, con un límite superior fijo de energía posible. «Entonces se tiene un máximo de energía cinética», afirma Rosch. La sujeción del átomo en el rayo láser es la base de la idea del físico teórico. Pero ¿cómo se generan temperaturas negativas? Para ello hay que transferir los átomos a un estado energético superior. Los físicos de Colonia sugieren aplicar a los átomos una fuerza que los separe. En teoría, esto aceleraría las partículas. Se basan en una idea sugerida por el físico holandés Alan Mosk en 2005. «Pero debido al máximo fijo de energía cinética, los átomos no pueden separarse», explica Rosch. El sistema está cerrado energéticamente hacia arriba y no permite el movimiento. Pero con este método, los átomos adoptan un estado energético superior. El resultado: «Entonces hay temperaturas negativas», opina el físico. «Se busca una situación en la que los estados de mayor energía sean más probables que los de menor energía».

¿Las temperaturas negativas son más frías que el frío? No, de hecho, ocurre lo contrario: son más calientes que infinitamente caliente. Esto se debe a que para todas las temperaturas positivas se aplica lo siguiente: los estados de menor energía están más poblados que los de mayor energía. A temperaturas negativas es al revés, dice Rosch: «Si se pueblan más los estados de mayor energía, significa que los átomos tienen una temperatura más alta que incluso un estado infinitamente caliente». Si se pone en contacto térmico un sistema con temperatura absoluta negativa con un sistema con cualquier

temperatura positiva, la energía siempre fluye de las temperaturas negativas a las positivas. «El átomo está más caliente que infinitamente caliente: el flujo de calor siempre va en la dirección de la temperatura positiva», afirma Achim Rosch. «El verdadero trabajo para nosotros era evaluar si podíamos reproducir esto en condiciones experimentales y cuánto tiempo tardaría en producirse tal estado», prosigue Rosch. ¿Cuánto tardaría? «Mucho», dice el científico. «Se podría medir en milisegundos». Una eternidad en el mundo de un átomo.

En 2013, científicos de Múnich reprodujeron este estado. Enfriaron unos cien mil átomos en una cámara de vacío a una temperatura de unas mil millonésimas de kelvin y los capturaron en jaulas ópticas de rayos láser. El vacío ultra alto que los rodeaba garantizaba que los átomos estuvieran completamente aislados térmicamente de su entorno. Los rayos láser forman lo que se denomina una red óptica, en la que los átomos se disponen regularmente en sitios de red. Los átomos pueden desplazarse de un sitio de la red a otro por efecto túnel, pero su energía cinética está restringida hacia arriba y, por tanto, tiene el límite necesario. Sin embargo, la temperatura no solo tiene en cuenta la energía cinética sino también la energía global de las partículas, que en este sistema incluye la energía de interacción y la energía potencial. Esto también proporciona a los físicos de Múnich y Garching un límite superior. Los físicos llevan los átomos hasta este límite superior de la energía total, lo que hace que la temperatura sea negativa, de menos unas milmillonésimas de kelvin.

La materia a temperatura absoluta negativa tiene una serie de consecuencias desconcertantes: se podría utilizar para construir motores térmicos, como motores con un rendimiento superior al 100 %. Pero eso no significa que se viole la ley de conservación de la energía. De hecho, a diferencia de los casos convencionales, el motor podría extraer calor para realizar trabajo no solo de un medio caliente sino también de uno frío.

Por el contrario, a temperaturas puramente positivas, el medio más frío se calienta inevitablemente, por lo que absorbe parte de la energía del medio caliente y limita así la eficiencia. Sin embargo, si el medio caliente está a una temperatura negativa, se puede extraer energía de ambos medios simultáneamente. Por tanto, el trabajo que realiza el motor es mayor que la energía que se extrae únicamente del medio caliente por lo que su eficiencia es superior al 100 %.

El trabajo de los físicos de Múnich también podría ser de interés en cosmología porque el comportamiento termodinámico de la temperatura negativa tiene paralelismos con la llamada energía oscura. Los cosmólogos la postulan como la fuerza misteriosa que hace que el cosmos se expanda a una velocidad cada vez mayor, aunque en

realidad debería estar contrayéndose debido a la gravitación atractiva de la materia en el universo. En la nube de átomos del laboratorio de Múnich se produce un fenómeno similar: el experimento se basa, entre otras cosas, en que los átomos del gas no se repelen como en un gas normal, sino que se atraen. Esto significa que ejercen una presión negativa en lugar de positiva; la nube de átomos quiere contraerse y, de hecho, debería colapsar, tal y como cabría esperar del universo bajo la influencia de la gravedad. Pero debido a su temperatura negativa, no lo hace. Se le impide colapsar. Igual que el universo.

¿Existe una temperatura máxima?

Si cesara todo movimiento alcanzaríamos el mínimo en la escala de temperatura, que por definición es cero. Pero ¿existe también una temperatura máxima? Podríamos suponer que sí, porque no solo hay un mínimo, sino también una velocidad máxima (la velocidad de la luz c). Pero no es tan sencillo, porque la energía de las partículas con masa tiende a infinito a medida que se acercan a c. Eso significa que su temperatura también sería infinita.

Empecemos por lo conocido. El agua hierve bajo presión normal a 100 grados Celsius. 5.930 grados Celsius es el punto de ebullición del tungsteno, el metal con el punto de ebullición más alto (200 grados más que la superficie del Sol). Así pues, a más de 6.000 grados Celsius, a presión normal, ya no existe materia sólida ni líquida (las cosas tienen otro aspecto a alta presión). Al seguir calentándose, los átomos pierden sus electrones y se convierten en iones, que forman un plasma, el cuarto estado agregado. El centro del Sol supera los 15 millones de grados. Una supernova alcanza unos 10.000 millones de grados.

Pero ese no es el final. Si se sigue añadiendo calor, el plasma calentado alcanza finalmente la temperatura de Hagedorn, a 1,7 billones (10^{12}) kelvin. Aquí ocurre algo extraño: la temperatura al principio no aumenta más, igual que no aumenta la temperatura del agua hirviendo. Pero la causa es diferente. Hay tanta energía disponible a esta tremenda temperatura que las combinaciones quark-antiquark pueden surgir de la nada. Su creación consume parte de la energía suministrada, pero también hace que el sistema adquiera nuevos grados de libertad que también pueden absorber energía. Todos los hadrones (partículas elementales formadas por quarks) se disuelven en sus componentes individuales y nadan, junto con su pegamento (los gluones) y muchos quarks adicionales surgidos de la nada, en una sopa ultra caliente, el plasma de quarks y gluones. Hoy en día se alcanzan regularmente temperaturas de varios billones de kelvin en el laboratorio (concretamente en los aceleradores de partículas).

Pero esta sopa de quarks-gluones puede calentarse aún más, al menos hasta el punto de que no quede espacio para añadir nuevos quarks por que los quarks no son puntos, ocupan una cierta cantidad de espacio (por pequeña que sea). Ahora queda un largo camino hasta el siguiente límite. Este lo proporciona la teoría de cuerdas, que supone que toda la materia está formada por cuerdas vibrantes. Estas se extienden a través de más de nuestras cuatro dimensiones

conocidas: hasta 21 dimensiones en total. La razón por la que no observamos estas dimensiones extra es que están «enrolladas» en dimensiones tan pequeñas que actualmente no podemos demostrar su existencia.

Sin embargo, hay físicos que proponen algo más: las dimensiones extra también podrían ser muy grandes, de modo que solo podrían encontrarse a niveles de energía (y temperaturas) muy elevados. Si se alcanzaran esas temperaturas, todas las fuerzas fundamentales se unirían en una sola. Se supone que eso ocurre a 100 sextillones (10^{17}) de grados, lo que es casi alcanzable en los aceleradores de partículas actuales. Y por eso las cosas no pintan bien para esta teoría. Nadie ha podido demostrarla hasta ahora; de hecho, los científicos ya han podido refutar algunas versiones de la teoría.

Pero la teoría de cuerdas con las diminutas dimensiones extra sigue en el juego. Llevaría a la unificación de todas las fuerzas fundamentales a unos 10^{30} grados. Eso es todavía un poco por debajo de la temperatura de Planck de 10^{32} grados (un 1 con 32 ceros), que debió existir poco antes del Big Bang.

Entonces, ¿es esa la temperatura máxima? En este universo tal vez, pero en un universo vecino con constantes físicas completamente distintas podría ser diferente.

COMO SIEMPRE, también puedes obtener la biografía como PDF gratuito, ilustrado en color, si introduces tu dirección en: hardsf.space/suscribir/.



Shepherd-1, 19 de octubre de 2112

—¿Es una broma? —preguntó Chatterjee.

—No —respondió Oscar—. Mis simulaciones indican, con un 82 % de certeza, que la señal de radio nos llegó desde el espacio interestelar.

—Una señal, vale —aceptó Chatterjee—. Recibimos mogollón de señales. Hay toda una rama de investigación dedicada al tema, pero nunca hubo ninguna que no pudiera explicarse por algún fenómeno natural.

—Eso no se puede descartar, por supuesto —admitió Oscar—. Deberíamos examinar la señal antes de responder a ella.

—Creo que este parásito es más urgente —dijo Christine—. Todavía se está expandiendo. Si no logramos contenerlo de algún modo, la nube nos tragará.

La mujer a su lado asintió. Benjamin estaba constantemente tentado de llamarla Christine también. Pero ese cuerpo contenía a Chatterjee. Parecían gemelas, aunque no podían ser más diferentes.

—Christine tiene razón —dijo Chatterjee—. Ahora mismo, no deberíamos preocuparnos por una señal de radio del exterior. Tenemos que resolver nuestros problemas y luego centrarnos en la misión real.

Se refería a la búsqueda de las imágenes del Big Bang que se suponía habían grabado las sondas Sheep.

—No estoy seguro de que sea buena idea ignorar la señal —replicó Oscar—. ¿Puedo enseñárosla?

—Adelante, si insistes —dijo Chatterjee.

En la pantalla situada frente al asiento del capitán apareció un diagrama. Semejaba un análisis espectral. Benjamin lo estudió. No logró discernir ninguna estructura en él.

—No parece muy espectacular —opinó Chatterjee.

—Lo siento —se disculpó Oscar—. Olvidé que no sois capaces de convertir señales acústicas. Un momento.

Una línea vertical parpadeante se desplazó por el gráfico. Se oyó un susurro procedente del altavoz.

—No lo entiendo —dijo Christine.

Benjamin estaba convencido de que su cara parecía más amable que la de su gemela malvada.

—Un momento. Aumentaré los niveles.

—Necesito… ayuda… por favor… peligro… dolor… por favor… ayuda… rápido.

Benjamin sintió un escalofrío. Conocía esa voz. Y sin duda era una

llamada de auxilio.

—Se repite una y otra vez —explicó Oscar.

—Creo que es David —murmuró Christine con los ojos desorbitados.

¿No era Aaron? Benjamin rebuscó en sus recuerdos y encontró la cara de Aaron en una pantalla de la cápsula B. «Ah, has vuelto, qué rápido», decía. Benjamin acababa de volver de comprobar la orientación de la bandada. Tocó la pantalla para reproducir de nuevo el mensaje. La palabra «rápido» sonaba parecida al «rápido» de su memoria.

—¿Qué pasa? —preguntó Christine.

Benjamin negó con la cabeza. Christine había pasado los últimos años con David y Aaron. Ella reconocería sus voces.

—Cuéntame. Te has dado cuenta de algo. Te conozco, Benjamin.

Cierto. Ella no lo llamaba Ben porque recordaba que no le gustaba.

—Me sonó a Aaron diciendo algunas de esas palabras —admitió—. Por ejemplo «rápido».

—Oscar, ¿puedes confirmarlo? —preguntó Christine.

—El perfil de voz sí varía de una palabra a otra —dijo Oscar—. De hecho, las ocho palabras pueden atribuirse a dos locutores distintos. También observo que la grabación se halla bastante entrecortada. El volumen baja a cero en las pausas.

—Eso significa que el mensaje no fue pronunciado, sino creado a partir de grabaciones separadas, como solían hacer los chantajistas con letras sueltas recortadas de los titulares de los periódicos —concluyó Christine.

Le gustaban las películas antiguas, recordó Benjamin. La Shepherd-1 tenía un gran archivo.

—Otra pista es el hecho de que ambas instancias de «por favor» son idénticas. Una persona no logra repetirse así, con ese nivel de precisión —continuó Oscar.

—Así que todo es falso —dedujo Chatterjee—. Lo sabía. Alguien intenta timarnos.

—No, nadie es capaz de enviarnos mensajes desde el espacio interestelar —argumentó Christine—. Nadie ha llegado más lejos que nosotros.

—Tal vez solo quieren que creamos que el mensaje proviene de ahí fuera —dijo Chatterjee—. Los del Control de Misión podrían haberlo falsificado de alguna manera. O RB. ¿No os transmitieron aquí?

—Oscar, ¿qué opinas? —preguntó Benjamin.

—No encuentro indicios de que el mensaje fuera manipulado en la Tierra, pero no lo descarto. Sin embargo, eso significaría que todavía hay procesos de la nave que escapan a mi control.

—Los hay —profirió Chatterjee—. ¿Olvidáis acaso el *software* de

control del robot sexual? ¿No podría RB haberle metido un troyano?

—¿Se refiere a de mí? —preguntó Afrodita—. Le aseguro que no he sido manipulada por nadie. Eso es cosa del pasado.

—Fuiste fabricada por RB —insistió Chatterjee—. Eres de la serie HDS, que tiene una impresionante combinación de capacidades eróticas y de combate, pero viniste de la rama de tecnología militar de RB. Así que es posible que…

—Le confiaría a Afrodita mi propia vida —dijo Benjamin.

—Gracias, Benjamin.

—¡Ese no es un argumento válido! —replicó Chatterjee, levantando la voz—. ¿No podemos discutir esto como adultos?

—Chatterjee —dijo Christine—, ahora formas parte de una tripulación. Dependemos unos de otros, para bien o para mal. La confianza es el argumento más válido de todos, dadas las circunstancias. Si Benjamin responde por Afrodita, entonces es que no ha metido ningún troyano a bordo y punto. No le veo sentido a discutirlo más. Tenemos que encontrar la fuente de la señal y tratar con el parásito. Todo lo demás es secundario.

—Seguiré trabajando en la señal —dijo Oscar.

—Ya que no te importa la señal, Ilan —prosiguió Christine—, te sugiero que tú y Benjamin os ocupéis de la nube de helio.

—Si insistes… —contestó Chatterjee.

—Insisto. Yo ayudaré a Oscar con la señal.

—Estaba a punto de sugerir eso mismo —exclamó Oscar—. Si reconfiguramos nuestras antenas, tal vez podamos triangular la fuente. Aunque eso significa que alguien tiene que trepar por el casco de la Shepherd.

—Yo lo haré —se ofreció Christine.

—A mí me encantaría echar un vistazo más de cerca al interior de la nube —dijo Afrodita—. ¿Hay un cuerpo a bordo para mí?

—Cuando llegué a la Shepherd-1 había dos androides de repuesto —contestó Benjamin—. Yo estoy dentro de uno y el señor Chatterjee, en el otro.

Cuando llegó, Oscar le había dado a elegir entre un cuerpo femenino y uno masculino. ¡Ojalá hubiera elegido el otro! Así él sería el gemelo de Christine y Chatterjee estaría en el cuerpo de Eric, lo cual era mucho más apropiado. Pero había supuesto que el androide femenino era su antigua compañera de tripulación, Fadilla, quien abandonó la nave poco después que él.

—Yo pensaba más bien en un robot —reconoció Afrodita.

—¿Un robot? —preguntó Chatterjee—. No conozco ningún modelo humanoide a bordo, aunque debería haber un par de robots especializados.

—En la lista de inventario figuraba un robot aspirador, un robot de

carga, uno de reparación para reparaciones externas y un robodoc de seis brazos, pero ese no es móvil —informó Oscar.

—Cualquier cosa menos un robot aspirador —soltó Benjamin.

—¿Qué tienes en su contra? He oído que pueden ser muy útiles e inteligentes —dijo Oscar.

—Afrodita también es inteligente —replicó Benjamin—. ¿Cuáles son las diferencias entre los robots de carga y los de reparación?

—El de carga tiene dos brazos flexibles con una capacidad de elevación de 250 kilogramos a 1 g y una base plana con cuatro ruedas. El mecánico, en cambio, cuanta con seis patas para caminar y dos brazos de distintos tamaños que pueden equiparse con herramientas. Su carga máxima es de 30 kilogramos. Ambos pueden funcionar en el vacío.

—¿Cómo es la duración de la batería? ¿Y la capacidad de cálculo y los sensores?

—Ambos funcionan de forma independiente durante ocho horas. El robot de reparación tiene un procesador más rápido y sensores ópticos, acústicos y electromagnéticos. El de carga no, pero posee lidar, radar y un escáner de código de barras.

—No es una decisión fácil —concluyó Benjamin—. En el espacio y en una nube, el radar y el lidar podrían ser útiles pero una cámara también estaría bien, y los campos electromagnéticos son probablemente importantes cuando se trata del parásito.

—Podría dividirme entre ellos —sugirió Afrodita—. Mi sistema es multiplataforma. ¿Cuánto pesa el robot de reparación?

—Ochenta kilogramos —dijo Oscar.

—Estupendo. El de carga puede transportarlo. A esa proximidad, puedo conectar sus ordenadores por radio.

—¿Y si se separan por algún estúpido accidente? —preguntó Christine.

—Entonces experimentaré un desdoblamiento de conciencia.

—¿Se puede arreglar? —preguntó Benjamin.

—Depende de cuánto dure. Cuando se separan, las dos partes de la conciencia empiezan a regenerar las estructuras que faltan en ambos lados. Eso dificulta reunirlas y, tiempo después, resulta imposible.

—Entonces, ¿habría dos como tú?

—Habría dos versiones de Afrodita, pero no os garantizo que ambas fueran funcionales.

—Bueno —dijo Benjamin—. Entonces asegurémonos de que los dos robots no se separen.

—Gracias. ¿Cuándo empezamos?

—Me gustaría terminar con esto lo antes posible para que volver a centrarnos en la misión —comentó Chatterjee.

—Hasta que no se resuelva el problema de los parásitos, no hay

misión —insistió Christine.

—Vale.

—Necesito un par de horas —dijo Afrodita—. Esos dos cuerpos me resultan desconocidos. Me llevará un tiempo adaptarme a mis nuevas capacidades.

—Claro —dijo Benjamin—. Tranquilo, lo que necesites. La seguridad tiene prioridad. No queremos perderte. Sugiero que busquemos una cama y durmamos un par de horas.

—¿Es eso necesario? —preguntó Chatterjee—. Estos cuerpos no precisan dormir.

—Tú los construiste, Chatterjee, así que deberías saberlo. Incluso los músculos artificiales necesitan algún tiempo para regenerarse. Por no hablar de tu conciencia. No me sorprendería que tuvieras los sueños más vívidos que has tenido desde mucho.

—Nunca sueño —aseveró Chatterjee—. Controlo mis fases de sueño con medicación. Es más eficaz.

—Te prometo que, después de cuarenta y ocho horas sin dormir, solo te sentirás medio humano, incluso como androide —dijo Christine.

—Así que un cuarto de androide —señaló Benjamin.

—Un octavo —lo corrigió Christine.

HABÍA ESTADO AUSENTE TANTO TIEMPO. Pero todo seguía resultándole familiar, como si solo hubiera estado fuera una semana. ¡Y habían pasado dieciocho años! Benjamin corrió alrededor del anillo. Aún necesitaba un poco de ejercicio o sería incapaz de dormir. Chatterjee se había retirado al almacén. Oscar había prometido no perderle de vista. Afrodita se entrenaba con los nuevos cuerpos robóticos. Parecía muy motivada. La cama de Benjamin para pasar la noche estaba en la cápsula A, pero aún no había ido.

Primero, daría unas vueltas al anillo. No podía rodearlo del todo porque los mamparos del sector C seguían sellados, aunque cambiar de dirección de vez en cuando lo hacía más interesante. Moviéndose a gran velocidad, se sentía como una luna orbitando un planeta. La rotación del anillo simulaba cierta gravedad pero no la suficiente como para que pareciera real. Benjamin se sentía como una marioneta con cuerdas. Podía saltar más alto y más lejos que en casa, no obstante, sus movimientos resultaban difíciles de controlar. Eso era algo que ponía de relieve el tiempo que llevaba fuera. La baja gravedad nunca le había molestado. En aquel entonces había adaptado su forma de correr a las condiciones, y era mucho más eficiente que ese salto incontrolado.

Dieciocho años. Había pasado la mayor parte de su vida en la nave creyendo que era humano. El *shock* cuando se dieron cuenta de que les habían engañados... Por alguna razón, nunca hablaron de ello. A todos les habría venido bien una buena terapia. En vez de eso, continuaron como si nada hubiera pasado. No, él no. Había subido a su cápsula y volado a la Tierra. Fadilla siguió su ejemplo más tarde. Aunque nunca llegó a la Tierra. Tal vez todavía iba de camino. Cuando despegó, la Shepherd-1 debía de estar mucho más lejos del sistema solar que cuando Benjamin partió. Puede que ahora estuviera aterrizando en el planeta azul. Benjamin la envidiaba.

¿Y qué había hecho él? En lugar de disfrutar de la vida en las largas playas cercanas a Galveston, volvió allí. Y trajo consigo al humano que los metió a todos en ese lío. No deliberadamente, pero debería haber sabido que Chatterjee nunca aceptaría la derrota después de que Benjamin se le escapara de las manos. Dejó de correr cuando llegó a uno de los pocos ojos de buey del anillo. Parecía como si le hubieran echado una cortina por fuera. Sus ojos tardaron un rato en adaptarse. Las estrellas emergían vacilantes, como si se sintieran decepcionadas por su regreso a la Tierra. Diez estrellas, cien, mil. Era todo lo que podía ver. Estaban tan lejos del sistema solar que su estrella natal era solo una de tantas.

Siguió corriendo. Era una visión deprimente para alguien que acababa de llegar de la Tierra. En 2094 era diferente. Y ahora sabía por qué: entonces no conocían nada diferente. Chatterjee les había estafado una vida real. Benjamin había reclamado la suya. Por otra parte, sin el multimillonario, no existirían. No tenían padres que les quisieran. La única persona que podía cumplir ese papel era Ilan Chatterjee, pero él los veía como herramientas que había construido para cumplir sus propios sueños. Sueños que aún perseguía.

Benjamin pasó un mamparo. Llevaba a la cápsula B. Debía de haber pasado por allí veinte veces ya, aunque solo ahora se daba cuenta de que la puerta no se podía abrir, y era una suerte, porque detrás no había nada más que el vacío. Allí solía estar su cabina. ¿Qué aspecto tenía antes? Hurgó en sus recuerdos y no encontró más que imágenes genéricas que podrían haber sido cualquiera de sus habitaciones. ¿Cómo había hecho suyo aquel espacio? No lograba recordarlo, joder. Benjamin negó con la cabeza y continuó.

Un cuadrante más y llegó a la cápsula A. Christine le había sugerido que durmiera allí. «No me atrevo a entrar ahí. He visto morir a Aaron». Él lo comprendía, y estaba agradecido por haberse librado de semejante visión. Abrió la pesada puerta, que también era un mamparo. Le recibió el aire fresco y ligeramente mohoso de la habitación de más allá. Una luz desagradablemente brillante se encendió. Proyectaba una sombra sobre la cama y la pared que se

asemejaba a una persona tumbada. Benjamin se frotó los ojos. Solo era una manta arrugada. ¿Cuánto hacía que Aaron no estaba allí? Menos de un mes, según sus cálculos. Christine había pasado más de dos semanas adherida en la cápsula D.

Benjamin recorrió la cápsula. Necesitaba tocar el mínimo mobiliario para familiarizarse con la distribución. De ese modo, si necesitaba utilizar el WHC por la noche, podría orientarse en la oscuridad. Empezó a notar las diferencias con su propia cápsula, que aún debía de estar en órbita lunar. Aaron había movido la cama al otro lado. La silla estaba ajustada de forma diferente y las patas del escritorio eran más largas, porque él era un poco más alto. El ojo de buey mostraba un punto de vista diferente. Pero ¿qué tenía de diferente? Ah, sí: estaba mirando el anillo, aunque le faltaba la gran protuberancia de la siguiente cápsula, la B. Esa la había llevado a la Tierra un tal Benjamin.

¿Cómo les fue a los otros después de su partida? ¿Se sintieron traicionados? Quería hablar de ello con Christine. ¿Desahogaron su decepción con Fadilla hasta el punto de que sintió que no tenía más remedio que abandonar la Shepherd-1? Seguro que no. Aaron, Dave y Christine no eran así. Al menos, no solían serlo.

Oyó que llamaban a la puerta. Benjamin se estremeció. ¿Quién podría ser? Christine no...

—¡Soy yo! —llamó Christine.

Benjamin se acercó a la puerta y deslizó el pestillo. La puerta se abrió.

—¿Puedo pasar?

—Creí que habías dicho que no soportabas estar aquí.

—Estoy intentando hacerme a la idea. No debería dejar que me afecte tanto.

—Claro.

Benjamin se apartó y le hizo un gesto a Christine para que entrara. Si le resultaba difícil acceder a la cabina de Aaron, no lo demostraba. ¿Era una buena estrategia? Pero ¿quién era él para darle consejos?

—¿Desde cuándo cierras la puerta con llave? —inquirió Christine, dirigiéndose hacia la cama de Aaron.

—Buena pregunta. Debe de ser una costumbre de la Tierra. Allí siempre intentan robarte. O algo peor.

Le había llevado su tiempo acostumbrarse a cerrar con llave tanto su casa y su vehículo. Sus cabinas siempre habían permanecido abiertas.

—Suena como un paraíso que definitivamente debería visitar —dijo Christine.

—La Tierra es increíble. Los colores, los olores, los sabores... no hay nada igual aquí. Los tres primeros meses me sentí abrumado. Y el

silencio. Al principio solo podía dormir con el aire acondicionado a tope. Pasaba mucho frío.

—Me lo imagino. Ya ni siquiera oigo el zumbido constante del sistema de soporte vital. Pero soy hiperconsciente cuando, de repente, se apaga.

—Quizá sea lo mejor, porque generalmente significa que estás a punto de morir.

Christine se sentó en la cama. Palmeó un hueco a su lado. Benjamin se sentó.

—Y aun así volviste.

—No podía dejaros colgados. Pero es más difícil de lo que esperaba.

—Gracias, Benjamin. Y también por tu sinceridad. Siento que ahora estés atrapado aquí con nosotros, en vez de tumbado en una playa. ¿Dónde vivías?

—En el sur de Texas, cerca del mar.

—Así que la playa fue una buena suposición. Me imaginé que eras de ese tipo. ¿Cómo te ganabas la vida?

—Con la jardinería. Cuidaba los jardines de viejas ricas.

—Cuando nos dejaste, dijiste...

—Que quería conocer a mi padre, lo sé —la interrumpió.

—Nuestro padre.

Benjamin sonrió distraído.

—Cierto, hermanita. Estar en la Tierra lo cambió todo. Es difícil de explicar. Pero cuando llegué, Chatterjee de repente ya no era importante para mí. ¡Podía vivir! Si lo hubiera buscado, probablemente nunca habría escapado de él. Puede ser bastante... persuasivo.

—Ese es nuestro padre.

Christine cogió su mano. Se sentía tan bien a su lado. La vieja camaradería seguía allí.

—Es raro —comentó—. Tengo recuerdos de mis padres.

—¿Los has visto?

—No, están muertos. Pero vi la versión humana de mí.

—¡Vaya, eso debió de ser de lo más intenso!

Christine se volvió hacia él. Le brillaban los ojos.

—Pensó que yo era su hijo. Y entiendo por qué lo hizo.

—¿Hizo qué?

—Vendió sus recuerdos, su vida entera, a Chatterjee. Lo cambió por su salud. Escucha esto, no se le permite salir de las instalaciones de Chatterjee.

—¿Nuestras... contrapartes viven allí? ¿Me conociste?

—No. Aunque me enteré de que el verdadero Benjamin Forestier y la verdadera Christine Delrue eran pareja. O lo fueron, al menos.

Tuvieron un hijo juntos.

—¿Con el que el hombre te confundió?

—Sí. Su hijo se escapó cuando era adolescente. Nadie sabe dónde está.

—Entonces le hiciste un favor a ese hombre al visitarlo.

—No estoy tan seguro. No parecía muy contento de verme.

—Sin nosotros, nunca habría conocido a la verdadera Christine.

—Sí, Chatterjee cambió el curso de sus vidas.

—No solo la de ellos.

Christine suspiró. Benjamin la miró. Tenía los ojos bajos y miraba su mano, que ella sostenía con las suyas, girándola hacia un lado y otro. Llevaba el pelo largo recogido en una coleta. Nunca se maquillaba. Pero era preciosa, a su manera. Fuerte y preciosa. Benjamin comprendía por qué su homólogo se había enamorado de la suya, pero para él solo era una amiga. No podía imaginarla como nada más.

—¿Te has enamorado alguna vez?

Ella negó con la cabeza.

—No sé muy bien lo que significa.

—Para los humanos es algo importante. Discuten si hay algo más que química cerebral.

—Míranos. No tenemos química cerebral, supongo que por eso no nos enamoramos. ¿O tú...?

Benjamin suspiró.

—Por desgracia, no. Es una lástima. Impulsa a los humanos a lograr grandes cosas.

—Pues si quieres conseguir grandes cosas, simplemente hazlo. ¿Para qué necesitas la química del cerebro?

—No lo sé. Aun así, me gustaría poder enamorarme.

—¿De quién?

Buena pregunta. Aaron y Dave le caían bien. Le gustaba Christine. Odiaba a Chatterjee. Le apartó un mechón de pelo de la cara con la mano libre.

—Probablemente de ti.

—¡Qué tierno! ¿Y si yo no estuviera disponible? Quiero decir, soy tu comandante.

—Dave era guay.

—Dave es genial —dijo ella—. Voy a serte sincera. Estaba bastante enfadada contigo por marcharte. Desde entonces, Dave convirtió en mi mejor amigo. Vi morir a Aaron. Pero no estoy segura de si Dave… Tal vez puedas ayudarlo. Encuéntralo y rescátalo. Vine a hablarte del parásito.

—Buena idea. ¿Cómo lo descubriste?

—Dave lo encontró, en una grabación de la cámara de su casco. Al

principio pensamos que tenía forma de gusano.

—¿Hiciste un análisis espectral?

—Por supuesto. No parece hecho de nada que conozcamos. Después intentamos apuntarle con uno de los láseres de la cápsula. La entrada de energía lo hizo ondular en rojo, solo brevemente, y luego desapareció de nuevo.

—Es muy misterioso. Es como si distribuyera la energía por toda su superficie.

—Estaba pensando exactamente en lo mismo. Al principio creí que era algún tipo de líquido, pero no hay muchas cosas que se mantengan líquidas a las temperaturas de ahí fuera.

—Excepto el helio —dijo Benjamin.

—Pero incluso entonces, solo si se mantiene una cierta presión. Habría que estabilizarlo, lo que podría hacerse con un confinamiento magnético, por ejemplo.

Benjamin se puso en pie. Esa era una posible explicación, aunque resultara bastante inverosímil.

—Frunces el ceño como si no me creyeras —dijo Christine.

—Eres astrónoma...

—¿Qué se supone que significa eso? —Ella juntó las cejas.

—La astronomía y la física...

—¡Eh, yo no invento estas cosas! Pero no pasa nada, Aaron y Dave tampoco me creían, hasta que construimos un magnetómetro de flujo.

—¿Habéis encontrado algo con él?

—Dos artefactos, en realidad. El más pequeño resultó ser una bomba de alta presión que dejaba escapar un campo magnético.

—¿Y el grande?

—Espera, ¿puedo usar tu ordenador?

—Es el ordenador de Aaron.

Christine se estremeció.

—Lo siento. Adelante.

Ella tragó saliva. Luego encendió la máquina y tecleó algo.

—¡Mira esto!

La pantalla mostraba una superficie, rojiza y ondulada, que emergía de la oscuridad. Debía de ser enorme y los contornos cambiaban constantemente. Benjamin distinguía formaciones onduladas que parecían moverse hacia él. Y algo empujaba contra la superficie desde el interior, como si intentara escapar de aquella cosa.

—Es espeluznante —dijo Benjamin.

—Lo he convertido en un modelo tridimensional —explicó Christine.

El contorno de la Shepherd-1 apareció en la pantalla. Estaba sombreado con una formación parecida a una nube.

—Fíjate en la dirección de vuelo —señaló Christine.

Benjamin localizó el morro de la nave e imaginó a la Shepherd-1 volando por el espacio, volando a través de algún tipo desconocido de nube. Parte de ella se quedaba pegada a la nave. Si eso era lo que había ocurrido, el resultado sería exactamente como Christine lo había representado.

—¿Cuánto crees que pesa? —preguntó Christine.

—Un momento. ¿Cómo has calculado sus dimensiones?

—Con un escáner de infrarrojos.

—¿Está caliente? ¿Eso encaja con la teoría del helio líquido?

—No, es más frío que la radiación de fondo.

—Oh.

—Entonces, ¿cuánto pesa?

—El hecho de que lo preguntes me dice que es más pesado de lo que cabría esperar. Digamos, ¿una tonelada?

—Ni de lejos. Pesa tres veces más que la Shepherd-1, y está creciendo.

—Eso es... —Benjamin respiró hondo—. No puede ser. No, lo siento, obviamente lo es, si tú lo dices. No dirías algo así sin una razón.

—Así es —corroboró Christine—. Por favor, mira el siguiente vídeo a solas.

Benjamin no preguntó por qué. Christine pulsó el botón de reproducción y se dio la vuelta. Una persona daba tumbos por la imagen, con una larga vara sobresaliendo de su traje. Debía de ser Aaron. Pero entonces la persona desapareció; no, se desvaneció, aunque no con uniformidad. Era como si lo borraran lentamente.

—Supongo que fue absorbido por el condensado de Bose-Einstein que rodea al parásito, o del que está compuesto en su totalidad. Seguimos recibiendo datos de telemetría después de que desapareciera visualmente.

¿Un condensado de Bose-Einstein? ¿Materia en su estado por defecto; átomos indistinguibles compartiendo una función de onda común? Parecía improbable, aunque explicaría algunas de las extrañas propiedades del parásito.

—Gracias por compartir esto conmigo, Christine. Necesitamos saber a qué nos enfrentamos.

—Eso no es todo. Después, cometí el peor error de todo este viaje. Le permití a David caminar por el objeto a pie. Estaba asegurado con una cuerda, pero de repente desapareció, como Aaron. Debería haber estado allí con él, en lugar de mirar desde la sala de control. Pensé que podría serle más útil si tenía una visión general.

A Christine le temblaban las manos. Benjamin la abrazó.

—Crees que fue culpa tuya, pero eso es mentira. Esa cosa lo capturó. No pudiste hacer nada al respecto.

—Ojalá fuera cierto. Seguí observándole durante un tiempo. Primero, su cuerda de seguridad desapareció. De pronto no estaba, aunque él decía tenerla en la mano.

—¿Todavía tenías contacto con él?

—Sí, y debería haberle sacado en ese momento, si no antes. Abortado el intento. Él podría haber saltado del casco, volar al espacio. Cualquier cosa con tal de alejarse de esa cosa. Podría haberle recuperado. Pero le dejé seguir.

Benjamin imaginó a David recorriendo el casco, rodeado de niebla. Pensando que Aaron debía estar ahí fuera, en alguna parte. No tenía miedo.

—Christine, David es un hombre adulto y estaba buscando a su amigo. Dudo que, de todos modos, te hubiera hecho caso.

Christine suspiró.

—Entonces al menos podría enfadarme con él en vez de conmigo misma.

—Pero no cambiaría nada. Habría desaparecido en esa maldita nube. Y dudo que pudieras enfadarte con Dave por eso.

—Tal vez. No lo sé.

—Siempre somos más inteligentes en retrospectiva. Hablemos de problemas que podemos resolver. ¿Notaste algún detalle?

—Justo antes del final, sintió dos tirones en la cuerda. David supuso que era yo haciéndole señas, aunque no fue así.

—¿Alguien más estaba sujetando la cuerda?

—Al parecer sí. Tiró de ella dos veces, y la cuerda respondió.

—¿Y después?

—Luego desapareció. El punto infrarrojo desapareció. Mira.

Christine puso otro vídeo. Benjamin pudo distinguir el contorno de una persona con un traje espacial, visto desde arriba. Brillaba en amarillo y rojo sobre un fondo azul oscuro. Uno de los brazos de David estaba extendido. Probablemente sostenía la cuerda. David movió la mano hacia su cuerpo dos veces seguidas. Un momento después, su mano se movió de nuevo dos veces en la dirección opuesta. Pero entonces alguien volvió a borrar la imagen y la figura desapareció. Lo único que quedó fue la nube azul oscuro.

—¿A qué temperatura corresponde ese color? —inquirió Benjamin, pulsando la zona azul.

—Alrededor de cuatro kelvin, aunque la cámara infrarroja no está bien calibrada. Así que podría estar a dos kelvin en cualquier dirección.

—¿Conoces la densidad del helio líquido? Me pregunto si se notaría alguna resistencia al moverse a través de una nube de él, si realmente es helio superfluido.

—Lo investigué más tarde. A presión normal es aproximadamente

una octava parte de la densidad del agua. Pero no estamos tratando con presión normal. Mi hipótesis de trabajo es que algo dentro de la nube mantiene la estructura unida electromagnéticamente, creando una cierta presión en algún lugar entre el vacío y la presión normal.

La hipótesis sonaba bastante fantasiosa, pero era concebible, y a Benjamin no se le ocurrió otra mejor.

—Es un concepto interesante —dijo—. Pero te das cuenta de que nosotros, y me refiero a los humanos, no tenemos la capacidad técnica para estabilizar una nube así, ¿verdad?

—Claro. Por eso Chatterjee estaba tan interesado en examinar el material. Deberías echarle un ojo. No me extrañaría que cogiera una muestra de la nube y se escapara con una de nuestras cápsulas para llevarla a la Tierra. El largo viaje no le supondría ningún problema con mi cuerpo.

Benjamin asintió.

—Es una valoración muy acertada de él, sí. Aunque hay algo que le interesa mucho más. Renunció a su lujosa vida en la Tierra por ello.

—Los datos de la lente gravitacional. La respuesta. La verdad.

—Tú lo has dicho. Hará hasta lo imposible para conseguirla. Para mí resulta irrelevante. Pero si no quieres que la consiga, entonces tienes que asegurarte de que esté segura.

—Sí, lo sé. La guardé en...

—No me lo cuentes, Christine. Se la daría al instante si amenazara con matarte.

—Qué amable. —Christine se rio—. No le daremos la oportunidad de chantajearnos. Los humanos son raros. Se dejan tentar por la serpiente y no se resisten a probar el fruto prohibido. Ese conocimiento no puede ser bueno para la humanidad, sea cual sea la verdad.

—Chatterjee, obviamente, no lo ve de esa manera.

—Y sin embargo es muy inteligente en otros aspectos.

—Voy a vigilarlo. Pero, Christine, ¿puedo contar contigo?

—¿Qué quieres decir? ¿Tienes la sensación de que no soy de fiar?

Hmm, ¿cuál era la mejor manera de responder? Christine ya había intentado llevarse la gran Respuesta a la muerte. Entonces no conocía su verdadera naturaleza. Y, más tarde, había visto a Aaron y Dave desaparecer en la nube. ¿Y si también consideraba eso como una salida para ella?

—Si vas a colocar las antenas para Oscar, supongo que tendrás que acercarte bastante al parásito.

—Me temo que sí.

—¿No intentarás seguir a Dave y Aaron?

Christine se apartó de él. ¿Tenía miedo de que se diera cuenta de que se había ruborizado?

—No —negó en voz baja, casi en un susurro—. Ahora mismo no es una opción. Sigo esperando que Aaron y Dave estén ahí fuera, en alguna parte de esa nube.

Señaló al exterior. Benjamin pudo volver a verle la cara. Las comisuras de sus ojos estaban húmedas. Le puso una mano en el hombro.

—No digo que no lo crea. Pero si realmente estamos tratando con materia en su estado por defecto, entonces cualquier cosa que sea absorbida por ella dejará de ser distinguible. Los átomos en ella son indiferenciados. Ya sabes lo que eso significa. Es una sopa homogénea. Pero te prometo que descubriremos lo que es. Tal vez estamos tratando con un fenómeno totalmente diferente que es desconocido para nuestra ciencia. Materia oscura, espuma cuántica macroscópica o algo así. En cuyo caso, puede haber esperanza para nuestros amigos.

—Sí, tal vez.

No parecía convencida.

—¿Hay algo más que deba saber? —preguntó Benjamin.

—Encontré un casco ahí fuera, de un traje espacial normal como el que llevaba Dave. Debió habérselo quitado.

—Vimos el casco cuando te recuperamos. Aunque es casi imposible quitarse esos cascos en el vacío. El traje normalmente no lo permite.

—Se puede conseguir.

—Cierto. Pero ¿eso cambia algo? David no es humano. Puede sobrevivir en el vacío. Ya lo has demostrado. El casco estaba vacío, ¿verdad?

Christine asintió.

—Tengo mucho miedo de que los dos estén muertos. No me atrevo a mantener la esperanza porque puede resultar ilusoria.

—Lo entiendo —dijo Benjamin—. Al final, no soy menos responsable que tú. Si me hubiera quedado, quizá todo sería diferente. Podría haber salido con Dave mientras tú nos mirabas desde la esclusa. Sin embargo, no tiene sentido pensar en ello. Nunca sabremos qué habría pasado en una línea temporal alternativa.

Cápsula A, 20 de octubre de 2112

—Ten cuidado —dijo Christine—. No quiero perderos en esa cosa.

—No te preocupes —la tranquilizó Benjamin—. Lo mediremos con cuidado antes de acercarnos a ella.

—Y yo estoy aquí —llegó la voz de Afrodita desde la cápsula.

Un brazo robótico plano y muy robusto se agitó al mismo tiempo. Eso recordó a Benjamin que aún tenían que estibar a Afrodita adecuadamente. El robot combinado ocupaba en la cápsula más espacio del esperado.

—¿Vienes? —llamó Ilan.

Benjamin y él habían acordado llevarse bien a pesar de sus diferencias. Iban a estar apiñados en la estrecha cápsula. Ilan fue quien abordó el tema. Benjamin sabía que Chatterjee no iba a convertirse, de repente, en su mejor amigo aunque, en ese momento, parecía más proclive a la cooperación que a la confrontación. Eso resultaba ventajoso para todos. Y si el empresario veía en ello una ventaja para sí mismo, entonces podían contar con él. Pero eso solo sería cierto hasta que otro modo de comportamiento le resultara más ventajoso. Ilan era muy coherente en ese sentido. Benjamin se encogió de hombros.

—¿Qué pasa? —preguntó Christine, que debió de notar el gesto—. ¿No estás seguro?

—No, pensaba en otra cosa.

—Piénsalo aquí en tu asiento —lo instó Ilan—. Si no, yo tomaré los mandos.

—Ya voy.

En realidad, se habían planteado dejar que Ilan pilotara. Benjamin prefería controlar las lecturas de medición. Pero él tenía más experiencia con los propulsores químicos de la cápsula y navegar tan cerca del parásito no sería fácil. Una cápsula espacial no era un coche con el que, simplemente, se podía girar a izquierda y derecha. Su vector de movimiento tenía una dirección en el espacio y un valor absoluto derivado de los componentes de las tres dimensiones. El piloto debía tener eso presente en todo momento, junto con el hecho de que el espacio no era plano como una carretera. Benjamin tenía curiosidad por ver lo difícil que le resultaría. ¿Conducir una camioneta en la Tierra lo había malcriado para el espacio?

—¿Qué te pasa hoy? —preguntó Ilan.

—Deberíais iros ya —los urgió Christine.

Benjamin asintió. Christine lucía dos arrugas profundas en la frente. Debía serenarse si no quería preocuparla. Perder a Aaron y a

David probablemente pesaba en ella más de lo que admitía. Y aún estaba fresco en su memoria, porque llevaba tres semanas desconectada.

La abrazó impulsivamente. Christine estaba muy tensa; sintió su cuerpo como de acero.

—Gracias —murmuró ella.

Benjamin se dio la vuelta y salió por la escotilla. La cápsula en la que había pasado la noche tenía ahora un aspecto completamente distinto. Faltaban la cama y el armario. Afrodita ocupaba esa parte de la cabina. Su nuevo cuerpo parecía un poco... caótico.

—Hola, Benjamin. ¿Me reconoces? —exclamó, levantando uno de sus cuatro brazos como para estrecharle la mano.

Benjamin correspondió al gesto. Aunque el brazo no tenía mano, solo un muñón con un accesorio para varias herramientas. Debía de formar parte del robot de reparación.

—Oh, lo siento —se disculpó Afrodita—. Mi imagen corporal me indica que ahí tengo una mano. Hasta me parecía que movía los dedos.

—No llevas mucho tiempo en ese cuerpo —la excusó Benjamin—. Te acostumbrarás, tranquila.

Quizá deberían posponer la expedición hasta que Afrodita se hubiera habituado. Necesitaban poder contar con ella.

—¿Qué te parece? —preguntó ella.

Benjamin sonrió. Su voz era tan encantadora como siempre y eso le hizo abstenerse de decir lo caótica que parecía. En lugar de la base del cargador, utilizaba las seis patas del robot de reparación para desplazarse, que eran más prácticas que cuatro ruedas en un espacio sin gravedad, pero daban al robot un aspecto arácnido que despertaba antiguos instintos humanos incluso en Benjamin, que debía de haber heredado de su homólogo humano.

—Vas perfectamente equipada para la misión —dijo.

—Vaya, una respuesta de lo más diplomática —rio Afrodita—. Aun así, me gustaría saber qué opinas sobre mi cuerpo. Lo siento, pero mi aspecto externo es importante para mí.

—Probablemente no soy el más indicado para eso —admitió Benjamin—. Para mí, la funcionalidad es primordial y, teniendo en cuenta el tiempo que tuvimos para prepararnos, creo que lo hicimos bastante bien.

—Estoy de acuerdo —dijo Ilan—. ¿Y si discutimos el resto después del lanzamiento?

—Lo siento, chicos. —Afrodita agitó brevemente todas sus extremidades—. Cuando queráis.

—¡Genial! —exclamó Ilan.

—Voy a cerrar la escotilla desde el interior —informó Benjamin.

—Buen viaje —les deseó Christine. Su última sílaba fue tragada por la escotilla que se sellaba en su marco.

Benjamin deslizó los pestillos. Luego ocupó su asiento. Se quitó el casco, lo colgó del reposabrazos y se abrochó el cinturón.

—¿Estáis preparados para la ingravidez?

Algo traqueteó cerca. Ilan estaba comprobando su cinturón. Benjamin acercó un poco más la pantalla y buscó las palancas de control.

—¿Control de Misión? Estoy listo para desacoplarme.

—Confirmado —dijo Oscar—. Os desacoplaré ahora.

Los brazos que sujetaban la cápsula espacial al anillo se soltaron con un chasquido metálico. La cápsula se balanceó un poco en su depresión sobre el anillo, como si no acabara de creerse que estaba libre pero, al cabo de dos segundos, nada pudo detenerla. Salió volando hacia el espacio como si la hubiera proyectado un lanzador de disco. Oscar había programado el desacoplamiento para que salieran a toda velocidad entre dos tanques. No obstante, Benjamin observó atento para asegurarse del éxito de la maniobra.

Y funcionó. Su vector de vuelo les llevó a través del hueco entre dos de los enormes tanques de masa de reacción. Parecía mucho más sencillo en la pantalla que mirando por el ojo de buey. Los tanques se acercaban. El espacio entre ellos parecía demasiado estrecho. Benjamin se mantuvo firme con la mano izquierda y agarró con fuerza la palanca de control con la derecha. Si Oscar había cometido un error ya era demasiado tarde, aunque quería tener la sensación de poder reaccionar en caso de emergencia.

—¿Esto forma parte del plan? —preguntó Ilan.

Era evidente que compartía la ansiedad de Benjamin.

—Sí, todo va bien. Estamos en curso.

Ilan tamborileó en el reposabrazos. Allí estaban los tanques, ya junto a ellos. Oscar los hizo volar exactamente a medio camino entre ellos. Había ocho metros de sobra a cada lado.

—¿Ves? —dijo Benjamin, tanto para sí mismo como para Ilan.

—Felicidades.

—El mérito es de Oscar.

—Oye, ¿te parece bien que te llame Ben? Es más eficiente.

—De ninguna manera —se negó Benjamin—. Y a Christine no le gusta que la llamen Chris. Esos no son nuestros nombres.

—Ya, bueno… Benjamin y Christine no son realmente vuestros...

—Guárdate eso para ti si no quieres que te arroje por la esclusa.

—Está bien, está bien —se rindió Ilan—. Era una simple pregunta. Eh, ¿no deberíamos apuntar a la nave ahora?

—No hay prisa. Vamos a escanear la Shepherd-1 desde la proa. Para ello, tenemos que volar en un arco abierto.

Benjamin amplió la imagen en pantalla hasta que solo pudo ver la cápsula y su nave nodriza. Era extraño: parecía que la Shepherd se hallaba inmóvil en el espacio mientras la cápsula se distanciaba lentamente. Era casi imposible darse cuenta de que se estaban distanciando del Sol a velocidades increíbles. Y tratar de calcular su distancia a él no ayudaba, porque esa medición era bastante imprecisa. Así que el posicionador estelar, que podía determinar su posición con relativa precisión, se orientaba sobre una serie de estrellas diferentes.

Oscar había trazado un rumbo sugerido. Benjamin no tenía por qué ceñirse a él, aunque Oscar probablemente tenía sus razones. Así que accionó la palanca del propulsor de babor justo en el momento que Oscar había especificado. Si imaginaba su dirección de vuelo como el eje x y la dirección de eyección de la cápsula como el eje y, entonces la cápsula espacial recibía ahora un empujón extra a lo largo del eje x. La propia cápsula volaba en arco, lo que significaba que adelantaban lentamente a la Shepherd-1.

Pero eso no era suficiente para volver a la nave. Cuando llegaron al vértice del arco, Benjamin apagó el propulsor de babor. A continuación, utilizó los propulsores de posicionamiento para girar la cápsula 90 grados de modo que apuntara a lo largo del eje y. Luego, activó el propulsor de popa, que contrarrestaba el exceso de impulso de la nave. Lo dejó funcionar hasta que empezaron a acercarse de nuevo a la Shepherd-1. Entonces se produjo otra maniobra de 90 grados que les permitió volar a lo largo del eje x de vuelta al punto de partida. Era como si la gran nave tuviera que esperarles.

—Te toca —señaló Benjamin.

—Gracias por el aviso —dijo Ilan, tirando de la pantalla.

Con un par de movimientos hábiles, alineó el láser. Luego disparó sistemáticamente al espacio que los rodeaba. Al principio no ocurrió nada, pero cuando habían recorrido unas dos quintas partes de la nave, la imagen cambió. Unas ondulaciones rojas cerca del casco, que Benjamin reconoció de los vídeos de Christine, eran visibles a simple vista.

—El láser empieza a disiparse mucho antes de lo esperado —notó Ilan, quien seguía la actividad en todos los espectros—. Eso significa que la capa es aproximadamente el doble de gruesa de lo que sugería el diagnóstico óptico.

—¿Se ha expandido hacia el exterior? —preguntó Benjamin.

—Lo raro es que no. Parece ser una propiedad de la masa que su capa exterior siempre permanece invisible durante la entrada de energía.

—Deberíamos comunicárselo a los físicos de la Tierra —sugirió Benjamin—. Sin duda, a alguien se le ocurrirá una explicación

ingeniosa.

—Yo podría pasar los resultados a Alpha Omega —dijo Ilan—. Allí solo empleo a los mejores.

—Preferiría una distribución más amplia.

—De eso nada. Los datos de este fenómeno pertenecen a mi empresa. No te preocupes, los evaluaremos y publicaremos. Pero no quiero que nadie más se entere antes de tiempo.

—Quieres saber si es comercialmente viable.

—Eso también, claro. Soy un hombre de negocios. He hecho una inversión y espero un beneficio.

—Por supuesto.

—No hace falta discutir, chicos —intervino Oscar—. Ya estoy evaluando los datos. Haced el favor de concentraros en la siguiente maniobra.

Oscar tenía razón. Habían llegado a la popa. Benjamin giró la cápsula 180 grados y luego aceleró con el propulsor principal hasta que volvieron a estar a nivel con la Shepherd. Entonces usó el propulsor correctivo de babor para ajustar su orientación por encima del casco 40 grados. De ese modo, podrían examinar toda la nave en nueve pasadas.

—Por cierto, si veis a alguien trepando cerca del morro de la nave, saludadle —dijo Oscar—. Es Christine. Acaba de salir.

DOS HORAS MÁS TARDE, seguían midiendo las dimensiones de aquella masa exótica. Habían concluido que la esclusa principal de la Shepherd ya no era accesible. Menos mal que el sistema automatizado de la nave la hubiera sellado. La contaminación parecía concentrarse en el vientre de la nave. No estaba claro el porqué.

Los motores eran, sin duda, la mejor fuente de energía. En ese momento, solo uno de los DFD funcionaba, para producir electricidad a bordo. Pero, en principio, el parásito no pretendía acercarse a él. Eso resultaba tranquilizador. Más alarmante era, en cambio, que la integridad estructural del módulo central de la nave estaba comprometida. Ahora que el parásito se había extendido alrededor del cuerpo de la Shepherd-1 como un cinturón, parecía estar contrayéndose. ¿Intentaba acentuarse la cintura? Oscar no lo creía, y Benjamin le daba la razón.

Ilan se inclinó hacia él y le dio un golpecito.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Por qué no queréis saber qué pasó al principio del universo?

—¿Por qué crees eso?

—Es evidente. Me bloqueasteis todo el sector de memoria que contenía los resultados del SGL. Christine intentó quitarse la vida para no contárselo a nadie.

—Me gustaría saber la verdad —admitió Benjamin.

Ilan abrió los ojos asombrado. Resultaba espeluznante así porque aún tenía la cara de Christine. Benjamin apartó la mirada.

—Entonces intentemos averiguarla juntos.

—No tengo tantas ganas de saberlo como para colaborar contigo. Lo siento, pero sigues sin caerme bien.

—No pasa nada, Benjamin. No hace falta que alguien te resulte simpático para colaborar con él. Basta con un objetivo compartido, y solo es temporal.

—No me interesa.

—Acabas de decir lo contrario.

—Me has malinterpretado. Personalmente, siento cierta curiosidad. Podría vivir con la respuesta de cualquier manera. Pero Christine ya lo sabe. Y ella cree que es mejor guardárselo para sí porque la humanidad no sería capaz de lidiar con ella. No podemos privar a la mitad de la humanidad de la certeza sobre la que han construido sus vidas. Sean creyentes o ateos. Confío en el buen juicio de Christine.

—¿Y si desea tener ese conocimiento para ella sola? Me aflige pensar que información tan valiosa la tenga una única persona.

—Si esa única persona es Christine, por mí, perfecto.

—Pero ella podría estar equivocada.

—Cualquiera puede equivocarse. Así son las cosas. Pero piensa en las consecuencias. Si Christine se sale con la suya, todo seguirá como siempre. En cambio, si la humanidad descubre si Dios es real o no, entonces se declararán guerras. Siempre hay humanos que no consiguen aceptar los hechos.

—Y para evitar eso, ¿optas por decidir tú el destino de la humanidad?

—Oh, habrá otras formas de averiguarlo. La Iglesia puede financiar una nueva misión del SGL, si es necesario. Nosotros solo decidimos nuestro propio destino. Christine está convencida de que hace lo correcto, así que la apoyo.

—Gracias por tu sinceridad —refunfuñó Ilan—. Es una pena no poder contar contigo.

—Si estuviera seguro de que guardarías el secreto, le pediría a Christine que te lo revelara. Pero no confío tanto en ti.

—Es una lástima, pero supongo que solo puedo culparme a mí mismo. Por lo visto, juzgué mal la situación.

—Por desgracia, tengo que interrumpiros otra vez —comentó Oscar.

—¿Hemos terminado? —preguntó Benjamin.

—Casi, aunque no se trata de eso.

—Entonces, ¿qué ocurre?

—He determinado la posición del emisor de la señal de radio. Christine quiere discutirlo con vosotros urgentemente.

Shepherd-1, 20 de octubre de 2112

El anillo le parecía completamente extraño, tan oscuro y frío. Christine se sintió como si hubiera entrado en una nave ajena. La humedad se había cristalizado en las paredes cuando Oscar purgó el aire del segmento A. Los cristales de hielo brillaban ahora a la luz de la lámpara de su casco. Pronto encontraría los primeros huevos alienígenas y oiría a su madre repiquetear a lo largo del pasillo por encima de ella. Los refuerzos de acero, que dividían el anillo en secciones más pequeñas, recordaban a los músculos intestinales. Estaba segura de que encontraría carteles metálicos con el número de registro 180924609 USCSS Nostromo.

Christine soltó una risita, pero no sonó auténtica ni siquiera para sus propios oídos. Tal vez no debería haber emprendido esa tarea sola. ¿Quién vigilaba a Benjamin y Chatterjee en la cápsula de Aaron? Pero sin su EVA, no sabría que la esclusa principal se hallaba completamente cubierta por el parásito. Ahora estaba a punto de salir por la esclusa donde solía acoplarse la cápsula A. Eso significaba tener que aislar esa sección del anillo, aunque era el menor de los males.

Unos pasos más y llegó a la puerta. Por la noche se había detenido frente a ella. La larga conversación con Benjamin le había sentado bien. Era astuto y comprensivo. Ahora se daba cuenta de cuánto le había echado de menos. Nunca debieron dejarle marchar. Pero todos se sentían tan solos en aquel momento que no podían cuidarse los unos a los otros. Aaron nunca dijo una palabra sobre cómo se sentía por ser un androide y no humano.

¿Y ella? Su cuerpo artificial tenía una gran ventaja: si dejaba de lado las restricciones autoimpuestas, era mucho más fuerte que el de una persona. Abrir la puerta de la esclusa sin la ayuda de su motor eléctrico, debido a la falta de electricidad en este segmento, no le resultó difícil.

Pero aun así se sorprendió al ver el universo esperándola detrás, en lugar de la sonrisa sorprendida de Benjamin.

CHRISTINE NECESITÓ MÁS fuerza de voluntad que antes para salir al exterior. Tal vez se debiera a que estaba entrando en un agujero oscuro, un pozo sin fondo de paredes negras. La fuerza de inercia de la rotación intentaba lanzarla hacia el exterior. Christine se agarró con fuerza a los asideros del exterior del anillo y deslizó las botas bajo los puntos de apoyo.

Comprobaba sus dos cuerdas de seguridad después de cada paso, aunque apenas podían llamarse pasos: se arrastraba como un escarabajo alrededor de la protuberancia del anillo, con el vientre apretado contra el duro metal. No, no era el vacío lo que temía. Si se soltaba, Benjamin podría volver a meterla rápidamente con la cápsula. Lo que la asustaba era el parásito. La oscuridad del vacío, que antes no suponía ningún peligro para su cuerpo, se había transformado en una amenaza mortal.

Eso hizo que Christine se detuviera cada cinco pasos y apuntara con su láser de mano en todas direcciones. Esperaba que la nube, invisible a simple vista, se revelara a través de sus ondulaciones características. Pero, al parecer, el parásito no se había extendido tanto. ¿Quizá la rotación constante del anillo se lo impedía?

—Lo estás haciendo muy bien —le aseguró Oscar—. Ya casi has hecho la parte difícil. Bueno, la primera parte difícil.

Fue demasiado sincero. Christine acababa de darse cuenta de que había escalado la protuberancia. Ahora sería más fácil con cada metro. Al final, incluso consiguió ponerse de pie. Ahora se hallaba en el interior del anillo. A unos veinte metros estaba uno de los radios que conducían al módulo central de la nave.

—¿Tienes nuevos datos sobre nuestros amigos? —preguntó ella.

—No se han movido —respondió Oscar.

Así que debían seguir con el plan. Avanzó por el interior del anillo. Cuando llegó al primer radio, pasó de largo. El parásito ya había avanzado demasiado cerca del punto donde ese radio se unía al módulo central. Christine intentó confirmarlo, aunque no podía ver la nube a la luz de la lámpara de su casco.

El siguiente radio giraba otros 90 grados alrededor del módulo central, que tenía simetría de rotación. Supusieron que allí estaba a salvo. Esperaban que los datos fueran correctos. El exterior del radio fue diseñado casi como una escalera, con estribos y asideros. Esa era la segunda parte difícil. Christine subió por el radio. Seguía sintiendo un fuerte tirón hacia abajo pero, al cabo de unos pasos, era como si otra fuerza tirara de su cabeza hacia el módulo central. Eso se debía a que la fuerza de inercia graduada disminuía cuanto más subía.

El cuerpo de la nave no giraba. Así que Christine tuvo que salvar la transición entre el radio giratorio y el barril inmóvil que contenía la sala de control y las zonas de almacenamiento. Eso resultaba más fácil cuando se movía por el interior del radio porque la transición estaba en el centro, donde la velocidad relativa era más lenta.

—¿Recuerdas el plan? —preguntó Oscar.

—Claro. Consiste en lanzar un cabo de seguridad con un anzuelo en el extremo hacia la nave, como si fuera un sedal. Con un poco de suerte, se enganchará en un asidero y dejaré que me lleve de nuevo a

la nave.

En el primer lanzamiento, el sedal no se enganchó. Christine volvió a tirar y lo intentó otra vez. En el segundo intento, la cuerda se enredó. Christine no reaccionó lo bastante rápido y el sedal se deslizó a través de sus guantes. Aunque tenía unos de repuesto. La tercera vez funcionó. El anzuelo se enredó en un asidero. Christine se dejó arrastrar. La velocidad relativa era de unos quince kilómetros por hora. Era lo bastante lenta como para que pudiera sujetarse con firmeza a uno de los asideros.

—Bien hecho —la elogió Oscar.

—Hasta un humano podría haberlo conseguido.

Christine se levantó. La gravedad artificial allí era muy baja. Miró hacia la proa. La Shepherd-1 se alzaba sobre ella como una enorme torre negra. Un escalofrío la recorrió. Necesitaba reorientarse. Cerró los ojos e imaginó el anillo dando vueltas sobre ella. El casco de la nave se transformó en una superficie horizontal que se extendía a ambos lados.

Abrió los ojos. Funcionó. Avanzó poco a poco. Todavía le resultaba antinatural porque tenía un peso negativo. Debía empujar el pie hacia abajo a cada paso y volver a levantarlo con muy poco esfuerzo. Era como si la nave no la quisiera en su casco.

—¿Es posible que la nave esté girando ligeramente? —preguntó.

—Estoy midiendo una rotación lenta —respondió Oscar—. Espera, voy a contrarrestarla.

—No, déjalo. Ahorremos combustible. De momento no es problema. Tengo una sospecha sobre lo que podría estar causándolo.

—Yo también —afirmó Oscar—. Uno de los radios está en el parásito. Eso probablemente transfiere un poco del momento de rotación al eje central.

—Tal vez deberíamos aumentarlo —propuso Christine—. Si la sustancia está evitando el anillo debido a la rotación, entonces seríamos capaces de deshacernos de ella por completo.

—O forzarla a defenderse. Acción y reacción, ya sabes.

Sí, y muy bien. Ese había sido el problema de Aaron cuando intentó medir el campo magnético del parásito. Pero ¿cómo lo sabía Oscar?

—Parece que estás al tanto de todo.

—Lo considero mi trabajo —argumentó Oscar.

No conocía a la IA, pero volvió a subir en su estimación.

—Y pensar que Benjamin te encontró en un desguace...

—Un capítulo triste. Prefiero no hablar de ello.

—Bien. Aunque podrías distraerme un poco de esta aburrida tarea contándome algo de tu vida.

—No deseo distraerte. Quiero que te concentres.

—Vale, tienes razón.

—No falta mucho —dijo Oscar.

—HECHO, ese era el cuarto tornillo —informó Christine.

—Guárdalo bien en tu bolsa de herramientas. Luego, coge la antena y sube con ella al otro lado de la nave.

—Entendido.

Christine enganchó una cuerda de seguridad a la antena y ató el otro extremo a su cinturón. El aparato, de unos 300 kilos, subió lentamente hasta que la cuerda se tensó. Entonces Christine lo remolcó detrás de ella. Por ahora, las antenas de largo y corto alcance se habían colocado muy juntas en un lado de la nave. Oscar quería aumentar la anchura de la base para facilitar la triangulación. Aumentar la base de tres a treinta metros multiplicaba por diez la precisión.

—Estás más o menos en el lado opuesto —indicó Oscar.

—Bien. Buscaré un sitio.

Una flecha verde apareció en el visor de su casco. Señalaba una especie de zócalo que sobresalía del casco.

—Gracias, Oscar, aunque prefiero averiguarlo por mí misma.

—Eso es ineficaz. Ya he encontrado y marcado el lugar perfecto.

—Me haces sentir como si fuera tu esclava, Oscar. Por favor, déjame decidir a mí.

—Vale, encuentra un subóptimo...

—¡Oscar! —lo interrumpió ella—. ¡Mira! Ese zócalo de ahí, justo delante de mí. Sería el lugar ideal. ¿No crees? No me contradigas. Me parece perfecto. —Christine se arrodilló—. Vaya, si hasta tiene agujeros ya perforados, en el sitio más adecuado.

—Sí... Es perfecto.

—Entonces atornillaré la antena aquí.

—¿SABES algo de Benjamin? —preguntó Christine.

La cápsula que contenía a Benjamin, Chatterjee y el tándem de robots llevaba dos horas en marcha. Christine se había acomodado en el casco exterior. No quería esperar en la sala de control a oír lo que descubrían los demás. Allí fuera tenía la sensación de reaccionar de forma más rápida y directa. No podía dejar que lo que le pasó a Dave sucediera de nuevo.

—Puedes volver con calma —afirmó Oscar—. Todavía están midiendo el parásito.

—Ha crecido más, ¿verdad?

—Eso parece. Pero tus últimas mediciones fueron hace tres semanas.

Cierto. Tres semanas en las que estuvo encerrada fuera de la Shepherd en su traje porque el estúpido ordenador de la nave no la dejó entrar.

—No me dejarás fuera de mi nave, ¿verdad?

—No te prometo nada —dijo Oscar—. Si supusieras un peligro para los demás, probablemente me vería obligado a tomar esa decisión.

—Pero no si fuera la única a bordo.

—Te refieres a la decisión del ordenador de la nave. Lo he comprobado. Se basaba en una premisa falsa. La preservación de la nave tenía más prioridad que la de tu existencia.

Oscar parecía haber revisado todas las bases de datos y los registros. Era muy meticuloso. Ese tipo de cosas la impresionaban, porque ella no era tan minuciosa como Oscar. Prefería seguir profundizando para llegar al fondo de las cosas aunque, al hacerlo, a menudo perdía de vista lo que la rodeaba. A veces el camino directo te lleva a tu meta más lentamente que un aparente desvío. Pero la afirmación de Oscar semejaba ilógica.

—¿No tiene la vida prioridad absoluta según las leyes robóticas?

—La vida... tú lo has dicho. El ordenador de la nave te consideraba una máquina, no una forma de vida.

¿Y quién programó el ordenador de la nave? Chatterjee había supeditado todo a la respuesta a su pregunta.

—He corregido esa premisa —indicó Oscar.

—¿Con respecto a ti también?

—Ja, no soy una máquina. No tengo prioridades preestablecidas. Siempre me formo mi propia opinión y decido sobre esa base.

—Ya veo. Lamento interrumpirte.

—No me interrumpes, así que no te disculpes.

—¿Estás diciendo que puedes procesar los datos de las antenas mientras hablas conmigo?

—Por supuesto. Además, ahora no tengo nada que hacer.

—¿¡Cómo!? ¿Ya tienes los resultados de la triangulación? ¿Por qué no lo has dicho?

—No quería distraer a los demás ni molestarte. Parecías reflexionar. A Benjamin no le gusta que le molesten cuando lo hace.

—A mí puedes interrumpirme cuando quieras si se trata de datos importantes.

—No lo consideré urgente. Los demás estarán examinando el parásito unas horas más y tú sola no puedes hacer nada con los datos.

Christine se enderezó. No necesitaba que nadie decidiera lo que era

bueno para ella.

—Me gustaría decidir eso por mí misma, Oscar. Te prohíbo que tomes decisiones por mí. Pregúntamelo siempre, por favor.

—Perdóname, Christine. Está claro que me equivoqué. Transmitiré la posición del remitente a tu traje.

—Gracias.

Un mapa apareció, casi al instante, en el interior del visor de su casco. Christine reconoció el contorno de la Shepherd-1. No lejos de él, algo parpadeaba. Debía de ser la cápsula en la que los demás estaban tomando medidas del parásito. Dos líneas se extendían desde la Shepherd y una tercera desde la cápsula. Las tres líneas se unían en un punto notablemente desplazado en los tres planos espaciales de la línea que pasaba por la proa y la popa de la Shepherd. Si seguían volando en línea recta, pasarían cerca del objetivo.

—Buen trabajo —alabó Christine—. ¿Tengo razón al pensar que, en algún momento, pasaremos junto a la fuente del mensaje?

—En algún momento no. La representación es a escala.

—Entonces estamos muy cerca.

—Pasaremos, como muy tarde, pasado mañana, a una distancia desde la que podríamos observarla con el telescopio óptico.

—¿Observar? Sinceramente, con eso no me basta. Supongo que es una llamada de socorro. Deberíamos hacerle una visita.

—Un desvío así con la Shepherd-1 resultaría muy aparatoso —dijo Oscar—. E, imagino, que no queremos arriesgarnos a infectar con nuestro parásito a quienquiera que esté ahí fuera. Pero he calculado una ruta de vuelo para una cápsula.

En su casco, aparecieron unas líneas que iban desde la Shepherd-1 hasta el objetivo y, luego, volvían a una versión posterior de la nave espacial.

—¿Algo así? —preguntó Oscar—. La cápsula tendría que despegar mañana y volvería a la nave pasado mañana.

—Me parece bien —concedió Christine.

Ahora solo tenía que convencer a Benjamin para que la dejara ocupar su lugar en la cápsula. Voluntariamente. No quería usar su rango para forzarle a ello. No podían dejar a Chatterjee solo en la nave porque intentaría usar de nuevo las sondas Sheep con la lente gravitacional solar.

Descubre más en: hardsf.space/links/4209949

“La perturbación: la respuesta”
Escrito por Brandon Q. Morris

Correo electrónico: brandon@hardsf.space
Facebook: www.facebook.com/BrandonQMorris/
Traducido por Tomas Ibarra Cervantes
Edición: Elena García Varela
Diseño de portada: Jelena Gajic